

EL MAR

JULES MICHELET

LIBRO PRIMERO

OJEADA A LOS MARES

I

El mar desde la playa.

Un intrépido marino holandés, vigoroso y frío observador, cuyos días se deslizan en el inmenso Océano, confiesa con franqueza que la primera impresión que se recibe al contemplarlo, es de miedo. Para todo ser terrestre es el agua el elemento no respirable, el elemento de la asfixia. Barrera fatal, eterna, que separa irremediabilmente ambos mundos. No nos sorprende, pues, que la gran masa de agua denominada mar, desconocida y tenebrosa en su profundo espesor, se haya aparecido siempre formidable a la humana imaginación.

Los orientales sólo ven en ella la amarga sima, la noche del abismo. En todos los idiomas antiguos, desde la India hasta la Irlanda, el nombre de mar es sinónimo de «desierto, noche».

¡Qué triste es ver, al caer de la tarde, el sol, alegría del mundo y padre de todo lo criado, ir desapareciendo, eclipsarse entre las ondas! Es el cotidiano duelo del Universo, particularmente del Oeste. En vano es que todos los días presenciemos el mismo espectáculo; siempre ejerce en nosotros igual influjo, idéntico efecto melancólico.

Si nos sumimos en el mar a cierta profundidad, no tardamos en vernos privados de luz: se penetra en un crepúsculo do sólo persiste un color, el rojo siniestro; y aun al poco rato este color desaparece y sobreviene la negra noche. ¡Qué obscuridad tan absoluta, exceptuando tal vez algunos accidentes de horrorosa fosforescencia! Aquella masa, inmensa en extensión, enormemente profunda, que se extiende por la mayor parte del orbe, parece un mundo de tinieblas. He aquí lo que sobresaltó, lo que intimidó a los primeros hombres. Suponían que se

acaba la vida donde falta la luz, y que, a excepción de las primeras capas, todo el espesor insondable, el fondo (dado caso que tenga fondo el abismo), era una negra soledad, nada más que árida arena y guijarros, y algunas osamentas y despojos, es decir, el sinnúmero de bienes perdidos de que el avaro elemento se apodera sin devolver ni la más pequeña partícula de ellos, escondiéndolos cuidadosamente en el palacio destinado a guardar los tesoros de los naufragios.

La transparencia del mar ciertamente que no contribuye a infundirnos ánimo. No puede compararse, ni con mucho, a la tranquilizadora linfa de los manantiales y de las fuentes. Aquélla es opaca y ruda: sacude con fuerza. El que se aventura en ella, siéntese levantado impetuosamente. Ciertamente que presta auxilio al nadador, empero se señorea de él: encuéntrase éste cual débil niño mecido por poderosa mano que fácilmente puede reducirlo a la nada.

Una vez desamarrada la barquilla, ¿quién sabe dónde puede llevarla una ráfaga de viento, la irresistible corriente? Así fue cómo nuestros pescadores del Norte, contra su voluntad descubrieron América polar trayendo de allí las espantosas visiones de la fúnebre Groenlandia. Cada país tiene sus narraciones, cuentos sobre el mar. Homero, las mil y una noches, han transmitido buen número de esas tradiciones, horrorosas, los escollos y las tempestades, las calmas, no menos horrorosas, peligrosas en que el navegante devorado de sed en medio del líquido elemento, los comedores de carne humana, los monstruos, el leviatán, el kraken, y la gran serpiente de los mares, etc. El nombre dado al desierto, «país del miedo», hubiera podido aplicarse al gran desierto marítimo. Los más atrevidos navegantes, fenicios y cartagineses y los árabes conquistadores que intentaron conglobar el Universo, atraídos por las relaciones de la tierra del oro y de las Hespérides, pasan el Mediterráneo, lánzase a través del Grande Océano; más, pronto se detienen: el límite sombrío, cubierto eternamente de nubes, que se encuentra antes de llegar al Ecuador, les impone respeto. Suspenden su marcha, diciendo: «Este es el mar tenebroso» Y ponen las proas de sus naves en dirección a su país.

«Sería cometer una impiedad el violar ese santuario. ¡Desdichado de aquel que se vea hostigado por tan sacrílega curiosidad! En las postreras islas apareció un coloso, un rostro amenazador gritando: «No paséis más allá»

Estos temores, un tanto infantiles, del mundo antiguo, son idénticos a las emociones del novato, de la persona sencilla que, procedente de tierra adentro, divisa el mar por vez primera. Puede decirse que todo ser que experimenta esa sorpresa, siente la misma presión. Los animales se turban visiblemente a su vista. Hasta durante el reflujo, cuando lánguida y benigna se desliza el agua muellemente por la orilla, el caballo no está sereno: tiembla, y a menudo no quiere vadear el tranquilo elemento. El perro retrocede y ladra, injuriando a su manera la onda que le causa miedo, y nunca se reconcilia con el dudoso elemento que más bien le parece hostil. Cuenta un viajero que los perros del Kamtschatka, acostumbrados a dicho espectáculo, se sobrecogen o irritan lo mismo: a manadas, por millares, en el transcurso de la noche, ladran a las mugientes olas y rivalizan en furor con el embravecido Océano del Norte.

La introducción natural, el vestíbulo del Océano para prepararse a conocerlo como es debido, es la melancólica corriente de los ríos del Noroeste, los dilatados arenales del Mediodía o las landas de la Bretaña. Cualquiera que por una de estas tres vías se dirija al mar, quedará muy sorprendido de la región intermedia que lo anuncia. A lo largo de esos ríos divisase una ola infinita de juncos, de salcedas, de plantas diversas, las cuales, por los grados de las aguas que con ellas se mezclan convirtiéndose paulatinamente en salobres, acaban por hacerse plantas marinas. En las landas, preséntase antes del mar otro mar de hierbas duras y de corto tallo, helechos y matorrales. Una o dos leguas distante de él empezará a ver árboles raquíticos, pobres, ceñudos, que indican a su modo por medio de posturas, iba a decir con sus gestos originales, la proximidad del gran tirano y la opresión de su soplo. Si no estuvieran arraigados a la tierra, indudablemente abandonarían a toda prisa aquel sitio: yacen semicaídos, de espaldas al ene-

migo común, cual sí se dispusieran a partir, derrotados, desgñados. Se doblan, se encorvan hasta el suelo, y, no encontrando nada mejor que hacer, fijos en aquel sitio, tuércense al viento de las tempestades. En otros sitios, el tronco disminuye y extiende indefinidamente sus ramas en sentido horizontal. En la playa, donde las disueltas conchas levantan un polvo muy fino, el árbol vese invadido, tragado por él. Ciérranse sus poros, le falta aire respirable; siéntese ahogado, empero conserva su forma y queda árbol de piedra, espectro de árbol, sombra lúgubre sin fuerzas para desaparecer, cautiva en la muerte misma.

Mucho antes de vislumbrarse el mar, se oye y se adivina el temible elemento. Primero un rumor lejano, sordo y uniforme. Poco a poco cesan todos los ruidos dominados por aquél. No tarda en notarse la solemne alternativa, la vuelta invariable de la misma nota, fuerte y profunda, que corre más y más, y brama. Es menos regular que la oscilación del péndulo que nos señala las horas de nuestra existencia: empero aquí el balancín no tiene la monotonía de las cosas mecánicas; se siente, créese sentir la vibrante entonación de la vida, En efecto; al subir la marea, cuando la ola se empina sobre la ola, inmensa, eléctrica, júntase al tempestuoso mugido de las aguas la estrepitosa algazara de las conchas y de los mil seres diversos que consigo arrastra. Llega el reflujo; un zumbido indica que con las arenas se lleva el mar todo ese mundo de fieles tribus, y las recoge en su seno.

¡Cuántos tonos no tiene a más de los descritos! Por poco que esté conmovido, sus ayes y hondos suspiros contrastan con el silencio de la monótona playa. Parece como que se abstrae para oír las amenazas del que ayer le halagaba con acariciadora ola. ¿Qué va a decirle dentro de poco? No quiero preverlo siquiera. No intento hablar ahora de los espantosos conciertos que tal vez prepara, de sus dúos con las rocas, de los alaridos y sordos truenos que produce en el fondo de las cavernas, ni de la sorprendente gritería en que se juraría oír: ¡Socorro!... No; escogeremos uno de sus días graves, en que usa de su fuerza sin violencia.

No debe sorprendernos si el niño y el ignorante vense siempre embargados por un estupor admirativo y más temerosos que alegres ante esa esfinge. Nosotros mismos, bajo muchos conceptos, la consideramos aún como un enigma.

¿Cuál es su extensión real? Mayor que la de la tierra: he aquí lo que es dado afirmar con más exactitud. Sobre la superficie del globo el agua es lo general ' la tierra una excepción. ¿Y su proporción relativa? El agua constituye las cuatro quintas partes, esto es lo más probable; otros han asegurado que las dos terceras o las tres cuartas partes. Problema difícil de resolver. La tierra se ensancha y decrece; su acción no cesa: una porción baja, otra sube. Ciertas comarcas polares descubiertas y anotadas por el navegante, han desaparecido al pasar otra vez éste por el mismo sitio. Por otro lado fórmanse y se levantan innumerables islas, bancos inmensos de madréporas y corales, turbando la geografía.

La profundidad de los mares es más desconocida aún que su extensión. Apenas han sido hechos los primeros sondeos, pocos en número é inciertos.

Las insignificantes libertades, dado nuestro atrevimiento, que nos tomamos a la superficie del indomable elemento, nuestra audacia en correr sobre ese profundo desconocido, poco valen y en nada pueden menguar el legítimo orgullo del mar. En realidad éste permanece oculto, impenetrable a nuestras miradas. Adivínase y sábese hasta cierto punto que un mundo prodigioso de vida, de combate y de amor, de producciones variadísimas pulula allí; empero apenas hemos penetrado en él, nos apresuramos a abandonar ese extraño elemento; y si nosotros necesitamos del mar, en cambio el mar no nos necesita a nosotros para nada. Puede pasar muy bien sin el hombre. A la Naturaleza parece no le importa gran cosa ese testigo: Dios es el único que se encuentra allí como en su casa.

El elemento que llamamos fluido, movable, caprichoso, en realidad no cambia: es la regularidad misma. Lo que continuamente cambia es el hombre. Su cuerpo (cuyas cuatro quintas partes son agua, según

Berzelius) mañana se evaporará. Esa efímera aparición, en presencia de los grandes poderes inmutables de la Naturaleza, hace muy bien en vivir de ensueños. Por muy justa que sea la idea que tiene de la inmortalidad del alma, no por eso se aflige menos el hombre ante el espectáculo de esas muertes frecuentes, de las crisis que a cada momento quiebran la vida. El mar parece hacer gala de ese, triunfo. Cada vez que a él nos acercamos, parece decirnos desde el fondo de su inmutabilidad: «Mañana tú dejarás de ser, y yo soy eterno. Tus huesos reposarán bajo la tierra, disolveránse al transcurso de los siglos, Y Yo existiré aún majestuoso, indiferente, equilibrada la gran vida que me armoniza a la vida de los mundos lejanos»

Contraste humillante que se revela con dureza y como irrisoriamente para nosotros, sobre todo en las playas bravías, donde el mar arranca a los derrumbaderos guijarros que vuelve a lanzarles, que vuelve a traer dos veces al día, arrastrándolos con siniestro estrépito cual, sí fuesen cadenas o metralla. Toda imaginación juvenil ve en esto el símbolo de la guerra, un combate, y empieza por acobardarse. Luego, notando que aquel furor tiene límites o se detiene, el niño, tranquilizado ya, detesta más bien que teme la cosa salvaje al parecer enemistada con él. A su vez arroja guijarros al gran enemigo mu-
giente.

En julio de 1831 me entretuve en observar ese duelo en el puerto del Havre, Un niño que llevaba a mi lado, al verse frente a frente con el mar sintió enardecerse su ánimo juvenil e indignóse de aquel desafío. El mar devolvió estocada por estocada. Lucha desigual que movía a risa, entre la mano delicada de la frágil criatura y la espantosa fuerza que tampoco se curaba de la debilidad del contrario. Más, la risa desaparecía de los labios al pensar en lo efímera de la existencia del ser amado, y en su impotencia a presencia de la infatigable eternidad que nos arrebató. Tal fue una de mis primeras miradas hacia el mar. Tales mis ensueños empañados por el exacto augurio que me inspiraba ese combate entre el mar que veo cuando quiero, y el niño que para siempre ha desaparecido de mi vista.

II

Playas, arenales y costas bravas.

Por doquiera puede verse el Océano; siempre se presentará imponente y temible. Así se ostenta alrededor de los cabos que miran en todas direcciones; así, y en ocasiones más terrible, en los sitios vastos pero circunscriptos, en que el marco de las orillas le molesta y le indigna, donde penetra violentamente acompañado de corrientes rápidas que a menudo chocan contra los escollos. No se percibe el infinito, empero se siente, se oye, se le adivina así, siendo más profunda la impresión que con ello causa.

Esto me sucedió en Granville, playa tumultuosa de gran oleaje y mucho viento donde termina la Normandía y comienza la Bretaña. La belleza Injuriosa y agradable, a veces vulgar, de la linda campiña normanda, desaparece, y por Granville, por el peligroso Saint-Michel en Greve, se pasa de un mundo a otro. Granville es de raza normanda, pero bretón en su fisonomía. Opone fieramente su roca al asalto terrorífico de las olas, que traen unas veces del Norte los discordantes furores de las corrientes de la Mancha, y otras vienen del Oeste engrosándose en su vertiginosa carrera de mil leguas, azotando con toda la fuerza acumulada del Atlántico.

Me era querido aquel pueblecillo original y un poco triste que vive de la gran pesca rodeada de peligros. La familia sabe que obtiene el sustento de las casualidades de, esa lotería, de la vida, de la muerte del hombre. Esto presta una seriedad armónica al carácter severo de dicha costa en todas las cosas, Con frecuencia disfruté allí la melancolía de la noche, ya me paseara por los oscuros arenales, ya desde lo alto de la población que corona la roca me entretuviera viendo esconderse el rey de los astros detrás del horizonte un tanto nebuloso. Su enorme mapamundi, rayado fuertemente y con frecuencia de negro y rojo, se abismaba sin detenerse a producir en el cielo los caprichos, los paisajes de luz con que en otras partes suele alegrar la vista. En agosto va

había entrado el otoño: no existía el crepúsculo. Apenas desaparecido el sol, refrescaba la brisa, corrían las olas rápidas, verdes y sombrías. Casi no se veía otra cosa que algunas sombras femeninas envueltas en sus capas negras forradas de blanco. Los carneros retardados en los pobres pastos de la explanada, que se eleva ochenta o cien pies sobre la playa, entristecían el espacio con sus balidos.

La parte alta del pueblo, asaz reducida, tiene la cara que mira al Norte edificada a pico en el borde del abismo, negra, fría, azotada eternamente por el viento, de frente al Grande Océano. Allí sólo se ven miserables viviendas. Fui conducido al hogar de un buen hombre que se ganaba el sustento fabricando cuadros de conchas: habiendo subido por una semiescala hasta un cuartito oscuro, apercibí, encuadrado en la estrecha ventana, aquel panorama trágico, panorama que me sorprendió tanto como en Suiza la vista del ventisquero de Grindelwald tomada asimismo desde una ventana.

El ventisquero me representó un monstruo enorme de hielos puntiagudos que avanzaban a mi encuentro ese mar de Granville, un ejército de olas enemigas que concurrían acordes al asalto.

Mi huésped no era viejo, pero sí achacoso, enfermo. A pesar de que estábamos en agosto tenía cerrada la ventana. Inspeccionando sus obras y charlando, notó que su cabeza no estaba muy firme: la había desarreglado un asunto de familia. Su hermano pereciera en aquella playa que contemplábamos los dos en una aventura cruel. El mar se le presentaba siniestro, le parecía, que alimentaba, cierta inquina contra él. Durante el invierno complacía en flagelar su ventana con copos de nieve o vientos helados, siendo causa de que no pudiese pegar los ojos. En las interminables noches invernales azotaba sin tregua ni descanso la roca do estaba asentada su vivienda; en verano ofrecía huracanes inconmensurables, relámpagos de un mundo al otro. Mucho peor era durante el flujo: subía a la altura de sesenta pies, y su furiosa espuma, elevándose más todavía, se estrellaba impertérrita contra su ventana. Y no estaba el buen hombre seguro de que el mar se contentara con eso; su odio podía inducirle a jugarle alguna mala treta. Em-

pero carecía de medios para procurarse un albergue mejor; tal vez veíase clavado allí por una especie de poder magnético, no osando enemistarse del todo con la terrible hada, a la que profesaba cierto respeto. La citaba pocas veces, y cuando lo hacía solía designarla sin nombrarla, así como el islandés en alta mar no se atreve a citar el Orca, temeroso de que le oiga y se presente. Todavía me parece estar viendo su palidez cuando, fijos los ojos en la arena de la playa, me decía: «Esto me da miedo»

¿Estaba loco? No; hablaba muy razonablemente. Parecióme un ser distinguido o interesante. Era un hombre nervioso, con una organización delicada, demasiado delicada para recibir tales impresiones.

El mar produce muchos locos. Livingstone trajo del Africa un hombre inteligente, valeroso, que hacía frente a los leones; pero nunca había visto el mar. Al embarcarse por primera vez y experimentar la doble sorpresa del temible elemento y de todas las artes desconocidas, su cerebro no pudo resistir tanta emoción. Empezó a delirar, y a pesar de la vigilancia que con él se tuvo, logró escapar, arrojándose ciegamente en brazos de las ondas que tanto le aterrizaban y no obstante le atraían.

Por otro lado, el mar e neariila de tal manera a los hombres que por largo tiempo se confían a su merced, a los que viven con él familiarizados, que no les es dado abandonarle jamás. He visto en un puertecito algunos viejos pilotos que, demasiado débiles, resignaban sus funciones; empero no lograban resignarse con su nuevo estado, y arrastrando una vida miserable y acababan por perder el seso.

En lo más alto de Saint-Michel hay una plataforma llamada de los *Locos*. En mi vida he visto sitio más adecuado para producir la locura que esa mansión vertiginosa. Figuraos rodeados de una dilatada planicie como de blanca ceniza, siempre solitaria, arena equívoca cuya falsa suavidad constituye el lazo más peligroso. Es y no es la tierra, es y no es el mar, ni tampoco es dulce el agua, aunque por debajo los arroyuelos trabajen el suelo incesantemente. Raras veces, y sólo por cortos instantes, una embarcación se aventuraría en aquellos sitios. Y

si uno pasa cuando refluye el agua, corre riesgo de ser tragado: hablo con fundamento de causa, pues faltó poco para que me aconteciera un accidente. Un ligero vehículo en que me encontraba, desapareció en dos minutos, caballo y todo, y yo escapé milagrosamente. Hasta a pie me hundía a cada paso que daba, sintiendo bajo mis plantas un horroso embate, cual si el abismo me acariciara, Pie invitara, o atrajera, agarrándome por debajo. Sin embargo, logré encaramarme en la roca, llegar a la gigantesca abadía, claustro, fortaleza y cárcel, de una sublimidad atroz, digna en verdad del paisaje. No es este lugar a propósito para la descripción de aquel monumento. Yérguese sobre una gran mole de granito, y se empina y vuelve a empinarse indefinidamente, cual una Babel titánicamente amontonada, roca sobre roca, siglo tras siglo, empero constantemente calabozo sobre calabozo. Abajo, el *in pace* de los frailes; más arriba, la jaula de hierro levantada por Luis XI; subiendo siempre, la de Luis XIV; a mayor elevación, la cárcel actual. Todo esto envuelto en un torbellino, una brisa, una confusión eterna. Es el sepulcro sin la calma.

¿Tiene culpa el mar de la perfidia de esa playa? No por cierto. El mar llega allí, como por doquiera, bullicioso y robusto, pero lealmente. La culpa la tiene la tierra, cuya disimulada inmovilidad, parece siempre inocente, mientras filtra por debajo la playa las aguas de los riachuelos, mezcla dulce y blanquizca que no permite consolidar el terreno. El primer culpable es el hombre, por su ignorancia y su negligencia. En los interminables siglos bárbaros, mientras sueña con la leyenda y funda la gran peregrinación del arcángel vencedor del diablo, éste se apoderó de aquella llanura desamparada. El mar está muy inocente de todo: en vez de hacer daño, trae por el contrario en sus amenazadoras ondas un tesoro de sal fecunda, mejor que el limo del Nilo, que enriquece los campos y constituye la encantadora belleza de los antiguos pantanos de Dol, convertidos hoy en jardines. Es una madre un poco exaltada de genio, pero madre al fin. Rica en pescado, amontona sobre Cancale, que está enfrente, y sobre otros bancos, millones y más millones de ostras, y sus conchas desmenuzadas produ-

cen la rica vida que se trueca en pastos y frutos, al par que cubre de flores las praderas.

Preciso es penetrarse de la verdadera inteligencia del mar, no dejarse arrastrar por la falsa idea que puede darnos el país inmediato, ni por las terribles ilusiones que nos produciría la sencilla grandeza de sus fenómenos, ni por los furores aparentes que con frecuencia se convierten en beneficios.

III

Continuación. –Playas, arenales y costas bravas.

Las playas, los arenales y las costas bravas muestran el mar bajo tres aspectos y siempre útilmente. Explican, traducen, ponen en convivencia con nosotros esa gran potencia, salvaje a primera vista, mas divina en el fondo, y por lo tanto amiga.

La ventaja que tienen las costas bravas es, que al pie de aquellos elevados muros, mejor que en parte alguna, puede apreciarse la marea, la respiración, el pulso (digámoslo así) del mar. Insensible en el Mediterráneo, es notable en el Océano. El Océano respira al igual que yo, concuerda con mi movimiento interno, con el de arriba, obligándome a contar incesantemente con él, a computar los días, las horas, a mirar al cielo. Me recuerda lo que soy y que vivo rodeado de gentes.

Si me asiento sobre una costa rasgada, por ejemplo la de Antifer, veo un espectáculo inmenso. El mar, que hace un momento parecía muerto, acaba de espeluzarse. Ha temblado. Primer indicio del gran movimiento. La marea ha rebasado Cherburgo y Barfleur, dado vuelta violentamente a la punta del faro; sus aguas divididas siguen el Calvados, se elevan en el Havre, viniendo hacia mí, en Etretat, Fécamp y Dieppe, para sumirse en el canal, a pesar de las corrientes del Norte. Tócame, pues, ponerme en guardia y observar con atención la hora de su llegada. Su elevación, indiferente casi en los méganos o colinas de arena que es fácil remontar, impone y llama la atención al pie de las costas rasgadas. Ese dilatado muro de treinta leguas no tiene muchas escaleras: sus estrechas aberturas que constituyen nuestros puertezuelos, están bastante distantes la una de la otra.

Curioso es en extremo observar en baja mar las hiladas sobrepuestas donde se lee la historia del globo en gigantescos registros, do los siglos acumulados ofrecen completamente abierto el libro del tiempo. Cada año se traga una página. Es un mundo que se derrumba, que el mar muerde constantemente por debajo, y las lluvias, los hielos,

atacan con más fuerza por arriba. La onda disuelve la parte caliza, se lleva, trae, arrastra incesantemente el sílex que convierte en guijarros redondos. Tan rudo trabajo hace de esa costa, riquísima por el lado que mira a la tierra, un verdadero desierto marítimo. Pocas, muy pocas plantas marinas se libran de la trituración eterna del guijarrillo magullado una y otra vez. Los moluscos y las conchas la temen, y hasta los peces se mantienen apartados. Gran contraste de una campiña apacible y tan humanizada y un mar en extremo inhospitalario.

Este, sólo se ve desde arriba. Por bajo, la triste necesidad de moverse sobre un terreno ruinoso, rodadero, cubierto de guijarros cual balas, hace intransitable la angosta playa, convirtiendo el más corto paseo en un violento ejercicio gimnástico. Preciso es vivir en las alturas donde las espléndidas quintas, las magníficas arboledas, los fructíferos campos, los jardines, se adelantan hasta la orilla de la gran muralla, contemplando con satisfacción la majestuosa calle de la Mancha cubierta de barquichuelos y de buques de gran porte, dividida por las dos playas y los dos grandes imperios del orbe.

¡La tierra! ¡el mar! ¿Qué más puede desearse? Ambos tienen aquí su encanto. No obstante, todo aquel que es aficionado al mar por lo que vale en sí, esto es, su amigo, su amante, irá más bien a buscarlo en sitio no tan variado. Para entrar en relaciones continuadas con él, las grandes playas arenosas (si la arena no es demasiado blanda) son mucho más cómodas, permitiendo paseos interminables. Allí se sienta despierto; allí puede entregarse el hombre a efusiones misteriosas del corazón. Nunca he tenido motivo de quejarme de esas vastas y libres arenas donde otros se fastidiaban; no me encuentro solo en aquel sitio. Voy, vengo, y siempre tengo junto a mí el gran compañero. Si no está muy conmovido, de mal humor, me aventuro a interrogarle, y se digna contestarme. ¡Cuántas cosas nos hemos comunicado durante los tranquilos meses en que la muchedumbre se ausenta a las ¡limitadas playas de Scheveningen y de Ostende, de Royan y de Saint-Georges! Entonces se establece cierta intimidad merced a las prolongadas con-

versaciones tenidas a solas. Requíérese cierto tacto para comprender el gran idioma de los mares.

Uno encuentra triste el Océano cuando, desde las torres de Amsterdam, el Zuiderzée se aparece terroso y con ondas plomizas: cuando, desde los méganos de Scheveningen, divísanse desplomarse sus aguas, dispuestas a cada momento a salvar el dique. En cuanto a mí, encuentro interesante este combate; dicha tierra me atrae, por imponente que sea: es el esfuerzo, la creación, el invento del hombre. Y también me agrada el mar, por los tesoros de la vida fecunda que encierra su seno. Es una de las partes más pobladas del Universo. Llega la noche de San Juan, día en que se abre la pesca, y veis surgir de las profundidades la ascensión de otro mar, el mar de los arenques. La llanura indefinida de las aguas no será bastante grande para contener aquel diluvio viviente, una de las revelaciones más triunfales de la fecundidad sin límites de la Naturaleza. He aquí lo que anticipadamente percibo en ese mar, y en los cuadros do el genio ha señalado su profundo carácter. La sombría *Estacada* de Ruysdael es el cuadro que siempre ha llamado más mi atención de todos los del Louvre. ¿Por qué? En las rojizas tintas de aquellas aguas electrizadas no siento ni por un momento el frío del mar del Norte, sino la fermentación, el oleaje de la vida.

Con todo, si se me preguntara qué costa del Océano produce mayor impresión, contestaría: la de Bretaña, particularmente junto a los agrestes a la par que sublimes promontorios de granito que terminan el mundo antiguo, en aquella atrevida punta que desafía las tempestades y domina el Atlántico. En parte alguna he sentido mejor las nobles y elevadas tristezas que constituyen las mejores impresiones del mar. Esto requiere una explicación.

Hay tristeza y tristeza -la del sexo débil, la del fuerte, -la de las almas demasiado sensibles que lloran sus propios males, y la de los corazones desinteresados que siempre están contentos con su suerte y bendicen continuamente a la Naturaleza, empero sienten los males de sus semejantes, y sacan de la tristeza misma fuerzas para obrar o

crear. ¡Con qué frecuencia nuestros males necesitan remojar su alma en ese estado que podemos nombrar melancolía heroica!

Al visitar aquel país treinta años ha, no me daba cuenta del gran atractivo que para mí tenía. En el fondo, el atractivo es su gran armonía. Por otro lado, y sin que uno se lo explique, siéntese discordancia entre el suelo y el habitante. La magnífica raza normanda, en los cantones en que se ha mantenido para o donde ha conservado el color rojo, el extraño rojo de la Escandinavia, no tiene la menor relación con la tierra que ocupa por acaso. En la Bretaña, por el contrario, sobre el suelo geológico más antiguo del globo, sobre el granito y el sílex, se pasea la raza primitiva, un pueblo también de granito. Raza ruda, nobilísima, con la finura del guijarro. Todo lo que progresa la Normandía, decae la Bretaña. Imaginativa y dotada de talento, le agrada lo absurdo, lo imposible, las causas perdidas. Empero si pierde en tantas cosas, le queda una, la más rara, el carácter.

Si uno quiere desviarse un tanto del anglicismo insípido y de la vulgaridad con pretensiones de positivismo, en fin, de las tontas alegrías tan tristes, que vaya a posarse sobre las rocas de la bahía de Douarnenez, en el promontorio de Penmark; ó, si la brisa sopla con demasiada violencia, que se embarque en las islas bajas del Morbihan: el mar arrastra hacia ellas una tibia onda que ni siquiera se siente. La Bretaña, donde es apacible, es lo de veras. En sus archipiélagos creeríais encontraros mecidos por la ola de la muerte; empero donde se ostenta con fuerza, es sublime.

En 1831 sentí sus tristezas, las cuales forman parte de la historia de mi vida. Entonces no conocía el verdadero carácter del mar. En los más solitarios ancones, entre sus rocas más agrestes es donde se ostenta verdaderamente risueño, quiero decir, vivo y retozón y lleno de vida. Veis cubiertas sus rocas con una a modo de capa de escabrosidades grises; mas aquello son seres animados, todo un mundo asentado allí, que queda en seco durante el reflujo, se cierra y esconde, volviendo a abrir sus ventanillas cuando el bueno del mar, su alimentador, le trae de nuevo el sustento. Allí trabaja también en masa ese apreciable

pueblo de pequeños picapedreros, los esquinos, observados y tan exactamente descritos por M. Caillaud. Toda esa muchedumbre juzga exactamente al revés de nosotros. La bella Normandía les espanta; detesta y tiemblan a la vista de los rudos guijarros de las costas bravas, que los triturarían con la mayor facilidad. No menos temor les causan los ruinosos calizos de la Saintonge, disgustándoles fijarse sobre lo que está destinado a desmoronarse el día de mañana. Al contrario, les gusta sentir bajo sus plantas el inmutable suelo de las rocas bretonas.

Tomemos ejemplo de ellos para no creer en las apariencias, sino sólo en lo verdadero. Las más encantadoras riberas de la Flora seductora son aquellas en que se aleja la vida marítima. Su riqueza consiste en fósiles: curiosos para el geólogo, instrúyenle por medio de los huesos de los muertos. El áspero granito, muy al contrario, ve bajo sus pies el mar con sus innumerables peces; encima otra vida, la población interesante, modesta, de los industriosos moluscos, pequeños obreros cuya laboriosa existencia constituye el serio encanto, la moralidad del mar.

«Reina silencio profundo. Ese pueblo infinito es mudo, nada me dice. Su vida es del uno para el otro, sin relación con la mía, y para mí vale la muerte. ¡Soledad! (exclama un corazón femenino). ¡Grande y triste soledad!... No estoy tranquila...»

Mal hecho. Aquí todos son amigos. Esos pequeños seres no se comunican con el hombre, pero trabajan para él. Pónense de acuerdo con su sublime padre, el Océano, que habla por ellos. Hácense oír por medio de su órgano atronador.

Entre la tierra silenciosa Y las mudas tribus del mar, entáblase aquí el diálogo grandilocuente, rudo y grave, simpático, la armónica concordancia del grande Yo consigo mismo, ese precioso debate que es todo Amor.

IV

Círculo de las aguas o círculo de fuego.

Ríos del mar.

Apenas echó la tierra una mirada sobre sí misma, cuando se comparó y prefirió al cielo. La joven geología luchando contra su hermana mayor la astronomía, reina orgullosa de las ciencias, lanzó un grito titánico. «Vuestras montañas, dijo, no han sido lanzadas *a la ventura, como las estrellas en el firmamento*, sino que forman sistemas do se encuentran los elementos de una ordenación general, *no ofreciendo de ello ningún vestigio las constelaciones celestes*» Frase tan atrevida y apasionada escapóse de los labios de un hombre cuya modestia iguala a su saber, M. Elías de Beaumont.

Es indudable que aún no se ha desembrollado el orden (probablemente muy grande) que reina en la fusión aparente de la Vía Láctea; empero la ordenación más visible de la superficie del Globo, resultado de las insondables revoluciones de su interior, conserva, y conservará para la ciencia más ingeniosa, sombras y misterios.

Las formas de la gran montaña emergida de las aguas que con propiedad llamamos tierra ofrecen varias disposiciones asaz simétricas, sin poder ser conducidas aún a lo que Parecería un sistema leal. Esas Porciones secas y elevadas aparecen más o menos visibles, según las descubre el agua. El mar, como límite, traza en realidad la forma de los continentes. Toda geografía conviene comenzarla por el mar.

Añadid un hecho culminante, revelado de pocos arios acá. Mientras la tierra nos ofrece tales 6 cuales rasgos que parecen discordantes (ejemplo, *el Nuevo Mundo extendiéndose de Norte a Sur y el antiguo de Este a Oeste*), el mar, por el contrario, presenta notable armonía, exacta correspondencia entre ambos hemisferios. En la parte fluida que se ha tenido siempre por tan caprichosa, es donde existe la regularidad. Lo que nuestro globo tiene de más ordenado, de más si-

métrico, es al parecer lo más libre, el juego de la circulación. La osamenta y las vértebras del gran animal presentan las singularidades de que aún no podemos darnos exacta cuenta. Mas, su movimiento vital que produce las corrientes del mar, que convierte de salada en dulce el agua, no tardando en trocarse en vapor para volver al agua salada, ese admirable mecanismo es tan perfecto como el de la circulación sanguínea en los animales más nobles. Nada hay que se asemeje tanto a la transformación continuada de nuestra sangre, venosa y arterial.

El aspecto del globo es al parecer, mucho más comprensible, si se clasifican las regiones, no por cordilleras, sino por *cuencas marítimas*.

El sur de España parécese más a Marruecos que a Navarra; la Provenza a la Argelia más que al Delfinado; la Senegambia a las regiones del Amazonas más que al mar Rojo; y el Amazonas tiene más analogía con las húmedas regiones del Africa que con sus vecinas del dorso, Chile, el Perú, etc.

La simetría del Atlántico es aún más notable en las corrientes submarinas, en los vientos y brisas de la superficie. Su acción ayuda poderosamente a crear esas analogías y a formar lo que puede apellidarse la fraternidad de las playas.

El principio de unidad geográfica, el elemento clasificador, será buscado más cada día en la *cuenca marítima*, donde las aguas, los vientos, mensajeros fieles, crean la relación, la asimilación de las opuestas orillas. Pediráse más raramente esa idea de unidad geográfica a las montañas, cuyas dos vertientes, a menudo en contradicción, nos ofrecen bajo una misma latitud floras y pueblos completamente distintos; aquí el invariable estío, a dos pasos el eterno invierno, según las situaciones. Raras veces da la montaña la unidad de la comarca, pero sí suele dar su dualidad, su divorcio y sus discordancias.

Esta opinión no es mía, sino de Bory de Saint-Vincent. Los recientes descubrimientos de Maury y las leyes que ha establecido la confirman de mil maneras.

En el inmenso valle del mar, bajo la doble montaña de ambos continentes, propiamente hablando no existen más que dos cuencas.

«1° La cuenca del Atlántico.

»2° La gran cuenca del mar Indico y Pacífico»

No puede darse el nombre de cuenca al círculo indeterminado del enorme Océano Austral, que ni tiene límite ni playa, que sólo hacia el Norte rodea el mar de la India, el mar de Coral y el Pacífico.

El Océano Austral por sí solo, es mayor que todos los mares juntos, pues cubre casi la mitad de la superficie del globo. Según toda apariencia, su profundidad como parejas con su extensión. Mientras los recientes sondeos del Atlántico indican 10 o 12.000 pies, Ross y Denham, hallaron en el Océano Austral 14.000, 27.000 y hasta 46.000 pies. Añadid a todo esto la masa de hielos antárticos, infinitamente más dilatados que nuestros hielos boreales. No se apartará uno mucho de la verdad, si, simplificando, dice: El hemisferio Austral es el mundo de las aguas, y el Boreal el de la tierra.

Todo el que parte de Europa para atravesar el Atlántico, habiendo salido sin contratiempo de nuestros puertos, cerrados con harta frecuencia por el viento Oeste, después de haber franqueado la zona variable de nuestros mares inconstantes, no tarda en penetrar en la del buen tiempo, a la eterna serenidad que los vientos de Noroeste, los suaves vientos alisios, dan al mar y la tierra. Todo sonrío: no hay motivo para inquietarse. Mas, al avanzar hacia la Línea, cesa la brisa vivificadora y el aire se vuelve sofocante. Se penetra en la zona de las calmas que dominan bajo el Ecuador y separan inmutablemente los alisios de nuestro hemisferio Boreal de los alisios del hemisferio Sur. El cielo está cubierto de pesadas nubes; a cada momento llueve a mares. El corazón se entristece, nos quejamos; mas, sin ese sombrío cortinaje, ¿podrían resistir nuestras cabezas los ardores solares del Atlántico? Sin el diluvio de agua que asalta la otra cara del globo mar Indico y el mar de Coral, ¿sería posible, e resistir la fermentación producida por los cráteres de sus encanecidos volcanes? Esa negra masa de nubes, antes terror, barrera de los navegantes, esa noche sú-

bita que se extiende sobre las aguas, es precisamente la salvación, la facilidad protectora que suaviza nuestro viaje, y nos conduce como por la mano a disfrutar del espléndido sol, del claro cielo del Sur, de la dulzura de los vientos regulares.

Naturalmente el calor de la Línea eleva el agua en vapores, formando esa sombría faja.

El observador que desde otro planeta contemplara el nuestro, vería cernerse sobre él un anillo de nubes con corta diferencia como observamos nosotros el de Saturno. Y si tratara de indagar su uso, podría contestársele: Es el regulador que, absorbiendo y devolviendo a su vez, equilibra la evaporación, la precipitación de las aguas, distribuye las lluvias y el rocío, modifica el calor de cada comarca, canjea los vapores de ambos mundos, pide prestado al mundo Austral los materiales para formar los riachuelos y grandes corrientes de agua de nuestro mundo Boreal. Solidaridad maravillosa. La América del Sur con sus imponentes selvas, por medio de su respiración condensada en nubes, empapa fraternalmente las flores y los frutos de Europa. El aire que nos renueva es el tributo que un centenar de islas del Asia, que la poderosa flora de Java o de Ceilán exhaló y confió al gran mensajero de las nubes que da vueltas con la tierra y le vierte la vida.

Colocaos (hablo en espíritu) sobre una de las islas, volcánicas que en tanto número ofrece el mar Pacífico y mirad hacia el Sur. Detrás de la Nueva Holanda veréis el Océano Austral sitiado con una onda circular las dos puntas extremas del antiguo Y nuevo continentes. Nada de tierra en el mundo antártico, o de islas, o de pretendidas tierras polares que tan pronto son indicadas por los descubridores como han desaparecido, no siendo tal vez más que hielos. Aguas sin fin, siempre aguas.

Del mismo observatorio donde os he colocado, en contraste con el círculo de las aguas antárticas podéis ver hacia el Este, hacia el hemisferio Artico, lo que Ritter llama «el círculo de fuego» Para hablar con más propiedad, es un anillo suelto, una cadena floja que forman los volcanes, primeramente en las cordilleras, luego en las alturas del

Asia, y por último en esos innumerables grupos de islas basálticas que hormigean por todo el Océano Oriental. Los primeros volcanes, los de América, ofrecen en una longitud de mil leguas, una sucesión de sesenta faros gigantescos, cuyas continuadas erupciones dominan la costa abrupta y las lejanas aguas. Los otros, desde la Nueva Zelanda hasta el norte de las Filipinas, cuentan ochenta que arden y un gran número apagados. Si fijamos la vista hacia el Norte (desde el Japón hasta Kamtschatka), cincuenta relucientes cráteres alumbran hasta de las islas Aleutianas, y los sombríos mares Articos (Leopoldo de Buch, Ritter, Humboldt). Total, trescientos volcanes en actividad que domina circularmente el mundo oriental.

En la otra cara del globo, nuestro Océano Atlántico ofrecía análogo aspecto antes de las revoluciones que apagaron la mayor parte de los volcanes de Europa, aniquilando por otra parte el continente de la Atlántida. Humboldt opina que esa gran ruina, atestiguada con tal fuerza por la tradición, realmente se verificó. Por mi parte, atrévome a añadir que la existencia de dicho continente era lógica en la simetría general del Universo, para que esa cara del globo fuera armónica a la otra. Allí se levantaban, al lado del volcán de Tenerife, que nos ha quedado, y de nuestros apagados volcanes de la Auvernia, el Rhin, Herefort, etc., los que debieron mirar la existencia de la Atlántida. Todos juntos constituían la parte opuesta de los volcanes de las Antillas y demás cráteres americanos.

De esos volcanes encendidos o extintos, de la India y de las Antillas, del mar de Cuba, del de Java, se desprenden dos enormes ríos de agua caliente, que corren a calentar el Norte, y podríamos llamar las dos aortas del globo. Ambos están provistos, o bien de lado o por debajo, de contracorrientes que, procedentes del Norte, traen el agua fría, compensando la efusión de agua caliente y constituyendo el equilibrio. A las dos corrientes cálidas, que son saludísimas, administran las corrientes frías una masa de agua más dulce, que vuelve al Ecuador, al gran fogón eléctrico destinado a calentarla, a salarla.

Esos ríos de agua caliente, angostos al principio, como de veinte leguas de ancho, y que por largo espacio conservan su vigor y poderosa identidad, poco a poco se cortan, entíbianse, empero se dilatan y se ensanchan hasta mil leguas. Maury estima que el que Parte de las Antillas é impele el Norte hacia nosotros, traslada y modifica la cuarta parte de las aguas del Atlántico.

Esos grandes rasgos de la vida de los mares, observados recientemente, eran, no obstante, tan visibles como los continentes mismos. Nuestra poderosa arteria Atlántica y su hermana la arteria Indica bastante se daban a conocer en el color. Por ambos lados se vislumbra un torrente azul, muy azul, que corre sobre las verdes aguas, color de índigo tan sombrío, que los japoneses nombran al suyo: río negro.

Vese perfectamente brotar el nuestro, entre Cuba y la Florida: sale hirviendo de su caldera, el golfo de Méjico. Corre cálido, salado, muy visible entre sus dos verdes murallas. Búrlase del Océano; éste lo encajona, lo comprime, mas no puede traspasarlo. Ignoro por qué densidad intrínseca, por qué atracción molecular, sus azuladas aguas se mantienen unidas, tan unidas, que antes que confundirse con el agua azul, se acumulan, forman un muro, una bóveda, con su pendiente a derecha o izquierda, y cualquier objeto que allí se eche lo repele y se desliza, pues es más alto que el Océano.

Rápido o impetuoso, primero corre al Norte, siguiendo los Estados Unidos; mas, al llegar a la punta del gran banco de Terranova, su brazo derecho dirígese al Este y el izquierdo se subordina, cual corriente submarina, yendo a consolar el polo y a crear el mar tibio (entiéndase no helado), que se acaba de descubrir. En cuanto al brazo derecho, desparramado por una inmensa latitud, cuando débil, cansado, llega a Europa, encuéntrase con la Irlanda y la Inglaterra que vuelven a dividir las aguas ya separadas en Terranova. Desfalleciente, perdido en el mar, entibia, no obstante, un poco la Noruega, y halla medio todavía de llevar a las costas de la Islandia las maderas de América, sin las cuales moriría esa pobre isla nevada bajo su volcán.

Los dos hermanos, el Indico y el Americano, se asemejan en que, salidos de la Línea, del horno eléctrico del globo, arrastran prodigiosas potencias de creación, de agitación. Por un lado parecen la matriz profunda de un mundo de seres vivientes, su suave y apacible cuna; por otra constituyen el centro y vehículo de las tempestades: los vientos, las trombas viajan a la superficie. Tanta dulzura, tanto furor, ¿acaso no es un contrasentido? No esto prueba únicamente que el furor sólo turba la parte de afuera, las capas externas, poco profundas. De lo interno nada se sabe. Las más débiles criaturas, los átomos conchíferos, las medusas microscópicas, seres fluidos que una nada disuelve, aprovechándose de la corriente, navegan pacíficamente bajo la tempestad.

Muy pocos llegan hasta nosotros: detiéndense en Terranova, donde la fría corriente del polo los ataca, los aprisiona, los mata. Terranova no es más que el osario de esos viajeros heridos por el frío. Los más tenues, aunque muertos, quedan flotando, mas acaban por llover cual nevazón en el fondo del Océano, constituyendo esos bancos de conchas microscópicas que, de Irlanda hasta América, constituyen aquel fondo.

Maury llama a los dos ríos de agua caliente, el Indico y el Americano, las *dos vías lácteas del mar*.

Semejantes en calor, color y dirección, describiendo precisamente una misma curva, no tienen, sin embargo, el mismo destino. El Americano comienza por penetrar en un mar bravío abierto al Norte, el Atlántico, que suelta y manda contra él el flotante ejército de hielos polares, donde gasta su calor. Al contrario, la corriente Indica, circulando primeramente por las islas, llega a un mar cerrado y más preservado del Norte, manteniéndose por mucho tiempo el mismo, cálido, eléctrico y creador, y trazando sobre el globo un enorme reguero de vida.

Su centro es el apogeo de la energía terrestre en tesoros vegetales, en monstruos, en especias, en peces. De las corrientes secundarias que se desprenden de él y van al Sur, resulta todavía otro mundo, el

del mar de coral. Allí, en un espacio *grande como los cuatro continentes* - dice Maury, - los pólipos fabrican concienzudamente los millares de islas, bancos y arrecifes que cortan poco a poco ese mar; escollos, hoy día, peligrosos y maldecidos del navegante, pero que remontando, uniéndose a la larga, constituirán un continente, y ¿quién sabe? después de un cataclismo, el refugio del linaje humano.

V

El Pulso del mar.

Nuestra tierra no es solitaria, según hace notar Juan Reynaud en el precioso artículo de la *Enciclopedia*. La complicadísima curva que describe expresa las fuerzas, las influencias diversas que sobre ella obran, atestiguando sus relaciones y comunicación con el gran pueblo de los cielos.

Sus relaciones jerárquicas son particularmente visibles con su jefe, el sol, y con la luna' que, como su servidora, tiene por esto más poderío sobre ella. Así como las flores de la tierra miran al sol, míralo la misma tierra que las sostiene, y aspira hacia él. En aquello que tiene de más movable, su masa fluida se levanta e indica que siente su atracción. Desbórdase y sube (como puede) y, fija su mirada hacia los astros amigos, dos veces al día hincha su seno, dedicándoles a lo menos un suspiro.

¿Acaso no siente la atracción de los otros globos l ¿Sus mareas sólo están regidas por la luna y el sol? Todos los sabios así lo decían, esto es lo que creían todos los marinos. Se estaba atendido a los incompletísimos resultados de La Place. De ahí errores terribles que se trocaban en naufragios. Con respecto a los peligrosos escollos de Saint-Malo había una equivocación de dieciocho pies. Sólo en 1839 fue cuando Chazallon, que estuvo a punto de perecer a consecuencia de tales errores, comenzó a descubrir y calcular las ondulaciones secundarias, pero de gran consideración, que modifican la marea general bajo influencias diversas. No cabe duda, que astros menos dominantes que el sol y la luna influyen asimismo en el vaivén de las aguas terrestres.

Empero, ¿bajo qué ley? Chazallon lo dice: «La ondulación de la marea en un puerto *sigue la ley de las cuerdas vibrantes*» Sentencia grave y de gran alcance, que nos da a entender que las relaciones de

los astros entre sí, son las relaciones matemáticas de la música celestial, según afirmara la antigüedad.

La tierra, por medio de su gran marea y de las mareas parciales, habla a los planetas sus hermanos. ¿Contestan éstos? Debemos pensar que sí. Con sus elementos fluidos deben asimismo levantarse, sensibles al esfuerzo de la tierra. La atracción mutua, la tendencia de cada astro a sacudir su egoísmo, debe crear a través de los cielos diálogos sublimes. Por desdicha, los humanos oídos sólo perciben una mínima parte de este coloquio.

Otro punto debemos considerar. El mar no afloja precisamente en el momento del paso del astro influyente: no tiene oficiosidad de una obediencia servil. Necesita tiempo para sentir y seguir la sacudida; es preciso que llame en su auxilio las aguas perezosas, que venza su fuerza de inercia, que atraiga, que arrastre las más lejanas. La rotación de la tierra, tan terriblemente rápida, muda de continuo los puntos sometidos a la atracción. Añadid que el ejército de las olas, en su movimiento simultáneo, tiene que sufrir todas las contrariedades de los obstáculos naturales, islas, cabos, estrechos, direcciones tan variadas de las orillas, y los obstáculos no menos resistentes de los vientos y corrientes, las rivalidades de los ríos de la tierra, que, bajando de los montes, arrastrados por sus rápidas pendientes, según los derretimientos de nieve y cien accidentes imprevistos, atraviéanse unos a otros y cambian el movimiento regular, iniciando luchas terribles. El Océano se mantiene firme. Las fuerzas de que hacen alarde los ríos más caudalosos, no bastan a intimidarle. Las aguas que hacia él se empujan no las rechaza: recógelas, las hace rodar cual montañas hasta Ruán y Burdeos, con tal violencia, que diríase intenta lanzarlas al otro lado de las montarlas verdaderas.

Tan diversos obstáculos crean a las mareas irregularidades aparentes que embargan y conmueven el ánimo. Nada más sorprendente que la contradicción de horas que ofrecen en dos puertos muy inmediatos. Una marea del Havre, por ejemplo, vale por dos de Dieppe

(Chazallon, Baude, etc.) ¡Qué gloria para el humano linaje haber sometido al cálculo fenómenos tan complejos!

Empero bajo ese movimiento externo, el mar oculta otros internos, los de las corrientes que le atraviesan á tal o cual profundidad. Sobrepuestas a diferentes alturas, o vertiéndose lateralmente en opuestas direcciones, corrientes cálidas, contracorrientes frías, ejecutan entre sí la circulación del mar, el cambio de las aguas dulces y saladas, la *pulsación* alternativa que es su resultado. Lo cálido *bate* de la Línea al polo, lo frío del polo al Ecuador.

¿Hay exactitud en comparar estrictamente esas corrientes, como se ha hecho a veces, corrientes asaz distintas y no muy mezcladas a los vasos, venas y arterias de los animales superiores? Rigurosamente hablando, no. Empero tienen cierta semejanza con la circulación menos determinada que los naturalistas han descubierto recientemente en algunos seres inferiores, moluscos y anélidos. Suplida esa circulación lagunar prepara la *vascular*, la sangre se desparrama en corrientes antes de formarse canales determinados.

Así es el mar: parece a un gran animal detenido en ese primer grado de organización.

¿Quién reveló las corrientes, esas fluctuaciones regulares del abismo al cual jamás descendemos? ¿Quién nos enseñó la geografía de las aguas tenebrosas? Los que viven en ellas o flotan en su superficie, a saber: los animales y los vegetales.

Vamos a ver cómo la ballena, cómo los átomos conchíferos (*foraminíferos*), cómo las maderas de las selvas americanas, transportadas hasta la Islandia, han concurrido a revelar el río de aguas calientes que de las Antillas se encamina a Europa, y la contracorriente fría que se le une en Terranova, pasando al lado o por debajo, y convirtiendo sus hielos en espesa niebla.

Una nube roja de animálculos, trasladada por un vendaval del Orinoco a Francia, ha dado la explicación de la gran corriente aérea del Suroeste que refresca nuestra Europa con las lluvias de las cordilleras.

Sin el continuado cambio de las aguas que se efectúa por medio de las corrientes en las profundidades del mar, en muchos sitios cubriríanse de sales y de detritus. Sucedería como en el mar Muerto, que, careciendo de desagüe y de movimiento, ve sus orillas cubiertas de sal y sus plantas incrustadas de cristalizaciones. Sólo con navegar por sus aguas los vientos truécanse en abrasadores, áridos, acarreado el hambre y la muerte.

Tantas observaciones dispersas sobre las corrientes del aire, de las aguas, las estaciones, los vientos, las tempestades, quedaban como una tradición en la memoria de los pescadores y los marineros, perdiéndose las más de las veces, bajando a la tumba con ellos.

La guía del navegante, la meteorología descentralizada, parecía vana, y acabó por ser negada. El ilustre M. Biot pidióla estrecha cuenta de lo poco que hasta entonces había adelantado. No obstante, en ambas playas, europea y americana, hombres perseverantes fundaban esa negada ciencia sobre la base de la observación.

El último y más célebre de todos, el norteamericano Maury, emprendió valerosamente lo que hubiera hecho retroceder a cualquier Gobierno, el examen y clasificación de innumerables *cuadernos de bitácora*, de esos informes documentos, a menudo truncados, que llevan los capitanes. Tales extractos, redactados, en tablas donde resaltan los hechos concordantes, dieron por resultado algunas reglas y generalidades. Un congreso de marinos, reunido en Bruselas, resolvió que las observaciones, a partir de aquel momento anotadas cuidadosamente, serían centralizadas en un mismo depósito, el Observatorio de Washington.

Noble homenaje de la Europa a la joven América, al pacienzudo é ingenioso Maury, sabio poeta de los mares que ha resumido sus leyes, y hecho un servicio mayor todavía, pues por el impulso del corazón y el amor á la Naturaleza, al mismo tiempo que por lo positivo de sus resultados, logró transportar el Universo. Sus cartas y la primera obra que escribió, cuya tirada fue de ciento cincuenta mil ejemplares, se regalan liberalmente por los Estados Unidos a los marineros de

todas las naciones del orbe. Muchos hombres eminentes, así en Francia como en Holanda, Jansen, Tricaut, Julien, Margollé, Zurcher y otros, hanse convertido en intérpretes, en elocuentes misioneros de aquel apóstol de los mares.

¿Por qué la América se nos ha adelantado en este caso? La América representa el deseo. Es joven y se muere por estar en relaciones con el resto del globo. Sobre su espléndido continente y en medio de tantos Estados, créese, sin embargo, solitaria. Tan alejada de su madre la Europa, tiene su mirada fija hacia este centro de la civilización, como la tierra hacia el sol, y todo lo que la acerca a esta gran luminaria hácela palpar. Puede juzgarse de ello por la embriaguez, por los conmovedores festejos a que se entregaron en aquella tierra con ocasión de inaugurarse el telégrafo submarino que enlaza ambas playas, prometiendo el diálogo y la réplica en algunos minutos, de suerte que los dos mundos no tengan más que un solo pensamiento.

Maury ha demostrado con verdadero genio la armonía del aire y del agua a tal Océano marítimo tal Océano aéreo. Sus movimientos alternados, el trueque de sus elementos son enteramente análogos. El distribuye el calor por el orbe, produce las sequías o la humedad. Esta la toma de los mares, del infinito del Océano central, sobre todo en los trópicos, en los grandes hervideros de la caldera universal. Conviértese en seco, al contrario, cuando pasa por los tostados desiertos, los grandes continentes, los ventisqueros (verdaderos polos intermedios del globo), que le chupan hasta su última gota. El calentamiento del Ecuador y el enfriamiento del polo, alternando la densidad y sutileza de los vapores, le hacen viajar en forma de corrientes y contracorrientes horizontales, que se cambian. Bajo la Línea, el calor que aligera los vapores y los hace subir, crea corrientes de abajo arriba. Antes de distribirse se ciernen sobre ese sombrío receptáculo que (lo hemos dicho) forma alrededor del globo como un anillo de nubes.

He aquí, pues, otras pulsaciones marítimas y aéreas independientemente del pulso de la marea. Este era externo, impreso por otros

astros al nuestro; mas el pulso de las corrientes diversas es intrínseco a la tierra, constituye su propia vida.

En el libro de Maury, el rasgo de ingenio, en mi opinión, es haber dicho: «El agente más aparente de la circulación marítima, el calor, no sería bastante. Hay otro no menos importante o más que aquél: la sal»

Esta abunda de tal suerte en el mar, que si toda la que contiene se aglomerara en América, la cubriría por entero formando una montaña de 4,500 pies de altura.

La salobridad del mar, sin variar gran cosa, sin embargo, aumenta, o disminuye según las localidades, las corrientes, la proximidad del Ecuador o de los polos. Desalado o saladísimo, por esta misma causa ofrécese el mar pesado o ligero, más o menos movable. Esa mezcla continua, con sus variaciones, hace correr el agua con más o menos rapidez, es decir, produce corrientes -corrientes *horizontales* en el seno del mar -y corrientes *verticales* del mar de las aguas al mar aéreo.

El francés M. Lartigue ha puesto en evidencia ingeniosamente varios lunares o inexactitudes que presenta la geografía de Maury. (Anales marítimos). Empero el autor americano, precavido en esto, no trata de ocultar lo que piensa respecto a lo incompleto de su ciencia, declarando que en ciertos puntos no lo ha sido dado valerse más que de hipótesis. Otras veces parece que titubea, preséntase soñador, inquieto. Su libro, escrito lealmente y de buena fe, deja vislumbrar fácilmente el combate interior a que se entregan dos espíritus: el *literalismo bíblico*, que hace del mar una cosa, creada por Dios de una sola vez, una máquina que se mueve al impulso de su mano, y el sentimiento moderno, la *simpatía de la Naturaleza*, para quien el mar es un ser animado, una fuerza vital y casi persona, donde el alma amante del Universo crea de continuo.

Curioso es ver al autor del libro en cuestión, aproximarse paulatinamente hacia este último punto de vista por una pendiente invencible. Mientras le es posible, explica los efectos mecánica, físicamente

(por el peso, calor, densidad, etc.). Mas, esto no hasta. En ciertos casos añado tal o cual atracción molecular o acción magnética. Tampoco es bastante esto. Entonces recurre francamente a las leyes fisiológicas que gobiernan la vida, dando al mar pulso, arterias y hasta corazón. ¿Esto por mera fórmula de lenguaje, u obra así por emplear un símil? No por cierto. Tiene (y ahí está el genio del autor), tiene en sí un sentimiento imperioso, invencible de la personalidad del mar.

Este es el secreto de su poder, esto es lo que arrebató a los hombres de ciencia. Antes de él, el mar sólo constituía una cosa a los ojos del sinnúmero de marinos que se deslizaban por sus aguas; gracias a Maury, hoy se lo considera persona: todos le reconocen por un exaltado y formidable amigo a quien adoran y quisieran domar.

El norteamericano está enamoradoísimo del mar. Sin embargo, a cada momento se contiene y se para, temiendo traspasar el límite que se ha propuesto. Al igual que Swaramerdam, Bonnet y tantos otros sabios ilustres de sentimientos religiosos, teme que, explicando demasiado la Naturaleza, se perjudique a Dios. Timidez no muy razonable. Cuanto más en evidencia se pone la vida, más se demuestra el de la grande Alma, adorable unidad de los seres por la que se engendran y crean. ¿Dónde estaría el peligro si se encontraba que el mar, en su aspiración constante a la existencia orgánica, es la forma más enérgica del eterno Deseo que en un principio evoco el globo en que vivimos y se reproduce constantemente en él?

Ese mar salado como la sangre, que tiene circulación, pulso y corazón (así llama Maury al Ecuador) donde renueva sus dos sangres; un ser que posee todo esto, ¿es seguro que sea una cosa, un elemento inorgánico?

He aquí un gran reloj, una gran máquina a vapor que imita exactamente el movimiento de las fuerzas vitales. ¿Es esto un juego de la Naturaleza? ¿O bien debemos creer que existe en esas masas una mezcla ¿e animalidad?

Un hecho enorme, que establece, si bien secundariamente y sólo de perfil, es que lo infinito que se sustenta del mar, los miles de mi-

llones de seres que hace y deshace incesantemente, absorben la leche de la vida, la espuma mezclada con sus aguas, quitándoles sus diversas sales que los constituyen a ellos y a sus conchas, etc, etc. Por este medio truecan el agua en desalada y más ligera, si bien movable y corriente. En los poderosos laboratorios de organización animal, tales como el del mar de las Indias y el del mar de Coral, esa fuerza, menos visible en otros sitios, se aparece como es: inmensa.

«Cada uno de esos imperceptibles -dice Maury, -cambia el equilibrio del Océano; todos le armonizan y son sus compensadores. -¿Con esto está dicho todo? ¿Acaso no serían esos motores esenciales los que han creado las grandes corrientes y puesto en movimiento la máquina? ¿Quién sabe si ese *circulus* vital de la animalidad marina no es la rueda motora de todo el *circulus* físico; si el mar animalizado no da la oscilación eterna al mar animalizable, por organizar aún, si bien sólo aguarda la ocasión de serlo fermentando de vida cercana?

VI

Las tempestades.

«El mar experimenta, de vez en cuando conmociones que parecen tener por objeto asegurar las épocas de sus trabajos. Tales fenómenos pueden considerarse como los espasmos del mar.» (Maury).

El ilustre autor se refiere especialmente a los bruscos movimientos que al parecer proceden de debajo, y que en los mares asiáticos equivalen a verdaderas tempestades.

Diversas son las causas que les señala:

1° El encuentro violento de dos mareas, de dos corrientes, 2° La súbita superabundancia de aguas pluviales en la superficie; 3° La ruptura y rápido derretimientos de los hielos, etc. Otros añaden la hipótesis de los movimientos eléctricos, las conmociones volcánicas, que pueden sobrevenir en el fondo.

Es, con todo, verosímil que el fondo y la gran masa acuática sean asaz pacíficos; de lo contrario, el mar no sería apto para llenar su gran función de madre y nodriza de los seres. Maury le llama, no recuerdo donde, un gran *criadero*. Un mundo de seres delicados, más frágiles que los de la tierra, son mecidos, amamantados con sus aguas. Esto da una idea muy apacible de su interior, Y mueve a creer que no sol, frecuentes en él las agitaciones violentas.

Por naturaleza el mar suele ser puntual, estando sometido a grandes movimientos uniformes, periódicos. Las tempestades son pasajeras violencias que le promueven los vientos las fuerzas eléctricas o ciertas crisis violentas de evaporación. Estos accidentes se verifican en la superficie, no revelando de ningún modo la verdadera, la misteriosa personalidad del mar.

Juzgar de un temperamento humano por algunos excesos de fiebre, sería una insensatez. Y con más razón sería juzgar el mar por sus movimientos momentáneos, externos, que, al parecer, solo afectan a capas de algunos centenares de pies.

Donde el mar es profundo, su vida está equilibrada, perfectamente contrapesada, tranquila y fecunda, enteramente entregada a sus reproducciones. No siente los pequeños accidentes que sólo ocurren arriba. Las grandes legiones de sus hijos que viven (á pesar de cuanto se ha dicho) en el fondo de su tranquila noche y no suben más que una vez al año, a lo sumo, hacia la luz y las tempestades, deben adorar a su gran nodriza como la verdadera armonía.

Sea como fuere, esos accidentes interesan en alto grado a la vida del hombre para que no ponga el mayor cuidado en observarlos. No es esto muy fácil, pues no sabe conservar su serenidad de ánimo. Las más serias descripciones sólo nos dan rasgos lagos y generales, y muy poco de lo que constituye la parte original de cada tempestad, de lo que la individualiza como resultante imprevisto de mil circunstancias obscuras, imposibles de desembrollar. El observador colocado en sitio seguro y que contempla desde la playa, ve indudablemente más claro, puesto que nada tiene que temer por su persona. Empero, ¿puede juzgar del conjunto lo mismo que aquel que se encuentra en el centro del torbellino y goza por todos lados del sublime panorama?

Los profanos en el arte de navegar debemos a los marinos la atención de escuchar con gran benevolencia los hechos que relatan, como actores y víctimas que han sido. Me ha disgustado siempre la ligereza escéptica con que los sabios de bufete suelen acoger lo que los marinos nos dicen, por ejemplo, de la altura de las olas. Búrlanse de los navegantes que las hacen ascender a cien pies. Algunos ingenieros han creído poder medir una tempestad, y de sus cálculos resulta que el agua no se eleva a más de veinte pies. Un excelente observador nos afirma, muy al contrario, haber visto sin ningún género de duda, desde la playa y en lugar seguro, montones de olas más altas que las torres de Nuestra Señora de París y hasta que el mismo Montmartre.

Es evidente que se trata de cosas distintas: de ahí la contradicción. Si se refiriesen a lo que forma como el campo de la tempestad, su lecho inferior, si se quiere hablar de las largas filas de olas que ruedan alineadas guardando cierta regularidad en su furor, la opinión

de los ingenieros no puede ser más exacta. Con sus crestas redondas y los valles alternados que presentan una y otra vez, revientan a lo sumo a la altura de veinte a veinticinco pies. Pero las olas que se entrecorren y no ruedan juntas se elevan mucho más: al topar adquieren una prodigiosa fuerza de ascensión, se lanzan, y caen con una pesadez increíble, capaz de maltratar, de hundir, de hacer trizas la embarcación. Nada tan pesado como el agua de mar. A esas olas en lucha, a esas espantosas montañas de agua se refieren los marinos, fenómenos cuya verdadera grandeza no es dado al hombre calcular.

Cierto día, no tempestuoso, sino un poco conmovido, en el cual preludiaba el Océano por medio de agrestes alegrías, me encontraba tranquilamente sentado sobre un bello promontorio de tinos ochenta pies. Entreteníame en ver el mar, en una línea de un cuarto de legua, asaltando mi roca, redondear la verde melena de su dilatada onda y empujarla como a la carrera. Azotaba con fuerza, haciendo retemblar el promontorio: tenía el trueno bajo mis plantas. Mas, esa regularidad se desmintió de repente. Ignoro qué ola del Oeste vino de través a herir traidoramente mi gran ola que con la mayor regularidad llegaba del Mediodía. En medio de ese conflicto, de improviso dejó de ver el sol; mi elevado promontorio fue invadido, no por un vapor erizado de espuma, sino por una enorme ola negra que, cayendo pesadamente sobre mí, me empapó de pies a cabeza. Allí hubiera querido ver á los señores académicos o ingenieros que miden con tanta precisión los combates del Océano.

Nadie debe, sentado en su bufete, poner en cuarentena con tal ligereza la veracidad de tanto hombre intrépido, encallecido por el trabajo y resignado, que ve con demasiada frecuencia la muerte a su lado para tener la pueril vanidad de exagerar sus peligros. Tampoco hay que comparar las tranquilas narraciones de los navegantes de profesión que corren las grandes vías trazadas, con las descripciones, a veces conmovedoras, de los audaces descubridores que las visitaron por vez primera, que señalaron, describieron los arrecifes, los escollos, atentos por ver de cerca y estudiar el peligro, al paso que el marino

vulgar, el rutinario, trata de evitarlo. Los Cook, los Perron, los d'Urville y otros descubridores, corrieron peligros reales en las aguas, entonces apenas frecuentadas, del mar de Coral, de la Australia, etc., obligados a afrontar de cerca bancos que cambian incesantemente de sitio, corrientes contrariadas que se cruzan y producen horrorosas luchas interiores en los pasos estrechos.

«Sin tempestad, y sólo con el balance, soplando el viento directamente por la popa, una ola de través produce tan fuerte sacudida, que la campana del buque toca por sí sola, y si durase el balance con sus falsos movimientos, la embarcación sufriría averías y aun se iría a pique.

»En los ácoros del banco de las Agujas -añade d'Urville, las olas llegaban a la altura de ochenta y hasta cien pies. Nunca había visto el mar tan enfurecido.

»Afortunadamente que esas olas sólo esparcían sobre nosotros el líquido de sus crestas, o si no, la corbeta habría sido tragada... En tan terrible combate quedó inmóvil, no sabiendo a quién obedecer. Los marineros que permanecían sobre cubierta, a cada momento que»daban anegados. ¡Espantoso caos que duró cuatro horas y de noche... un siglo, lo bastante para hacer criar al pelo canas!...-Así son las tempestades australes; tan terribles, que hasta en tierra los naturales que las presienten se llenan de pavor y se esconden en sus cavernas»

Por más interesantes y exactas que sean esas descripciones, no me siento con ánimo para copiarlas. Ni mucho menos me atrevo a imaginar o arreglar lo que no han visto mis ojos. Sólo referiré sucintamente las tempestades que he presenciado: siquiera en éstas interpreté, a lo menos así lo creo, los distintos caracteres que distinguen el Océano del Mediterráneo.

En los seis meses que pasé a dos leguas de Génova, a orillas del mar más pintoresco del Universo y el más abrigado, en Nervi, sólo disfruté de una pequeña tempestad de corta duración; mas, en tan poco tiempo, *rabió* con inusitada furia. No pudiendo contemplarla a mis anchas desde la ventana de mi vivienda, la abandoné y por callejuelas

tortuosas entre altos *palazzi*, aventuréme a dirigirme, no a la playa (ésta no existe), sino a una cornisa de negras: rocas volcánicas que orillan el mar, angosto sendero, el cual en ciertos puntos no tiene tres pies de anchura, y que, unas veces subiendo, bajando otras, desplomándose a menudo sobre el mar, le domina a la altura de treinta y hasta cuarenta y sesenta pies. La vista no podía fijarse a gran distancia. Continuados torbellinos obstruían la visión. Poco se vislumbraba, y ese poco tenía sus límites y era espantoso(. La aspereza, los ángulos frágiles de esa costa de guijarros, sus puntas y sus picos, sus entradas súbitas y abruptas, imponían a la tempestad saltos, botes, esfuerzos increíbles, torturas infernales. Rechinaba de blanca espuma, pareciendo responder con una sonrisa execrable a la ferocidad de las lavas que despiadadamente la rompían. Oíanse ruidos insensatos, absurdos; nada de seguido, sino truenos discordantes, silbidos tan ásperos como los de las máquinas de vapor, hasta el extremo de tener uno que taparse los oídos. Aturdido de un espectáculo que entorpecía los sentidos, trató de recobrarne: apoyándome en un muro que se internaba y no hubiera consentido que la furiosa me arrastrara, comprendí mejor aquella algarabía. Aspera y corta era la onda, y la dureza del combate se debía a lo extraño de aquella costa, tan abruptamente cortada, a sus ángulos crueles que apuntaban a la tempestad, desgarraban la ola. La cornisa por debajo, a uno y otro costado, hundíala en sus profundidades atronadoras.

Los ojos quedaban heridos al igual del oído por el contraste diabólico de esa nieve deslumbradora azotando las negrísimas lavas.

En fin, en aquel momento comprendí que más culpa tenía la tierra que el mar en lo terrible del cuadro que acabo de pintar. Lo contrario sucede en el Océano.

VII

La tempestad del mes de octubre de 1859.

La tempestad que he observado, mejor es la que hizo estragos en el Oeste, el 24 y 25 de octubre de 1859, que se renovó con más furor y con imponente grandiosidad el viernes 28 del mismo mes, durando el 29, el 30 y el 31, implacable, infatigable, seis días con sus noches, a excepción de un corto intervalo. Innumerables fueron las embarcaciones perdidas en nuestras costas occidentales. Antes y después, se experimentaron muy graves perturbaciones barométricas; los alambres del telégrafo quedaron rotos o inservibles, interrumpidas las comunicaciones. Algunos años cálidos habían precedido a esa tempestad, y después de ella hubo una gran variedad de tiempo, ya frío ya lluvioso. Y el presente año de 1860, hasta el día en que escribo estas líneas, está entregado a la obstinada *anegada* de los vientos Oeste y Sur, que parece quieren traer sobre nosotros todas las Hivias del Atlántico y del grande Océano Austral.

Contemplaba esta tempestad de un sitio grato y apacible, cuya dulzura no daba el más pequeño indicio de lo que iba a acontecer. Hablo del puertecito de Saint-Georges, junto a Royan, en la desembocadura del Gironde. Allí habían transcurrido cinco meses de mi existencia en completa calma, sumido en la meditación, interrogando mi corazón, y buscando responder al asunto que traté en 1859, asunto tan delicado, tan grave. El sitio, el libro, se mezclan agradablemente a mis recuerdos. ¿Me habría sido posible escribirlo en otra parte? Lo ignoro. Lo que puedo afirmar es que el perfume agreste del país, su severa suavidad, los olores de vivificante amargura que constituyen el encanto de sus matorrales, la flora de las landas, la de los méganos, mucho han contribuido a dar animación al libro en cuestión, prestándole su sabor, que nunca desaparecerá.

Los moradores están en su sitio en medio de aquella naturaleza. No son vulgares ni groseros. El campesino es grave, de rectas costum-

bres. Los marineros son todos pilotos, pequeña tribu protestante librada del furor de las persecuciones religiosas. Allí existe la honradez primitiva (son desconocidos todavía en ese país los cerrojos); nada de ostentación. Observase una modestia no acostumbrada entre los hombres de mar, la discreción y el tino que no siempre se encuentran en las clases más elevadas de la sociedad. Bien visto y apreciado de todos, tuve, sin embargo, el reposo y tranquilidad requeridos para trabajar a mis anchas. Esto hizo que me interesara más y más por aquellos hombres y sus peligros. Sin hablarles, todos los días les acompañaba con mis votos en su oficio de héroes. El estado del tiempo me inquietaba, y con frecuencia me preguntaba al contemplar el paso peligroso, si el mar, durante largo tiempo terso y tranquilo, no se trocaría de repente en montuoso y cruel.

Aquel sitio peligroso nada tiene de triste. Cada mañana desde mi ventana veía enfrente las blancas lonas, ligeramente tintas por la aurora, de un sinnúmero de barcos mercantes que aguardaban la brisa favorable para partir. Allí, el Gironde no tiene menos de tres leguas de ancho: tan solemne como los grandes ríos americanos, ostenta, sin embargo, la animación de Burdeos. Royan es un pueblecito de recreo adonde acuden gentes de toda la Gascuña. Su bahía y la de Saint-Georges disfrutan del espectáculo gratuito que dan los marsuinos al entregarse alegremente a la caza de los bañistas en pleno río, zambulléndose y dando saltos fuera del agua hasta la altura de cinco o seis pies. Parece como que saben perfectamente que en aquel país nadie se libra a la pesca; que en el sitio de combate, donde lo que preocupa al marinero es la dirección y salvamento de su embarcación, nadie hace caso de lo que puede valer el aceite de un marsuino.

Añadid a esa alegría de las aguas la preciosa e incomparable armonía de ambas riberas. Los pingües viñedos del Medoc se ostentan enfrente de las mieses de la Saintonge, de su variada agricultura. El cielo no tiene la belleza fija, y a veces monótona, del Mediterráneo. El de ese país es muy variable. Aguas saladas y dulces se elevan de las nubes iríseas, proyectando, sobre el espejo de donde proceden, extra-

ños colores, verde-claro, rosado y violeta. Creaciones fantásticas, que pasan como una exhalación para ser después más deplorada su pérdida, adornan la puerta del Océano en forma de monumentos originales, atrevidas arcadas, puentes sublimes y a veces arcos triunfales.

Las dos playas semicirculares de Royan y de Saint-Georges, con su fina arena, constituyen para los pies delicados el más suave paseo, que se prolonga sin cansancio por el sendero de pinos que alegran la duna con su verdor. Los magníficos promontorios que separan esas playas y las landas del interior, envían, aun a lo lejos, salutíferas emanaciones. La que domina las dunas es un tanto medical, emanación suave de las siemprevivas, donde parecen concentrarse todos los rayos solares y el calor de las arenas. En las landas florecen las plantas amargas, con un encanto penetrante que desentumece el cerebro y revive el corazón.

Allí se ostentan el tomillo y el sérpil, la mejorana amorosa, y la salvia bendecida de nuestros padres por sus grandes virtudes. La menta que sabe a pimienta y, sobre todo, la clavellina silvestre, exhalan los finos perfumes de las especias de Oriente.

Parecíame que, en medio de aquellas landas, el canto de las aves tenía más armonía que en parte alguna. Nunca he visto una calandria como la que se posó en el mes de julio sobre el promontorio de Vallière. Animada del espíritu de las flores, subía por el espacio, reflejando sobre su plumaje los rayos del sol poniente bajo el Océano. Su voz que venía de tan alto (tal vez se encontraba a mil pies de tierra), a pesar de su potencia conservaba toda su modestia y dulzura. Al nido, al humilde surco, a los pequeñuelos que la contemplaban dirigía visiblemente su canto agreste y sublime: hubiérase dicho que con su armonía se nacía la intérprete del espléndido sol, de la gloria do se cernía, sin orgullo, y que animaba a sus pequeñuelos diciéndoles: «¡Subid, hijitos míos!»

De todo esto, canto y perfumes, brisa suave y mar dulcificado por el agua del plácido río, fórmase una armonía infinitamente agradable, aunque sin gran ostentación. La luna parecíame luminosa sin despedir

gran claridad, las estrellas muy visibles, pero poco brillantes. Un clima agradabilísimo, completamente humanizado, y que sería voluptuoso a no estar saturado de un no sé qué que da lugar a la reflexión, aleja de la mente los ensueños y nos vuelve a la realidad.

¿Cómo es esto? ¿Acaso se debe a las arenas movedizas, a las veleidosas dunas, a los calizos poco firmes y cubiertos de fósiles, que os advierten la movilidad universal ¿Es el recuerdo silencioso, pero no borrado, de las persecuciones protestantes? La causa de aquel interior agreste débese más que a otra cosa a la solemnidad que reviste el país, a los continuados naufragios, a la proximidad de un mar terrible cual ninguno.

Un gran misterio se verifica en aquel sitio solemne, un tratado, un enlace, empero enlace mucho más importante que cualquiera himeneo real. Enlace, es verdad, de conveniencia entre esposos poco adecuados. La dama de las aguas del Suroeste, doblemente engrosada por el Tarn y el Dordogne, empujada por sus violentos hermanos los torrentes de los Pirineos, viene a ofrecerse (entiéndase que hablamos de la amable y soberana Gironde) a su gigantesco esposo el viejo Océano. Empero en ningún sitio éste es más áspero, más avinagrado. La triste barrera de Iodos del Charente, y luego la dilatada faja de arenas que le detienen por espacio de cincuenta leguas, pónenle malhumorado. Cuando no desencadena su cólera sobre Bayona y San Juan de Luz, azota la pobre Gironde. No se desliza, como el Sena, abrigado por varias costas, sino que va en línea recta al ¡limitado Océano. Las más de las veces éste le rechaza, y entonces retrocede y se desparrama a derecha é izquierda, escondiéndose por los pantanos de la Saintonge y hasta bajo los viñedos del Medoc, comunicando a sus vinos las cualidades de sobriedad y enfriamiento que constituyen el espíritu de sus aguas.

Ahora, figuraos el atrevimiento del hombre, que llega al punto de lanzarse entre los esposos en el fragor de la lucha, para ir, montado en una frágil barquilla, afrontando los golpes que se prodigan, en busca de la tímida embarcación detenida en la embocadura y no atrevien-

do a aventurarse. Ahí está el peligro que corre la vida de mis pilotos, vida modesta, pero tan gloriosa cuando se encuentre un Homero que canto su Odisea.

Comprándose fácilmente que el viejo soberano de los naufragios, el antiguo atesorador de tantos bienes sumergidos, no sabe agradecer ni poco ni mucho a los indiscretos que se presentan a disputarle su presa. Si en ocasiones los deja obrar, suele también con frecuencia, malicioso S cazurro como es, herirlos, vengarse, más contento de ahogar a un piloto que de engullirse las embarcaciones.

Con todo, tiempo hacía que no se citaba ningún accidente marítimo. El muy cálido verano de 1859 no ofreció otro siniestro en aquellos parajes que una barca destrozada en el mes de junio. Mas cierta agitación inexplicable hacía prever alguna desdicha. Llegaron septiembre y octubre. La turbamulta de visitantes que sólo pide sonrisas al mar, habíase eclipsado. En cuanto a mi, allí me estaba, clavado a causa de mi obra no terminada, a la par que por el singular Atractivo que tienen esas estaciones intermedias.

Observábase la veleidad y rareza de vientos que pocas veces se ofrece: ejemplo, una brisa abrasadora del Este, una ráfaga huracanada procedente constantemente de la parte serena. En ocasiones, las noches eran calurosas (y más en septiembre que en agosto), sin poder nadie pegar los ojos; agitadas, nerviosas; el pulso latía aceleradamente, estaba conmovido sin causa aparente, el temperamento hacíase desigual.

Un día que nos encontrábamos sentados en las *pinadas*, azotadas por el viento, aunque un tanto abrigadas por la luna, oímos una voz juvenil, extraordinariamente clara y penetrante, de un timbre muy acerado. No obstante, era la voz de una casi niña, de perfil austero, Acertaba a pasar con su madre y cantaba con toda la fuerza de sus pulmones el refrán de una antigua canción. Suplicárnosla que se sentara y cantase toda la canción.

Aquel poemita rústico expresaba a maravilla el doble espíritu de la comarca. La Saintonge es un país agrícola, amante del hogar do-

méstico. Carece del ánimo aventurero de los vascos. Pero, a pesar de sus gustos sedentarios, se convierte en marítima lanzándose al acaso. ¿Por qué? Con harta claridad lo explica la leyenda.

La preciosa hija de un rey que se entretenía en lavar su ropa, imitando en esto a la Nansicaa de la *Odisea*, deja que las aguas del mar le roben su sortija: el hijo de la costa se lanza al agua para recobrarla y se ahoga. Lloro la joven y queda convertida en el romero de la playa, tan amargo y doloroso a la vez.

Esa balada de los naufragios, cantada en tan crítico momento y en medio de un bosque gimiendo por la inminencia de la tempestad, me conmovió, encantóme, empero vino a fortificar el presentimiento que me corroía el alma.

Podía estar seguro cada vez que iba a Royan, que la tempestad me sorprendería en el camino, a pesar de que el viaje sólo es de algunas horas. Desencadenábase sobre mí al llegar a los viñedos de Saint-Georges, y a la landa del promontorio que trepaba primero, y aumentaba su fuerza en la gran playa circular de Royan que yo seguía. A pesar de estar en el mes de octubre, la landa conservaba sus perfumes agrestes, que a cada instante me parecían más penetrantes. En la apacible playa, el viento, tibio y dulce, me azotaba el rostro, y con no menos dulzura a pesar de lo sospechoso de sus caricias, el mar lamía mis pies. Ni el uno ni el otro me engañaban, estando bien persuadido de la escena que preparaban.

Como preludio y después de veladas agradables, estallaban a mitad de la noche espantosos ventarrones. Esto aconteció varias veces, en particular el 26: la noche de ese día empecé a temer que se preparaban grandes desastres. Nuestros marinos se habían ausentado. En las dilatadas fluctuaciones de la crisis equinoccial se espera un poco; y, si las cosas se prolongan, el deber y el oficio discurren; se hace caso omiso de todo, y uno se arriesga, salga lo que salga. Tuve, pues, el presentimiento de una desgracia, y dije para mí: «Alguien perece»

Y era la pura verdad.

Una embarcación de práctico, que a pesar de lo embravecido del mar había salido para librar del peligro del paso a un buque mercante, perdió uno de sus hombres, y aun la embarcación estuvo a punto de zozobrar. El desgraciado dejaba tres hijos y su mujer embarazada. Y lo más sensible del caso era que aquel hombre excelente, alentando en su pecho un amor generoso de que se dan muchos ejemplos entre los marinos, había tomado por compañera a una joven inútil para el trabajo, pues accidentalmente perdió varias falanges de los dedos. ¡Situación horrible la de esta mujer inválida, en cinta y viuda!

Hízose una colecta, y yo llevé a Royan mi pequeño óbolo. Encontré un piloto que me habló de aquel suceso con sincero dolor. «Este es nuestro oficio, caballero: cuando el mar ruge con toda su fuerza, entonces estamos obligados a salir.» El comisario de la marina, en cuyas manos están los registros de los vivos y de los muertos, y que conoce mejor que nadie la suerte de esas familias, me pareció hallarse también muy triste o inquieto. Todos veíamos perfectamente que la cosa apenas comenzaba.

Dirigíme a la playa, y en aquel trayecto asaz largo tuve ocasión de observar, de estudiar en una zona, de nubes que, a mi entender, podía extenderse en todas direcciones cosa de ocho o diez leguas. A mi izquierda vislumbrábase la Saintonge, cuyas orillas seguía, en espectación, triste o insensible a mi derecha el Medoc, del que me separaba el río, ofrecía una calma sombría; y detrás de mí, viniendo del Oeste, del Océano, se elevaba un mundo de negras nubes; aunque, de frente, una fuerte brisa terrestre de Burdeos parecía querer detenerlas. Esa brisa bajaba por el Gironde, y hubiera podido esperarse que el poderoso río, merced a tan protectora e impetuosa corriente, haría retroceder la lúgubre cortina que levantaba el Océano.

En medio de mi incertidumbre miraba hacia atrás y consultaba a Cordouan, el cual parecíome sobre su escollo, de una palidez fantástica. Su torre asemejábase a un espectro que exclamara «¡Desdicha! » «¡desdicha!»

Después de calcular mejor la situación, vi perfectamente bien que el viento terrestre no sólo sería vencido, sino que era el auxiliar de su enemigo. Aquel viento soplabá muy bajo sobre el Gironde, hundiendo, derribando todos los obstáculos inferiores, y despejando por debajo la vía los elevados y sombríos nubarrones que procedían del Océano: les formaba como un rail deslizador, sobre el cual el camino era mucho más fácil. En poco tiempo, todo terminó por la parte de tierra; cesó la brisa, disolviéndose en tintas grises, reinando sin obstáculo desde aquel momento los vientos superiores.

Al llegar yo a los viñedos de Vallière, cerca de Saint-Georges, gran número de personas estaban en los campos, terminando a toda prisa sus faenas, pues creían no poder trabajar en muchos días. Comenzaban a caer las primeras gotas, mas, al poco rato, todo el mundo tuvo que recogerse a sus casas.

Había presenciado muchas tempestades, leído mil descripciones de ellas, y por lo tanto no creía tener motivo para asombrarme. Empero nada hacía prever el efecto que ésta me causó, tanto por su duración como por su sostenida violencia y su implacable uniformidad. Cuando hay su más o su menos, un momento de reposo o un *crescendo*, en fin, alguna variación, el alma y los sentidos encuentran un no sé qué, que calma, que distrae, que responde a la imperiosa necesidad de la variedad. Mas, en la presente ocasión, fueron cinco días con sus noches, sin tregua, sin aumentar ni disminuir, siempre la misma furia y sin la menor variedad en lo horrible del cuadro. No hubo truenos, ni combates entre las nubes, ni el mar se desgarró. De improviso, una gran tinta cenicienta cerró el horizonte por todos lados; nos vimos envueltos en aquel fúnebre sudario, sin quedar por eso completamente a oscuras, y descubriendo un mar aplomado y blanquizco, aborrecible y desolador por su monotonía furiosa, sin entonar más que una nota. Parecía el alarido de ¡in gran caldero que hierve: no hay poesía terrífica capaz de parangonarse con aquella prosa. Continuamente, continuamente el mismo tono: ¡Oh! ¡oh! ¡oh! ó ¡uh! ¡uh! ¡uh!

Como habitábamos en la misma playa, éramos más que espectadores de la escena: constituíamos una parte de ella. En ciertos momentos, llegaba el mar hasta veinte pasos de nuestra habitación, no dando un solo golpe sin que temblara la casa. Nuestras ventanas tenían que soportar (por fortuna no completamente de frente) el inmenso viento del Suroeste que traía un torrente, digo mal, un diluvio, el Océano convertido en lluvia. Desde el primer día tuvimos precipitadamente, y no sin gran trabajo, que cerrar las ventanas y encender luz para poder distinguir los objetos en pleno día: en las habitaciones que daban al campo, el estruendo y la conmoción eran tan notables como en las demás. Yo persistí en trabajar, pues tenía curiosidad de saber si aquella fuerza salvaje lograría oprimir, poner trabas al libre albedrío, y conseguí no obstante mantener mi pensamiento en actividad, dueño de sí mismo. Escribía y me observaba. A la larga, sólo la fatiga y la falta de sueño consiguieron trastornar una de mis potencias, creo que la más delicada del escritor, el sentido rítmico. Mis frases se deslizaban inarmónicas, siendo ésta la primera cuerda de mi instrumento que se encontró rota.

El gran mugido no tenía otra variante que las voces extrañas, fantásticas, del viento desencadenado sobre nosotros. La casa que habitábamos le estorbaba, siendo para él un blanco que asaltaba de mil maneras. Unas veces, era el golpear brusco del amo que llama a la puerta; sacudidas como de tina mano de hierro que quisiese arrancar el marco; otras, agudos quejidos por la chimenea, lamentos por no poder penetrar, amenazas porque no habríamos la puerta, en fin, cóleras, horrorosas tentativas para arrancar el techo. Y, sin embargo, esos ruidos eran ahogados por el grande ¡oh! ¡oh! ¡Tal era la inmensidad, el poder, lo espantoso de esto! El viento nos parecía, secundario, si bien lograba hacer penetrar la lluvia. Nuestra casa (iba a decir nuestra embarcación) hacía agua: el granero, traspasado en varios puntos, derramaba el líquido elemento a raudales.

Ocurrió algo más grave: el huracán en su furia, y por un esfuerzo desesperado, logró arrancar el gozne de una de las ventanas, que des-

de entonces, aunque cerrada, temblaba, bamboleábase, se agitaba, y hubo necesidad de afirmarla atándola fuertemente por sus hierros al que estaba más sólido. Para esto fue preciso abrir la ventana: en el momento que lo hice, aunque abrigado por ella, sentíme, como envuelto en un torbellino, medio ensordecido por la horrible fuerza de un ruido parecido a un cañonazo, a varios cañonazos que sin interrupción hubiesen disparado en mis oídos.

Por los resquicios de la ventana observó una cosa quedaba la medida de esas fuerzas incalculables, y era que las olas, cruzándose y rompiéndose unas con otras, con frecuencia no podían caer: por debajo la ráfaga las levantaba cual ligera pluma, desparramando por el campo aquellas pesadas moles. ¿Qué hubiera acontecido si desapareciendo la ventana, el viento embarcara en nuestra casa aquellas imponentes olas que sostenía y empujaba con la rigidez de una tromba, y conducía a través de los campos, terribles y al aire?...

Teníamos la extraña suerte de poder naufragar en tierra firme: nuestra casa, tan cercana al mar, estaba expuesta, a ver desaparecer su techo, o tal vez todo un piso. Esto inquietaba no sólo a nosotros, sino a todos los habitantes del lugar, como nos lo confesaron, aconsejándonos la abandonásemos. Empero nosotros suponíamos que tan larga tormenta tendría fin, y contestábamos siempre: *Mañana*.

Las noticias que se recibían por la, vía terrestre eran desastrosas: sólo hablaban de naufragios. El 30 de octubre, un buque procedente de los mares del Sur pereció a nuestra, vista, en el paso, ahogándose cuantos lo tripulaban (una treintena de hombres). Después de haber evitado las rocas, los escollos, había llegado frente a una playecita de menuda arena, donde acostumbraban bañarse las mujeres. Pues bien: en aquella playa, levantado por el torbellino, indudablemente a gran altura, cayó con horrorosa pesadez y fue aporreado, derrengado, dislocado, quedando en aquel sitio como un cadáver. ¿Qué se hicieron sus tripulantes? No se encontró la menor traza de ellos, creyéndose que tal vez todos habían sido barridos de sobre cubierta.

Tan trágico suceso daba a suponer que hubiesen ocurrido otros muchos idénticos; de suerte que el pensamiento no soñaba más que desventuras. Y el mar, entretanto, parecía no estar harto todavía. Todos estábamos saciados; él no. Yo veía a nuestros pilotos aventurarse detrás de una muralla que les cubría por el Suroeste, observar con inquietud, mover la cabeza. Por fortuna para los pobres, ninguna embarcación se atrevió a penetrar, y por lo tanto no fueron requeridos sus servicios. De lo contrario allí estaban, prontos a jugar sus vidas.

Por mi parte también contemplaba insaciablemente aquel mar que me causaba odio. No encontrándome realmente en peligro, mi fastidio y desconsuelo eran mayores, ¡Cuán feo era el mar! ¡Qué horrible su aspecto! Nada recordaba en aquel momento los vanos cuadros de los poetas; únicamente que, por un extraño contraste, cuanto más cundía mi desaliento, tanto más animado él se presentaba. Todas aquellas olas electrizadas por tan furioso movimiento hallábanse grandemente estimulada, y en posesión como de un alma fantástica. En el furor general, cada cual desempeñaba un papel distinto: y en la total uniformidad (cosa verdadera aunque contradictoria), notábase un diabólico hormiguelo. ¿Acaso era esto visión de mis ojos y de mi fatigado cerebro, o la pura verdad? Las olas me hacían el efecto de un espantoso *mob*, de un horrible populacho; no hombres, sino perros ladrando, de miles y miles de dogos rabiosos, o más bien, dementes... ¿Qué estoy diciendo? ¿Perros? ¿Dogos? no era esto, no; sino execrables e innominadas apariciones, bestias sin ojos ni orejas, sin otro órgano que sus espumantes bocazas.

¡Monstruos! ¿Qué queréis? ¿No estáis aún embriagados con los naufragios de que tenemos noticia a cada momento? ¿Qué más pedís?—«Tu muerte y la muerte universal, la supresión de la tierra y la vuelta del caos»

VIII

Los faros.

Impetuosa es la Mancha con su estrecho do se sumerge el flujo del Océano del Norte; áspero es el mar bretón con los violentos remolinos de sus cortaduras basálticas; mas, el golfo de Gascuña, desde Cordouan a Biarritz, es un mar de contradicciones, un enigma de combates. En dirección al Mediodía se vuelve de repente extraordinariamente profundo, un abismo donde el agua se cuele. Un ingenioso naturalista lo compara a un gigantesco embudo que absorbiese bruscamente. La ola, escapándose de allí bajo espantosa presión, se eleva a alturas de que no hay otro ejemplo en nuestros mares.

La marejada del Noroeste es el motor de la máquina, y si es un tanto más Norte empuja hacia el fondo del golfo, ya a aplastar San Juan de Luz. Más Oeste, hace regolfar el Gironde y encasqueta sus horribles olas al infortunado Cordouan.

No se conoce bastante a ese respetable personaje, a ese mártir de los mares; y creo que de todos los faros de Europa es el más viejo. Uno solo puede disputarle su antigüedad, la célebre linterna de Génova; mas la diferencia es grande. Esta, que corona un fuerte, asentada tranquilamente sobre una roca excelente y muy sólida, puede reírse de las tormentas. Cordouan se encuentra sobre un escollo rodeado continuamente de agua. En verdad que fue mucha audacia edificar sobre la misma onda, ¿qué digo? sobre la violenta onda, en medio del eterno combate de un río y un mar semejantes.

Estos, le prodigan a cada momento o sendos latigazos o pesados bofetones que truenan sobre él como un cañonazo. Aquello es un eterno asalto. El mismo Gironde, empujado por las brisas terrestres, por los torrentes de los Pirineos, combate por momentos a ese portero del paso, como si fuera responsable de los obstáculos que te opone el Océano.

Y, sin embargo, ese faro es la única luz que resplandece en aquel mar: todo el que se desvíe de Cordouan empujado por el viento Norte, corre peligro; también es fácil se aparte de Arcachon. Ese mar es tan terrible como tenebroso; de noche, no se divisa una sola señal que guíe al navegante, ni hay un solo punto de abrigo.

Durante los seis meses que permanecí en aquellas playas, mi contemplación ordinaria, mejor diré, mi sociedad habitual, era Cordouan. Perfectamente comprendía que su posición de guardián de los mares, de vigilante constante del estrecho, constituían aquella mole en una especie de personaje. De pie sobre el vasto horizonte de Poniente, se ofrecía a mis ojos bajo cien aspectos distintos. A veces, en una zona de gloria triunfaba el sol; en otras ocasiones, pálido y apenas visible, flotaba entre la niebla presagiando desdichas; y al tender su negro manto la noche, cuando aparecía bruscamente su luz roja y lanzaba sus miradas de fuego, parecía un inspector celoso que vigilaba las aguas, penetrado e inquieto de su responsabilidad. No importa lo que en el mar sucediese, él, siempre era el culpado: alumbrando la tormenta, solía arrancar alguna víctima de sus brazos, y no obstante él tenía la culpa de la furia de los elementos. Así es como la ignorancia acostumbra a tratar al genio, acusándole de los males que descubre. Me acuso en este sitio de haberle tratado yo mismo con injusticia. Si no se encendía a la hora acostumbrada, si sobrevenía el mal tiempo, le acusaba, le reprendía. «¡Ah! ¡Cordouan! ¡Cordouan! ¿No puedes traernos, blanco fantasma, más que huracanes?»

Y, sin embargo, creo que debimos a él, en la tempestad de octubre, la salvación de nuestros treinta hombres. La embarcación se hizo trizas, mas se salvaron los que la tripulaban.

Gran cosa es ver do se naufraga, irse a pique en plena luz, con conocimiento del sitio, de las circunstancias y de los recursos de que se puede echar mano. «¡Dios todopoderoso! ¡Si es nuestro destino perecer, que a lo menos prezcamos de día!»

Cuando la embarcación, arrastrada desde alta mar por el furioso oleaje, llegó de noche cerca de las costas, había mil probabilidades

contra una de no entrar en Gironde. A la derecha, la luminosa punta de Grave le advertía que evitase el Medoc; a la izquierda, el pequeño faro de Saint-Palais le mostraba la peligrosa roca de la Grand'Caute del lado de la Saintonge. Entre esos fuegos blancos y fijos, se destacaba sobre el escollo central la claridad rojiza de Cordouan que, cada minuto, indica el paso.

Por un esfuerzo desesperado logró pasar la embarcación, pero fue todo. El viento, las olas, la corriente, la asaltaron en Saint-Palais: la benéfica trinidad de los tres fuegos reflejaba en aquel sitio. Los treinta vieron do estaban, que iban a encallar en la arena y que tal vez podrían salvar sus vidas si abandonaban á, tiempo el frágil leño. Puesto en práctica su pensamiento, confiáronse a la tormenta, al furor del viento; y, efectivamente, los trató éste como a esas olas que arrastra hacia la tierra sin permitirles retroceder. Topándose unos con otros, magullados, fueron arrojados no sé dónde, pero es lo cierto que salieron del peligro con vida.

¿Quién es capaz de contar el número de hombres y de barcos que salvan los faros? Vista la luz en esas horribles noches de confusión en que los más animosos se turban, no sólo indica el camino, sino que presta valor, impidiendo al ánimo extraviarse. Es un gran apoyo moral decirse en el trance supremo: «¡Persiste! ¡un esfuerzo más!... Si el viento y el mar son tus contrarios, no estás solo, la Humanidad vela por ti»

Los antiguos, que seguían las costas y las tenían á, la vista incessantemente, necesitaban más que nosotros alumbrarlas. Dícese que los etruscos fueron los que empezaron a entretener los fuegos nocturnos sobre las piedras sagradas. El faro era un altar, un templo; una columna, una torre. Los celtas también fabricaron, existiendo todavía importantes *dolmens* precisamente en los puntos favorables de donde pueden divisarse mejor los fuegos. El Imperio Romano había iluminado, de promontorio en promontorio, todo el Mediterráneo.

El gran terror de los piratas del Norte, la vida temblorosa de la sombría Edad Media, apagan todo eso, cuidándose de auxiliar los de-

sembarcos. El mar hase convertido en objeto de terror: todo barco es un enemigo, y si se estrella, una presa. El pillaje del náufrago constituye una de las rentas del señor: es el noble *derecho de fractura*. Conocido es el Conde de León enriquecido por su escollo, «piedra preciosa -decía, -más que cuantas causan la admiración del vulgo en las coronas de los reyes»

En los tiempos modernos, si bien inocentemente, los pescadores han causado no pocos naufragios encendiendo hogueras en la playa que se veían desde el mar; y aun los mismos faros han ocasionado alguna catástrofe cuando se han confundido entre sí. Una luz tomada por otra inmediata, a veces dio motivo a terribles equivocaciones.

Después de sus grandes guerras, la Francia tomó la iniciativa del nuevo arte de luces y de su aplicación en beneficio del género humano. Armada con el rayo de Fresnel (una lámpara de la potencia de cuatro mil y que se distingue a doce leguas de distancia), erigió una cintura de esas poderosas llamas que entrecruzan sus luces y se penetran unas a otras. Así desaparecieron las tinieblas de la faz de nuestros mares.

Para el marino que se guía por las constelaciones, este invento fue como un nuevo cielo que se le ofreció, creando a la vez los planetas, estrellas fijas y satélites, y dando a esos astros de invención, los matices y caracteres diversos de los de arriba. Asimismo varió el color, la duración, la intensidad de su centelleo. A los unos, dio la luz tranquila que basta para las noches serenas; ú los otros, una luz movable giratoria, una mirada de fuego que atraviesa los cuatro lados del horizonte: éstos, como los misteriosos animales que alumbran el mar, tienen la viviente palpitación de una llama que relumbra y palidece, que brota y muere. En las sombrías noches de tormenta, se conmueven, parecen tomar parte en las convulsiones del Océano, y, sin sorprenderse, devuelven fuego por fuego a los resplandores celestes.

Es preciso recordar que en aquella época (1826), y hasta 1830, todo el mar estaba en tinieblas. Contados eran los faros en Europa; en Africa sólo existía el del Cabo; en Asia había tres: los de Bombay,

Calcuta y Madrás, y ni uno solo en el espacio inmenso de la América del Sur. Desde entonces acá, todas las naciones han seguido imitando a la Francia. Poco a poco se hace la luz.

Quisiera llevar a cabo con el lector en una sola noche, y sin movimientos de este sitio, la circunnavegación de nuestro Océano, entre Dunkerque y Biarritz, y la revista de los grandes faros. Empero sería esto tarea muy larga.

Calais hace seriales hospitalarias a la Inglaterra, a la muchedumbre que pasa por aquel país, con sus cuatro faros de colores diversos, que deben verse desde el mismo Douvres. El magnífico golfo del Sena, entre la Hève y Barfleur, alumbrado por faros amigos, abre el Havre a la América, recibéndola directamente en el hogar, en el corazón de la Francia.

El mismo Sena se adelanta hacia el mar para recoger las embarcaciones, iluminando con gran esmero todas las puntas de la Bretaña. En la vanguardia de Brest, en Saint-Matthieu, en Penmark, en la isla de Sen, se ostentan luces distintas que resplandecen por minutos y aun por segundos, gritando al navegante: «¡Atención! Observa esa roca... Huye de ese escollo... Vira hacia aquí... ¡Perfectamente!... ya estás en el puerto»

Notad que todas esas torres levantadas en sitios peligrosos, edificadas a menudo sobre las rompientes y en medio de las tempestades, establecían al arte el problema de la absoluta solidez. Muchos faros se levantan a alturas inmensas. La tan decantada arquitectura de la Edad Media no se aventuraba a edificar tan alto si no daba al edificio apoyos exteriores, contrafuertes, botareles, y hacia la cima de las torres ya no se fiaba de la piedra, sino que recurría al auxilio no muy artístico de los graponés de hierro que enlazaban entre sí las piedras, como puede verse todavía en la aguja de la catedral de Strasburgo. Nuestros arquitectos desprecian tales medios. El faro de los Héaux, construido últimamente por M. Reynaud sobre el peligroso escollo de las Espadas de Tréguier, tiene la sencillez sublime de una gigantesca planta marina. Poco se cura de los contrafuertes: hunde en la roca viva sus ci-

mientos tallados al cincel, y sobre una base de sesenta pies de anchura, se yergue su columna de veinticuatro pies de diámetro. Sus anchas piedras de granito están embutidas la una en la otra; además, en la parte inferior, las hiladas se encuentran unidas por medio de dados (también de granito) que penetran a la vez en otras piedras superpuestas. Toda la obra está tan bien ajustada que el cemento fue cosa superflua. De abajo arriba, mordiendo cada piedra a su inmediata, según se ha dicho, el faro constituye una sola mole, más compacta que la roca sobre que se asienta. La ola no sabe qué lado atacar: azota, rabia, pero resbala. Todo lo que consigue ganar con sus prolongados truenos es que el faro oscile y se incline un tanto. Empero no hay que alarmarse por esto; la misma ondulación presentan las más antiguas y sólidas torres.

Así, pues, en lugar de los tristes bastiones que antiguamente amenazaban al mar, como los que todavía he visto en la costa de Berbería, la civilización moderna edifica las torres de la paz, de la hospitalidad benévola. Preciosos y nobles monumentos, a veces sublimes a los ojos del arte y que siempre conmueven el ánimo. Sus luces de colores distintos, donde se representan el oro, la plata de las estrellas, ofrecen el seguro firmamento que una providencia humana ha organizado sobre la tierra. Cuando están velados todos los astros, es dado al marino contemplar éstos y recobrar el perdido ánimo, reconociendo en ellos su estrella, la estrella de la Fraternidad universal.

¡Cuánto agrada sentarse junto a uno de esos faros, bajo esas luces amigas, verdadero hogar de la vida marítima! El más moderno de entre ellos es ya venerable por las preciosas vidas que ha salvado. Su vista produce más de un recuerdo; rodéalo la tradición y es objeto de sabrosas leyendas, pero leyendas verdad. Dos generaciones bastan para que un faro tome carta de antigüedad y se convierta en sagrada su memoria. Frecuentemente dirá la madre a la joven: «Este salvó a tu abuelo, y sin él no hubieras venido al mundo»

¡Cuántas visitas le hace la intranquila esposa que aguarda la vuelta de su marido! Al anochecer, y también a media noche, la halla-

réis allí sentada, aguardando y pidiendo que la bienhechora luz que brilla en lo alto traiga al ausente, lo conduzca a puerto con seguridad.

Con justicia, los antiguos honraban el altar de los dioses salvadores del hombre en sus piedras sagradas. Para el corazón atribulado que tiembla y espera, los tiempos no han variado, y en medio de la obscuridad de la noche, la que llora y ruega ve en el faro él altar y el mismo Dios.

LIBRO SEGUNDO

GÉNESIS DEL MAR

I

Fecundidad

La velada de San Juan (del 24 al 25 de junio), cinco minutos después de haber dado la media noche ábrese la gran pesca del arenque en los mares del Norte. Luces fosforescentes ondulan o bailan sobre las ondas; «son los *relámpagos* del arenque» la señal consagrada que parte, de todas las embarcaciones. Acaba de subir un mundo de seres vivientes de las profundidades a la superficie, siguiendo el atractivo del calor, del deseo y de la luz. La que produce la luna pálida y suave agrada a la gente tímida, siendo el fanal que al parecer les alienta para su gran festín amoroso. Y van subiendo, subiendo todos juntos, sin que uno solo se quede atrás. La sociabilidad es la ley de esa raza; siempre se presentan en masa. Reunidos viven, envueltos en las tenebrosas profundidades; juntos acuden en la primavera a participar de la alegría universal, a ver la luz del día, a gozar y morir. Apretados, comprimidos, jamás se encuentran bastante cerca los unos de los otros, navegando en bancos compactos. «Es lo mismo (decían los flamencos), que si nuestras dunas comenzaran a bogar. » Entre Escocia, Holanda y Noruega parece que ha surgido una inmensa isla y que un continente esté pronto a emerger. Destácase un brazo al Este que se mete por el Sund, obstruyendo la entrada del Báltico. En ciertos pasos estrechos, el remo no puede abrirse paso; el mar constituye una masa sólida. Millones y más millones, ¿quién sería osado a contar el número de esas legiones? Dícese que en una ocasión, cerca del Havre, halló un pescador en sus redes ochocientos mil arenques, y en un puerto de Escocia se pescaron once mil barriles en una sola noche.

Surgen como un elemento ciego y fatal, sin que los desanime la destrucción. Hombres y peces son sus contrarios; nada les inquieta y bogan sin cesar. Esto no debe sorprendernos, puesto que mientras navegan se aman, y cuanto más mueren, más producen y se multiplican sin detener su marcha. Las columnas compactas, profundas, en la electricidad común, flotan entregadas únicamente a la gran obra de la procreación. El todo va impulsado por las olas y por la ola eléctrica. Escoged entre la masa al acaso y encontraréis los fecundos, otros que lo fueron, y otros deseosos de serlo. En medio de ese mundo que desconoce la unión fija, el placer es una aventura ' el amor un viaje. Sobre la ruta que recorren siembran torrentes de fecundidad.

A dos o tres brazas de profundidad desaparece el agua bajo la increíble abundancia del flujo materno do nadan las huevas del arenque. Cuando el sol empieza a extender sus dorados rayos sobre la tierra, es curioso ver, hasta donde alcanza la vista, por espacio de muchas leguas, el mar blanco del germen de los machos.

Macizas, grasientas y viscosas ondas, donde la vida fermenta en la levadura de la vida. Por centenares de leguas, en longitud y latitud, parece aquello un volcán de leche, y de leche fecunda que ha hecho erupción y ahogado al mar.

Lleno de vida a la superficie, el mar veríase obstruido si esa increíble potencia de producción no fuese violentamente combatida por la áspera liga de todas las destrucciones. Basta reflexionar que cada arenque lleva en sí cuarenta, cincuenta, hasta setenta mil huevos. Si la muerte violenta no acudía a remediarlo, multiplicándose por término medio cada arenque en cincuenta mil, y cada uno de éstos en otros tantos, en algunas generaciones lograrían llenar, solidificar el Océano, o putrificarlo, suprimiendo todas las castas y convirtiendo en desierto al Universo. La vida reclama aquí imperiosamente la asistencia, el indispensable auxilio de su hermana la muerte. Ambas se combaten y entregan a una lucha inmensa que es armonía y la salvación del género humano.

En la arañ cacería universal contra la raza maldita, los ojeadores, los encargados de impedir que la masa se disperse, los que la empujan hacia la playa, son los gigantes del mar. Las ballenas y cetáceos no desdeñan semejante presa; persíguenla, se introducen en los; bancos; con sus bocazas absorben por toneladas el enjambre infinito que sin disminuir por eso huye en dirección de las costas. Allí se opera otro género de destrucción mayor todavía. Primero, los pequeños entre los pequeños, los pececillos microscópicos se tragan la freza y huevas del arenque, hartándose de germen, comiéndose el futuro; en cuanto al presente, es decir, el arenque acabado de nacer, ha producido la Naturaleza un género glotón que, con sus ojos separados, ve y come mejor, género todo estómago, la golosa tribu de los *gades* (pescadilla, abadejo, etc.). La pescadilla se llena, se harta de arenques y engorda; otro tanto sucede con el abadejo. De manera que el peligro de los mares, el exceso de fecundidad vuelve a presentarse más terrible aún. ¡El abadejo! Este sí que es más fecundo que el arenque: ¡llega a tener nueve millones de huevas! Un abadejo de cincuenta libras tiene catorce de huevas, ¡la tercera parte de su peso! Añadid que a esos animalitos, de tan temible maternidad, la época del celo les dura nueve meses en el año. El bacalao llegaría a poner en peligro al Universo. ¡A ellos, pues! Lancemos buques al mar, equipemos flotas, Sólo Inglaterra envía a su exterminio veinte o treinta mil marineros. ¿Y cuántos envía la América, y la Francia, y la Holanda, y el mundo entero? El abadejo por sí solo ha creado colonias, fundado factorías y ciudades. Su preparación es un arte, y ese arte posee una lengua, idioma técnico usitado entre los pescadores de bacalao.

Empero, ¿qué puede hacer el hombre? La Naturaleza sabe que nuestros pequeños esfuerzos, nuestras flotas y nuestras pesqueras, nada serían para su objeto, que el bacalao vencería al hombre. Así, pues, no se fía de él, sino que llama en su auxilio a fuerzas de muerte mucho más enérgicas. Desde el fondo de los ríos llega al mar uno de los más activos, de los más resueltos comedores: el esturión. Encaminándose a los ríos para procrear, sale de allí enflaquecido y áspero, y po-

seído de un apetito inmenso, introdúcese nuevamente en el mar para regalarse, ¡Qué dicha para aquel hambriento encontrar el gordo abadejo que se ha asimilado las legiones de arenques! Allí se concentra toda la sustancia y puede morder a su sabor. Este valiente comedor de bacalao, aunque no tan fecundo, tiene, sin embargo, un millón quinientas mil huevas. Un esturión de mil cuatrocientas libras, encierra cien libras de germen, o cuatrocientas cincuenta de huevas. El peligro no cesa. Amenazado ha el arenque con su fecundidad terrible; otro tanto sucede con el bacalao, y el esturión amenaza todavía.

Preciso es que la Naturaleza invente un supremo devorador, comedor admirable y productor pobre, de digestión inmensa y avaro de generación. Monstruo benéfico y terrible que siega esa plaga invencible de fecundidad renaciente con un gran esfuerzo de absorción, que se lo traga todo indistintamente: muertos, vivos, ¿qué digo? Cuanto encuentra a su paso. El *magnífico comedor* de la Naturaleza, comedor privilegiado: el tiburón.

Mas, tan terribles destructores están vencidos de antemano: a pesar de su furia devoradora, producen muy poco. Hase visto que el esturión no es tan fecundo como el bacalao, y el tiburón es estéril comparado con los demás habitantes del líquido elemento. No se vierte Como ellos en torrentes por los mares: vivíparo, elabora en su seno el tiburoncito, su heredero feudal, que nace terrible y armado de punta en blanco.

Puede el mar en sus fecundas tenebrosidades sonreírse de los destructores que él mismo produce, bien seguro de procrear cada vez más. Su riqueza principal desafía los furiosos de esos seres tragones, siendo inaccesible a su rapacidad. Me refiero al mundo inmenso de átomos vivientes, de animales microscópicos, verdadero abismo de vida que fermenta en su seno.

Hase dicho que la falta de luz solar excluía la vida, y no obstante, en lo más profundo del mar viven innumerables enjambres de estrellas marinas. Las olas están pobladas de infusorios y de gusanos microscópicos o infinidad de moluscos arrastran sobre ellas sus conchas. Can-

grejos bronceados, radiantes anémonas, nevadas porcelanas, dorados ciclóstomos, onduladas volutas, todo vive y se mueve. Allí pululan los animálculos luminosos que, atraídos momentáneamente la superficie, aparecen formando regueros, serpientes de fuego o resplandecientes guirnaldas. En su transparente espesor debe estar alumbrado el mar acá y acullá con tales resplandores; las mismas aguas tienen cierto brillo, una semi-luz que se nota sobre los peces, así vivos como muertos. Aquello es su propia luz, su propio fanal, su cielo, su luna y sus estrellas.

A todo el mundo es dado observar en las salinas la fecundidad del mar. Las aguas concentradas constituyen depósitos violáceos que no son otra cosa que infusorios. Cuentan todos los navegantes que en tal o cual dilatado viaje no han atravesado más que aguas vivientes. Freycinet vio sesenta millones de metros cuadrados cubiertos de un rojo escarlata que no es otra cosa que un animal-planta, tan diminuto, que en un solo metro cuadrado viven cuarenta millones de ellos. En el golfo de Bengala, en 1854, el capitán Kingman, navegó por espacio de treinta millas sobre una enorme capa blanca que daba al mar el aspecto de una llanura cubierta de nieve. No se veía una sola nube; el cielo estaba aplomado formando contraste con la brillantez del mar. Vista de cerca esa agua blanca era una gelatina, y observada al lente una, masa de animálculos que al moverse producían singulares efectos luminosos.

Cuenta Peron, que durante veinte leguas navegó a través de una especie de polvo gris, lo que, visto al microscopio, resultó ser una capa de huevas de especie desconocida que, sobre un espacio inmenso, cubría y no dejaba ver el agua.

En las desamparadas costas de la Groenlandia, donde el hombre se figura que va a expirar la Naturaleza, el mar está pobladísimo. Se navega en una longitud de doscientas millas por quince je latitud, sobre aguas negruzcas, cuyo color deben a cierta medusa microscópica. En cada pie cúbico de aquellas aguas viven más de ciento diez mil de dichos animalillos. (Schleiden).

Esas aguas nutritivas están densas de todo género de átomos crasos, apropiados a la muelle naturaleza de los peces, que perezosamente abren la boca y aspiran, sustentados como un embrión en el seno de la madre común. ¿Sabe el pez lo que se traga? Apenas. El alimento microscópico es como una especie de leche que se le ofrece sin solicitarlo. La gran fatalidad del mundo, el hambre, sólo existe en la tierra; en el mar está evitada, se desconoce. Ningún esfuerzo de movimiento nadie se cura de buscar la comida. La vida debe flotar como un sueño. ¿En que empleará sus fuerzas el ser? En nada puede gastarlas, y las reserva para el amor.

La obra real, el trabajo del gran mundo de los mares es: amar y multiplicarse. El amor llena su noche fecunda; súmese en las profundidades, pareciendo mucho más rico todavía entre los infinitamente pequeños. Mas, ¿cuál es, en realidad, el átomo? Cuando creéis estar en posesión del más pequeño, el indivisible, observáis que también ama y divide su existencia para producir otro ser. En el grado más bajo de la vida, donde falta todo otro organismo, encontraréis completas las formas genéricas.

Tal es el mar. Al parecer es la gran hembra del globo, cuyo infatigable deseo, concepción permanente y alumbramiento son eternos.

II

El mar de leche.

El agua de mar, hasta la más pura, tomada mar adentro y lejos de toda mezcla, es ligeramente blanquizca y un poco viscosa. Si se la detiene entre los dedos, *hace hebra* y resbala con lentitud. Los análisis químicos no explican ese carácter: existe en ella una sustancia orgánica que sólo se analiza destruyéndola, quitándole su especialidad, y haciéndola volver violentamente al número de los elementos generales.

Las plantas, los animales marinos, están revestidos de esa sustancia, cuya mucosidad, consolidada a su alrededor, produce el efecto de gelatina, unas veces inmóvil y otras temblorosa. Plantas y animales aparecen a través como bajo una capa diáfana, y nada contribuye tanto a las ilusiones fantásticas que nos produce el mundo de los mares. Sus reflejos son singulares y a menudo extrañamente iríseos, por ejemplo, sobre las escamas de los peces y sobre los moluscos, que al parecer reciben por ese medio toda la ostentación de sus nacaradas conchas.

Es lo que más llama la atención del niño que por primera vez ve un pescado. A mí me sucedió esto siendo muy pequeño, aunque recuerdo como ahora la impresión que me produjo. Aquel ser brillante, resbaladizo, con sus plateadas escamas, me causó sorpresa y entusiasmo difíciles de explicar. Trató de agarrarlo, pero esto fue tan difícil para mí, como retener el agua en mis manos. Parecióme idéntico al elemento do nadaba, y me imaginé confusamente que no era otra cosa que agua, agua animal, organizada.

Más tarde, ya hombre, no fue menor mi sorpresa al ver en una playa cierto animal luminoso. A través de su cuerpo transparente, divisaba los morrillos y la arena. Incoloro como el cristal, un poco consistente, temblando al tocarlo, aparecióseme como a los antiguos y como al célebre Reaumur, que llamaba sencillamente a esos seres agua *gelatinificada*.

Y la impresión es más fuerte todavía cuando se encuentran en estado de formación primitiva las cintas color blanco amarillento que muellemente bosqueja el mar y constituyen las ovas, las laminarias que, trocando su color en pardusco, alcanzarán la solidez de las pieles. Mas, cuando tiernas, al estado viscoso elásticas, tienen a manera de la consistencia de una ola solidificada, tanto más fuerte cuanto más blanda es.

Lo que se sabe actualmente de la complicada generación y organización de los seres inferiores, vegetales o animales, nos veda la explicación dada por los antiguos y por Reaumur. Pero todo esto no nos impide repetir la pregunta que fue el primero en hacer Bory de Saint-Vincent: «¿Qué es el mucus del mar? ¿La viscosidad que presenta el agua en general? ¿No es acaso el elemento universal de la vida?»

Preocupado con tales ideas, encaminéme en busca de un químico ilustre, espíritu positivista y sólido, novador tan prudente como atrevido, y sin preámbulos establecí *ex abrupto* mi pregunta: «Caballero, ¿qué es, a vuestro entender, ese elemento viscoso, blanquizco, que ofrece el agua del mar?»

-La vida.

Luego volviendo a tocar el asunto para corroborar esta frase demasiado sencilla y absoluta, añadió. «Quiero decir una materia semiorganizada y ya perfectamente, organizable. En ciertas aguas, no es más que una densidad de infusorios, en otras lo que va a serlo, lo que puede trocarse en ello. Por otra parte semejante estudio no se ha emprendido aún, pues a nadie ha preocupado seriamente» (17 de mayo de 1860).

Al salir de su casa fui a la de un gran fisiólogo cuyas opiniones en la materia no son menos valiosas a mis ojos. Le cuestioné sobre lo mismo y su respuesta fue larga y bellísima. Hela aquí en extracto: «Tan ignorante se está de la constitución del agua como de la sangre. Lo que con más claridad se entrevé relativamente al mucus del agua

del mar, es que, a la vez, es el fin y el principio. ¿Resulta de los innumerables residuos de la muerte que los cedería a la vida?

»Indudablemente que sí, es una ley natural; mas, de hecho, en ese mundo marítimo de rápida absorción, la mayor parte de los seres son absorbidos vivos; no se arrastran en estado cadavérico como acontece en la tierra, donde son más lentas las destrucciones. El mar es elemento purísimo; la guerra y la muerte provéenlo y nada dejan en él de repugnante.

»Empero la vida, sin llegar a su disolución suprema, muda sin cesar, trasuda de sí cuanto no la hace falta. Entre nosotros, animales terrestres, la epidermis pierde incesantemente. Esas mudas, a que es dado llamar la muerte cotidiana y parcial, llenan el mundo de los mares, de una riqueza gelatinosa de que en el acto se aprovecha la vida naciente, encontrando en suspensión la superabundancia oleosa de esa trasudación común, las partículas todavía animadas, los líquidos vivos que no han tenido tiempo de perecer. Todo eso no vuelve a caer en estado inorgánico, sino que entra rápidamente en los nuevos organismos. De todas las hipótesis, ésta es la más verosímil; si se rechaza, nos engolfamos en dificultades inmensas »

Las opiniones que acaban de exponerse, debidas a les hombres de ideas más avanzadas y más serios del día, no son inconciliables con las que profesaba hará cosa de treinta años, Geoffroy Saint-Hilaire, sobre el mucus general, de donde parece que la Naturaleza extrae toda su vida. «Es -dice aquel sabio, -la sustancia animalizable, el primer grado de los cuerpos orgánicos. No hay seres, animales o vegetales, que no la absorban o la produzcan en la primera época de la vida, por débiles que sean, aumentando su abundancia, más bien en razón de su debilidad»

Esta última frase abre un conocimiento profundo sobre la vida del mar. La mayor parte de sus hijos parecen fetos en estado gelatinoso, que absorben y producen la materia mucosa, colmando las aguas, dándolas la fecunda dulzura de una matriz infinita, donde sin cesar se

presentan nuevos recién nacidos, nadando cual en un lago de leche tibia.

Asistamos a la obra divina; tomemos una gota de agua de mar. Allí veremos cómo comienza la primitiva creación. Dios no opera hoy de un modo y mañana de otro. Mi gota de agua, no cabe duda, con sus transformaciones me va a contar la historia del Universo. Esperemos, y a observar.

¿Quién es capaz de prever, de adivinar la historia de esa gota de agua? Planta-animal, animal-planta, ¿cuál debe salir primero?

Dicha gota ¿será el infusorio, la *nómada* primitiva que agitando y vibrando no tarda en convertirse en *vibrador*; el que, de escalón en escalón, pólipo, coral o perla, llegará, tal vez, en el transcurso de diez mil años a la dignidad de insecto?

Lo que surgirá de esa gota ¿es acaso el hilo vegetal, el tenue y sedoso plumión que nadie creería un ser, y no obstante es el primer cabello de una joven diosa, cabello sensible, amoroso, llamado con tanta propiedad *cabello de Venus*?

Lo que os estoy contando no pertenece al dominio de la fábula, no: es historia natural lisa y pura. Ese cabello de dos clases (vegetal y animal) en el que se condensa la gota de agua, puede titularse el primogénito de la vida.

Mirad al fondo de un manantial: primero nada veis, y luego observáis algunas gotas un poco turbias. Con un buen antejo, lo turbio se convierte en una nubecilla, ¿gelatinosa o coposa? Vista al microscopio el copo se vuelve múltiple, como un grupo de filamentos, de cabellitos. Se les considera mil veces más delgados que el más delgado cabello femenino. He aquí la primera y tímida tentativa de la vida que quisiera organizarse. Esas confervas, como se les llama, se encuentran incesantemente en el agua dulce y en la salada cuando está inmóvil, empezando por ellas la doble serie de plantas originarias del mar y de las que adquirieron carta de naturaleza en la tierra cuando ésta emergió. Fuera del agua críase la numerosísima familia de los hongos, y dentro de las confervas, algas y otras plantas análogas.

Es el elemento primitivo, indispensable, de la vida, encontrándose donde parece imposible que pueda medrar. En las sombrías aguas marciales cargadas y sobrecargadas de hierro, en las muy cálidas aguas termales, encontraréis ese ligero *mucus* y esas criaturillas que se asemejan a gotas apenas desarrolladas, pero que oscilan y se mueven. No importa cómo se las clasifique, ni que Candolle las honre con el nombre de animales, y que Dujardin las relegue al último rango de los vegetales. No tienen más misión que vivir, que empezar por su modesta existencia la dilatada serie de seres que sólo ellos pueden producir. Esos pequeñuelos, vivos ó muertos, les sustentan con su propio ser, administrándoles desde abajo la gelatina de vida que sacan incessantemente del agua materna.

No hay verosimilitud en indicar como muestra de la creación primitiva fósiles o piedras diluvianas de animales o vegetales complicados: animales (los trilobitos) que ya poseen sentidos superiores, por ejemplo, ojos; vegetales gigantescos de poderosa organización. Es muy probable que seres mucho más sencillos precedieron y prepararon aquéllos, mas su muelle consistencia no ha dejado ningún vestigio. ¿Cómo habrían podido resistir la acción de los tiempos tan débiles seres, cuando las más duras conchas son trituradas o disueltas? En el mar del Sur se han visto peces de acerados dientes ramoneando el coral, lo mismo que un carnero ramonea la hierba. Los blandos esbozos de la vida, las gelatinas animadas, aunque sólidas apenas, se han fundido millones de veces antes de que la Naturaleza pudiese fabricar su robusto trilobito, su indestructible helecho.

Restituycamos a esos pequeñuelos (confervas, algas microscópicas, seres flotantes entre dos reinos, átomos indecisos que se truecan por momentos de vegetal en animal y de éste en aquél), restituyámosles su derecho de primogenitura que, según parece, les corresponde.

Sobre ellos, y a su costa, comienza a elevarse la inmensa, la maravillosa flora de los mares.

Y no me es dado en este punto ocultar la tierna simpatía que por ella siento. Por tres motivos la bendigo.

Pequeñas o grandes, esas plantas tienen tres caracteres simpáticos:

Primero su inocencia. Ni una sola produce la muerte. El mar no encierra ningún veneno vegetal. En las plantas marinas todo es salud y salubridad, bendición de la vida.

Esas inocentes sólo quieren alimentar la animalidad. Algunas (por ejemplo las laminarias), son dulces como el azúcar; otras, tienen un amargor saludable (como el precioso ceramio purpúreo y violáceo, llamado musgo de Córcega). Todas concentran un mucílago nutritivo, especialmente varios fucos, el ceramio de las salanganas cuyos nidos se comen en la China, la capilaria, esa providencia, de los pechos cansados. En todos los casos en que hoy día se prescribe el yodo, antiguamente se daban en Inglaterra confituras de fuco.

El tercer carácter que llama la atención en aquella vegetación, es su amor inmenso. Dan ganas de creer que es el género más amoroso que existe al ver sus extrañas metamorfosis de himeneo. El amor es el esfuerzo de la vida para ser más allá de su ser y poder más que su potencia. Obsérvese esto en las luciolas y otros animalillos que se exaltan hasta producir llamas, y asimismo en las plantas tales como las conjugadas y las algas, que en el momento sagrado salen de su vida vegetal usurpando un rango superior y esforzándose por trocarse en animales.

¿Dónde empezaron tales maravillas? ¿Dónde se verificaron los primeros esbozos de la animalidad? ¿Cuál debió ser el teatro primitivo de la organización?

Antiguamente, esto dio margen a grandes controversias: empero hoy día nótase cierto acuerdo sobre dicho asunto entre el mundo de los sabios europeos.

Podría contestar valiéndome de infinidad de libros aceptados, autorizados, mas, prefiero entresacar la respuesta de una memoria premiada recientemente por la Academia de Ciencias de París y por lo tanto apoyada en su gran autoridad.

Encuéntanse seres vivientes en las aguas a una temperatura de ochenta a noventa grados de calor: y cuando el globo enfriado bajó a esa temperatura, entonces se hizo posible la vida. El agua había absorbido en parte el elemento de muerte, el gas ácido carbónico. Se pudo respirar.

Al principio, los mares se asemejaron a esas porciones del Océano Pacífico cuya profundidad es escasa y que están sembradas de islotes bajos; estos islotes son antiguos volcanes, cráteres extintos. Los viajeros sólo los distinguen merced a los picos que salen de las aguas y a los trabajos practicados por los pólipos. Empero el fondo entre esos volcanes debe ser también volcánico, y, durante los ensayos de la creación primitiva sería un receptáculo de vida.

Por largo tiempo la tradición popular consideró a los volcanes como *guardadores* de los tesoros subterráneos y que de vez en cuando desparraman el oro escondido en sus entrañas. Falsa poesía con sus puntas de verdad. Las regiones volcánicas encierran en sí los tesoros del globo, y poderosas virtudes de fecundidad. Ellas fueron las que dotaron a la tierra estéril, pues debió brotar la vida del polvo de sus lavas, de sus cenizas siempre calientes.

Conocida es la riqueza de los bordes del Vesubio, de los valles del Etna en las dilatadas raíces que empuja hacia el mar; conocido es también el paraíso que forma bajo el Himalaya el precioso circo volcánico del valle de Cachemira, y otro tanto sucede a cada paso en las islas del mar del Sur.

En circunstancias las menos favorables, la vecindad de los volcanes y las cálidas corrientes que les son anejas continúan la vida animal en los sitios más desolados. Bajo la horrible devastación del polo antártico, no lejos del volcán Erebus, James Ross encontró corales vivos a mil brazas bajo el mar helado.

En la primitiva edad del mundo los numerosos volcanes de que está sembrado tenían una acción submarina mucho más poderosa que ahora. Sus fisuras, sus valles intermedios, permitieron al mucus marítimo acumularse por capas, electrizarse de las corrientes. Sin duda que

allí se asió la gelatina, fijóse, se afirmó, inquietóse y fermentó con toda su vigorosa potencia.

La levadura fue el atractivo de la sustancia en provecho propio. Elementos creadores nativamente disueltos en el mar, formaron combinaciones, matrimonios iba a decir, apareciendo vidas elementales para evaporarse y morir. Otras, enriquecidas con sus despojos, duraron; seres preparatorios, lentos y pacientes creadores que, desde aquel momento, comenzaron bajo el agua la obra eterna de fabricación y la prosiguen a nuestra vista.

El mar, que a todos los sustentaba, distribuía a cada cual lo que mejor le convenía. Descomponiéndolo cada uno a su manera, en provecho propio, los unos (pólipos, madreporas, conchas) absorbieron el calizo; otros (los infusorios del trípoli, las colas de caballo rugosas, etc.) concentraron el sílice. Sus despojos, sus construcciones, revistieron la sombría desnudez de las rocas vírgenes, hijas del fuego, que arrancaran del núcleo planetario lanzándolas ardientes y estériles.

Cuarzo, basaltos y pórfidos, gujarros semi-petrificados, todo recibió de esas criaturillas una corteza menos inhumana, elementos suaves y fecundos que extraían de la leche materna (llamo leche al mucus marítimo), que elaboraban y depositaban, haciendo habitable la tierra. En esos medios más favorables pudo realizarse el mejoramiento, la ascensión de las especies primitivas.

Estos trabajos debieron practicarse primitivamente en las islas volcánicas, en el fondo de sus archipiélagos, en esos meandros sinuosos, esos apacibles laberintos donde las olas sólo penetran discretamente; tibias cunas para los recién nacidos.

Mas, la flor escogida florece con plenitud en las profundas hondonadas de los golfos índicos. Aquí, el mar fue un gran artista, pues dio a la tierra las adoradas y benditas formas donde se complace en crear el amor. Por medio de sus asiduas caricias, redondeando la playa, dióle los contornos maternos, la ternura visible del seno de la mujer (iba a decir), lo que tanto place al niño, abrigo, calor y descanso.

III

El átomo.

Cierto día, un pescador me regaló el fondo de su red, es decir, tres seres casi moribundos, un esquino, una estrella de mar y otra estrella, un lindo ofiuo, que todavía se agitaba y no tardó en perder sus brazos delicados. Púselos en agua de mar, y los descuidó por espacio de dos días, ocupado en otras tareas. Cuando me acordé de ellos, sólo hallé tres cadáveres. Aquello estaba desconocido: habíase renovado la escena.

Una película espesa y gelatinosa se había formado a la superficie. Tomó un átomo de ella en la punta de una aguja, y el átomo, visto al microscopio, me ofreció lo siguiente:

Un torbellino de animales, cortos y sólidos, rechonchos, ardientes (*cólpodos*), que se movían de acá para allá, ebrios de vida, arrebatados de haber nacido (permítaseme la expresión), celebrando su natalicio con una extraña bacanal.

En segunda fila hormigueaban unas culebrillas muy diminutas o anguilas microscópicas que más bien vibraban que nadaban para ir hacia delante (se las nombra *vibradores*).

Fatigada de tanto movimiento, la vista, sin embargo, no tardó en notar que en aquella escena no todo se movía. Había vibradores tiesos aún que no vibraban:

habíalos entrelazados, agrupados en racimos, en enjambres, que no se habían desprendido y aparentaban aguardar el momento de la libertad.

Entre aquella fermentación viva de seres inmóviles aún, se arrojaba, *rabiaba*, talaba, la desordenada trailla de los grandes rechonchos (los *cólpodos*), que parecía hacer pasto de ellos, regalarse, engordar y vivir allí a sus anchas.

Observaréis que ese espectáculo tenía por teatro la arena de un átomo recogido en la punta de una aguja. ¡Qué de escenas parecidas

hubiese ofrecido el Océano gelatinoso que con tanta prontitud se formó sobre el fango! El tiempo había sido aprovechado maravillosamente. Los moribundos o muertos, al escapárseles la vida habían creado todo un mundo. En cambio de tres animales perdidos, ahora era dueño de millones de ellos, y éstos; tan jóvenes y vivaces, animados de movimientos tan violentos, tan absorbentes, rabiosos por vivir!

Ese mundo infinito, de tal suerte mezclado al nuestro, que por doquiera nos rodea y está siempre con nosotros, era casi desconocido hasta hace poco. Swammerdam y otros, que anteriormente lo habían entrevisto, fueron detenidos en sus primeros pasos. Mucho más tarde, en 1830, el mágico Ehrenberg lo evocó, lo reveló y clasificó, estudiando la forma de esos invisibles, su organismo, sus costumbres, y viólos absorber, digerir, navegar, cazar, combatir. Su generación le pareció obscura. ¿Cuáles son sus amores? ¿Acaso aman? En seres tan elementales ¿hace el gasto la Naturaleza de una generación complicada? ¿O bien nacen espontáneamente como tal o cual mohó vegetal? El vulgo dice: «como los hongos»

Cuestión árida que hace sonreír y menear la cabeza a más de un sabio. ¡Se está tan seguro de tener entre manos el misterio del mundo, de haber fijado invariablemente las leyes de la vida! A la Naturaleza toca obedecer. Cuando, hace cien años, se hizo observar a Reaumur que la hembra del gusano de seda podía producir sin auxilio del macho, lo negó, contestando: «La nada, nada produce» El hecho, constantemente negado y probado de continuo, acaba de serlo fijamente y queda admitido, no tan sólo para el gusano de seda, sino para la abeja y para cierta mariposa, y aun para otros animales.

En todo tiempo y en cualquiera nación, lo mismo entre las personas ilustradas que entre el vulgo de las gentes, se decía: «La muerte da la vida» Suponíase en particular que la vida de los imperceptibles surgía inmediatamente de los despojos que le lega la muerte. El mismo Harvey, que fue el primero en formular la ley de generación, no se atrevió a desmentir tan arraigada creencia. Al decir: Todo precede del huevo, añadió: *o de los disueltos elementos de la vida precedente.*

Esta es precisamente la teoría que acaba de renacer con tal resplandor merced a los experimentos de M. Pouchet, quien establece que de los despojos de infusorios y otros seres se crea la escarcha fecunda, la «membrana prolífica» de la que nacen, no nuevos seres, sino los gérmenes, los óvulos de donde podrán nacer después.

Estamos en la época de los milagros, es preciso convenir en ello; mas, éste no tiene nada de sorprendente.

En otro tiempo habríanse reído a las barbas del que hubiera pretendido que animales indóciles a las leyes establecidas, se permitan respirar por la patita. Los bellos trabajos de Milne Edwards han derramado luz sobre este asunto. Dícese que asimismo Cuvier y Blainville habían notado que otros seres que carecen de órganos regulares de circulación, los suplían por medio de los intestinos; mas, esos grandes naturalistas encontraron tan enorme el caso, que no se atrevieron a divulgarlo. Hoy ha pasado al dominio de cosa juzgada por el mismo Milne Edwards, M. de Quatrefages, etc.

Sea cual fuere la opinión que se tenga formada de su nacimiento, lo cierto es que después de nacidos nuestros átomos ofrecen un mundo infinito y admirablemente variado. Todas las formas de vida están representadas en ellos honrosamente. Dado caso que se conozcan entre sí, opinarán que componen una armonía completa a la que muy poco hay que envidiar.

Y no son especies dispersas, creadas aparte: constituyen visiblemente un reino donde los géneros diversos han organizado una gran división del trabajo vital. Tienen seres colectivos como nuestros pólipos y nuestros corales, pegados aún, sufriendo las sujeciones de una vida común; tienen también pequeños moluscos que ya se visten con lindas conchas; tienen peces ágiles y bullidores insectos, arrogantes crustáceos, miniatura de los futuros cangrejos, como ellos armados hasta los dientes, aguerridos átomos que se dedican a la caza de los átomos inofensivos.

Todo esto en medio de una riqueza enorme y excesiva que humilla la pobreza del mundo visible. Sin hablar de los rizópodos que con

sus capitas han ayudado a la constitución de los Apeninos, sobrealzado las cordilleras; sólo los foraminíferos, esa numerosa tribu de átomos conchíferos, cuenta hasta dos mil especies (Carlos d'Orbigny). Los hay contemporáneos de todas las edades de la tierra, presentándose siempre a diversas profundidades en las treinta crisis que ha experimentado el universo mundo, variando un tanto las formas, pero persistiendo como género, y quedando cual testimonios idénticos de la vida del planeta. Al presente, la fría corriente del polo austral, que la punta de América divide entre sus dos grandes playas, envía imparcialmente cuarenta especies hacia la Plata y otras cuarenta hacia Chile. Empero, la gran manufactura que los crea y organiza parece ser el cálido río del mar que se desprende de las Antillas. Las corrientes del Norte los matan, arrastrándolos muertos el gran torrente paterno con dirección a Terranova y a nuestro Océano, cuyo fondo constituyen.

Cuando el ilustre padre de los átomos (es decir, su padrino), Ehrenberg, los bautizó, los patrocinó, introduciéndolos en la ciencia, fue acusado de debilidad hacia ellos, y se dijo que daba demasiada importancia a esos pequeñuelos. Ehrenberg los encontraba complicados, de una organización muy elevada, llegando a tal punto su liberalidad hacia los mismos, que les concedió ciento veinte estómagos a cada uno. El mundo visible se sulfuró, y, por una reacción violenta, Dujardin los redujo a la última expresión de sencillez. Según él, esos pretendidos órganos sólo lo son en la apariencia. No pudiendo negar, sin embargo, su fuerza de absorción, les concede el don de improvisar a cada momento, estómagos al caso, y del grandor de las partículas que quieren tragarse. Esta opinión no ha logrado cautivar a M. Pouchet, quien se inclina por la de Ehrenberg.

Lo incontestable y admirable en ellos es el vigor de sus movimientos. Varios tienen todas las apariencias de una individualidad precoz, no permaneciendo mucho tiempo avasallados a la vida comunista y políperas do se arrastran sus superiores inmediatos, los verdaderos pólipos. Muchos de esos invisibles, de un salto se convierten en individuos, es decir, en seres capaces de ir y correr de acá para allá

solos, a su capricho, libres ciudadanos del mundo que sólo depende de ellos en lo tocante a la dirección de sus movimientos.

Cuanto puede imaginarse de locomociones diversas, de modos de andar en el mundo superior, es igualado, sobrepujado de antemano por los infusorios. El impetuoso torbellino de un astro poderoso, de un sol que arrastra como a sus planetas cuantos seres débiles encuentra en su carrera, el curso más irregular del cometa cabelludo que atraviesa o que dispersa mundos vagos a su paso, la graciosa ondulación de la esbelta culebra que sigue el agua o nada en tierra, la barca, oscilante que sabe virar a tiempo, decaer del rumbo para ir más lejos, en fin, el rastreo lento y circunspecto de nuestros tardígrados, que se apoyan, se agarran a cualquier cosa, todos esos diversos aires se observan entre los imperceptibles. Mas ¡con qué maravillosa sencillez de medios! Los hay que no siendo más que un hilo, para avanzar se disparan como un tirabuzón elástico, otros se valen de su ondulante cola o de sus pequeñas cejas vibrantes a guisa de reino y gobernalle; las preciosas vorticelas, cual jarrón de flores, se agarran juntas sobre una isla (plantecica o cangrejito), y luego se aíslan descolgando su delicado pedúnculo.

Lo que aún llama más la atención que los órganos de movimiento, es lo que podríamos nombrar las expresiones, las actitudes, los signos originales del humor y del carácter. Hay seres apáticos, otros muy activos y fantásticos, otros agitados por la guerra, otros diligentes sin causa aparente y poseídos de una varia agitación. En ocasiones, a través de una masa de gentes tranquilas y pacíficas, un atolondrado, sordo y ciego, lo echa todo a rodar.

¡Prodigiosa comedia! Parece como que están ensayando entre ellos el drama que representará nuestro mundo, el noble y serio mando de los grandes animales visibles.

A la cabeza de los infusorios coloquemos con cierto respeto los majestuosos gigantes, los dos jefes de orden, el alto tipo del movimiento y el de la fuerza (lenta, pero temible) armada.

Tomad un poco de musgo de un tejado cualquiera, dejadlo algunos días en agua, y observad después con un microscopio. Un poderoso animal, el elefante, la ballena de los infusorios, muévase con un vigor y un garbo de vida que no siempre tienen semejantes colosos. Respetémoslo. Es el rey de los átomos, el rotífero, así nombrado porque en ambos lados de la cabeza lleva dos ruedas, órganos de locomoción que lo asimilarían al barco de vapor, o tal vez armas de caza que lo ayudan a apoderarse de los más débiles.

Todos huyen, cejan ante él, y uno solo resiste, no temiendo nada, confiado en sus armas. Es éste un monstruo, empero provisto de sentidos superiores, el cual tiene dos ojazos de púrpura. Poco movable y verdadero tardígrado, en cambio ve y está armado, pues ostenta en sus sólidas patas uñas muy pronunciadas, que le sirven para asirse en caso de necesidad y sin duda también para pelear.

¡Poderoso preludio de la Naturaleza que, en esa economía de sustancia y de materia, con nada comienza a crear tan majestuosamente! ¡Sublime abertura! Estos (¿qué importa su tamaño?) tienen una potencia colosal de absorción y de movimiento, que estarán muy lejos de poseer los enormes seres clasificados mucho más alto en la serie animal.

La ostra pegada en su roca, la limaza que se arrastra sobre su abdomen, son para el rotífero lo que yo sería al lado de los Alpes, de las cordilleras; seres tan desproporcionados que no pueden medirse con la vista, y apenas por el cálculo y la imaginación.

Sin embargo, ¿qué se han hecho entre esas montañas animales la presteza y el ardor de vida que desplegaba el rotífero? ¡Qué caída la nuestra al ascender la escala!... Mis átomos estaban llenos de vida, se movían vertiginosamente, y esas bestias gigantescas están atacadas de parálisis.

¿Qué sería si el rotífero pudiera concebir al ser colectivo donde dormita un infinito, por ejemplo, la magnífica, la colosal esponja estrellada que vemos en el Museo de París? Esta, por su magnitud, está a igual nivel del rotífero que el hombre con el globo terráqueo, de

nueve mil leguas de ruedo. Y, sin embargo, estoy convencidísimo que, lejos de verse humillado por la comparación, el átomo rebosaría de orgullo exclamando: «Soy grande»

¡Ah!, ¡rotífero!, ¡rotífero! No conviene menospreciar nada.

Conozco muy bien tus ventajas y tu superioridad; mas, ¿sabemos acaso si esa vida de cautiverio que te mueve a risa no es un progreso? Tu descompasada y vertiginosa libertad, ¿es, por ventura, el término de las cosas? Para tomar su punto de partida hacia más elevados destinos, la Naturaleza prefiere experimentar un encanto inmovible, penetrando en el oscuro sepulcro de ese triste comunismo en que cada elemento desempeña un papel insignificante, y enseña a dominar la inquietud individual, a concentrar la substancia en beneficio de las vidas superiores.

Dormita allí por algún tiempo, como la *Linda de la selva durmiente*; empero, sueño o cautiverio, sortilegio o lo que fuere, semejante estado no es la muerte. La áspera materia de la esponja vive rellena de sílice: sin moverse, sin respirar, sin órganos de circulación, sin ningún aparato de los sentidos, vive. ¿Cómo se sabe eso?

La esponja pare dos veces al año; tiene sus peculiares amoríos y con más exuberancia que otros seres. En día dado unas esferillas se desprenden de la madre esponja, armadas de débiles nadaderas que las procuran algunos instantes de animación y de libertad. Una vez fijas, conviértense en esponjitas delicadas, que irán aumentando paulatinamente en tamaño.

Así, pues, en medio de la carencia aparente de sentidos y de organismo, envuelto todo en misterioso enigma, en el dintel dudoso de la vida, la generación revela y nos descubre el preludio del mundo visible cuya escala vamos a recorrer. Sólo se divisa la nada, y en esa nada ya aparece la maternidad. Lo mismo que entre los dioses de Egipto (Isis y Osiris) que engendran antes de nacer, aquí el Amor nace antes del ser.

IV

Flor de sangre.

En el eje del globo, en medio de las cálidas aguas de la Línea y en su fondo volcánico, el mar superabunda de vida hasta el punto de no poder, a lo que parece, equilibrar sus creaciones; y sobrepujando a la vida vegetal, de buenas a primeras, sus alumbramientos producen la vida animada.

Mas, esos animales se atavían con un extraño lujo botánico, con libreas espléndidas de una flora excéntrica y lujuriosa. Divisáis hasta donde alcanza la vista flores, plantas y arbustos; a lo menos, tales os parecen por sus formas y colores. Y esas plantas se mueven, los arbustos son irritables, las flores tiemblan con naciente sensibilidad, do va a posarse la voluntad.

¡Oscilación encantadora, gracioso equívoco! Al límite de los dos reinos y bajo esas flotantes apariencias tan fantásticas, el espíritu da testimonio de sus primeros albores. Es el alba, la aurora matutina. Con sus resplandecientes colores, sus nácares y esmaltes, señala el sueño nocturno y la idea del día que aparece.

¡Idea! ¿Nos atreveremos a pronunciar esta palabra?

No: es un sueño, sueño no más, Pero que poco a poco se esclarece como los ensueños matutinos.

Al norte de Africa, o más allá del Cabo, el vegetal que reinaba como soberano en la zona templada ve surgir a su lado rivales animados que también vegetan, florecen, le igualan y no tardan en sobrepujarle.

El gran encantamiento comienza, va en aumento siempre y adelantando hacia el Ecuador.

Arbustos extraños, elegantes, las gorgonas, las isis, extienden su rico abanico; el coral adquiere su color rojo bajo las olas.

Al lado de las brillantes praderas irisadas de todos colores comienzan las plantas-piedra, las madreporas, cuyas ramas (¿diremos

sus manos y sus dedos?) florecen en helados copos rosados, parecidos a los de los melocotones y manzanos. Por espacio de setecientas leguas antes de llegar al Ecuador y por otras setecientas del lado de allá continúa la mágica ilusión.

Hay seres inciertos, como por ejemplo las coralinas, que los tres reinos se disputan. En sí encierran algo de animal, algo de mineral, y últimamente acaban de ser clasificadas en la nomenclatura de los vegetales. Tal vez sea el punto real en que la vida obscuramente despierte del sueño de piedra, sin desprenderse aún de su rudo punto de partida, como para advertirnos, a nosotros tan soberbios y que miramos desde tan alto, la fraternidad ternaria, el derecho que el oscuro mineral tiene a subir y animarse, y la aspiración profunda que existe en el seno de la Naturaleza.

«Nuestras praderas, nuestros bosques -dice Darwin, -parecen desiertos y vacíos si se comparan con los del mar» Y en efecto, a cuantos han recorrido los transparentes mares de las Indias, les ha llamado la atención la fantasmagoría que ofrece, su fondo, siendo sorprendente en primer término por el extraño cambio que se opera en las plantas y los animales en sus insignias naturales, en su apariencia. Las plantas blandas y gelatinosas, con órganos redondos que no parecen ni tallos ni hojas, afectando gordura, la dulzura de las curvas animales, diríase que quieren engañar al que las mira y hacerse pasar por seres del reino animal, mientras que los animales verdaderos parece como que se ingenian para ser plantas y asemejarse a los vegetales, pues imitan todos los caracteres del otro reino. Unos tienen ¡la solidez, la casi eternidad del árbol; otros se descogen y luego se marchitan, como las flores. Así, pues, la anémona marina se abre cual pálida margarita rosada, o como aster granate adornado con ojos de azur; mas desde el momento que se ha desprendido un hilito de su corola, o sea una nueva anémona, veisla disolverse y desaparecer.

Mucho más variable aún el proteo de las aguas, el alción, toma todo género de formas y de colores, haciendo el papel de planta, de fruta; desplégase en forma de abanico, se convierte en seto lleno de

matorrales o en graciosa cestita. Mas, todo esto es fugitivo, efímero, de vida tan tímida que desaparece al menor movimiento, y nada queda: en un instante ha vuelto todo al seno de la madre común. Hallaréis la sensitiva en una de esas formas ligeras; la cornularia, al tacto se repliega sobre sí misma cierra su seno como la flor sensible al fresco nocturno.

Cuando os asomáis al borde de los arrecifes, de los bancos de corales, observáis el fondo del tapiz bajo el agua, verde de astreas y de tubíporas, fungias amoldadas en bolas de nieve, meandrinas historiadadas en su laberintito y cuyos valles y colinas están indicados con los colores más vivos. Los cariófilos (ó claveles) de terciopelo verde matizado de naranjo al extremo de su ramo calizo, pescan los alimentos meneando suavemente en el agua sus preciosas estambrillas de oro.

Encima de ese mundo de abajo, como para resguardarlo del sol, ondulando cual sauces y bejucos, o balanceándose como palmeras, las majestuosas gorgonas de varios pies de alto, constituyen un bosque con los árboles enanos del isis. De uno a otro árbol, la plumaria enreda su espiral muy parecida a las tijeretas de las viñas y los hace corresponder entre sí por medio de sus finos y ligeros ramajes, matizados de brillantes reflejos.

Este espectáculo encanta, turba la imaginación: es un vértigo y como un sueño. El hada de las aguas añade a esos un prisma de tintas fugitivas, una de a esos e movilidad sorprendente, una inconstancia caprichosa, la vacilación, la duda.

¿He visto bien? No, no es eso... ¿era un ser o un reflejo?... Sin embargo, seres son, pues veo un mundo real que se aloja allí y se divierte. Los moluscos viven confiados, arrastrando su nacarada concha; los cangrejos tampoco desconfían, y corren y cazan. Peces extraños, ventrudos y rechonchos, vestidos de oro y de cien colores distintos, están paseando su pereza. Anélidos color de púrpura y violáceos, serpentean y se agitan al lado de la delicada estrena (el ofiuo), que bajo el influjo de los -rayos solares, alarga, encoge, arrolla y desarrolla sus elegantes brazos.

En medio de esa fantasmagoría y con más gravedad, la madrepora arborescente ostenta sus no tan subidos colores. Su belleza consiste en la forma.

Y la belleza de ese mundo está en el conjunto, en el noble aspecto de la ciudad común: el individuo es modesto, mas la república impone. Aquí tiene la fortaleza del áloe y el cactus; más allá es la cabeza del ciervo, su espléndido atalaje; a mayor distancia la extensión de las vigorosas ramas de un cedro que, después de tender horizontalmente sus brazos, se dispone a empinarse más y más.

Esas formas, despojadas ahora de millares de flores vivas que las animaban, las cubrían, tienen tal vez en su estado severo mayor atractivo para el ánimo. Por lo que a mí toca, me complazco en contemplar los árboles en invierno, cuando sus elegantes ramas desnudas del lujo abrumador de las hojas, nos dicen lo que son por sí solos, revelando delicadamente su escondida personalidad. Otro tanto sucede con las madreporas. En su desnudez presente, convertidas de pinturas en esculturas, más abstraídas, digámoslo así, parece que intentan revelarnos el secreto de esos pueblecillos cuyo ornamento constituyen. Varias de ellas, diríase que nos hablan por medio de extraños caracteres: tienen enlaces, roleos complicados que visiblemente indican algo. ¿Hay alguno que pueda interpretarlos? ¿Con qué palabras los traduciríamos a nuestro idioma?

Presiéntese perfectamente que hoy aún existe una idea allí dentro. Uno no puede desprenderse fácilmente de aquel sitio; y por más que se abandone, allí se vuelve. Deletréase, se cree comprender; luego se os escapa ese rayo de luz y os golpeáis la frente.

Los enjambres de abejas, con su fría geometría, no son, ni con mucho, tan significativos. Estas constituyen un producto de la vida; mas, aquello es la misma vida. La piedra no fue simplemente base y abrigo de dicho pueblo, sino un pueblo anterior, la generación primitiva que, suprimida paulatinamente por los jóvenes de encima ha tomado tal consistencia. Luego, todo el pasado movimiento, el tinte de la ciudad primitiva, están allí visibles y sorprendentes, con una verdad

flagrante, cual vivo detalle de Herculano o Pompeya. Empero aquí todo se ha fabricado sin violencia ni la más pequeña catástrofe, por un progreso natural; la más serena paz reina en dicho sitio, que tiene un singular atractivo de dulzura.

El escultor admiraría las formas de un arte maravilloso que en un mismo asunto ha sabido producir infinitas variantes, las cuales bastarían para cambiar y renovar todas nuestras artes de adorno.

Pero otra cosa hay que considerar a más de la forma. Las ricas arborescencias donde se descoge la actividad de esas tribus laboriosas, los ingeniosos laberintos que parecen buscar un hilo, ese profundo juego simbólico de vida vegetal y de toda vida, es el esfuerzo de una idea, de la libertad cautiva, sus tímidos tanteos hacia la prometida luz, relámpago encantador del alma joven comprometida en la vida común; pero qué, suavemente, sin violencia, con gracia, se emancipaba de ella.

Poseo dos de estos arbolillos, de especie análoga, y, sin embargo, distinta. No hay vegetal que pueda comparárseles. Tiene el uno inmaculada blancura, como el alabastro sin brillo, y en su amorosa riqueza cada rama ostenta capullos, botones, florecitas, y jamás dice: Basta. El otro, no tan blanco pero más tupido, en cada rama encierra un mundo. Ambos son agradabilísimos por su semejanza y desemejanza, su inocencia, su fraternidad. ¡Oh! ¡quién podrá revelarme el misterio del alma infantil y encantadora que fabricó ese juguete de hadas! Vésela circular aún esa alma libre y cautiva a la vez, mas con cautiverio amoroso, y que sueña con la libertad sin quererla por entero.

Hasta ahora las artes no han sabido apoderarse de esas maravillas que tanto las hubieran auxiliado. La magnífica estatua de la Naturaleza que se eleva a la puerta del Jardín de Plantas, de París, debiera estar rodeada de tales atributos. Aquella estatua había de figurar con el cortejo triunfal que nunca la abandona, era preciso realzar con todos sus dones el majestuoso trono do se sienta. Sus primeros seres, las madreporas, dichosos de enterrarse en el suelo hubieran suministrado los fundamentos, por medio de sus alabastrinos ramajes, sus meandros

y sus estrellas. Encima sus ondulosas hermanas, con sus cuerpos y sedosos cabellos habrían constituido un blando lecho viviente para abrazar cariñosamente a la divina Madre en medio de sus ensueños de eterno alumbramiento.

La pintura no ha sido más hábil que la escultura en la utilización de este asunto, puesto que pinta las flores animadas semejantes a las flores terrestres, cuando sus colores son extraordinariamente distintos. Los grabados al plomo que poseemos dan muy pobre idea de la cosa. Por más que se diga, sus tintas chabacanas, pálidas, no retratan ni con mucho la suavidad, la dulzura, la emoción de las flores del mar. Si se emplearan los esmaltes, lo cual ensayó Palissy, el asunto saldría rudo y glacial: admirables en la reproducción de los reptiles, de las escamas de pescado, son demasiado lustrosos para imitar esas suaves y tiernas criaturas que hasta de cutis carecen. Los pulmoncitos exteriores que presentan los anélidos, los delgados filamentos nebulosos que lanzan al viento ciertos pólipos, los móviles y sencillos cabellos que ondulan sobre la medusa son objetos no sólo delicados sino conmovedores. Ofrecen todos los matices, son finos y vagos, pero cálidos: es como un hálito perceptible, y nuestros ojos atónitos ven en ellos el color del arco iris. Para aquellos seres es algo muy serio, su propia sangre, su tenue vida traducida en tintas, en reflejos, en resplandores cambiantes, que se animan o palidecen, aspiran, espiran... Tened cuidado. No ahoguéis la almita flotante, muda, y que, a pesar de todo, os revela un mundo, demostrándoos su íntimo misterio en sus palpitantes colores.

Los colores poco sobreviven, pues la mayor parte se disuelven y desaparecen. Aun las mismas madréporas sólo dejan su base, que diríase inorgánica, siendo no obstante la vida condensada, solidificada.

Las mujeres, que tienen ese sentido mucho más delicado que nosotros, no se han engañado, presintiendo aunque confusamente que uno de dichos árboles, el coral, era una cosa viva. De ahí la predilección que demuestran por él. Y aunque la ciencia sostenga primero que sólo es una piedra, luego un arbusto, el sexo bello ve en el coral algo más.

«Señora, ¿por qué prefiere usted a todas las piedras preciosas ese árbol de un encarnado dudoso? - Caballero, dice a mi cara. El rubí hace palidecer; éste, mate y no tan vivo, hace resaltar mejor la blancura. Y la señora tiene razón. Los dos objetos son parientes. En el coral, lo mismo que en los labios y mejillas de la dama, el hierro da el color (Vogel); encarnado el uno y el otro rosado.

«Pero señora, esas piedras brillantes son de una finura incomparable. -Ciertamente, mas el coral es suave; tiene la suavidad del cutis a la par que su color. A los dos minutos de llevarlo, paréceme mi misma carne, mi propio ser.

»Señora, hay encarnados más bonitos. -Doctor, no me privo usted de éste, pues le quiero. ¿Por qué? Lo ignoro... ¡Oh, sí! hay un motivo para quererlo (y es éste tan bueno como otro cualquiera); dicho motivo es su nombre oriental y verdadero: llámasele «Flor de sangre»

V

Los fabricantes de mundos.

Nuestro Museo de Historia Natural, en su harto reducido recinto, es un palacio de hadas, residiendo allí, al parecer, el genio de las metamorfosis de Lamarck y de Geoffroy. En la sombría sala del piso bajo, las silenciosas madrêporas fundan el mundo, más vivo por momentos, que se eleva encima de ellas. Más arriba, habiendo el pueblo de los mares alcanzado su completa energía de organización en los animales superiores, prepara las existencias terrestres. En la cúspide están los mamíferos, sobre los cuales la tribu divina de los pájaros despliega sus alas y parece que todavía canta.

La muchedumbre no hace caso de los primeros, pasando rápidamente por delante de esos primogénitos del globo, su habitación es fría, húmeda: los curiosos dirigen sus pasos hacia la luz, hacia el punto do brillan tantos objetos. Nácar, alas de mariposa, plumas de aves, esto es lo que la encanta. Yo, que me detengo más tiempo abajo, heme hallado con frecuencia solo en la pequeña y oscura galería.

Me agrada esa cripta de la iglesia grande: allí presiento mejor el alma sagrada, el espíritu presente de nuestros maestros, su enorme, su sublime esfuerzo, a la par que la audacia inmortal de los viajeros salidos de aquel sitio. Doquiera que estén sus huesos, ellos se ostentan en el Museo reproducidos en valiosos tesoros, tesoros que pagaron con la vida.

El otro día (1° de octubre) me detuvo más de lo regular en aquel sitio, entreteniéndome a leer, no sin trabajo, los rótulos de algunas madrêporas. Una de ellas, colocada junto a la puerta, llevaba el nombre de *Lamarck*.

Mi sangre toda afluyó al corazón, sintiendo como un impulso de religioso respeto.

¡Gran nombre y ya viejo! Es lo mismo que si en las tumbas de Saint-Denis se leyera el nombre de Clodoveo. La gloria de sus sucesos

res, su imperio, sus discusiones, han obscurecido, hecho retroceder a aquél que se adelantó a lo menos de un siglo a su época. Fue Lamarck, ese ciego Homero del Museo, el que por el instinto del genio creó, organizó, dio nombre a lo que todavía estaba envuelto en la obscuridad: la clase de *los Invertebrados*.

¿Una clase? esto es, un mundo, el abismo de la vida blanda y semiorganizada a la que aún falta la vértebra, la centralización huesosa, el sostén esencial de la personalidad. Interesan tanto más esos seres, cuanto que visiblemente por ellos empieza la vida. ¡Humildes tribus, descuidadas hasta entonces! Reaumur colocó los cocodrilos entre los insectos; el ilustre conde de Buffon no se dignó siquiera indagar los nombres de aquel populacho ínfimo, dejándolos fuera del Versalles olímpico que elevó a la Naturaleza, Y tuvieron que aguardar a Lamarck para ser clasificados esos grandes pueblos oscuros, confusos; esos desterrados de la ciencia, que, sin embargo, lo llenan todo y todo lo han preparado. Precisamente se había prohibido la entrada a los primogénitos. Era fácil tarea contar a los admitidos y si se hubiese tenido que juzgar por el número, dijérase que lo excluido, lo olvidado, dejaba a la calle a la Naturaleza misma.

El genio de las metamorfosis, acababa de ser emancipado por la botánica y por la química. Fue un atrevimiento, pero fecundo en resultados, el desviar a Lamarck de la botánica, donde había pasado lo mejor de su vida é imponerle la obligación de ocuparse de los animales. Aquel genio ardiente y acostumbrado a obrar milagros para la transformación de las plantas, lleno de fe en la unidad de la vida ' sacó a los animales y al animal grande (el globo) del estado de petrificación en que se hallaban, restableciendo, de forma en forma la circulación del espíritu. Semiciego, a tientas, tocó intrépidamente mil cosas a que los más perspicaces no osaban aún acercarse. Siquiera él obraba instigado por el ardor de la ciencia. Geoffroy, Cuvier y Blainville los encontraron calientes y con vida. «Todo está vivo -decía aquél, -ó lo estuvo. Todo es vida, presente o pasado» gran esfuerzo revolucionario contra la materia inerte, que conduciría hasta suprimir lo inorgánico.

Nada, estaría completamente muerto. Lo que ha vivido puede dormir y conservar la vida latente, una aptitud para revivir. ¿Quién está verdaderamente muerto? Nadie.

Esta teoría ha dado un empuje extraordinario a las velas con que marcha nuestro siglo: atrevida o no, ella nos ha llevado adonde nunca hubiéramos estado. Nos hemos puesto en demanda, preguntando a todas las cosas, ya de historia o de historia natural: «¿Quién eres? -Soy la vida» -La muerte ha ido de vencida bajo la mirada de las ciencias: el espíritu siempre adelanta y hácela retroceder.

Entre esos resucitados, lo primero que veo son mis madréporas. Hasta entonces, la piedra muerta y el calizo grosero tuvieron el interés de la vida. Cuando Lamarck los juntó, explicando su constitución en el Museo, acababa de sorprendérseles en el misterio de su actividad, ocupados en sus inmensas creaciones, habiéndonos enseñado cómo se fabrica un inundo. Se empezó a sospechar que si la tierra produce el animal, éste también produce la tierra, desempeñando ambos a dos la obra de la Creación.

La animalidad existe por doquiera: todo lo llena, todo, lo puebla. Sus restos o huellas se encuentran hasta en minerales, tales como el mármol estatuario y el alabastro, que han pasado por el crisol de los fuegos más destructores. A cada paso que damos en el conocimiento de lo actual, descubrimos un pasado enorme de vida animal. El día en que fue dado a la óptica divisar el infusorio, viósele fabricar montañas y empedrar el Océano. El duro sílice del Trípoli, es una masa de animalculos, la esponja un sílice animado. Nuestros calizos son todo animales. París está edificado con infusorios; una parte de Alemania, descansa sobre un mar de coral, hoy día amortajado. Infusorios, corales, testáceos, todo es cal, creta, pues, sin cesar, la extraen del mar. Mas, los peces que devoran el coral, lo expelen en forma de creta, restituyendo ésta a las aguas de donde ha salido el mar. Así el mar de Coral, en su obra de alumbramiento, de agitaciones, de movimientos, en sus construcciones incesantemente aumentadas o desaparecidas, fabricadas, arruinadas, es una fábrica inmensa de calizo, que va alter-

nando entre sus dos vidas: vida *diligente* hoy, vida *disponible* que obrará mañana.

Forster ha visto, visto perfectamente (lo cual se ha negado sin razón) que esas islas circulares son cráteres de volcanes, levantados por los pólipos. En la hipótesis contraria, no es posible explicar la identidad de forma, constituyendo siempre un anillo de unos cien pasos de diámetro, asaz bajo, azotado exteriormente por las olas, si bien el interior forma una concha tranquila. Algunas plantas de tres o cuatro géneros distintos, constituyen una corona de verdura, de trecho en trecho en la parte de adentro. El agua es de un verde magnífico; el anillo está formado de arena blanca (residuos de corales disueltos), contrastando con el azul subido del Océano. Bajo las aguas amargas, están trabajando nuestros obreros, según sus especies o sus caracteres: los más atrevidos en las rompientes, en las apacibles costas la gente tímida.

He aquí un mundo poco variado. Esperad. Los vientos, las corrientes, trabajan para enriquecerle. Bastará una fuerte borrasca para que las islas inmediatas hagan su fortuna: ésta es una de las más espléndidas funciones de la tempestad. Cuanto más imponente, furiosa y turbulenta se presenta arrastrándolo todo, más fecunda es. Pasa una tromba sobre una isla; el torrente que produce, cargado de limo, de despojos, de plantas muertas o vivas, a veces de bosques enteros arrancados de cuajo, plaga negra, cenagosa, traspasa el mar, y empujado luego por las olas aquí y allá, distribuye esos presentes entre las islas cercanas.

Un gran mensajero de vida y de los más transportables es la sólida nuez de coco, la cual no sólo viaja, sino que, arrojada sobre los arrecifes, basta que encuentre un poco de arena blanca para medrar en sitios donde perecería otra planta cualquiera. El agua salobre no le amedrenta, se sirve de ella como del agua dulce, y crece también. Germina, se hace grande, conviértese en árbol, en un robusto cocotero. Donde hay un árbol no tarda en haber agua dulce, y despojos, y por lo tanto tierra; esto convida a otros árboles, y al poco tiempo vese levantar su copa a algunas Palmeras. De los vapores que esos árboles detie-

nen se forma un arroyuelo que, manando del centro de la isla, mantiene en la blanca cintura un hoyo que respetan los pólipos, habitantes de las aguas amargas.

Conócese actualmente la rapidez extrema de su trabajo. En el puerto de Río Janeiro, después de cuarenta días de parada, desaparecían ya los botes bajo los tubulares que de ellos se habían apoderado; un estrecho inmediato a Australia contaba antes veintiséis islotes, y a la fecha hay ciento cincuenta bien establecidos, anunciando el Almirantazgo inglés que son en mayor número y que dentro de veinte años en toda su longitud de cuarenta leguas será impracticable.

El arrecife oriental de la Australia tiene trescientas sesenta leguas (ciento veintisiete sin interrupción), y el de la Nueva Caledonia ciento cuarenta y cinco leguas. Grupos de islas en el mar Pacífico cuentan cuatrocientas leguas de largo por ciento cincuenta de ancho. Sólo la cordillera de las Maldivas tiene cerca de quinientas millas de longitud. Añadid a todo esto los bancos de la Isla de Francia y los bajos del Mar Rojo, que se elevan continuamente.

Timor y sus cercanías ofrecen un mundo completamente animal: allí sólo se pisan cosas vivas. Las rocas ofrecen formas tan extrañas y tan ricos colores, que la vista se encanta, se deslumbra. Contempláis a aquellos seres por espacio de muchas leguas en medio del agua del mar, que no tiene profundidad (tal vez un pie), fabricando muy tranquilamente, empero sin cejar en su oficio de creadores.

El primer observador inteligente fue Forster, compañero de Cook, que los vio empeñados en su obra. Cogiólos infraganti en su gran conspiración para levantar *piano piano* islas a millares, cordilleras de islas, y más tarde todo un continente.

Y esto ocurría a su vista como en los primeros días de la Creación. De las profundidades submarinas, el fuego central hace brotar una cúpula, un cono, que entreabriéndose, con su lava, constituye por algún tiempo un cráter circular. Mas, la fuerza volcánica se agota. Ese cráter tibio vese coronado de hielo animado, animal y polípero que, arrojando constantemente de sí un *mucus*, va elevando ese círculo

basta la baja mar, no más arriba, pues más altos estarían en seco; ni tampoco más abajo, porque necesitan luz. Y si no tienen órgano especial de la visualidad, la luz les penetra. El poderoso sol de los trópicos, que atraviesa de parte a parte su pequeño ser transparente, tiene, al parecer, sobre ellos la atracción de un invencible magnetismo. Cuando baja el mar y quedan al aire libre, permanecen abiertos como estaban y beben la luz.

Dumont d'Urville, que con tanta frecuencia solía visitar sus islotes, dice: «Es un singular suplicio el ver de cerca la tranquilidad que reina en esa concha interior, y debajo el agua, poco profunda, bancos avanzados donde se pavonean los corales con toda seguridad cuando nos rodea por todas partes la tempestad» Aquel mundo agradable es un escollo; tocadlo y os estrelláis. El transparente mar os muestra un abismo a pico de cien brazas. No confiéis en el áncora; no hay cable que con el frotamiento no se use, acabando por romperse. La ansiedad es extrema en las noches interminables en que la marejada austral os empuja hacia esas cortantes cuchillas.

Y, sin embargo, los inocentes fabricantes de escollos tienen una respuesta para las acusaciones que se les dirigen. Dicen: «Concedednos el tiempo requerido. Esos bordes, dulcificados paulatinamente, haránse hospitalarios: dejadnos obrar. Los bancos, enlazados con los inmediatos bancos, perderán sus terribles remolinos. Estamos fabricando un mundo nuevo por si llega el caso de que el vuestro fenezca. Tal vez algún día nos bendeciréis si acontece un cataclismo; si, como afirma no sabemos quién, el mar se derrama de uno al otro polo cada diez mil años. Os daréis por muy contentos de encontrar estas islas australes que os servirán de punto de refugio.

»Preciso es confesarlo -añaden; -aunque por desgracia se perdiesen en esto sitio algunas embarcaciones, nuestra obra es útil, buena y grandiosa. Nuestro improvisado mundo podría mostrarse con cierto orgullo: sin mencionar sus espléndidos colores, que dejan muy atrás cuanto existe en la tierra, sin hablar de los círculos graciosos, de las curvas do nos placemos, tantos y tantos problemas oscuros que os

detienen, entre nosotros parecen haber sido resueltos. La distribución del trabajo, una encantadora variedad, en medio de una gran regularidad, un orden geométrico que, no obstante, ostenta toda la gracia de una libertad naciente, ¿encontraríase todo esto entre los hombres?

»Nuestro incesante trabajo para aligerar el agua de sus sales crea las magníficas corrientes que constituyen la vida, la salud. Nosotros somos los espíritus del mar, y le damos movimiento.

»Verdad es que no se nos muestra ingrato, pues nos sustenta con oportunidad, y con igual exactitud nos acaricia la cálida luz, nos engalana con sus ricos colores. Somos los mimados del Altísimo, sus obreros favoritos, que nos ha señalado la tarea de bosquejar sus mundos. Todos los segundones de ese globo que se presentan aquí, tienen necesidad de nosotros. Nuestro amigo el cocotero, ese gigante que inaugura la vida terrestre encima de nuestra isla, sólo prospera merced al polvo que le prestamos. En el fondo, la vida vegetal es un legado, un don, una limosna de nuestras liberalidades. Rica por nosotros, alimentará la creación superior.

»Mas, ¿para qué sirven los otros animales? Somos un mundo completo, armónico, y que es suficiente. El Círculo de la Creación podría cerrarse con nosotros.

»Escogíonos Dios para coronar su isla; sobre su antiguo volcán de fuego ha creado un volcán de vida, mejor todavía, el descogimiento de ese paraíso viviente. Ha obtenido lo que se propuso y ahora descansa» Todavía no, todavía no. Una creación debe subir por encima de la vuestra, cosa que vosotros no teméis. Y ese rival no es la tempestad, pues la desafiáis; ni el agua dulce, ya que estáis fabricando junto a ella; ni tampoco es la tierra que paulatinamente ha ido invadiendo y cubriendo vuestras construcciones. Esta nueva potencia, ¿dónde está? En vosotros mismos. El pólipo no se resigna a quedarse pólipo: existe en vuestra república tal o cual ser inquieto que afirma que la perfección de esa vida vegetativa no es vida, soñando otra mejor: irse y navegar solo, ver lo desconocido, el dilatado mundo, crearse,

exponiéndose a naufragar, algo que va a despuntar en él y permanece
oscuro entre vosotros:

El alma.

VI

Hija de los Mares

Los primeros meses del año 1858 deslizáronse para mí en el agradable pueblecillo de Hyères que mira de lejos al mar, a las islas y a la península que presta abrigo a su costa. A tal distancia, el mar atrae más poderosamente tal vez que si uno estuviese a bordo. Los senderos que a él conducen convidan a recorrerlos, ya se dirija uno al lado de las huertas por los setos de jazmines y mirtos, ya, subiendo un tanto, se atraviesen los olivares y un bosquecillo sembrado de laurel y de pinos. Sin embargo, los árboles no impiden que de vez en cuando se distingan algunos rayos del mar. Ha sido llamado este sitio, y no sin razón, Costa Bella. Paseábame por él en los mejores días de un invierno muy suave, soliendo encontrar al paso una enferma interesantísima, joven princesa extranjera venida de quinientas leguas de distancia, para prolongar algunos días su desfalleciente vida. Aquella corta existencia se había deslizado triste y combatida por el infortunio; y apenas vislumbraba la felicidad, se iba extinguiendo por momentos. La pobre se arrastraba apoyada tiernamente en otro ser que vivía de su vida y no contaba sobrevivirla. Si los votos y las oraciones bastasen a prolongar la vida, aquella joven no hubiese muerto; tenía en su apoyo los de cuantos la conocían, particularmente de los pobres. Empero la primavera llegó y con ella el fin de sus días. Cierta mañana de abril en que todo renacía, vimos pasear aún las dos sombras por aquel bosque pálido, como un Elíseo de Virgilio.

Llegué al golfo embargado el ánimo con tan tristes pensamientos. Entre las ásperas rocas, las lagunas que dejaba el mar conservaban ciertos animalillos demasiado lentos para seguirle. Veíanse asimismo algunas conchas encogidas y macilentas por haber quedado en seco: en medio de ellas, sin cáscara, sin abrigo, exployada, yacía la umbrella viviente llamada con harta impropiedad medusa. ¿Por qué haber dado tan horroroso nombre a un ser tan encantador? Nunca ha-

bía fijado mi atención en aquellos náufragos que con frecuencia se encuentran en la playa. La a que me refiero era pequeña, del tamaño de mi mano, pero bella en extremo y de matices suaves y ligeros; su color blanco ópalo con un tinte diáfano lila que formaba una corona. La brisa la había volteado: su coronilla de cabellos lilas flotaba por encima, y la delicada umbrela (es decir, su propio cuerpo), encontrándose debajo, se rozaba con la roca. Muy magullada la pobre, herida, tenía arrancada parte de su fina cabellera, esto es, lo que constituye sus órganos de respiración, de absorción y aun de procreación. Y aquella masa informe recibía de plano los rayos del sol provenzal, áspero al despertar, y más áspero en aquellos momentos a causa de la aridez del *mistral* que no cesaba de soplar. Doble suplicio que desgarraba a la transparente criatura. Viviendo en una zona acariciada por el contacto del mar, la desdichada umbrela no se reviste de una epidermis resistente, como nosotros, animales terrestres; de suerte que los recibe en lo vivo.

Cerca de su enjuta laguna había otras lagunas repletas y que se comunicaban con el mar: la salvación estaba a dos pasos. Mas, para ella que solo se mueve con el auxilio de sus abundantes cabellos, esos dos pasos eran una barrera infranqueable. Expuesta a los rayos de aquel sol abrazador, era de creer que no tardaría en quedar disuelta, absorbida, evaporada.

Nada más efímero, más fugitivo que esas hijas de los mares. Las hay más fluidas, por ejemplo, la tenue faja azur nombrada *cinturón de Venus*, la cual apenas salida del agua se evapora y desaparece. Un poco más consistente la medusa, es más dura en el morir.

¿Estaba la mía muerta o moribunda? Cuéstate mucho trabajo creer en la muerte; así, pues sostuve que estaba viva. De todos modos costaba sacarla de aquel suplicio y echarla a la laguna del lado. Si he de ser franco, diré que experimentaba cierta repugnancia al tocarla. La deliciosa criatura con su inocencia visible y el iris de sus suaves colores asemejábase a un copo de nieve, resbaladizo y que escurre. Desechando, pues, toda repugnancia, deslicé la mano por debajo y levanté

cuidadosamente el cuerpo inmóvil, del que calló la cabellera, tomando la posición natural que conserva cuando nada. En esta postura la coloqué en la charca inmediata, donde se sumergió sin dar el más pequeño indicio de vida.

Hecho esto, comencé a pasear orillas del mar, mas, transcurridos diez minutos, fui a ver mi medusa, la cual ondulaba a merced del viento, moviase y volvía a ponerse a flote. Con una gracia peculiar, sus cabellos, que la servían de nadaderas, alejábanla suavemente de la roca. Verdad es que no adelantaba mucho en su camino, para adelantarla, y al poco rato vila bastante lejos.

Sin duda no hubiera tardado mucho en zozobrar por segunda vez, pues no es posible navegar con medios más débiles y de una manera más peligrosa que lo hacen esos seres. Mucho temen la playa, donde hay tantos objetos duros que las hieren, y en pleno mar a cada momento el viento las voltea. En este caso, como sus cabellos-nadaderas permanecen encima, flotan a la ventura, presa de los peces y con gran contento de las aves marinas que se divierten arracándolas de su elemento.

Durante toda la estación pasada a orillas del Gironde, veíaslas, empujadas fatalmente por el canalizo, ser arrojadas a la costa a centenares, y secarse allí míseramente. Estas eran grandes, blancas, muy lindas al llegar, como arañas de cristal con ricas girándulas, y en las que los rayos del sol producían tan variados matices que brillaban cual si fuesen pedrerías. ¡Ay! ¡Qué diferencia al cabo de dos días! Afortunadamente que la arena se hundía y las enterraba.

Los pobres, sirven de pasto a todo el mundo, mientras que para sí propias no tienen otro alimento que la vida poco orgánica, vega aún, los átomos flotantes del mar. Ellas los entorpecen, los eternizan, por decirlo así, y los chupan sin hacerles sufrir. Carecen de dientes: no están armadas, no tienen ninguna defensa. Sólo algunas especies (y no todas, dice Forbes), pueden, cuando se les ataca, secretar un licor algo picante, como la ortiga. Sensación tan débil, por otro lado, que no

tuvo reparo Dicquemare en recibirlo en un ojo, sin que le produjese malos resultados.

He aquí una criatura apenas garantida, que vive al acaso; y eso que es superior. Tiene sentidos, y a juzgar por sus contracciones, una susceptibilidad notable de sufrimiento. No se puede, cual acontece con el pólipo, dividirla impunemente: en este caso el pólipo se dobla, mas ella muere. Gelatinosa como aquél, parece un embrión, pero el embrión salido demasiado aprisa del seno del mar común, extraído de la base sólida, de la asociación que constituyó la seguridad del pólipo, y lanzado a la ventura.

¿Por qué ha emprendido la marcha? ¡Imprudente! ¿Cómo sin vela, remo ni timón, se aventuró a dejar el puerto? ¿Cuál es su punto de partida?

En 1750 Ellis vio surgir una medusita sobre un pólipo, y en nuestros días, varios observadores han visto y por lo tanto la cuestión está juzgada, que es una forma de pólipo, salida de la asociación. La medusa, hablando llanamente, es un pólipo emancipado.

¿A qué sorprendernos? dice perfectamente el discreto M. Forbes, que ha dedicado tantas vigiliass a su estudio. Esto es sólo un indicio de que a tal grado el animal sigue aún la ley vegetal. Del árbol, ser colectivo, sale el individuo, el fruto que se desprende, cuyo fruto formará otro árbol. Un peral es como una especie de pólipo vegetal, en que la pera (individuo libre) puede darnos otro peral.

Lo mismo (prosigue Forbes) que el tallo de una planta que iba a cubrirse de hojas se detiene en su desarrollo, se contrae, conviértese en órgano amoroso, esto es, en flor, el polípero, contrayendo algunos de sus pólipos, transformando sus estómagos contraídos, hace la placenta, los huevos de donde sale su flor movible, la tierna y graciosa medusa. (*Ann. of the Nat. hist., t. 14, 387*).

Hubiérase podido adivinarlo al ver su gracia indecisa, esa debilidad desarmada que nada teme, que se embarca sin instrumentos náuticos, demasiado confiada en su propia existencia: es el primero y conmovedor rayo de luz del alma nueva, salido, indefenso, de las se-

guridades de la vida común, probando tener vida propia, obrar y sufrir por su cuenta -blando bosquejo de la Naturaleza libre, -embrión de la libertad.

Ser uno mismo, ser por sí solo un mundito completo, ¡gran tentación para todos! ¡Seducción universal! ¡Bonita locura que constituye el esfuerzo y el progreso todo del mundo! Mas, en sus primeros ensayos ¡qué injustificada parece! Diríase que la medusa ha sido creada para zozobrar.

Cargada por encima, mal afirmada por debajo, está construida al revés de la fisalía, su parienta. Esta, sólo mantiene fuera del agua un glóbulo, una vejiga insumergible, dejando arrastrar por el fondo sus prolongados tentáculos, extremadamente largos (veinte o más pies), que la afirman, barren el mar, entorpeciendo a los peces con sus golpes, de los que hace presa. Agil e indolente, hinchando su globo nacarado y matizado de azul y púrpura, arroja por medio de sus dilatados cabellos de un azar siniestro, cierto veneno sutil que abate cuanto toca.

Aunque menos temibles, tampoco parecen los velelos, los cuales tienen la forma de almadía. Su pequeño organismo es algo sólido; y saben navegar, voltear al viento su vela oblicua. Las porpitas, que parecen una flor, una margarita, tienen en su favor la ligereza flotando aún después de muertas. Otro tanto sucede con innumerables seres fantásticos y casi aéreos, guirnaldas con campanillas de oro o guirnaldas de botones de rosa (fisóforo, estefanomia, etc.), cinturones azurados de Venus. Todos estos seres andan y sobrenadan invenciblemente, no temiendo más que a la tierra; engólfanse bogando en el Grande Océano, y por enmarañado que esté, allí encuentran su salvación. Las porpitas y los velelos tienen tan poco temor al Océano que, pudiendo sobrenadar siempre que les plazca, hacen esfuerzos para hundirse, y cuando se desencadena la borrasca, escóndense en las profundidades del mar.

No acontece lo mismo con la pobre medusa, que ha de resguardarse de la playa al mismo tiempo que de la tempestad. Podría hacerse pesada a voluntad y bajar, mas, le está prohibido el abismo; sólo vive a

la superficie, en plena luz, rodeada de peligros. Ve, oye, y tiene muy delicado el tacto, demasiado delicado por desdicha suya. No le es dado guiarse por sí misma: sus más tenues órganos la sobrecargan y con facilidad hácenla perder el equilibrio.

Así, pues, nos dan tentaciones de creer que se arrepiente de un ensayo de libertad tan peligroso y que echa de menos el estado inferior, la seguridad de la vida común. El polípero produjo la medusa, y ésta hace el polípero volviendo a la asociación. Mas esa vida vegetativa es tan engorrosa, que a la siguiente generación vuelve a emanciparse y lánzase otra vez al acaso de su inútil navegación. Extraña alternativa, en la que flota eternamente. Movable, sueña con el reposo; inerte, se desvive por moverse.

Estas metamorfosis tan originales, que subsecuentemente elevan y rebajan al ser indeciso, haciéndolo alternar entre dos vidas tan distintas, es, con toda verosimilitud, condición de las especies inferiores, de las medusas que todavía no han podido penetrar en la carrera irrevocable de la emancipación. Por lo que toca a los demás, fácil sería creer que sus deliciosas variedades marcan progresos interiores de vida, grados de desarrollo, los juegos, las gracias y las sonrisas de la nueva libertad. Esta, admirable artista, sobre el sencillo tema de disco o umbrela que flota, cual tenue araña de cristal que relumbra a los rayos del sol, ha formado una creación infinita de lindas variantes, un diluvio de pequeñas maravillas.

Todas estas preciosidades, unas tras otras, flotando sobre el verde espejo, adornadas de colores alegres y suaves, con una coquetería infantil que sólo ellas poseen, han preocupado a los hombres científicos, que irles un nombre tuvieron que recurrir a las para d, reinas de la Historia y a las diosas de la Mitología. Esta es la ondulante Berenice cuya rica cabellera al arrastrarse por las ondas constituye otra onda; aquélla la pequeña Oritia, esposa de Eolo, que, al soplo de su compañero, pasea su urna blanca y pura, incierta, apenas afirmada por el delicado enredo de sus cabellos, que con frecuencia enlaza por debajo; más allá, Dionea, la llorona, parece una copa de alabastro que deja

desbordar, en hilos cristalinos, espléndidas lágrimas. De esta suerte he visto en Suiza esparcirse cascadas fatigadas y perezosas, que, habiendo dado muchos rodeos, parecían rendidas de sueño, de languidez.

En el grandioso cuadro de luminarias que despliega el mar en las noches borrascosas, la medusa desempeña un papel aparte. Sumida como tantos otros seres en el fósforo eléctrico de que están penetrados todos, lo devuelve a su modo con una gracia personal.

¡Cuán sombría es la noche en el mar si no lo alumbrase ese fósforo! ¡Qué vastas y temibles esas tinieblas! En tierra la sombra no es tan oscura; se reconoce uno a la variedad de los objetos que toca o cuyas formas se presienten y que aparecen como una señal. Has, la dilatada noche marítima, ¡una negrura infinita! ¡Nada, siempre nada!.. ¡Mil peligros posibles, desconocidos!

Se presente todo esto si se vive en la playa, junto al mar, y ocasiona no poca alegría cuando, cargado el aire de electricidad, se descubre a lo lejos una tenue cinta de fuego. ¿Qué significa aquello? Lo hemos visto en nuestra propia casa al contemplar algunos peces muertos, por ejemplo los arenques. Empero vivos en grandes masas, y en las enormes estelas viscosas que dejan tras de sí, aún es más luminoso. Ese brillo no es de ningún modo privilegio de la muerte. ¿Acaso será efecto del calor? No, existe en los dos polos, en los mares Antárticos y en los de la Siberia así como en nuestros mares y en todos.

Es la electricidad común que despiden en tiempo borrascoso esas aguas semi-vivientes, inocente y pacífico rayo de que son conductores inocentes todos los seres marinos. Lo aspiran y espiran, restituyéndolo con largueza al morir. El mar lo da y vuelve a tomarlo. A lo largo de las costas y de los estrechos, los estregones y remolinos le hacen circular poderosamente. Cada ser toma una parte, más o menos grande, según su naturaleza. Aquí, inmensas superficies de pacíficos infusorios forman una especie de mar lácteo, de suave y blanca luz, que, animándose por momentos, se vuelve de un color azufrado encendido; allá, conos de luces van haciendo piruetas sobre sí mismos o rodando en forma de balas rojas. Prodúcese un gran disco de fuego (pirosoma),

que, empezando por el color opalino, vuélvese verde un instante, luego se irrita, trocándose en rojo y naranjado para terminar en azul. Tales metamorfosis tienen cierta regularidad que indicaría una función natural, la contracción y dilatación de un ser que atiza el fuego.

Sin embargo, serpientes inflamadas agítanse en el horizonte en una gran extensión (en ocasiones veinticinco o treinta leguas). Los bíforos y las salpas, seres transparentes que atraviesan el mar y el fósforo, dan ese espectáculo serpentiforme. Sorprendente asociación que origina tan desenfadadas danzas, y luego se separa. Una vez separados, sus miembros libres producen otros pequeñuelos asimismo libres, que a su turno engendrarán repúblicas danzantes, las cuales renoverán en el mar aquella bacanal de fuego.

Grandes masas más pacíficas pasean sobre las ondas innumerables luces. Los velelos iluminan al llegar la noche sus barquillas; las beroes se ostentan triunfantes como llamas; empero ninguna luz tan espléndida como la de nuestras medusas. ¿Es sólo puro efecto físico, como el que hace serpentear las salpas inyectadas de fuego? ¿Es un acto de aspiración, como hacen presumir otros seres? ¿O es únicamente capricho, como entre tantas criaturillas que se divierten con las chispas de una vana o inconstante alegría? No, las nobles y deliciosas medusas (tales como la Oceánica coronada y la encantadora Dionea), parecen expresar graves ideas. Debajo de ellas sus luminosos cabellos, semejantes a una sombría lámpara de noche, lanzan misteriosos rayos de esmeralda y otros colores que, relumbrando o palideciendo, revelan un sentimiento y cierto misterio inexplicable. Diríase el espíritu del abismo meditando sus secretos; el alma que llega o la que algún día debe vivir. ¿O acaso debemos ver en ello el melancólico ensueño de un destino imposible que nunca ha de alcanzar el término apetecido? ¿O el llamamiento a la dicha de amor, único consuelo que en este mundo nos queda?

Sabido es que, en la tierra, ese fuego es para nuestras luciolas la señal, la declaración de la amante que se da a conocer, indica su morada y se traiciona a sí misma. ¿Tiene igual sentido entre las medusas?

Se ignora. Lo positivo es que vierten juntas su llama y su vida. La savia fecunda y virtud genésica de ellas, están contenidas en esto, y a cada destello se escapa y disminuye.

Si se desea el cruel entretenimiento de redoblar ese cuento de liadas, no hay más que exponerlas al calor. Entonces se exasperan, centellean y se vuelven tan hermosas, tan hermosas... que todo concluye. Llama, amor y vida acaban de evaporarse, todo desaparece a un tiempo.

VII

El picapedrero.

Cuando el bueno del doctor Livingstone penetró por entre las míseras tribus del Africa que, trabajosamente, se defienden de los traficantes en carne humana y de los leones, como las mujeres le viesen armado de todas las artes protectoras de la Europa, invocándole, no sin justicia, como una providencia amiga, decíanle esta conmovedora frase: «¡Procuradnos el sueño!» Esta es la súplica que todo ser vivo, cada uno en su lengua, dirige a la madre Naturaleza. Del primero al último desean y sueñan con la seguridad, y esto no ofrece ningún género de duda al ver los ingeniosos esfuerzos que todos hacen por obtenerla. Dichos esfuerzos han creado las artes, no habiendo inventado ni una sola el hombre sin apercibirse de que los animales habíanla inventado antes que él, inspirados por el instinto, tan grande y notable, que poseen de salvación.

Sufren, están atemorizados y quieren vivir. No es dado creer que los seres poco avanzados, embrionarios, sean casi sensibles: muy al contrario. En todo embrión, lo primero bosquejado es el sistema nervioso, es decir, la capacidad de percepción y de sufrimiento. El dolor es el aguijón por medio del cual se estimula poco a poco la previsión, empujando, forzando al ser a ingeniarse. El placer también sirve para el caso, y notáislo ya en los que se supondrían más fríos. Precisamente ha observado en el caracol la sensación que experimenta, después de penosas investigaciones de amor, al encontrarse con el objeto amado. Macho y hembra, con una gracia conmovedora, ondulando sus pecuezos de cisne, se prodigan mutuas caricias. ¿Y quién afirma esto? El severo, el muy verídico Blainville. (Moll., p. 181).

Mas, ¡ay! ¡cuán ampliamente se prodiga el dolor! ¿Quién no ha visto con tristeza los lentos y penosos esfuerzos del molusco sin concha que se arrastra sobre el estómago? Chocante, pero fiel imagen del foto que una cruel casualidad hubiese arrancado del vientre de la ma-

dre y arrojado por los suelos indefenso y desnudo. La triste bestiezuca condensa su piel tanto como puede, dulcifica las asperezas y da suavidad al camino que recorre. No importa. Es preciso que experimente uno tras otro todos los obstáculos, los choques, las puntas aceradas de los guijarros; convengo en que está endurecida, resignada, mas, con todo, a su contacto, se retuerce, se contrae, dando señales de una gran sensibilidad.

A pesar de todo, la grande Alma de armonía, que es la unidad del inundo, ama; ama, y por la alternativa de placer y dolor cultiva todos los seres y les obliga a subir.

Empero para subir, para pasar a un grado superior, preciso es que hayan apurado cuantas pruebas, más o menos penosas, contiene el inferior, todos los estimulantes de inventiva y arte de instinto. Y aun es preciso que hayan exagerado su genio y hayan hallado el exceso que, por contraste, hace sentir la necesidad de un género opuesto. Así se constituye el progreso por una oscilación entre las cualidades contrarias que, sucesivamente, se desprenden y se encarnan en la vida.

Traduzcamos esas cosas divinas al lenguaje humano, familiar, indigno de su grandeza, mas por el cual serán conocidas:

Habiéndose complacido la Naturaleza por mucho tiempo en hacer y deshacer la medusa, en variar hasta lo infinito ese tema gracioso de la libertad naciente, cierta mañana, golpeándose la frente, se dijo: «He hecho una cabeza. Esto es delicioso, mas olvidé asegurar la vida, de la pobre criatura, y tan sólo podrá subsistir por lo infinito de su número, por el exceso de su fecundidad. Ahora me hace falta un ser más prudente y resguardado. Si es preciso, que sea tímido; empero, sobre todo (lo quiero), ¡que viva!»

Desde el momento que aparecieron esos tímidos, se echaron en brazos de la prudencia hasta un límite desconocido; huyeron de la luz del día, encerráronse. Para librarse de los contactos duros, secos, cortantes de la piedra, emplearon el sistema universal, la muda, secretando de su muda gelatinosa un envoltorio, un tubo que va dilatándose a la par que se dilata su carrera. Mísero expediente que mantiene a esos

menores (los taretos) alejados de la luz y del aire libre, causándoles un dispendio enorme de sustancia. Cada paso que dan les cuesta lo que no es decible, el gasto entero de una casa. Un ser que de tal suerte se, arruina para vivir, sólo puede vegetar, y es incapaz de progreso.

No es mucho mejor el recurso de amortajarse un momento, esconderse en la arena durante la baja mar, remontando cuando se presenta el flujo. Es lo que practican los solenos. Vida variable, incierta, fugitiva dos veces al día y de constante inquietud.

Entre seres mucho más inferiores había empezado a despuntar cierta cosa, oscura todavía, y que a la larga debía cambiar la faz del Universo. Las simples estrellas marinas, en sus cinco rayos tenían cierto sustentáculo, algo como una armazón de piezas articuladas, algunas espinas por afuera, chupaderas que adelantan y retroceden a voluntad. Un animal asaz modesto, aunque tímido y serio, hase aprovechado, al parecer de tan grosero bosquejo. Opino que ha hablado de esta suerte a la Naturaleza:

«Nací sin ambición: no pido, pues, los brillantes»dones de los señores moluscos; no fabricaré ni nácar ni perla; no quiero colores vivos, lujo que atraería sobre mí las miradas de los demás. Menos deseo la gracia de vuestras casquivanas medusas, ni el ondulante encanto de sus cabellos inflamados que atraen, las crean enemigos y las ayudan a naufragar. ¡Oh madre! sólo deseo una cosa, ser... ser uno, y sin »apéndices externos y comprometedores ser rechoncho, fuerte en mí mismo, redondo, pues es la forma »más a propósito para podernos librar de las garras de los demás, el ser, en fin, centralizado.

»Apenas poseo el instinto de los viajes. De la pelea a la baja mar, bastante hacemos con ir rodando. Pegado estrictamente en mi roca, resolveré allí el problema que vuestro futuro favorito, el hombre, debe»buscar en vano, el problema de la seguridad: *excluire estrictamente el enemigo, al paso que recibimos al amigo*, sobre todo el agua, el aire y la luz, No ignoro que esto me costará no poco trabajo, un esfuerzo constante ; cubierto de espinas movibles, me haré temer.

»Erizado, solo como un misántropo, llamaráseme el esquino»

¡Cuán superior a los pólipos es ese discreto animal, los cuales pegados en su propia piedra que forman de pura secreción, sin trabajo real, carecen no obstante, de seguridad! ¡Y Cuán Superior parece a sus mismos superiores, esto es, a tantos y tantos moluscos cuyos sentidos son más variados, empero carecen de la fija unidad de su bosquejo vertebral, de su perseverante trabajo, y de las ingeniosas herramientas que dicho trabajo ha inventado!

Lo maravilloso es que, siendo a la vez él mismo, osa, *es uno y es múltiple; es fijo y es movable*, constando de dos mil cuatrocientas piezas que se desmontan a voluntad.

Veamos cómo se creó.

Erase un angosto ancón del mar de Bretaña. No tenía allí un blando lecho de pólipos y de algas como los esquinos del mar de las Indias, que están dispensados de industria. Encontrábase frente a frente del peligro, de las dificultades, como el Ulises de la Odisea, el cual, arrojado, traído por el oleaje, prueba de agarrarse a las rocas col, sus uñas ensangrentadas. Cada flujo y reflujo era para el Pequeño Ulises sinónimo de una gran borrasca; mas, Su fuerza de voluntad, su poderoso deseo le hizo besar de tal suerte la roca, que ese continuado beso creó una ventosa, la cual hizo el vacío y lo unió a la roca misma.

La cosa no paró aquí: de sus espinas que escarbaban y querían agarrarse, se subdividió una convirtiéndose en triple pinza, verdadera áncora de salvación que secundaría a la ventosa si ésta se aplicaba mal a una superficie poco lisa.

Cuando hubo pellizcado, aspirado poderosamente su roca, sintióse afirmado, comprendiendo más y más cada vez, que era ventajosísimo para él si, de convexa que aquella era, llegaba a trocarla en cóncava, fabricando a su medida un agujerito, haciéndose un nido, pues la juventud pasa y nos abandonan las fuerzas. ¡Qué dulzura si algún día el jubilado esquinero podía desprenderse un tanto del esfuerzo de aquella áncora que prosigue día y noche!

Así pues, empezó a cavar: ésta es su existencia. Fabricado de piezas sueltas, obra por medio de cinco espinas que, empujando siem-

pre a un tiempo, se soldaron y constituyeron un pico admirable para horadar.

Este pico, con cinco dientes del más precioso esmalte, está sostenido por una armazón delicada, aunque muy sólida, formada de cuarenta piezas, las cual se deslizan por una especie de vaina, salen, penetran; en fin, su mecanismo es perfecto. Por medio de esa elasticidad evitan los choques violentos; más aún, repáranse si sobreviene algún accidente.

Ese héroe del trabajo, raras veces esculpe en la piedra común que desprecia, sino en la roca, en el granito, y cuanto más dura y resistente es la roca, más firme se halla. Por otra parte, ¿quién le apura? El tiempo le sobra, es dueño, de los siglos. Si mañana fenece, después de usar su vida y su herramienta, otro ocupa su lugar, y prosigue la obra comenzada. Esos solitarios se comunican muy poco en vida, empero existe la fraternidad para ellos por la muerte, y el joven que sobreviene y encuentra la obra medio acabada, goza de las fatigas de su antecesor bendiciendo su memoria.

No creáis que se trate de golpear y sólo golpear. Su trabajo es un arte. Cuando ha atacado suficientemente el cimientó que une la roca y excavándola bien, muerde sus asperezas como con unas tenacillas, y desarraiga el sílex. Obra de mucha paciencia, que implica dilatadas huelgas para que el agua obre también en los sitios descarnados. Entonces, de la primera capa puede pasarse a la segunda, y por medio de procedimientos lentos Y seguros, terminar la tarea.

En esa vida uniforme hay, sin embargo, las mismas crisis que en la del obrero. El mar huye de ciertas playas; en el verano, tal o cual roca se caldea de un modo insoportable. Es preciso, pues, tener dos casas, una de estío y otra, de invierno.

Gran acontecimiento semejante mudanza para ser sin pies y que ostenta púas por doquiera. M. Caillaud halo observado y admirado en tales momentos. Las débiles y movibles varillas que juegan, se adelantán y retroceden, no son insensibles, aunque garantice hasta cierto punto la secreción a su derredor de una cantidad de blanda gelatina

que, sin dada, constituye un colchón. Por fin, es preciso - se lanza, se afirma sobre sus púas, como sobre otras tantas muletas, rueda su tonel de Diógenes y, como puede, llega a puerto.

Encerrado allí de nuevo y en su cáscara erizada, en el pequeño nido que casi siempre encuentra empezado, concéntrase en sí mismo, en su regocijo solitario de seguridad benéfica! Que rondan mil enemigos por afuera que las olas truenen o mujan, todo esto le sirve de recreo. Si tiembla la roca a los embates del mar, sabe perfectamente que nada tiene que temer, que la que causa aquel ruido es su bondadosa nodriza. Encuéntrase mecido, le vence el sueño y dícela: *Buenas noches*.

VIII

Conchas, nácar, perla.

El esquino ha asentado el límite del genio defensivo. Su coraza, o si se quiere, su fortaleza de piezas movibles, retráctiles y reparables en caso de accidente, esa fortaleza, aplicada y anclada invenciblemente a la roca, y más aún a la roca socavada que forma como un muro, de suerte que el enemigo no encuentre punto vulnerable para volar la ciudadela, es un sistema completo imposible de sobrepujar. No hay concha que pueda comparárselo, y mucho menos las obras de la humana industria.

Es el esquino la última palabra de los seres circulares y radian-tes: él representa su triunfo, su más completo desarrollo. Pocas variantes tiene el círculo; es la forma absoluta. En el globo del esquino, tan sencillo a la par que complicado, alcanza una perfección que termina el primer mundo.

La belleza del mundo que sigue será la armonía de las formas dobles, su equilibrio, la gracia de su oscilación. De los moluscos al hombre, todo ser está formado de dos mitades asociadas. En cada animal se encuentra (mejor que la unidad) la *unión*.

La obra maestra del esquino fue más allá del objeto propuesto: el milagro de la defensa había hecho un prisionero; no tan sólo se encerró, sino que se amortajó, abrióse una sepultura. Su perfección de aislamiento habíalo secuestrado, pero aparte, privado de toda relación que inicia el progreso.

Para que el progreso se haga por ascenso regular, preciso es descender mucho, hasta el embrión elemental, que al principio no tendrá más movimiento que el de los elementos. El nuevo ser es el siervo del planeta, hasta el punto de que dentro de su huevo da vueltas como la tierra, describiendo su doble rueda, su rotación sobre sí mismo y su rotación general.

Y aun emancipado del huevo, creciendo, haciéndose adulto, permanecerá embrión; es su nombre, *muelle o molusco*. Representará en vago bosquejo el progreso de las vidas superiores: será su feto, la larva o ninfa, como la del insecto, en el cual, encogidos o invisibles, se encuentran, sin embargo, los órganos del ser alado en que se ha de metamorfosear.

Estoy temblando por un ser tan débil. El pólipo, aunque tan blando como él, no obstante arriesgaba menos. Teniendo la misma vida en todas sus partes, la herida, la mutilación, no le mataban: vivía y aun parece olvidaba la porción destruida. La vulnerabilidad del molusco centralizado es otra cosa. ¡Qué puerta se abre a la muerte!

El incierto movimiento propio de la medusa y que en ocasiones casualmente podía ser su salvación, apenas lo tiene el molusco, a lo menos al principio. Lo único que se le concede es poder con su muda, con la gelatina que trasuda, constituirse dos muros que reemplazan la coraza del esquinó y la roca donde se pega. El molusco tiene la ventaja de sacar de sí propio su defensa. Dos valvas forman una casa; casa ligera y frágil: los que flotan la llevan transparente. A aquéllos que quieren pegarse el *mucus* hilante, pegajizo, proporciona un cable de anclaje que se nombra su biso, el cual se forma, precisamente, como la seda, de un elemento gelatinoso al principio. La gigantesca tridacna (acetre de los templos) se amarra tan fuertemente por medio de ese cable, que engaña a las madréporas, quienes la toman por una isla, edifican encima, envuélvenla y acaban por asfixiarla.

Vida, pasiva, vida inmóvil, no alterándola más suceso que la visita periódica del sol y de la luz, ni tiene otra acción que absorber lo que llega y secretar la gelatina que fabricó la casa y paulatinamente construirá el resto. La atracción de la luz siempre en un mismo sentido centraliza la vista: he aquí el ojo. La secreción, fija en un esfuerzo siempre uniforme, hace un apéndice, un órgano que ha poco era el cable, y más tarde conviértese en pie, masa informe, inarticulada, que puedo presentarse a todos los usos. Son las nadaderas de los que flotan, el punzón de los que se esconden y quieren hundirse en la arena,

por último el pie de los trepadores, un pie contráctil poco a poco, que les permite arrastrarse. Algunos, se aventurarán a blandirlo como un arco para saltar torpemente.

Pobre rebaño, muy expuesto, perseguido por todas las tribus, flagelado por las olas y molido por las rocas. Los que no consiguen fabricarse una casa buscan por frágil cabaña un lecho vivo, pidiendo abrigo a los pólipos, perdiéndose entre la blandura de los alciones flotantes. La avícula productora de la perla busca algún reposo en la copa de las esponjas; la frágil ostrapena sólo se aventura entre la hierba cenagosa; el folado anida en la piedra, vuelve a empezar las artes del esquino, mas ¡en qué grado tan inferior! En vez del admirable cincel que enviaría el más hábil picapedrero, sólo posee una escofinita, y para abrir una morada a su frágil concha gasta esta misma concha.

Con muy raras excepciones, el molusco es el ser tímido que sabe servir de pasto a todo el mundo. El conoce tan bien que se le acecha, que no se atreve a salir de su morada, y muere allí temeroso de la muerte: la voluta, la porcelana, arrastran lentamente sus lindas habitaciones, escondiéndolas cuanto pueden; el casco sólo posee para mover su palacio un piecico chinesco, de suerte que casi renuncia a andar.

Tal vida tal habitación. En ningún otro género encuéntrase identidad entre el habitante y su nido; mas siendo aquí extraído de su sustancia, el edificio es la continuación de su manto de carne, cuyas formas y tintas adapta. Debajo del edificio, el arquitecto es por sí propio la piedra viva.

Arte asaz sencillo para los sedentarios. La ostra inerte, que el mar se cuidará de sustentar, sólo desea una buena caja para carne, que se entreabra un poco cuando el anacoreta necesita comer, la cual cierra bruscamente si tomo ser a su vez pasto de algún ávido vecino.

El asunto es más complicado para el molusco viajante, que dice para sí: «Tengo un pie, un órgano para andar; por lo tanto andar debo» Mas, no puede abandonar su preciada casita y recogerse en ella a voluntad, siéndole de absoluta necesidad cuando anda. Entonces se

verá atacado. Preciso es, pues, que abrigue á, lo menos la parte más delicada de su ser, el árbol por donde respira y que extrae la vida por medio de sus raicitas, sustentándolo y reparando sus fuerzas. La cabeza no tiene tanta importancia, muchos la pierden impunemente; mas, si las vísceras no estuviesen protegidas de continuo por su escudo natural, si fuesen heridas, el molusco moriría.

De modo que, prudente, acorazado, trata de prolongar su existencia cuanto puede. Terminado su trabajo diurno, ¿estará seguro de noche en un sitio abierto por todos lados? ¿Los indiscretos no fijarán en él su mirada escudriñadora? ¡Quién sabe! Tal vez hinquen el diente en sus carnes... El ermitaño reflexiona y emplea toda su industria para que así no suceda; mas, sólo puede valerse de su pie, útil para todo. De ese pie, con el que intenta cerrar la entrada de su casa, se despliega a lo largo un apéndice resistente que hace las veces de puerta. Colócalo en la abertura y helo ahí encerrado dentro de su morada.

Con todo, la dificultad permanente, la contradicción que se observa en su naturaleza es, que al paso que debe quedar resguardado necesita estar en relación con el mundo exterior, pues no puede aislarse como el esquino. Sus educadores, el aire y la luz, son los únicos capaces de dar consistencia a un cuerpo tan blando, ayudarlo en la formación de los órganos; empero necesita adquirir sentidos, el oído, el olor, guía para el ciego, la vista, y, sobre todo, necesita respirar.

¡Grande o imperiosísima función! Nadie se acuerda de ella cuando se practica con facilidad; mas, si se detiene un instante, ¡ qué terrible desorden! Si nuestro pulmón se infarta, si la laringe se embaraза tan sólo en el transcurso de una noche, la agitación, las angustias son extremas, no pueden soportarse, soliendo acontecer que, sin cuidarnos del peligro a que nos exponemos, mandamos abrir todas las ventanas de nuestra casa. Nadie ignora que en las personas asmáticas es tan grande ese tormento, que no pudiendo valerse del órgano natural, se crean un medio suplementario de respiración. -¡Aire!, ¡aire!, ¡o la muerte!

La Naturaleza así hostigada es terriblemente inventora; por lo tanto, no debe sorprendernos si aquellos pobres encarcelados, ahogándose bajo el techo de su casita han hallado mil aparejos, mil géneros de válvulas que les alivian un tanto. Los unos respiran por unas laminillas que corren alrededor de su pie, otros por una especie de peine: los hay que por un disco, un broquel; otros por hilitos prolongados. Algunos poseen al costado lindos penachos o sobre el lomo un gracioso arbolillo que se mueve, adelanta, retrocede, respira.

Tan sensibles órganos y que tanto esmero ponen en no ser heridos, afectan formas encantadoras; diríase que quieren agradar, enternecer, y piden perdón. En su inocencia desempeñan todos los papeles de la Naturaleza y toman mil variadas formas y colores. Esos pequeños hijos del mar, los moluscos, festéjanlo eternamente y son su adorno merced a su gracia infantil y a su riqueza de matices. En medio de su austeridad, el terrible elemento no puede menos de sonreírse al contemplar sus gracias naturales.

Además, la vida tímida está llena de melancolía. No es dado creer que no sufra la hermosa entre las hermosas, el hada de los mares (haliótido), con su severa reclusión. Posee el pie para arrastrarse, mas, no se atreve. «¿Quién te lo impide? -Tengo miedo... el cangrejo me acecha; si me entreatro, se cuela en mi morada. Un mundo de peces voraces flota sobre mi cabeza; el hombre, mi cruel admirador, me da el castigo a que me ha hecho acreedora mi belleza. Perseguida en los mares de la India, hasta en las aguas del polo, he sentado mis reales en California, y se me exporta a toneladas»

No atreviéndose a salir la infortunada, ha encontrado un medio sutil para que llegue hasta ella el aire y el agua. Fabrica en su casa pequeñísimas ventanas que conducen a sus pulmoncitos. No obstante, el hambre oblígala a aventurarse: al anochecer se encarama un poco por la vecindad y pasta alguna planta, su único sustento.

Observaremos como de paso que esas maravillosas conchas, no sólo el haliótido, sino también la *viuda* (blanca y negra), *boca de oro* (nácar dorado), son pobres herbívoras muy sobrias en el comer. -Viva

refutación de los que en el día creen ser la belleza hija de la muerte, de la sangre, del asesinato, de una brutal acumulación de sustancia.

Esas conchas necesitan muy poca cosa para vivir. Su principal alimento consiste en la luz que beben, que las penetra y con la que colorean o irisan el interior de su vivienda, escondiendo asimismo el amor solitario en aquella mansión. Todas son dobles: en cada una de ellas hay amada y amante. Así como los palacios orientales sólo presentan en el exterior muros descarnados, disimulando sus maravillas internas, aquí lo de afuera es rudo y el interior deslumbra. El himeneo se produce al resplandor de un pequeño mar de nácar que, multiplicando sus espejos, da a la habitación, cerrada y todo, el encanto de un crepúsculo hechicero y misterioso.

Gran consuelo es poseer, si no el sol, a lo menos una luna propia, un paraíso de suaves matices, que, cambiando siempre sin cambiar, da a esa vida inmóvil la poca variedad que necesitan todos los seres.

Los niños empleados en las minas piden a los curiosos que las visitan no víveres ni dinero, sino «algo con que producir la luz» Otro tanto acontece con esos niños, nuestros aliótidos. Diariamente, aunque ciegos, sienten venir la luz, ábrense con avidez, recíbenla, contémpplanla con su cuerpo transparente, y cuando ha desaparecido, la conservan Y la cobijan con Su amoroso pensamiento. La aguardan, la acechan, constituyendo esa espera una de sus más inefables delicias. ¿Quién es capaz de dudar que a su vuelta no sientan como nosotros el arrobamiento del despertar, y con más fuerza, distraídos como estamos por la vida, tan múltiple y variada?

Para aquellos seres, la eternidad transcurre en sentir y adivinar, en soñar y echar de menos al gran amante: el Sol. Sin verlo como nosotros, no dejan de notar que ese calor, esa gloria luminosa les viene de afuera, de un gran centro poderoso y suave. Y los pobres aman ese otro Yo, ese gran Yo que les acaricia, les ilumina de gozo, inúndales de vida. No cabe duda que si pudieran se ostentarían a la luz de sus rayos. Siquiera, pegados a su mansión, como brahman meditando a la puerta de la pagoda, ofrécenle silenciosamente... ¿qué? la felicidad

que da, y ese suave movimiento hacia él. -Flor primera del culto instintivo. Amar y orar es pronunciar la palabrita que un santo preferiría a cualquiera otra oración, el «¡Oh!» con que se contenta el cielo. Cuando el indio pronúnciale al despuntar la aurora, sabe que ese mundo inocente, nácar, perlas, humildes conchas, hace coro con él desde el fondo de los mares.

Comprendo perfectamente que en presencia de la perla, el alma ignorante y encantadora de la mujer, sueña y se conmueva sin saber por qué. Dicha perla no es ni persona ni cosa: hay en ella todo un mundo de conjeturas.

¡Qué blancura tan admirable! (candor quise decir);¿virginal? No: mucho mejor que eso. Las vírgenes y las niñas, por dulces que sean, tienen poco más o menos lo que podemos llamar el *verdor de la juventud*, mientras que el candor de nuestra perla aseméjase más bien al de la inocente desposada, tan pura, aunque sumisa al amor.

No tiene la menor ambición de brillar, suavizando, y apagando casi sus matices. A primera vista no se observa más que un blanco mate, y sólo al contemplarla de nuevo se empieza a descubrir su iris misterioso, y, como se dice, *su oriente*.

¿Dónde vivió? Preguntádselo al profundo Océano. ¿De qué vivió? Que responda el Sol. Vivió de luz y de amor de la luz, cual si hubiese sido un espíritu puro.

¡Gran misterio! Mas, ella misma bastante lo da a comprender. Presiéntese que tan caro ser ha vivido largo tiempo inmóvil, resignado, en la quietud que hace *esperar, esperando*, y nada hace ni quiero sino lo que apetece el ser amado.

El hijo del mar había puesto toda su dicha en la concha, ésta en el nácar, el nácar en su perla, que no es otra cosa que el mismo nácar concentrado.

Empero esa concentración sólo se alcanza (dícese) por medio de una herida, de un sufrimiento permanente, de un dolor cuasi eterno, que atrae, absorbe todo el ser, aniquila su vida vulgar en esa poesía divina.

He oído decir que las verdaderas damas de Oriente Y del Norte, mucho más delicadas que las palurdas cubiertas de riquezas, evitaban el contacto abrasador del diamante, no permitiendo que tocara su fino cutis más que la suave perla.

Realmente, el brillo del diamante perjudica al resplandor del amor. Un collar, dos brazaletes de perlas, es la armonía de una mujer,¹ el verdadero adorno femenino, que en vez de divertir, conmueve, enternece a la ternura. Ello dice: «¡Amemos! ¡Silencio!»

La perla parece enamorada de la mujer y ésta de aquélla. Las citadas damas del Norte, cuando se las han puesto una vez ya no las abandonan, llevándolas día y noche escondidas bajo sus ropas. En ocasiones solemnes, a través de las ricas pieles forradas de raso blanco, se transparenta la joya afortunada, el inseparable collar.

Es como la túnica de seda que la odalisca viste interiormente y a la que tiene tanto apego, no dejándola hasta que está usada, rota y completamente fuera de combate, sabiendo como sabe que es un talismán, el agujijón infatigable del amor.

Otro tanto acontece con la perla: como la seda, se impregna de lo más íntimo y bebe la vida. Una fuerza desconocida transmítese a ella, la virtud de la amada. Cuando ha reposado tantas noches sobre su seno, respirando su calor; cuando ha adquirido el aroma de su piel y los blondos tintes que hacen delirar el corazón, la joya ya no es joya, sino una parte integrante de la persona que no debe contemplarla con ojos indiferentes. Sólo un ser tiene derecho a conocerla y sorprender a través de aquel collar los misterios de la mujer querida.

¹ Véase la nota al final del tomo.

IX

El ladrón de los mares (pulpo, etc.)

Las medusas y los moluscos han sido, por lo general, inocentes criaturas, podríamos decir muchachos, y yo he vivido con ellos en un mundo apacible.

Hasta ahora hemos visto pocos carnívoros. Aun aquéllos obligados a vivir así, sólo destruían para sus imprescindibles necesidades, y la mayor parte vivían a expensas de la vida apenas comenzada, de átomos, de jalea animal, inorgánica. Por lo tanto no se conocía el dolor; no había crueldad ni cólera en ellos. Sus almitas tan suaves, no dejaban de tener un rayo, la aspiración hacia la luz, hacia la que nos llegaba del cielo y hacia la del amor, revelada en llama cambiante que de noche es el encanto de los mares.

Ahora tengo necesidad de penetrar en un mundo mucho más sombrío: la guerra, el asesinato. Debo confesar que, desde el principio, desde la aparición de la vida, apareció la muerte violenta, depuración rápida, útil purificación, pero cruel, de cuanto languidecía, se arrastraba o hubiera languidecido, de la creación lenta y débil, cuya fecundidad habría llenado el globo.

En los terrenos más antiguos se encuentran dos animales homicidas, el *Tragón* y el *Chupador*. El primero se nos revela por medio de la huella del trilokito, especie que se ha perdido, destructor extinto de los seres extintos también. El segundo subsiste en un resto horroroso, un pico casi de dos pies de longitud que fue el del gran chupador, sepia o pulpo (Dujardin). A juzgar por el pico, si el monstruo guardaba proporción con él, debió tener un tronco enorme, brazos-chupones espantosos, tal vez de veinte o treinta pies de largo, como una prodigiosa araña.

¡Cosa trágica! Esos seres de la muerte son los primeros que se hallan en el centro de la tierra. ¿Indicaría esto que la muerte haya

podido preceder a la vida? No, mas los animales blandos que alimentaron a aquéllos se han evaporado sin dejar traza ni huella alguna.

¿Los comedores y los comidos eran, acaso, dos naciones de origen distinto? Lo contrario es lo más probable. Del molusco, forma indecisa, materia apta aún para todo, la fuerza superabundante del joven, su rica plétora, prodigando la alimentación, debió en un principio, desprender dos formas contrarias en la apariencia, pero que llevaban un mismo fin. Hinchó, sopló desmesuradamente el molusco en un globo, en una vejiga absorbente, que, hinchado más y más y cada vez más hambriento (aunque sin dientes al principio), chupó. Por otro lado, la misma fuerza, desarrollando el molusco en miembros articulados, que cada uno de ellos fabricó su concha, endureciendo ese ser encostrado, le dio consistencia, sobre todo en las pinzas y en las mandíbulas, para morder y triturar los objetos más duros.

En este capítulo sólo hablaremos del primero.

El chupador del mundo blando, gelatinoso, lo es él mismo. Haciendo la guerra a los moluscos, mantiénese también molusco, es decir, constantemente embrionario, y ofrece el extraño aspecto, ridículo y caricaturesco, sí no fuera terrible, del embrión que va a la guerra de un feto cruel, furioso, blando, transparente pero delicado y cuyo soplo es mortal. No sólo pelea por su alimento, sino porque tiene necesidad de destruir: una vez saciado, y harto hasta reventar, todavía destruye. Aunque carece de armadura defensiva, no por eso es menos inquieto bajo su resoplido amenazador; su seguridad consiste en atacar. Todo ser se convierte para él en enemigo, lanzándole al acaso sus largos brazos, mejor dicho, sus látigos armados de ventosas. Arrójale también antes de entablar la lucha, sus efluvios paralizadores, entorpecedores, un magnetismo que hace innecesario el combate.

Su fuerza es doble. Al poder mecánico de sus brazos-ventosas que enlazan, inmovilizan, añadid la fuerza, mágica de ese rayo misterioso; añadid un oído muy fino y el ojo avizor. Miedo cerval se apodera de nosotros al pensar en él.

¿Qué eran esos monstruos de corteza elástica y que tanto daba de sí cuando la riqueza desbordante del inundo primitivo, donde no debían cuidarse de buscar nada, sumidos como estaban siempre en un mar vivo de alimentos, los hinchaban indefinidamente? De entonces acá han decrecido. Sin embargo, Rang atestigua haber visto uno del tamaño de un tonel, y Peron encontró otro de iguales dimensiones en el mar del Sur, que rodaba, roncaba entre el oleaje con gran estrépito. Sus brazos, de seis o siete pies de longitud, se desplegaban en todas direcciones, simulando una furiosa pantomima de horribles serpientes.

Ateniéndonos a esos relatos de hombres dignos de crédito, me parece que no ha debido rechazarse con irrisión el de Dionisio de Monforte, que atestigua haber visto un enorme pulpo azotar con sus látigos eléctricos, estrujar, asfixiar a un dogo a pesar de los mordiscos con que éste se defendía, de sus esfuerzos, de sus aullidos de dolor.

El pulpo, máquina terrible, puede, lo mismo que la de vapor, cargarse, sobrecargarse de fuerza, adquiriendo entonces una potencia incalculable de elasticidad, un arranque impetuoso, hasta el punto de lanzarse sobre un buque (d'Orbigny, artículo *Céphal*). Con esto queda explicada la maravilla que valió el dictado de embusteros a los antiguos navegantes. Según éstos, habíanse encontrado con un pulpo gigantesco que, arrojándose sobre el combés, abrazó con sus prodigiosos brazos los mástiles y el cordaje, é hiciera presa de la embarcación devorando á cuantos la tripulaban, si éstos no hubiesen cercenado aquellos miembros a hachazos. Mutilado, volvió a caer al mar.

No faltó entre ellos quien le viera brazos de sesenta pies de largo. Otros sostenían haber divisado en los mares del Norte una isla movable de media legua de ruedo, que sería un pulpo, el espantoso kraken, el monstruo de los monstruos, capaz de envolver y tragarse una ballena de cien pies de longitud.

Esos monstruos, caso que hayan existido, habrían puesto en peligro a la Naturaleza misma, chupándose el globo. Empero, por una parte, las aves gigantes (tal vez el *epiornis*) pudieron hacerles la guerra, y por otra la tierra, mejor regulada, debió debilitar, deshinchar la

horrenda quimera reduciendo al gigante comestible, disminuyendo la alimentación.

A Dios gracias, los pulpos de nuestros días no son tan temibles. Sus elegantes especies, tales como el argonauta, gracioso nadador en su ondulada concha, el calamar, buen navegante, la linda sepia de ojos de azur, se pasean por el Océano y sólo atacan a los se. res más pequeños.

En ellos se transparenta una idea, una sombra del futuro aparato vertebral (el hueso de sepia que se concede a los pájaros), resplandeciendo su piel con vistosos colores que cambian a cada momento. Pudiera llamárseles con propiedad los camaleones del mar. La sepia tiene el exquisito perfume, el ámbar gris, que sólo se encuentra en la ballena como residuo de las innumerables sepias que absorbe. Los marsuinos hacen también gran carnicería entre ellas. Las sepias son sociables y van a bandadas, y en el mes de mayo dirígense todas a la playa para depositar unos racimos que constituyen sus huevas: allí las aguardan los marsuinos, que se regalan con aquel manjar. Estos señores son tan delicados que sólo se comen la cabeza, sus ocho brazos, trozo tierno y de fácil digestión, rechazando lo más duro del animal, la parte trasera. Toda la playa (como por ejemplo en Royan) vese cubierta de esas miserables sepias así mutiladas. Los Marsuinos celebran su festín dando saltos descompasados, primero para intimidarlas y luego para cazarlas: por fin, terminada la comida, entréganse a saludables ejercicios gimnásticos.

La sepia, a pesar del aire singular que le da su pico, no deja de excitar cierto interés. Todos los matices del más variado arco-iris se suceden y desaparecen sobre su transparente piel, según los juegos de la luz y el movimiento de la respiración. Moribunda os mira todavía con su ojo azur, descubriendo las postreras emociones de la vida por medio de fugitivos resplandores que suben del fondo a la superficie, apareciendo momentáneamente para desaparecer en seguida.

La decadencia general de esta clase, que tan enorme importancia tuvo en las primitivas edades, es menos notable entre los navegantes

(sepias, etc.), y más visible en el pulpo propiamente llamado, triste habitador de nuestras costas. Este no cuenta para navegar con la firmeza de la sepia, edificada sobre un hueso interno; tampoco tiene como el argonauta, un exterior resistente, una concha que preserve los órganos más vulnerables, careciendo asimismo de la especie de vela que secunda la navegación y dispensa de remar. Barbota un poco por la orilla, ó, a lo sumo, puede comparársele al barco costero que sigue la tierra. Su inferioridad lo da hábitos de pérfida astucia, de emboscada, de tímida audacia, si vale expresarse así. Hácese el disimulado, se mantiene quieto en las hendeduras de las rocas. Cuando ha pasado la presa, al instante le lanza su latigazo. Los débiles quiera momentáneamente, tenido miedo o pasmádogarras. El hombre, al sentirse golpeado de esta suerte mientras nada, no puede atemorizarse de luchar con tan despreciable enemigo: a pesar de su repugnancia, preciso es que lo agarre y (cosa muy fácil) lo vuelva del revés como un guante. Entonces se rindo y perece.

Nos sentimos contrariados, irritados de haber, siquiera momentáneamente, tenido miedo o pasmádonos ante ser tan baladí. -Hácese preciso decir a ese guerrero que llega soplando, roncando, echando pestes: «Valiente de mentirijillas, nada encierras dentro de ti: eres más bien máscara que ser: sin base, sin fijeza de la personalidad hasta el presente sólo posees el orgullo. Tú roncas, máquina de vapor, tú roncas y sólo eres una bolsa y al revés, un cuero blando y fofo, vejiga agujereada, globo desgarrado, y mañana una cosa sin nombre, un poco de, agua de mar disipada»

X

Crustáceos. -La guerra y la intriga.

Si, después de haber contemplado nuestra rica colección de armaduras de la Edad Media y aquellas pesadas moles de hierro con que se tapujaban nuestros caballeros, nos encaminamos al Museo de Historia Natural para ver las armaduras de los crustáceos, nos causa lástima el arte del hombre. Las primeras son un carnaval de disfraces ridículos, que estorbaban y mortificaban, sirviendo sólo para ahogar a los guerreros y hacerlos inofensivos; al paso que las otras, sobre todo, las armas de los terribles decápodos, son de tal suerte horrosas que, si tuvieran la altura del hombre, nadie podría mirarlas sin desvío: los más valientes se sentirían turbados, magnetizados de terror.

Allí se ostentan en traje de batalla, bajo aquel temible arsenal ofensivo y defensivo, que llevan con tanta ligereza, sólidas pinzas, lanzas aceradas, mandíbulas capaces de partir el hierro, corazas erizadas de dardos, que basta que os abracen para causaros mil heridas. Es de agradecer a la Naturaleza que los ha creado de ese tamaño, pues a ser más grandes, ¿quién hubiera podido luchar con ellos? Ninguna arma de fuego traspasaría su cuerpo. A su presencia, huiría el elefante, el tigre se encamararía a los árboles, y el rinoceronte, a pesar de lo consistente de su piel, no estaría en salvo.

Presiéntese que el agente interior, el motor de esta máquina, centralizado en su forma (casi siempre circular), sólo por aquello usó de enorme fuerza. La esbelta elegancia del hombre, su forma longitudinal, dividida en tres partes con cuatro grandes apéndices, divergentes, alejados del centro, lo convierten, por más que se diga, en un ser muy débil. En aquellas armaduras de caballeros los grandes brazos telegráficos, las pesadas piernas colgantes, causan la triste impresión de un ser descentralizado, impotente y vacilante, que un ligero choque bastaba a derribar. En el crustáceo, por el contrario, los apéndices están tan cercanos y unidos a la masa rechoncha, tupida, que el más

pequeño golpe que asesta lleva el empuje de todo el cuerpo. Cuando el animal pincha, muerde o destroza, hácelo con todo su ser, que aun al extremo de su arma conserva completa energía vital.

Tiene dos cerebros (la cabeza y el tronco); empero para tupirse, para obtener tan terrible centralización, el animal ha tomado su partido, esto es, pasarse de cuello metiendo su cabeza en el abdomen. Simplificación maravillosa. Esa cabeza une los ojos, los palpos, las pinzas y las mandíbulas. Desde el momento que su ojo penetrante ha divisado, los palpos palpan, las pinzas aprietan, las quijadas rompen, y enseguida, sin intermediario, el estómago, que en sí encierra una máquina para triturar, desmenuza y disuelve. En un momento todo ha concluido, la presa desaparece y es digerida.

En ser semejante todo es superior.

Ven los ojos por delante y por detrás. Convexos, externos, a facetas, son aptos para abarcar una gran parte del horizonte.

Los palpos o antenas, órganos de ensayo, de prevención, de triple experimento, tienen el tacto en sus extremidades, y en la base el oído y el olfato. Ventaja inmensa de que estamos privados nosotros. ¿Qué sucedería si la mano humana oliera, oyese? ¡Cuán rápida y simultánea sería nuestra observación! Dispersa entre tres sentidos que trabajan separadamente, la impresión, con frecuencia, es inexacta o se desvanece.

De los diez pies que tiene el decápodo, seis son manos, tenazas, y, además, por su extremidad, órganos de respiración. El guerrero se zafa aquí por un expediente revolucionario del problema que tanto ha embarazado al pobre molusco. «Respirar a pesar de la concha» A lo que contesta: «Respiraré por el pie, por la mano. El punto débil por do pudiera ser habido, lo coloco en el arma de guerra. ¡Que vengan, pues, a atacarme por ahí!»

El no teme otro enemigo que las borrascas y las rocas. Pocos son los que viajan en alta mar y pocos en el fondo: casi siempre se mantienen en la orilla acechando alguna presa. A menudo, mientras están aguardando que bostece la ostra para almorzársela, el mar se hincha,

apodérase de ellos, se los lleva rodando. En este momento el peligro está en su armadura: sólida, sin elasticidad, recibe todos los golpes en seco, rudamente. Sus puntas aplástanse en las asperosidades de las rocas, estréllanse, se rompen, saliendo mutiladas de aquel combate. Afortunadamente, al igual del esquino pueden repararse, substituir el miembro roto con otro miembro suplementario. Y a tal punto confían en esto, que cuando se les aprisiona rómpense un miembro voluntariamente para adquirir la libertad.

Parece que la Naturaleza favorece de un modo especial a tan útiles servidores. Contra su infinito fecundo, posee en los crustáceos un infinito de absorción. Vense en todas partes, en todas las costas, tan variados como el mar. Sus buitres groenlandios, sus gaviotas, comparten con los crustáceos la función esencial de agentes de la salubridad. Si encalla un animal grande, al instante el ave por encima y el cangrejo por debajo y en el interior, trabajan para que desaparezca.

El cangrejo ínfimo y saltón que tomaríamos por un insecto (talitro) ocupa las playas arenosas, habitando debajo. Cuando un naufragio arroja cantidad de medusas ú otros cuerpos, veréis ondular la arena, moverse, cubriéndose enseguida de nubes de esos sepultureros bailadores, que hormigueando, dando brincos limpian alegremente la playa, esforzándose para dejarlo todo barrido entre dos mareas.

Grandes, robustos, astutos hasta lo sumo, los cangrejos o gámbaros constituyen un pueblo de combate, siendo tal su instinto guerrero, que hasta saben valerse del ruido para atemorizar a sus enemigos. En actitud amenazadora encamínanse al combate, levantadas sus tenazas y haciendo resonar sus pinzas. Y con todo, no dejan de ser circunspectos ante fuerzas superiores. Véalos yo durante la baja mar de lo alto de una roca, y a pesar de encontrarme muy elevado, al observar que los miraba, la asamblea emprendía su retirada, corriendo de través los guerreros y metiéndose en un instante cada cual en su garita. Ellos no son ningunos Aquiles sino más bien Aníbalas. Sólo atacan cuando se sienten fuertes, devorando a vivos y muertos, El hombre herido no debe fiarse de aquellos roedores. Cuéntase que en una isla desierta se

comieron a varios de los marineros que llevaba Drake, los cuales se vieron asaltados, vencidos por sus bullidoras legiones.

Ningún ser viviente puede vencerlos con armas iguales. El pulpo gigantesco que ahoga al más pequeño crustáceo, peligra dejar sus tentáculos entre las garras del cangrejo, y el pez más glotón titubea antes de engullirse un ser tan espinoso.

Desde que crece el crustáceo es el tirano, la pesadilla de los dos elementos. Su inabordable armadura encuéntrase dispuesta para todo ataque. Multiplicaríanse hasta lo increíble, destruirían el equilibrio de los seres, si no fuese su propia armadura su estorbo y su peligro. Fija y dura, no prestándose a las alternativas de la vida, es para el cangrejo una cárcel.

Para abrirse al través de aquel muro el paso de la respiración, tuvo que colocar la puerta en un miembro casual que pierde con frecuencia: la pata. Y para dar lugar al crecimiento, a la extensión progresiva de sus órganos interiores, necesita (cosa peligrosísima) que la coraza, reblandecida por momentos y fofa, no sea más que piel; y sólo admite este cambio desnudándose, pelándose, rechazando una porción de la misma. Muda completa. Los ojos, las branquias, que desempeñan las funciones de los pulmones, la sufren como el resto.

Es un espectáculo bien curioso el que ofrece el cangrejo volteándose, agitándose, atormentándose para arrancarse su mismo ser: la operación es tan violenta que, a veces, se le rompen sus patas, quedando sin fuerzas, débil, muelle.

En dos o tres días, reaparece el calizo y constituye la coraza de la piel. El cangrejo no sale librado a tan poca costa de su metamorfosis, sino que necesita mucho tiempo para recobrar su cáscara; y hasta este momento sirve para el pobre de ralea a los seres más débiles. En este punto la justicia y la igualdad muestránse inexorables. Las víctimas tienen el desquite. El fuerte sufre la ley de los débiles, cae a su nivel, como especie, en la alternativa de la muerte.

Si sólo muriésemos una vez aquí abajo, no habría tanta tristeza. Empero todo ser que vive debe morir un poco diariamente, es decir,

mudar, sufrir la muertecita parcial que renueva y da vida. De ahí un estado de debilidad a la par que de melancolía que nos cuesta confesar. Mas ¿qué hacer? El pájaro que muda su pluma cada estación, está triste, y más triste aún la pobre culebra al cambiar de piel. El ser racional muda también la piel y todos sus tejidos cada mes, cada día, a cada instante, perdiendo un poco de sí mismo incesantemente, con suavidad. No está abatido, sino algo debilitado, en un momento vago y de ensueño en que palidece la llama vital para reaparecer más lúcida.

¡Cuánto más terrible es esto entre los seres do todo debe cambiar a la vez, desencuadrarse el amazón, descartarse, arrancarse la inflexible envoltura! Encuéntrase cansado, rendido, desfalleciente, ausente de sí mismo, a merced del primero que se presenta.

Hay crustáceos de agua dulce condenados a morir de esta suerte veinte veces en el transcurso de dos meses; otros (los crustáceos chupones) sucumben a tanta fatiga, no pueden rehacerse, sino que se deforman y pierden el movimiento, dando, digámoslo así, su dimisión de seres cazadores y buscando cobardemente una vida holgazana y parásita, un vergonzoso abrigo en las vísceras de los grandes animales que, á su pesar, los sustentan, se extenuán en su provecho, ventean y trabajan para ellos.

El insecto, en su crisálida, parece olvidarse de sí mismo, ignorarse, permanecer extraño a los sufrimientos; diríase más bien que disfruta de esa muerte relativa, como un niño de teta en la templada cuna. Empero el crustáceo durante la muda se ve, tiene conciencia de sí: sábase precipitado repentinamente de la vida más enérgica a una deplorable impotencia. Parece atolondrado, perdido. Lo único que sabe hacer es instalarse debajo una piedra y aguardar tembloroso. No habiendo encontrado jamás enemigo serio ni obstáculo alguno, dispensado de toda industria por la superioridad de sus armas terribles, el día que éstas le faltan no le queda ningún recurso. Tal vez podría protegerle la asociación si la muda no fuese común a todos y no estuvieran, sus compañeros desarmados como él, é incapaces de auxiliar a los enfermos, pues también lo están ellos. Dícese, sin embargo, que

hay ciertas especies en que el macho quiere proteger a la hembra, la sigue, y si es aprisionada, no hay más remedio que aprisionar a los dos.

Esa terrible servidumbre de la muda, la áspera vigilancia del hombre (que de día en día adquiere más imperio sobre las playas), y, finalmente, la desaparición de especies antiguas que los procuraban abundante alimento, han debido producir cierta decadencia entre ellos. El pulpo, que no sirve para nada, ni se pesca ni se come, ha disminuido bastante en tamaño y en número. ¡Cuánto más, pues, el crustáceo, cuya carne es tan suculenta y que agrada a toda la Naturaleza!

Diríase que lo saben. Los más débiles entre ellos inventan, no diremos artes para resguardarse, pero sí pequeñas mañas groseras, ingeniándose o intrigando. Esta última palabra les es aplicable, pues hacen el efecto de unos intrigantes, de gentes desclasificadas que, sin oficio conocido, viven de expedientes, de recursos poco dignos. Factótums bastardos, ni carne ni pescado, acomódanse un poco de todo, de los muertos, de los moribundos, de los vivos, y en ocasiones hasta de los animales terrestres. El oxistomo fabrica una careta, una visera y vuela entre tinieblas. El birgo, llegada la noche, abandona el mar, merodea, se encarama hasta en los cocoteros, y come frutas si no encuentra cosa mejor. Las dromias se disfrazan con el traje de un cuerpo extraño. El Bernardo-Ermitaño, que nunca ve dura su cáscara, imagina, para mejor resguardar la parte blanda, convertirse en falso molusco; al objeto apodérase de una concha que le venga bien; devora a su dueño, y se acomoda en la casa robada, arrastrándola consigo. De noche, con este disfraz, va a caza de víveres: óyesele y se reconoce al peregrino al ruido que mueve con su concha, pues sólo consigue arrastrarla cojeando y dando tropiezos.

Otros, en fin, más honrados, descorazonados del movimiento y de sus luchas con el mar, prefieren la tierra, no tan aguerrida y agitada. En invierno (y también en las ¿las estaciones) la habitan casi siempre y fabrican madrigueras. Tal vez cambiarían por completo y se trocarían en insectos si no les fuese tan caro el mar, como patria de

sus amores. Así como una vez al año las doce tribus de Israel encaminábanse a Jerusalén para celebrar la fiesta de los Tabernáculos, vese en algunas playas a esos fieles hijos del mar que se dirigen en grupos de población, a rendirle sus homenajes, a confiar sus tiernos huevos a la grande y buena nodriza, encomendando sus pequeñuelos a aquélla que meció sus antepasados.

XI

Los peces.

El libre elemento, el mar, debe tarde o temprano crearnos un ser a su semejanza, un ser eminentemente libre, escurridizo, ondulado, fluido, que se deslice a imagen de las ondas, pero en quien la movilidad maravillosa proceda de un milagro interior, todavía más grande, de una organización central, fina y sólida, muy elástica, no parecida a la de ninguno de los seres conocidos hasta el día.

El molusco que se arrastra sobre su abdomen fue el pobre siervo de la gleba. El pulpo, con todo su orgullo, su hinchazón, su ronquido, mal nadador y andarín nulo, no deja de ser por eso el siervo de la casualidad : sin su potencia de embotamiento no hubiese podido vivir. El bélico crustáceo, sucesivamente tan grande y tan pequeño, ya terror, ya irrisión de los demás, sufre las muertes alternativas en que hace el papel de esclavo, de presa y aun de juguete de los más débiles.

Enormes y' terribles servidumbres. ¿Cómo librarnos de ellas?

La libertad está en la fuerza. Desde el origen, buscando la vida, aunque a tientas, a la fuerza, parecía soñar confusamente con la futura creación de un eje central que haría del ser uno, decuplicando el vigor del movimiento. Así lo presintieron los radiosos y los moluscos, y bosquejaron algunos ensayos. Empero traíalos harto distraídos el abrumador problema de la defensa exterior. La corteza, siempre la corteza: he aquí lo que preocupaba grandemente a esos pobres seres. En dicho género fabricaron obras maestras: bola espinosa del esquinó, concha abierta y cerrada a la vez del haliótido, en fin, la armadura del crustáceo compuesta de piezas articuladas, perfección de la defensa, y terriblemente ofensiva. ¿Qué más se quiere? ¿Hay algo que añadir? Parece que no.

¿Que no? Mucho que sí. Necesítase un ser que todo lo fíe al movimiento, un ser audaz que desprecie a todos los mencionados como

enclenques o tardígrados, que considere la corteza como cosa subordinada y concentre la fuerza en sí.

El crustáceo rodeábase de una especie de esqueleto exterior. El pez háceselo en el centro, en su íntimo interior, sobre el eje donde los nervios, los músculos, todos los órganos, en fin, se reunirán.

Invención fantástica, al parecer, y contraria al buen sentido: colocar lo duro, lo sólido, precisamente en el sitio que tan bien resguarda la carne. El hueso, tan útil al exterior, instalado en un punto donde de poco o nada servirá su dureza.

Reiríase el crustáceo cuando vio por primera vez un ser blando, grande, rechoncho (los peces del mar de las Indias) que, ensayándose, se deslizaba, corría, sin cáscara, armadura ni defensa; teniendo concentrada interiormente toda su fuerza, protegido tan sólo por su fluidez viscosa, por el exuberante *mucus* que le rodea, y poco a poco se transforma en escamas elásticas. Blanda coraza que se presta y se pliega, cediendo sin ceder del todo.

Fue una revolución análoga a la de Gustavo Adolfo cuando aligeró a sus soldados de las pesadas armaduras de hierro, cubriendo el pecho con una coraza de sólido cuero de camello, aunque poco pesado y suave.

Revolución atrevida, pero prudente. No estando nuestro pez cautivo en su armadura como el cangrejo, vese libre al mismo tiempo de la condición cruel a que estaba sujeta dicha armadura, la muda, del peligro, la debilidad, el esfuerzo, el desperdicio enorme de fuerza que hay en aquellos momentos. El pez muda poco y con lentitud, lo mismo que el hombre y los grandes animales, economizando, amontonando la vida, creándose el tesoro de un poderoso sistema nervioso dotado de innumerables alambres eléctricos que resuenan en la espina y el cerebro. Aunque carezca de hueso o sea éste muy blando, si el pez tiene aún la apariencia embrionaria, no por eso está desposeído de su grande armonía merced a su rica madeja de hilos nerviosos.

No tiene el pez las debilidades elegantes del reptil y del insecto, tan esbeltos que puede cortárselos como un hilo por ciertas partes de

su cuerpo. Está segmentado como ellos, mas esos segmentos los tiene debajo, perfectamente ocultos y resguardados, valiéndose de los mismos para contraerse, sin exponerse cual el reptil y el insecto a ser dividido fácilmente.

Lo mismo que el crustáceo, prefiere el pez la fuerza a la belleza, y para conseguirlo ha suprimido el pescuezo. Cabeza y tronco no constituyen más que una masa. Principio admirable de fuerza, que hace que para cortar el agua, elemento tan divisible, tenga que azotarla con mucha violencia, y si le place, mil veces más de lo necesario. Entonces conviértese en un dardo, una flecha, en la rapidez del rayo.

El hueso interior, que apareció único e informe en la sepia, aquí es un gran sistema uno, pero muy múltiple uno por la fuerza de, unidad, múltiple por la elasticidad, por apropiarse a los músculos que, contraídos, dilatados sucesivamente, forman el movimiento. Maravilla, verdadera maravilla esa estructura del pez, tan compacta (vista desde afuera), y tan contráctil por dentro, esa carena de esbeltas y flexibilísimas costillas (en el arenque, en el sábalo, etc.), donde están unidos los músculos motores que empujan con choque alternativo. Así, pues, por fuera sólo expone remos auxiliares, cortas nadaderas que poco arriesgan, las cuales, consistentes, punzantes y viscosas, hieren, eluden, se escapan. ¡Cuán superior es esto al pulpo o a la medusa, que ofrecen a todo el mundo blandos tentáculos de carne, apetitoso bocado para el hambre devoradora de los crustáceos y de los marsuinos!

En suma, ese verdadero hijo del agua, tan movable como su madre, se desliza a través por su *mucus*, divide con su cabeza, hiere con sus músculos (contraídos sobre sus vértebras, sobre sus esbeltas costillas onduladas), y, finalmente, con sus sólidas nadaderas corta, rema y dirige.

Bastaría la más ínfima de esas potencias: él las reúne todas, tipo absoluto del movimiento.

Hasta el pájaro es menos movable, supuesto que necesita posarse, y de noche está tranquilo. El pez nunca para: dormido y todo, flota.

Movible hasta tal punto, es al propio tiempo robusto y vivaz en el más alto grado. Por doquiera que hay agua, seguros estamos de encontrarlo: es el ser universal del globo. En los más elevados lagos de las cordilleras y de las montañas asiáticas, donde está tan rarificado el aire, donde cesa la vida de todos los seres, allí sólo el pez se obstina en vivir rodeado de soledad. En efecto, encuéntrase el gubio (pez colorado), a quien cabe la gloria de ver tendida a sus plantas toda la tierra. Del mismo modo en las grandes profundidades, bajo un peso espantoso, habitan los arenques, los abadejos. Forbes, que dividió el mar en diez capas o pisos superpuestos, hallólas habitadas todas, y en la última, al parecer tan sombría, encontró un pez provisto de unos ojos admirables, que, por lo tanto, ve y tiene bastante luz en un sitio que nosotros nos imaginamos rodeado de tinieblas.

Vaya otra libertad de los peces. Un buen número de especies (salmones, sábalos, anguilas, esturiones, etc.), soportan lo mismo el agua dulce que la del mar, alternan, y regularmente pasan de la una a la otra. Varias familias de peces cuentan especies marinas y especies fluviales (ejemplo, las rayas, los barbos).

Con todo, tal grado de calor, tal alimento, tal hábito, parecen fijarlos, acorralarlos en tan libre elemento. Los mares cálidos son como una muralla para las especies polares, que los encuentran inabordables: al contrario, los de los mares cálidos son detenidos por las jirías corrientes del Cabo de Buena Esperanza. Sólo se conocen dos o tres especies de peces cosmopolitas, y contadísimos son los que frecuentan la alta mar. La mayor parte son litorales y no se placen más que en ciertas costas. Los peces de los Estados Unidos pertenecen a otras especies que los que habitan en Europa. Añadid ciertas especialidades de gusto que aunque no los encadenan del todo, los retienen. La raya chapucea en el fango y el lenguado en los fondos arenosos, el coto se encarama sobre los bajo-fondos, la morena se place encima de las rocas, y la pértiga sobre los arenales, la ballesta en el agua poco profunda sobre un lecho de madréporas. La escorpena unas veces nada y

otras vuelas; perseguida por los otros peces se lanza, sostiéndose en el aire, y si le dan caza las aves, se zambulle en seguida en el mar.

El proverbio popular: «Feliz como el pez en el agua» expresa una verdad. Durante la calma, un globo de aire más o menos cargado y que le permite graduar su peso, le hace navegar a su sabor suspendido entre dos aguas. Se adelanta tranquilo, mecido, acariciado por la onda, y mientras camina, duerme si quiere. Hállase a la vez ceñido y aislado por la sustancia untuosa que hace su piel y sus escamas escurridizas o impermeables. Su temperatura es poco variable, casi siempre la misma, ni muy fría ni muy caliente. ¡Qué terrible diferencia entre una vida tan cómoda y la que nos es dado gozar a nosotros, habitantes de la tierra! A cada paso que damos encontramos alguna aspereza, algún obstáculo. La ruda tierra nos pone piedras al paso, nos fatiga, nos aniquila, obligándonos a subir, a bajar y a volver a subir sus cuestas. El aire cambia según las estaciones, y a veces con harta crueldad. El agua, la fría lluvia cae despiadadamente días y noches enteras, penetra nuestro cuerpo, nos constipa, en ocasiones hiela nuestros cabellos y nos asedia calenturientos con las agudas puntas de sus cristales.

La felicidad del pez, su muy afortunada plenitud de vida se expresan bajo los trópicos por el lujo de sus colores, y en el Norte se traduce por el vigor de sus movimientos. En la Oceanía y el mar de las Indias juegan, erran y vagamundean, bajo las formas más originales y los más fantásticos atavíos; teniendo sus alegres pasatiempos entre los corales, sobre las flores vivas. Nuestros peces de los mares fríos y templados son los grandes veleros, los remeros poderosos, los verdaderos navegantes: sus formas prolongadas y esbeltas conviértense en flechas por su rapidez, pudiendo dar lecciones al mejor constructor de buques, Los hay que tienen hasta diez nadaderas, las cuales, remos o velas a voluntad, pueden mantenerse abiertas o a medio plegar. La cola, notabilísimo timón, es también el remo principal. La de los mejores nadadores es ahorquillada; toda la espina termina en ella y, contrayendo sus músculos, hace avanzar al pez.

La raya tiene dos nadaderas inmensas, dos grandes alas para azotar las olas; su cola, larga, flexible y desligada, es una arma para golpear, un látigo para hender y dividir la densidad de la ola. Delgada y desviando tan poca cantidad de agua, enfilando en sentido oblicuo, vese por lo tanto fácilmente mecida y le sobra la vejiga que sostiene a los peces densos. Así que, todos poseen aparatos apropiados a su centro. El lenguado es ovalado, plano, a fin de que pueda deslizarse entre la arena ; la anguila, para poder revolcarse en el cieno, toma formas serpentinadas y se convierte en larga cinta; las balderayas, que suelen vivir agarradas a las rocas, tienen nadaderas-manos que las asemejan más a la rana que al pez.

La vista es el sentido del pájaro, el olfato el del pez. El halcón lanzado en el espacio lo abarca con una sola mirada y divisa la casi invisible caza; así la raya desde las profundidades del Océano, al olor de una presa tentadora sube diligente en su busca. En ese mundo semi-oscuro, mundo de luces dudosas y engañosas, sus habitantes fíanse en el olfato y en ocasiones al tacto. Los que, como el esturión, excavan el fango, tienen un tacto exquisito. El tiburón, la raya, el abadejo (con sus ojazos separados) ven mal, mas huelen y sienten: es tan sensible el olfato en la raya que tiene un velo expreso para tapanlo a voluntad y anular su potencia, que indudablemente la importunaría y atacaría el cerebro.

A tal potencia media de caza añadid unos dientes admirables, acerados, a veces en forma de sierra, multiplicados en algunos de ellos en varias hileras, al extremo de solar la boca, el paladar y la garganta, y hasta la lengua está armada con ellos. Esos dientes, delicados y frágiles, tienen otros detrás dispuestos a reemplazarlos si llegan a romperse.

Lo hemos dicho al comenzar este libro segundo: el mar ha tenido que producir esos seres terribles, esos destructores omnímodos, para combatir y curar por sí mismo el extraño mal que le trabaja, su exceso de fecundidad. La Muerte, cirujano caritativo, por medio de una sangría perseverante, de abundancia inmensa, le alivia de esa plétora que

le hubiese aburrido. El espantoso torrente de generación que allí se produce, el diluvio del arenque, los miles y millones de huevos del abadejo, tantas y tan horrendas máquinas de multiplicación que, decuplicando, centuplicando, llenarían los océanos, ahogarían la Naturaleza, encuentran una barrera en el rápido devoramiento de la máquina de muerte, el nadador armado, el pez.

Belio espectáculo, grande, conmovedor. El combate universal de la Muerte y del Amor no parece nada sobre la tierra cuando ser le parangona con el que existe en el fondo de los mares. Allí, inconcebible en su grandeza, horroriza por su furia, empero contemplándolo más despacio vésele muy armónico y de sorprendente equilibrio. Este furor es necesario. Ese cambio de la sustancia, tan rápido (¡hasta el punto de deslumbrar!), esa prodigalidad de la muerte, es la salvación.

Nada de tristeza; una alegría salvaje reina al parecer en todo aquello. De la vida del mar, áspera mezcla de las dos fuerzas que parecen destruirse entre sí, brota una salud maravillosa, una pureza incomparable, una belleza terrible y sublime a la par: ella triunfa lo mismo de vivos que de muertos. Sin gran predilección ni por los unos ni por los otros, les presta y vuelve a tomarles la electricidad, la luz, extrayendo ese fuego de chispas y ese infinito de pálidos resplandores que, hasta bajo las noches polares, constituye su magia siniestra.

La melancolía del mar, en su indolencia no tiene por tarea multiplicar la muerte, sino que, impotente, tiende a conciliar el progreso con el exceso de movimiento.

Es cien y mil veces más rico que la tierra, más rápidamente fecundo. Edifica y fabrica. La extensión que toma la tierra (hémolos visto en los corales), débela al mar, y sólo al mar, no siendo éste otra cosa que el globo en su obra de construcción, en su más activa concepción. Su único obstáculo consiste en esa rapidez, y su inferioridad parece ser la dificultad que tiene (él tan rico en generación) para la organización del Amor.

Cáusanos tristeza al recordar que los miles de millones de seres que habitan el mar sólo poseen el amor vago, elemental, impersonal.

Esos pueblos que, cada Uno a su turno, suben y van en peregrinación hacia la dicha y la luz, dan a raudales lo más sustancioso de ellos mismos, su propia vida, el desconocido azar. Aman, Y, sin embargo, nunca conocerán al ser amado do se encarnara su ensueño, su deseo, Paren sin serles dada la felicidad de renacer que se encuentra en su posteridad.

Pocos, muy pocos, de los más vivaces, de los más aguerridos, de los más crueles, procrean a semejanza nuestra. Esos monstruos tan temibles (el tiburón y su hembra), tienen necesidad de juntarse. Hales impuesto la Naturaleza el peligro de darse un abrazo; abrazo terrible y sospechoso. Acostumbrados a devorar, a engullirse a lo ciego cuanto alcanzan (animales, madera, piedras, no importa lo que sea), en aquella ocasión, ¡cosa admirable! moderan sus apetitos. Por sabrosas que puedan ser sus carnes a sus propios ojos, híncanse sus sierras y sus mortíferos colmillos. La intrépida hembra déjase agarrar, acogotar, por los terribles arpeos que el macho le lanza; y, en efecto, sale impune de la lucha. Ella es la que absorbe al compañero y lo arrastra consigo. Confundidos en una sola masa, los furiosos monstruos van dando tumbos semanas enteras, no pudiendo, a pesar del hambre que les devora, resignarse al divorcio, ni desprenderse el uno del otro, y hasta en plena borrasca, véseles invencibles, invariables en su salvaje abrazo.

Preténdese que aun separados prosiguen sus amoríos, y que el fiel tiburón, enamorado de su compañera, la sigue hasta que pare, ama a su presunto heredero, único fruto de aquel enlace, y jamás, jamás se lo come, sino que le acompaña siempre y vigila sus pasos, y, caso de peligro, este padre excelente se lo traga y le da abrigo en su anchurosa boca, pero no lo digiere.

Si la vida de los mares tiene algún ensueño, un ahinco, un deseo confuso, es el de la fijeza. El medio violento, tiránico, del tiburón, sus acerados asideros, ese arpeo sobre la hembra, la furia de su unión, dan idea de un amor de endemoniados. En efecto, ¿quién sabe si en otras especies, más tímidas y aptas para la vida de familia, quién sabe si esa impotencia de unión, esa fluctuación interminable de un viaje eterno

sin objeto, no es causa de tristeza? Esos hijos de los mares enamóranse de la tierra: muchos entre ellos remontan los ríos, aceptan la insipidez del agua dulce, tan pobre y poco nutritiva, para confiarle, lejos de las tempestades, la esperanza de su posteridad. Cuando no, se acercan a las orillas del mar, buscando algún sinuoso ancón, y utilizando su industria, con un poco de arena, de limo, de hierba, tratan de fabricar pequeños nidos. Esfuerzo conmovedor. Ellos carecen de los instrumentos del insecto, maravilla de la industria animal, y están más desprovistos que el pájaro. Sólo a fuerza de perseverancia, careciendo como carecen de manos, de patas y de pico, y únicamente con su pobre cuerpo, llegan a reunir un montón de hierba, y pasando y repasando por medio, logran darle cierta cohesión (véase a Coste sobre los espinosos). Empero ¡cuántos obstáculos tienen que vencer! La hembra, ciega y glotona, turba la obra, amenaza los huevos; el macho no los deja, defiéndelos, más madre que la madre misma.

Tal instinto encuéntrase en varias especies, particularmente entre los más humildes (el gobio), pececillo ni bello ni sabroso; tan despreciado, que nadie se digna pescarlo, o si se agarra es rechazado. Y con todo, ese ínfimo entre los ínfimos es un tierno y laborioso padre de familia: tan pequeño, tan débil, tan desheredado, es ingenioso arquitecto, el obrero del nido, y con sola su voluntad, su ternura, consigue fabricar la protectora cuna.

Lástima grande, sin embargo, que tal esfuerzo de ánimo no obtenga mejor recompensa, que aquel ser se vea detenido en ese primer fervor del arte por la fatalidad de su naturaleza. Al contemplarlo, se apodera de nosotros nuevo ensueño, presintiendo que ese mundo acuático no se basta a sí mismo.

Poderosa madre que empezaste la vida y no puedes terminarla; permíte que tu hija, la Tierra, continúe la obra comenzada. Ya lo ves: en tu mismo seno y en el momento sagrado, tus hijos sueñan con la Tierra y su fijeza, abórdanla, la rinden homenaje.

A ti te toca volver a empezar la serie de los nuevos seres por un prodigio inesperado, por un bosquejo grandioso de la cálida vida amo-

rosa de sangre, de leche, de ternura, que tendrá su desarrollo en las razas terrestres.

XII

La ballena.

«El pescador, a quien ha sorprendido la noche en medio del mar del Norte, ve una isla, un escollo, como la espalda de una montaña, que se cierne, enorme, sobre las olas. Allí echa el ancla, y la isla comienza a andar y le arrastra. El escollo se ha convertido en Leviatán» (Milton).

Error muy natural, que engañó al experto Dumont d'Urville. Veía de lejos una rompiente y alrededor remolinos, y mientras avanzaba, unas manchas blancas indicaban al parecer una roca. En derredor de ese banco la golondrina y el ave de las tempestades (el petral), se divertían, recreábanse y daban vueltas. La roca sobrenadaba, venerable de antigüedad, ostentando una capa gris de corónulas, de conchas y madréporas. Pero la masa se mueve. Dos enormes chorros de agua, que parten de su frente, revelan a la ballena desperezada.

El habitante de otro planeta que descendiese al nuestro en globo, y de gran altura observase la superficie del orbe, queriendo saber si está poblado, pensaría:

«Los únicos seres que me es dado descubrir desde mi»observatorio son de un tamaño bastante regular: ciento a doscientos pies de largo y sus brazos sólo tienen veinticuatro, pero en cambio su soberbia cola (treinta pies) se gallardea con majestad real por el mar, le azota, se señorea de él. Merced a su cola esos seres avanzan con una rapidez, una comodidad majestuosa, reconociéndose perfectamente en ellos a los soberanos del planeta»

Y añadiría: «Lástima que la parte sólida de ese globo esté desierta, o sólo contenga animalillos insignificantes para poder divisarse. Unicamente el mar está habitado, y por una raza buena y apacible. La familia vese muy honrada allí: la madre amamanta con ternura, y a pesar de la cortedad de sus brazos, sin embargo, durante la borrasca, logra con ellos amparar a su hijuelo»

Las ballenas no tienen inconveniente en viajar juntas. Antes se las veía navegando dos a dos, a veces en grandes familias de diez o doce, por los mares solitarios. Nada tan espléndido como esas grandes masas, iluminadas en ocasiones por su fosforescencia, lanzando columnas de agua de treinta a cuarenta pies, que en los mares polares despedían humo. Se acercaban pacíficas, curiosas, al buque, mirándolo como a un hermano de nueva especie: agradábalas, festejaba al recién venido. Jugueteando se erguían y volvían a caer al agua, produciendo un poco estrépito y formando una hirviente sima. Su familiaridad llegaba al punto de tocar la embarcación, las pequeñas lanchas. ¡Confianza imprudente, que tan cara les costara! En menos de un siglo la grande especie de la ballena ha desaparecido casi.

Sus hábitos, su organismo son idénticos a los de nuestros herbívoros. Como los rumiantes, poseen una sucesión de estómagos donde se elaboran los alimentos; dientes, apenas los necesitan y no tienen. Pacen fácilmente las vivas praderas del mar, quiero decir, los gigantes fucos, suaves y gelatinosos, las capas de infusorios, los bancos de átomos imperceptibles. No hay necesidad de cazar para la adquisición de tales alimentos. No teniendo ocasión de combatir, háselas dispensado de armarse de las horrorosas quijadas y sierras, esos instrumentos de muerte y de tortura que el tiburón y tantos otros animales débiles adquirieron a fuerza de consumir asesinatos. A nadie persiguen. (Boitard). El alimento más bien acude a su alcance, traído por el oleaje. Inocentes y pacíficas, se engullen un mundo organizado apenas y que muere antes de haber vivido, pasando dormido a ese crisol de la universal mudanza.

No existe la menor relación entre esa apacible raza de mamíferos que, lo mismo que nosotros, tienen la sangre roja y leche, y los monstruos de la edad precedente, horribles abortos del primitivo fango. Mucho más modernas las ballenas, encontraron un agua purificada, el mar libre y el globo tranquilo.

Este había soñado su antiguo sueño discordante de los lagartos-peces, los dragones alados, el pavoroso reino de los reptiles: salía

de la niebla siniestra para penetrar en la amable aurora de las concepciones armónicas. Nuestros carnívoros aun no habían nacido. Hubo un momento fugaz (tal vez unos cien mil años) de gran dulzura o inocencia, en que aparecieron sobre la tierra los seres excelentes (didelfos, etc.), tan encariñados con su familia, que la llevan encima y dentro de sí mismos, y, si es preciso, hácenla penetrar en su seno. En el agua aparecieron los gigantes pacíficos.

La leche del mar, su aceite, superabundaba; su cálida grasa, animalizada, fermentaba con inaudito poderío, quería vivir. Hinchóse, pues, tomó forma orgánica en esos colosos, niños mimados de la Naturaleza, dotándolos de fuerza incomparable y de lo que vale más todavía, de preciosa y ardiente sangre roja. Y la ballena fue hecha.

Esta es la verdadera flor del mundo. Toda la creación de sangre pálida, egoísta, lánguida, vegetativa relativamente, parece que no tiene alma cuando se la compara con la vida generosa que hierve en esa púrpura y enciende la cólera y el amor. La fuerza del mundo superior, su encanto, su belleza, es la sangre. Por ella empieza una juventud toda reciente en la Naturaleza, por ella una llama de deseo, el amor, y el amor de familia, de raza que, propagado por el hombre, producirá el divino remate de la vida, la Piedad.

Pero con ese don magnífico aumenta infinitamente la sensibilidad nerviosa, y uno es mucho más vulnerable, mucho más capaz de gozar y de sufrir. Como la ballena no tiene el sentido del cazador, ni el olfato, ni los órganos de la audición muy desarrollados, aprovecha el tacto para todo. La gordura, que la preserva del frío, no la libra, sin embargo, de ningún cheque. Su piel, preciosamente organizada con seis tejidos distintos, tiembla y vibra al menor contacto. Las tiernas papilas que tiene son instrumentos de tacto delicado.

Y todo está animado, vivificado por un rico caudal de sangre roja, que, aun teniendo en cuenta la diferencia de tamaño, sobrepuja infinitamente en abundancia a la de los mamíferos terrestres. Herida la ballena, inunda el mar con su sangre, enrojeciéndolo gran trecho.

Nosotros la derramamos a gotas, mientras que ella prodígala a torrentes.

La hembra lleva en su vientre el fruto de sus amores nueve meses. Su leche agradable, un poco azucarada, tiene la tibia pastosidad de la leche de mujer.

Mas, como debe cortar constantemente la ola, si tuviera las mamas colocadas sobre el pecho, expondría al pequeñuelo a chocar constantemente; por lo tanto están un poco más bajas, en sitio más apacible, en el vientre de do salió. Al chicuelo le sirven de abrigo, aprovechándose de la ola ya abierta.

La forma del vaso, inherente a su género de vida, aprieta la cintura de la madre privándola de la admirable cintura de la mujer, ese milagro adorable de una vida sentada, fija y armónica, en que todo se vuelve ternura. La ballena, o sea la gran mujer de los mares, a pesar de su ternura vese compelida a hacer depender todos sus actos de su lucha con las olas. Por otra parte, el organismo es idéntico bajo esa extraña careta: igual forma, la misma sensibilidad. Pez encima, mujer debajo.

Es la ballena animal extremadamente tímido. Basta en ocasiones un pájaro para espantarla y hacerla zambullir con tanta precipitación, que se lastima en el fondo del mar.

Sometido el amor entre ellas a condiciones difíciles, requiere un lugar do reine profunda paz. Así como el noble elefante teme las miradas profanas, la ballena sólo se encuentra bien en los sitios solitarios. Sus reuniones son hacia los polos, en los desiertos ancones de la Groenlandia, en medio de la bruma del estrecho do Behring, é indudablemente también en el tibio mar descubierto junto al mismo polo. ¿Se volverá a encontrar ese mar? No hay otro paso para llegar a él que a través de los pavorosos desfiladeros que abre el hielo, cierra Y cambia todos los inviernos, como si quisiese impedir nuevas visitas importunas. Por lo que toca a las ballenas, créese que pasan por debajo los hielos, del uno al otro mar, por la vía tenebrosa. Viaje temerario. Forzadas a respirar cada quince minutos, aunque tenga hecha provi-

sión de aire que baste para algunos momentos más, se exponen grandemente bajo aquella enorme costra que tiene apenas algunos respiraderos. Si no los hallan a tiempo, es tan sólida y compacta dicha costra, que no hay fuerza capaz ni cabezada que pueda romperla. Allí pueden ahogarse con la misma, facilidad que Leandro en el Helesponto. Pero como las ballenas no conocen la historia de ese Leandro, engólfanse atrevidamente en su empresa y pasan.

La soledad de aquellos parajes es grande; teatro singular de muerte y de silencio para esa fiesta de ardiente vida. Un oso blanco, alguna foca, un zorro azul, testigos respetuosos, prudentes, tal vez observan a cierta distancia. Las arañas y girándulas, los espejos fantásticos, no faltan. Cristales azulados, picos, garzotas de deslumbrante hielo, nieves vírgenes, son los mudos testigos que rodean el espectáculo y le contemplan.

Lo que hace conmovedor y grave el himeneo, es que para ello se requiere la expresa voluntad, ya que la ballena carece del arma tiránica del tiburón, de los arpones que se enseñorean del más débil. Al contrario, sus resbaladizos forros lis separan, aléjanlas la una de la otra. Se desvían a su pesar y despréndense por aquel obstáculo desesperante. En medio de un acorde tan grande, diríase que macho y hembra se combaten. Hay balleneros que pretenden haber disfrutado de ese espectáculo único. Los dos amantes, en sus ardientes transportes, se encaraman por momentos cual las dos torres de Nuestra Señora, de París, y con sus cortos brazos y en medio de suspiros tratan de abrazarse. Empero su enorme mole les priva de mantenerse así largo rato, y caen otra vez al agua con gran estrépito... El oso y el hombre huían despavoridos al oírlos suspirar.

La solución de este drama es desconocida, pues las que se le han dado parecen absurdas. En lo que no cabe duda es, que para todo (el amor, el amamantamiento y aun para su propia defensa), la infortunada ballena sufre la doble servidumbre de su peso y de, la (dificultad que tiene para respirar, puesto que sólo respira, fuera del agua y si no sale al aire libre queda asfixiada. ¿Es, pues, un animal terrestre, per-

tenece acaso a la tierra? Ciertamente que no. Si, por algún accidente, se para en alguna playa, el enorme peso de sus carnes, de su grasa, la aniquila; sus órganos se rinden y queda asimismo asfixiada.

En el único elemento respirable para ella, la asfixia la mata lo mismo que en el agua no respirable do vive.

Abreviemos razones. De la creación grandiosa del mamífero gigante ha salido un ser imposible, primer retoño poético de la fuerza creadora, que al principio tuvo fija la vista en lo sublime y luego Por grados pasó a lo posible, a lo duradero. El admirable animal tenía todo: tamaño y fuerza, sangre caliente, sabrosa lecho, bondad; lo único que le faltaba era la manera de vivir. Había sido formado sin tener en cuenta las proporciones generales de ese globo ni la imperiosa ley de la pesadez de los cuerpos. No le valió haberse fabricado por debajo una osamenta enorme: sus gigantescas costillas no son bastante consistentes para mantener suficientemente libre y abierto el pecho. Desde el momento que se desprende de su enemiga el agua, encuéntrase con otra enemiga, la tierra, y su pesado pulmón le aplasta.

Sus magníficos orificios auriculares, la espléndida columna de agua que lanza a treinta pies de altura, son indicios, testimonios de una organización infantil y bárbara. Arrojàndola al firmamento por un tan poderoso esfuerzo, el *soplador soplado* (éste es el nombre verdadero del género) parece decir: «¡Oh, Naturaleza! ¿por qué me has criado siervo?»

Su vida fue un problema, y no parecía que el espléndido bosquejo (pero frustrado) pudiera durar. El tan difícil amor furtivo, el amantamiento en medio de las borrascas, entre la asfixia y el naufragio, los dos grandes actos de la vida convertidos casi en un imposible, haciéndose por medio de un esfuerzo y por voluntad heroicos: ¡qué condiciones de existencia!

La madre no tiene nunca más que un pequeñuelo, y es mucho. Ella y él son importunados por tres cosas: el trabajo de la natación, el amantamiento y la fatal necesidad de subir. La educación es un verdadero combate. Azotado, arrollado por el Océano, el pequeñuelo

mama como al vuelo, cuando la madre puede tenderse de lado, deber que practica admirablemente, pues sabe que si aquél tuviese que hacer el más pequeño esfuerzo para amamantarse, dejaría las mamas. En ese acto en que la mujer se mantiene pasiva, dejando obrar a la criatura, la ballena, por el contrario, es activa. Aprovechando el momento, por medio de un poderoso émbolo le lanza un tonel de leche.

El macho no suele abandonarla, y grande es su embarazo cuando el pescador feroz ataca al ballenato. Se clava el arpón a éste para que sigan los grandes, y, en efecto, hacen esfuerzos increíbles para salvar a su hijo, para llevárselo, subiendo y exponiéndose a ser heridos para traerlo a la superficie y hacerle respirar. Y lo defienden muerto y todo. Pudiendo zambullirse y escapar, permanecen sobre el agua desafiando el peligro para seguir el cuerpo flotante del ballenato.

Entre las ballenas son comunes los naufragios, por dos motivos. No pueden como el pez, mantenerse durante las borrascas en las capas inferiores y tranquilas; y luego no quieren separarse, siguiendo los fuertes el destino del débil. Se ahogan, pues, en familia.

En diciembre de 1723 zozobraron ocho hembras en la desembocadura del Elba, y cerca de sus cadáveres se encontraron sus ocho machos. Otro tanto aconteció en marzo de 1784 en Audierne (Bretaña). Primero se presentaron despavoridos en la costa buen número de peces y de marsuinos; luego, oyéronse extraños, espantosos mugidos: era una crecida familia de ballenas que la tempestad empujaba, y que luchaban, gemían y se resistían a morir. También en esta ocasión los machos perecieron al lado de sus hembras. En gran número, preñadas y sin defensa contra el implacable azote, unos y otras fueron lanzados a la costa y destruidos por el porrazo.

Dos de las hembras, parieron en la playa, lanzando gritos desgarradores, ni más ni menos que nuestras mujeres, y con sus lamentos parecían querer indicar que se preocupaban de la suerte que cabría a sus hijuelos.

XIII

Las sirenas.

Acabo de abordar; heme aquí en tierra. Basta ya de naufragios: yo quisiera razas durables. El cetáceo desaparecerá. Resumamos nuestras concepciones, y de esa poesía gigantesca de los recién nacidos, de las mamas, la leche y la sangre caliente, conservémoslo todo menos el gigante.

Conservemos, sobre todo, la afabilidad, el amor y la ternura de la familia. Esos dones divinos debemos guardarlos cuidadosamente en las razas más humildes, pero buenas, en que los dos elementos mancomunan su espíritu.

Ya presentimos las bendiciones de la tierra: al abandonar la vida del pez, varias cosas de absoluta imposibilidad para él fácilmente se armonizarán.

Así que, la ballena madre cariñosa, conoció el abrazo y estrechó a su `hijuelo, mas no sobre sus mamas: sus brazos estaban muy arriba, y las mamas en ese navío viviente debían estar en la parte posterior, entre los seres nuevos que nadan, pero que al mismo tiempo se encaraman a la tierra (morsa, lamantín, foca, etc.), las mamas, para que no se arrastren y topen, suben hasta el pecho. De suerte que se nos presenta como una sombra de la mujer, forma y actitud graciosa que, de lejos, ilusiona.

Vista de cerca, si exceptuamos la blancura, el encanto, es exactamente la mama femenina, ese globo que, hinchado de amor y de la dulce necesidad de amamantar, reproduce con sus movimientos todos los suspiros del corazón que late debajo, reclamando a la criatura para sostenerla, alimentarla y darla descanso. Todo esto fue negado a la madre que nada; aquel bien es para lo que se posa. La fijeza de la familia, la ternura, que de día en día va echando hondas raíces (más diremos, la Sociedad), esas grandes cosas comienzan desde que el niño duerme en el seno de la madre.

Mas, ¿cómo se obró la metamorfosis del cetáceo al anfibio? Vamos a ver si acertamos a explicarlo.

Su parentesco es evidente. No pocos anfibios arrastran todavía, por desgracia suya, la pesada cola de la ballena, y ésta (á lo menos una de sus especies) ha escondido en su cola el bosquejo y el comienzo evidente de los dos pies traseros que tendrán los anfibios de un grado superior.

En los mares sembrados de islas, cortadas por lenguas de tierra a cada paso, los cetáceos, detenidos continuamente en su carrera, tuvieron que modificar sus hábitos. Sus contracciones menos rápidas, su vida cautiva, disminuyó su grandor, reduciéndolo de la ballena al elefante. Entonces apareció el elefante de mar. Conservando el recuerdo de las preciosas defensas con que se armaron ciertos cetáceos en su gran vida marítima, nos muestra aún muy sólidos dientes delanteros, si bien poco temibles: ni los dientes de la masticación están en él bien definidos, sea como herbívoros o como carnívoros, pues se prestan mal a cualquiera de los dos regímenes y deben operar con lentitud.

Dos cosas aligeraban a la ballena: su masa aceitosa que la hacía flotar sobre el agua y la poderosa cola cuyo choque alternativo, golpeando por ambos lados, empujábala hacia adelante. Mas todo eso aniquila al anfibio que barbotaba en la profundidad de las aguas y se encarama por las rocas cual pesado caracol. El ágil pez, riése de un pez que no puede cazarlo, no siéndole dado apresar más que los moluscos, tan pesados como él. Poco a poco, acostúmbrase a comer los abundantes y gelatinosos fucos, que sustentan y engordan sin dar el vigor del alimento animal.

Así, puede verse en el Mar Rojo, en el de las islas Malayas y las de Australia, arrastrarse, fijarse allí el raro coloso llamado dugongo, que domina el agua con su pecho y sus mamas, Nómbrasele a veces dugongo de los tabernáculos, inerte ídolo que impone, mas apenas sabe defenderse, y pronto desaparecerá entrando en el dominio de la fábula, en el número de esas leyendas reales de las que nos reímos atolondradamente.

¿Quién produjo ese gran cambio, quién crió ese cetáceo terrestre, el dugongo y la morsa, hermana suya ? La suavidad de la tierra, en extremo pacífica antes de aparecer el hombre en ella -el atractivo de alimentos vegetales que no se escabullen como la presa marina, - sin duda que también el amor, tan difícil para la ballena y tan fácil en la sosegada vida del anfibio.

El amor deja de ser fuga y azar. Ya no es la hembra ese fiero gigante, que era preciso seguir al otro cabo del mundo: ésta se mantiene sumisa, sobre las algas ondulosas, para obedecerá su señor, convirtiendo su existencia en apacible y voluptuosa. Aquí, apenas se conoce el misterio. Los anfibios viven buenamente de panza al sol, y siendo muy numerosas las hembras, se reúnen y constituyen un serrallo para sus machos. De la poesía salvaje hemos venido a parar a los hábitos vulgares, o si se quiere, patriarcales, de los harto fáciles placeres. El gran patriarca, respetable por su enorme cabeza, sus bigotes y sus armas defensivas, reina entro Agar y Sara, Rebeca y Lía, que ama con ternura lo mismo que a sus hijuelos, los cuales constituyen un pequeño rebaño. En su vida, inmóvil, la gran fuerza de ese ser sanguíneo, empléase por completo en las ternezas familiares; abraza a los suyos con tierno amor, con orgullo, con cólera. Es valiente y está pronto a morir en su defensa. Pero ¡ay! poco le valen sus fuerzas ni su furor: su masa enorme le entrega al enemigo. Avergüénzase, se arrastra, quiere pelear y no puede, ¡aborto gigantesco, frustrado entre dos mundos, pobre Caliban desarmado!

La pesadez, fatal a la ballena, es lo todavía más para los seres que nos ocupan. Reduzcamos aún el tamaño, aligeremos su gordura, ablandemos la espina, y sobre todo, suprimamos esa cola, o más bien, dividamos la horquilla en dos apéndices carnosos que serán de mayor utilidad, El nuevo ser (foca), más ágil, buen nadador, pescador excelente, viviendo del mar, pero celebrando en tierra sus festines amorosos (la tierra es el pequeño paraíso de las focas), empleará su vida en el esfuerzo de volver a ella continuamente y llegar a la roca donde le convidan a estar su mujer y sus hijos, y donde los provee de pescado.

Con la caza en el hocico, careciendo de las armas defensivas que ayudaban a trepar a la morsa, pone sus cuatro miembros arriba y abajo, agarrándose a los fucos, dilatando dividiendo cada uno de ellos según puede, de suerte, que, ramificado a la larga, muestra cinco dedos.

Lo magnífico que tiene la foca, lo que conmueve al ver su cabeza redonda, es la capacidad del cerebro. Ningún otro ser, exceptuando el hombre, lo tiene tan desarrollado (Boitard). La impresión que uno siente es fuerte, mucho más que la que produce el mono, cuyas muecas nos son antipáticas, Nunca olvidaré las focas del Jardín Zoológico de Amsterdam, delicioso museo, tan rico y bien organizado, y uno de los sitios más encantadores que existen en el mundo. Era el día 12 de julio, y acababa de caer una lluvia huracanada: el aire era pesado; dos focas procuraban refrescarse en el fondo del agua, nadando y dando saltos. Al reposarse, fijaron en mí, inteligentes y simpáticas, sus suaves ojos aterciopelados. La mirada era un poco triste: tanto a ellas como a mí, nos faltaba el idioma intermedio para comprendernos. Cuando uno las mira, no puede despegar los ojos de ellas; siente que ha ya aquella barrera eterna entre alma y alma.

La tierra es su patria adorada o del corazón: en ella nacen, allí tienen sus amores; heridas, a la tierra van a morir. A la tierra conducen sus hembras preñadas, las acuestan sobre las algas y las sustentan con pescado. Las focas son tímidas, excelentes vecinas y mutuamente se defienden, sólo que en la época del celo, se apodera de ellas una especie de delirio y se baten. Cada macho es dueño de tres o cuatro compañeras, que instala en tierra sobre una roca musgosa suficientemente grande. Aquél es su dominio, no permitiendo que nadie lo usurpe y haciendo respetar su derecho de ocupación. Las hembras son más tímidas que los machos y están indefensas. Sí se las daña, no saben más que llorar y agitarse dolorosamente lanzando miradas de desesperación.

Llevan nueve meses en sus entrañas el fruto de sus amores, y amamantan a su hijuelo otros cinco o seis, enseñándole a nadar, a pescar, a elegir los alimentos más suculentos; y tendríalo más tiempo

a su lado si el marido no se volviera celoso: éste le expulsa, temeroso de que la harto débil madre no le dé en él un rival.

Educación tan corta, ha limitado sin duda los progresos que hubiese podido hacer la foca. La maternidad sólo es completa entre los lamantinos, tribu excelente en que los padres no tienen ánimo para despedir al hijo. La madre lo conserva a su lado durante largo tiempo. Nuevamente preñada, y aun cuando amamanta un segundo hijo, vé-sela llevar consigo al primogénito, joven macho que el padre no maltrata, que también estima y deja a la madre.

Esa ternura extrema, particular a los lamantinos, hase manifestado en la organización por un progreso físico. En la foca, nadador famoso, y en el elefante marino, tan pesado, el brazo es una nadadera, estando apretado y ligado al cuerpo, y no puede desprenderse. Alas el lamantín hembra, tímida mujer anfibia, *mama di l'eau*, como dicen los negritos de las colonias francesas, produce el milagro: todo se desliga, por un esfuerzo constante. La Naturaleza se ingenia con la idea que la atormenta de acariciar al pequeñuelo, abrazarlo y acercárselo a los pechos. Ceden los ligamentos, se dilatan, desprendiendo el antebrazo, y de ese brazo surge un pólipo aplanado. -Esta es la mano.

De manera que el lamantín goza de tan suprema dicha: con su mano abraza al hijuelo para estrecharlo contra su pecho, y, agarrándolo, colócalo sobre su corazón.

He aquí dos grandes cosas que podían llevar muy lejos a esos anfibios:

En ellos ya existe la mano, el órgano de la industria, el instrumento esencial para el trabajo venidero. Que se ablando y auxilie a los dientes, como entre los castores, y empezará el arte; primeramente el arte de abrigará la familia.

Por otro lado, hácese posible la educación. El hijuelo colocado sobre el corazón de la madre, empápase lentamente en su vida, permaneciendo mucho tiempo a su lado y en la edad a propósito para aprender; todo esto es debido a la bondad del padre que no rechaza al inocente rival. Y ahí está el progreso.

Si hemos de dar crédito a ciertas tradiciones, el progreso no quedó limitado a esto. Desarrollados los anfibios, asemejados a la humana forma, habríanse trocado en semihombres, en hombres de mar, tritones o sirenas. Sólo que, al revés de las melodiosas sirenas de la fábula, éstos hubieron permanecido mudos, impotentes para constituirse un lenguaje, para entenderse con el hombre y moverle a compasión. Talas razas han desaparecido, dícese, del mismo modo que vemos desaparecer al infortunado castor que si bien no puede hablar, llora.

Hase dicho con harta ligereza que aquellas extrañas figuras no eran otra cosa que focas, Mas, ¿cabe engaño en ello? Todas las especies de focas que existen son conocidas desde mucho tiempo atrás. En el siglo VII, en vida de San Columbano, ya se pescaba y se comía su carne.

Los hombres y mujeres de mar de que se hace referencia en el siglo XVI, fueron vistos no sólo rápidamente en medio del líquido elemento, sino que se les trajo a tierra, se les paseó por ella, y vivieron en grandes centros de población tales como Amberes y Amsterdam, en los palacios de Carlos V y Felipe II, y por lo tanto estuvieron bajo las miradas de Vesale y de los primeros sabios de aquella época. Se hace mención de una mujer marina que vivió luengos años en hábito religioso en un convento donde a todos era dado verla. No hablaba, pero sí se entretenía en hilar y en otros quehaceres. Con todo, el agua la atraía y empleaba toda su inteligencia para volver a su querido elemento.

Diráse: Si realmente han existido esos seres, ¿por qué fueron tan raros? ¡Ay! La respuesta nos viene a la mano. Eran raros porque se acostumbraba a matarlos.

Teníase por pecado dejarles la vida, «pues estaban clasificados entre los *monstruos*». Así se expresan las antiguas narraciones.

Todo cuanto se alejaba de las formas conocidas de la animalidad, y cuanto por el contrario se aproximaba a las del hombre, era reputado monstruo y se le daba pasaporte para el otro mundo. La madre, asaz desgraciada para dar a luz un hijo disforme, no podía librarlo: ahogá-

basele entre los colchones de la cama, suponiéndose ser hijo del diablo, una invención de su malicia para ultrajar a la Creación y calumniar a Dios. Por otra parte, a esos sirenos, demasiado análogos con el hombre, teníaselos con más razón por una ilusión diabólica, y tal era la abominación que causaban en la Edad Media, que su aparición señalábase cual un espantoso prodigio que Dios, en su justa cólera, permite para aterrorizar al pecado. Apenas nadie se atrevía a citarlos, apresurándose a hacerlos desaparecer. El siglo XVI, más atrevido, creíalos todavía «diablos disfrazados de hombre» indignos de ser tocados más que con el arpón. Cada día se hacían más raros, cuando a algunos descreídos pasóles por la imaginación especular con ellos conservándolos y enseriéndolos.

¿Nos ha quedado siquiera algún resto, alguna osamenta de ellos? Sabrémoslo cuando los museos de Europa comiencen a exponer todos sus inmensos depósitos. Falta espacio, no lo ignoro, y nunca habrá bastante, si para ello se requieren palacios. Empero el más sencillo abrigo, un vasto cobertizo (y nada costoso), permitiría poner a la vista de todo el mundo objetos tan sólidos como los de que aquí se trata. Hasta ahora sólo nos ha sido dado contemplar algunas muestras y ciertas piezas escogidas.

Añadamos que la exposición de los anfibios henchidos de paja, para ser verdadera debe presentar esos *monstruos* tan idénticos al hombre, de lado y en las posturas en que la ilusión sea más completa. Concededles esa honra, que bien merecida la tienen. Que la madre Foca a la madre Lamantina se ofrezca a mi vista sobre su roca cual sirena, en el primitivo uso de la mano y de las mamas, con su pequeño sobre su seno.

Es decir que esos seres hubieran podido ascender hasta nosotros? ¿Acaso fueron los autores los ascendientes del hombre? Así lo supuso Mallet. Por lo que a mí toca, no lo creo verosímil.

No cabe duda que en el mar tuvo principio todo lo creado, empero no es de los animales marinos superiores que salió la serie paralela en las formas terrestres cuyo remate es el hombre. Estaban ya dema-

siado fijados, eran harto especiales para dar el blando bosquejo de una naturaleza tan distinta; pues habían llevado muy lejos, agotado casi la fecundidad de sus géneros. En tal caso, los primogénitos perecen; y sólo muy abajo, entre los oscuros segundones de alguna clase pariente, surge la nueva serie que ascenderá más arriba. (Véanse las notas al final del tomo)El hombre fue, no su hijo, sino su hermano, un hermano cruelmente enemigo suyo.

Helo aquí, el fuerte entre los fuertes, el ingenioso, el activo, el cruel rey del mundo. Mi libro se ilumina; mas, en cambio, ¿qué va a enseñarnos? ¡Cuántas cosas tristes he de traer a los resplandores de esa luz!

Ese creador, ese dios tirano, ha tenido el talento de fabricar una segunda Naturaleza en la Naturaleza misma. ¿Y qué hizo de la otra, la primitiva, madre y nodriza a la vez? Con los dientes que le diera, mordió su seno.

Tantos y tantos animales que vivían tranquilamente, se humanizaban y bosquejaban las artes; hoy día azorados, embrutecidos, hanse convertido en bestias. Los monos, reyes de Ceilán, cuya discreción tanta celebridad adquiriera en la India, son ahora unos salvajes horrosos, ni más ni menos; el brahma de la Creación, el elefante, perseguido, esclavizado, queda reducido a una bestia de carga.

Los más libres entre los seres, en otro tiempo alegría del mar, las tiernas focas y las inofensivas ballenas, pacífico orgullo del Océano, huyeron a los mares polares, al temible mando de los hielos. Empero no todos pueden sobrellevar tan ruda existencia, y no transcurrirán muchos años sin que desaparezcan por completo.

Una raza desgraciada, la de los campesinos polacos, ha visto brotar de su corazón el sentido, la inteligencia del desterrado mudo, refugiado en los lagos de la Lituania, habiendo pasado a ser proverbial entre ellos que «la persona que hace llorar al castor nunca será afortunada»

El artista ha quedado relegado al rango de una bestia tímida que ni sabe ni puede nada. Los que habitan todavía la América, retroce-

diendo y huyendo siempre, no tienen ánimo para ninguna empresa. No ha mucho que un viajero encontró uno de esos animalillos que, tierra adentro, muy adentro, hacía los altos lagos, emprendía de nuevo, si bien con timidez, su oficio, quería fabricar el hogar de la familia, cortaba madera. Al divisar al hombre dejó escapar la madera, y ni siquiera tuvo ánimo para huir: sólo supo llorar.

LIBRO TERCERO

CONQUISTA DEL MAR

I

El arpón.

«Al marinero que llega a la vista de Groenlandia, ningún placer le causa aquella tierra» dice cándidamente John Ross. No lo dudo. Figuraos una costa de hierro, de aspecto asolador, donde el negro granito escarpado no protege ni siquiera a la nieve; y después, sólo se ven hielos. La vegetación es allí desconocida. Aquella tierra ingrata, que nos oculta el polo, parece un país de muerte y de hambre.

En el muy corto intervalo de tiempo que el agua no está helada, la vida sería posible en aquellos parajes, pero el hielo dura nueve meses en el año. Y durante este tiempo, ¿qué hacer?; y los alimentos, ¿dónde hallarlos? No hay que pensar en buscar. La noche dura varios meses, y en ocasiones es tal su obscuridad, que Kane, rodeado de sus perros, sólo los divisaba merced a la humedad del aliento. En tan dilatadas, muy dilatadas tinieblas, sobre esa tierra desolada, estéril, vestida de hielos impenetrables, erran, no obstante, dos solitarios que se obstinan en vivir allí, en medio de los horrores de un mundo imposible. Es uno de ellos el oso pescador, desabrido, vagabundo bajo su valiosa piel y su gordura, que le permite ayunar a intervalos. El otro, de aspecto singular, a cierta distancia parece un pez sentado sobre su cola, pez mal conformado y desmañado, con largas nadaderas colgantes. Este semi-pez es el hombre. Ambos se ventean y se buscan: los dos están hambrientos. Con todo, el oso a veces huye, rehusa el combate, creyendo a su contrario más feroz y más hambriento que él.

El hombre con hambre es terrible. Sin otra arma que una espina de pez, persigue al enorme animal; empero hubiera parecido cien ve-

ces a no tener otro alimento que ese compañero terrible. El poder vivir le costó un crimen. No produciendo nada la tierra, buscó hacia el mar, y como éste estaba cerrado, no tuvo más remedio que sacrificar a su amiga la foca; en ella encontraba concentrada la grasa del mar, el aceite, sin el cual muriérase de frío antes que de hambre.

El groenlandés no sueña más que en ir a habitar la luna al término de su carrera, donde hallará leña a discreción, fuego, en fin, la luz del hogar. En nuestro planeta, el aceite la reemplaza, pues bebiéndolo copiosamente calienta su cuerpo.

Gran contraste entre el hombre y los anfibios soñolientos, que aun en dicho clima saben vivir sin padecer mucho. Bastante lo indican los tiernos ojos de la foca. Nodriz del mar, de continuo está en relación con él, y sabe aprovechar todas las ocasiones para aprovisionarse. Aunque generalmente se la cree muy pesada, se encarama con maña sobre un témpano de hielo y hácese conducir de un lado a otro. El agua cubierta de moluscos, de átomos animados, alimenta superabundantemente a los peces, que a su vez sirven de pasto a las focas, las cuales, bien repletas, duermen sobre su roca muy tranquilas, y con sueño tan pesado, que nada es capaz de interrumpir.

La vida del hombre es enteramente distinta. Parece colocado allí contra la voluntad de Dios, maldito, y todo conspira contra él. En las fotografías que tenemos de los esquimales, léese su destino terrible en la fijeza de la mirada, en sus ojos ceñudos y negros como la noche. Parecen como petrificados por una visión, por el habitual espectáculo de un infinito lúgubre.

Aquella naturaleza de terror eterno ha ocultado con una máscara de bronce su elevada inteligencia, rápida, no obstante, y con mil expedientes en medio de una existencia de peligros imprevistos.

¿Qué hacer? Su familia estaba hambrienta y sus hijos lloraban: su mujer embarazada tiritaba encima de la nieve. El viento del polo azotábales continuamente con un diluvio de escarcha, con ese torbellino de agudas flechas que punzan y penetran, embrutecen, haciendo perder la voz, y, los sentidos. Cerrado el mar, no había que pensar en

la pesca; pero quedaba la foca. Y ¡cuántos peces no encierra una foca! ¡Qué riqueza de aceite acumulado! El pobre animal estaba allí, dormido, indefenso; y aun despierto, no procura huir; al contrario, consiente que se le acerquen, que le toquen. Al igual del lamantín, para que huya es preciso apalearle; y los que se pescan jóvenes, por más, que los rechacéis de a bordo, siempre seguirán al buque. La misma facilidad debió turbar al hombre, hacerle titubear, combatir la tentación; pero el frío pudo más que su voluntad y cometió un asesinato. Desde aquel momento era rico y pudo vivir.

La carne de foca alimentó a aquellos hambrientos; el aceite, absorbido a raudales, calentó sus ateridos cuerpos. Los huesos empleáronse en sinnúmero de usos domésticos; con las fibras se fabricaron cuerdas y redes, y la piel sirvió para cubrir las carnes casi heladas de la mujer esquimal. Su marido usa el mismo traje, con una pequeña diferencia en el corte. Aquélla lo adorna, además, con un cintillo de cuero colocado en el borde, para agradar a su compañero y para que la quiera. Pero lo más útil de todo fue que, mañosamente, fabricaron con pieles cosidas á la ligera, a la par que resistente, máquina donde se aventura aquel hombre intrépido y a la que ha dado el nombre de barca.

Vehículo más que mezquino, largo, delgado y. que tan poco pesa, está herméticamente cerrado, menos un agujero do se mete el remo, apretando el cuero a su cintura. El que lo ve, apostaría cualquier cosa que tan frágil barquilla va a zozobrar... No hay cuidado Vuela como una flecha sobre las olas, desaparece, vuelve a aparecer entre los fuertes remolinos producidos por los hielos y en medio de aquellas flotantes montañas.

Hombre y barquilla no son más que una pieza, un pez artificial. Empero, ¡cuán inferior es a los verdaderos peces! Carece del aparejo, de la vejiga natatoria que sostiene al verdadero, haciéndole a voluntad ligero o pesado. No tiene en su cuerpo el aceite que, más ligero que el agua, se obstina en sobrenadar y subir a la superficie. Y, sobre todo, carece de lo que da al verdadero pez vigor en sus movimientos, la viva

contracción de la espina para golpear fuertemente con la cola: lo único que puede imitar el hombre, aunque muy imperfectamente, son las nadaderas. Sus remos no apretados al cuerpo, sino movidos a distancia por un prolongado brazo, Son harto blandos, comparados con los del otro, y pronto se cansan. ¿Quién repara todo esto? La terrible energía del hombre, y bajo esa invariable máscara, su viva razón, que cual relámpago resuelve, inventa y halla, minuto tras minuto, un remedio a los peligros de esa flotante piel que sólo le resguarda de la muerte.

A menudo queda obstruido el paso, encontrándose el esquimal ante una barrera de hierro. Entonces, truécense los papeles. La barca conducía al hombre, y ahora es éste el que conduce la barca; cárgala sobre sus hombros, atraviesa los crujientes hielos y pónelo a flote más lejos. En ocasiones, salen a su encuentromontañas flotantes que no ofrecen Otro paso que largos corredores que se abren y cierran repentinamente; allí puede desaparecer el esquimal con su frágil esquite, quedar enterrado en vida; por momentos, dos de aquellas azuladas montañas tal vez se aproximarán aplastando a él y a su vehículo, hasta dejarlos del espesor de un cabello. Tal suerte cupo a un barco de gran porte; dividido por el medio, los dos pedazos fueron destrozados, aplanados.

Afirman los esquimales contemporáneos nuestros, que sus padres pescaron la ballena. Menos míseros en aquel tiempo, no era tan frío en su país: ingeniábanse mejor, y probablemente conocían el hierro. Tal vez lo recibirían de Noruega o de Islandia. Las ballenas abundaron siempre en los mares de la Groenlandia. Gran objeto de concupiscencia para aquellos a quienes el aceite, artículo de primera necesidad. El pez dalo gota a gota, la foca a raudales y la ballena a mares.

Un hombre mal equipado, peor armado y mugiendo el mar bajo sus pies, entre tinieblas, en medio de los hielos, fue el primero que intentó tamaña hazaña, y solo, enteramente solo, plantó cara al coloso de los mares.

El fue quien tuvo tal confianza en su fuerza y en su ánimo, en el vigor de su brazo, en la aspereza del golpe, en la pesadez del arpón: él

quien creyó poder atravesar la piel y la muralla de grasa, la dura carne del animal.

El quien supuso cine a su terrible despertar, y pesar de la tempestad que promueve el herido con sus saltos y sus coletazos, no lo arrastraría consigo al fondo de los mares. ¡Audacia inaudita! Añadía un cable a su arpón para perseguir su presa, despreciaba la horrorosa sacudida, sin reflexionar que el atemorizado animal podía zambullirse bruscamente y darle un mal rallo.

Otro peligro tiene esa pesca, y es que en vez de la ballena, puede encontrarse uno con su mortal enemigo, el terror de los mares, el cachalote. No es enorme éste, pues sólo mide de sesenta a ochenta pies; su cabeza tiene de veinte a veinticinco, una tercera parte de la dimensión total. En tal caso, ¡ay del pescador!

El es el que a su vez se convierte en pescado, siendo presa del monstruo. El cachalote está armado de cuarenta y ocho dientes colosales y de horribles quijadas capaces de tragárselo todo, hombre y embarcación. Parece ebrio de sangre. Su ciega rabia aterroriza a todos los cetáceos que, al divisarlo, huyen mugiendo, varan en la playa a veces, se esconden entre la arena o el fango. Lo temen muerto y todo, no osando acercarse a su cadáver. La especie más salvaje del cachalote es el orca o fisetera de los antiguos, tan temido de los islandeses que ni aun se atrevían a pronunciar su nombre cuando navegaban, creyendo que tal vez los oyera y acudiera a su presencia; al paso que estaban persuadidos que una especie de ballena (la jubarta) los estimaba y protegía, provocando al monstruo para que pudieran ponerse en salvo.

No falta quien diga que los primeros hombres que afrontaron tamaña aventura necesitábase estuvieran muy excitados y que fuesen *excéntricos* y *cabezas destornilladas*. Preténdese, además, que los primitivos pescadores de esos monstruos no fueron los discretos hombres del Norte, sino nuestros vascos, héroes del desvarío. Andarines terribles, cazadores del Monte Perdido y desenfrenados pescadores, recorrían en barquichuelos su caprichoso mar, el golfo o sumidero de Gascuña, dedicándose a la pesca del atún. Notaron aquellos intrépidos

navegantes que las ballenas retozaban, y comenzaron a perseguirlas, lo mismo que se encarnizan detrás de la gamuza en los barrancos, los abismos y los más espantosos resbaladeros. A esa pieza de caza (la ballena) muy tentadora por su tamaño y por las vicisitudes que causa el seguirla, hicieron guerra a muerte doquiera que la encontrasen y sin notarlo, empujábanla hacia el polo.

Allí el pobre coloso creyó poder vivir tranquilo, no suponiendo que los hombres fuesen tan locos que lo persiguieran hasta en aquellas apartadas regiones. La pobre ballena dormía muy sosegada, cuando nuestros atolondrados héroes se acercaron a ella cautelosamente.

Apretando su cinturón colorado, el más fornido, el más ágil saltaba de su barquichuelo, y ya encima de aquella mole inmensa, sin preocuparse del riesgo que pudiese correr su vida, lanzando un *¡han!* prolongado, hundía el arpón en las carnes del confiado monstruo.

II

Descubrimiento de los tres Océanos.

¿Quién abrió a los hombres la navegación de alto bordo? ¿Quién reveló los mares, marco las zonas y las rutas? Finalmente, ¿quién descubrió el globo? La ballena y el ballenero.

Y todo esto mucho antes de que vinieran al mundo Colón y los buscadores de oro, para quienes fue el lauro, hallando otra vez con no poca algazara lo que descubrieran anteriormente los pescadores.

La travesía del Océano, cosa tan celebrada en el siglo XV, habíase llevado a cabo a menudo por el estrecho paso de Islandia a Groenlandia, y aun mar adentro, pues los vascos llegaban hasta Terranova. La travesía era lo de menos para gentes que iban a buscar al otro extremo del mundo ese supremo peligro: la lucha con la ballena. Dirigirse a los mares del Norte, combatir cuerpo a cuerpo con la montaña viviente, en medio de la obscuridad de la noche, y, lo que es más aún, exponiéndose a naufragar con ella; los que esto practicaban tenían el alma asaz bien templada para mirar con indiferencia los peligros anejos a una larga navegación.

Guerra noble, gran escuela de valientes. Aquella pesca no era como ahora una fácil carnicería emprendida prudentemente a lo lejos por medio de una máquina: heríase al monstruo con la mano, arriesgábase la vida a cada paso. Verdad es que era escasa la matanza de ballenas, pero el hombre ejercitábase en la marinería, en actos de paciencia, de sagacidad, de intrepidez. Los balleneros traían de sus excursiones menor cantidad de aceite y mayor dosis de gloria.

Cada nación demostraba en aquella lucha su genio peculiar. Reconocíase a los pescadores en el modo de portarse. Hay mil formas de valentía, y sus variedades graduadas eran como una escala heroica. En el Norte los escandinavos, las razas rojas (desde Noruega a Flandes), con su furor sanguíneo; en el Mediodía, la intrepidez vasca y la locura lúcida que tan bien supo guiarse alrededor del mundo; en el centro, la

firmeza bretona, muda y paciente, pero de una excentricidad sublime en el momento del peligro; finalmente, la discreción normanda, armada de la asociación y de la mayor previsión, valor calculado, desafiándolo todo, se entiende cuando está segura del éxito. Tal era la belleza del hombre en esa manifestación soberana.

Mucho tenemos que agradecer a la ballena: sin ella, los pescadores no se habrían movido de las costas, pues apenas hay pez que no sea ribereño. Ella los emancipó, llevándolos a todas partes. Arrastrados, fascinados por el monstruo, se engolfaron en el Océano y, de etapa en etapa, detrás de él siempre, encontráronse haber pasado del uno al otro mundo.

Entonces, los hielos no eran tan compactos, y aseguran haber llegado al polo (esto es, distaban de él siete leguas). La Groenlandia no les sedujo: ellos no iban en busca de tierras, sino del mar y de los parajes frecuentados por la ballena. Todo el Océano la sirve de refugio, paseándose por él, especialmente en alta mar. Cada especie da la preferencia a cierta latitud, a una zona de aguas más o menos fría. He aquí lo que trazó las grandes divisiones del Atlántico. La muchedumbre de ballenas inferiores que tienen una nadadera sobre el lomo (ballenópteros) se encuentran en los puntos más cálidos y fríos (la Línea y los mares polares).

En la gran región intermedia, el feroz cachalote se inclina al Sur, devastando las aguas tibias. La ballena franca, al contrario, las teme, mejor dicho, las temía (¡es tan rara al presente!). Sustentada ante todo de moluscos y de otras existencias elementales, búscalas en las aguas templadas, un poco al Norte. Jamás se la veía surcar las cálidas corrientes del Mediodía, lo cual dio margen a que se observara la corriente, y trajo el descubrimiento esencial de *la verdadera ruta de América a Europa*. De Europa a América, uno es llevado por los vientos alisios.

Si la ballena franca abomina las aguas calientes y no puede pasar el Ecuador, tampoco le será dado dar la vuelta a la América. ¿Cómo es, pues, que una ballena herida en este lado del Atlántico es vista a

veces en el otro, entre la América y el Asia? Porque *existe un paso al Norte*. Segundo descubrimiento. Vivo resplandor esparcido tocante a la forma del globo y la geografía de los mares.

Por grados la ballena hanos conducido a todas partes. Muy rara al presente, nos obliga a revolver los dos Polos, el último rincón del Pacífico en el estrecho de Behring, y el infinito de las aguas antárticas. Existe una región inmensa que ninguna embarcación, ni de guerra ni mercante, ha atravesado todavía, algunos grados más allá de las puntas de América y de Africa. Nadie la huella sino los balleneros.

A haberse querido, los grandes descubrimientos del siglo XV se verificaran mucho antes. Bastaba ponerse en contacto con los vagabundos del mar, los vascos, los islandeses o noruegos, y nuestros normandos. Mas, por motivos distintos, se desconfiaba de ellos. Los portugueses sólo admitían en su servicio a hombres de su nación y de sus escuelas que ellos mismos formarían; temían a nuestros normandos, a quienes expulsaban y desposeían de la costa de Africa. Por otro lado, los Reyes de Castilla tuvieron siempre por gentes sospechosas a sus súbditos los vascos, quienes merced a sus privilegios constituían una especie de república, y, además pasaban por hombres peligrosos, indomables. Esto fue causa de que se malograra más de una empresa de las ideadas por aquellos Príncipes. Bastará citar una sola, la de la armada Invencible. Había al servicio de Felipe II dos ancianos almirantes vascongados, pero el soberano español quiso dar el mando de la Invencible a un castellano. Sucedió lo que habían predicho los dos marinos vascos: la escuadra se fue a pique.

Una enfermedad terrible acababa de estallar en el siglo XV: el hambre, la sed del oro, la necesidad absoluta de poseer este metal. Pueblos y reyes, todos deliraban por obtenerlo. Ya no era posible equilibrarlos gastos con los ingresos. Moneda falsa o de baja ley, crueles pleitos y guerras atroces, todo se ensayaba, mas el oro no venía. Los alquimistas prometían hacerlo, pronto, muy pronto, pero era preciso esperar. El fisco, cual furioso león hambriento, devoraba judíos, devoraba moros, y de tan rico manjar no quedaban ni los huesos.

Otro tanto acontecía con el pueblo. Flaco y roído hasta los tuétanos, pedía un milagro que hiciera llover oro.

Todo el mundo ha leído la magnífica historia de Sindbad (*Mil y una noches*), y se recordará cómo empieza, historia eterna que todos los días se renueva. El pobre obrero Hindbad, las espaldas cargadas de leña, oye desde la calle la música y algazara que hay en el palacio del rico viajero Sindbad, y haciendo comparaciones asáltale el demonio de la envidia; pero Sindbad le cuenta cuánto ha sufrido para obtener aquel oro que tanto le deslumbra. Hindbad queda asustado de la narración. El efecto que produce el cuento es exagerar los peligros y al propio tiempo los beneficios de la gran lotería de los viajes, desanimando de paso el trabajo sedentario.

La leyenda que en el siglo XV tenía trastornadas las cabezas de grandes y pequeños, de pobres y ricos, era una reminiscencia de la fábula de las Hespérides, un *Eldorado*, tierra del oro, colocada en las Indias y que se sospechaba ser el paraíso terrenal, subsistente en este mundo de pesares. Sólo faltaba encontrarlo. Nadie se cuidaba de buscarlo al Norte, y he aquí por qué se hizo tan poco caso del descubrimiento de Terranova y de la Groenlandia. Al Mediodía, por el contrario, habíase encontrado (en Africa) cierta cantidad de oro en polvo. No se necesitaba más para cobrar ánimo.

Los soñadores y los eruditos de un siglo pedantesco amontonaban y comentaban los textos; y el descubrimiento, harto fácil en sí, se dificultaba a fuerza de lecturas, de reflexiones, de quiméricas utopías. ¿Era o no era el paraíso esa tierra del oro? ¿Estaba situada en los antípodas? ¿Existían acaso dichos antípodas?... Al oír eso los doctores, los hombres de sotana, reprendían a los sabios, recordándoles que sobre el particular la doctrina de la Iglesia era formal, habiendo sido condenada expresamente la herejía de los antípodas.

¡Grave dificultad! Nadie se atrevía a pasar adelante.

¿Por qué la América, conocida ya, era tan difícil de descubrir? Porque se quería y se temía a la vez encontrarla.

El sabio librero italiano, Colón, sabía bien lo que se hacía. Había estado en Islandia recogiendo las tradiciones; y, por otra parte, los vascos le comunicaban cuanto sabían de Terranova. Un gallego había hecho aquel viaje y habitado la tierra, y Colón asocióse con pilotos establecidos en Andalucía, los Pinzones, que se cree eran de la familia de los Pincon de Dieppe.

Este último punto no deja de ser verosímil. Nuestros normandos y los vascos, súbditos de Castilla, estaban en íntimas relaciones. Estos son los nombrados *castellanos* que a las órdenes del normando Bethencourt emprendieron la célebre expedición de las Canarias (Navarrete). Nuestros reyes concedieron privilegios a los *castellanos* establecidos en Honfleur y Dieppe, mientras que los dieppenses poseían factorías en Sevilla. No puede afirmarse que un dieppés haya descubierto la América cuatro años antes que Colón; empero poca dada cabe que los Pinzones de Andalucía eran armadores normandos.²

Ni vascos ni normandos habrían logrado hacerse autorizar por el reino de Castilla. Fue menester un italiano hábil y elocuente, un genovés obstinado que prosiguió la empresa quince años consecutivos, que supo aprovechar la hora propicia y descartar todos los escrúpulos. La ocasión oportuna fue cuando la guerra de conquista contra los moros costaba tan cara a Castilla, cuando de todas partes oíase el clamoreo de: ¡oro! ¡oro! Fue cuando la España victoriosa deliraba por su gran cruzada y establecía el tribunal de la Inquisición. El italiano se agarró a esta palanca, convirtiéndose en más devoto que los devotos. Obró por la Iglesia misma: representóse a Isabel como un caso de concien-

² Recientemente hemos leído que en una traducción del HoelSenein de C. F. Neumann, se da como positivo el descubrimiento de la América por unos monjes benedictinos en el siglo V, o sea, unos mil años antes de la gran empresa de Colón. Para nosotros es innegable que toda la gloria de taxi portentoso hecho recae sobre el ilustre genovés y los magnánimos monarcas españoles que ayudaron a su realización. Cuanto se diga en contrario no se funda en nada sólido, son meras hipótesis.-(N. del T.)

cia el dejar tantas naciones paganas envueltas en las sombras de la muerte; fuéla demostrado con toda claridad que descubrir el país del oro equivalía al exterminio del turco y a la reconquista de Jerusalén.

Sabido es que de las tres carabelas que formaron la expedición, dos fueron suministradas por los Pinzones que las comandaban. Ellos tomaron la delantera. Verdad que uno se engañó; mas los otros dos, Francisco Pinzón y su joven hermano Vicente, piloto del barco Niña, indicaron a Colón que debía seguirles al Suroeste (12 de octubre de 1492). El italiano, que se encaminaba en derechura al Oeste, hubiese encontrado en toda su fuerza la cálida corriente que de las Antillas se dirige a Europa, y mucho le habría costado salvar aquel líquido muro, pereciendo o navegando con tal lentitud que su tripulación se revoltara. Los Pinzones, por el contrario, poseyendo tal vez algunas tradiciones sobre aquel viaje, navegaron como si conociesen dicha corriente, no afrontándola a su salida, sino que, declirando al Sur, pasaron sin trabajo y abordaron en el mismo punto donde los vientos alisios emprijaban las aguas del Africa hacia la Airérica, en los límites de Haiti.

Esto está corroborado por el diario mismo do Colón, que confiesa con franqueza que los Pinzones le guiaban.

¿Quién fue el primero que divisó la América? Un marinero de la tripulación de los Pinzones, si hemos de dar crédito a la investigación hecha por orden del Rey en 1513.

Según esto, era de presumir que una buena parte de las ganancias y de la gloria correspondería a los Pinzones. Armóse un pleito, y el Rey, se decidió en favor de Colón. ¿Por qué? Porque (con toda verosimilitud) los Pinzones eran normandos, y España prefirió reconocer el derecho de un genovés sin estabilidad y sin patria al de los franceses, de la gran nación rival, de los súbditos de Luis XII y de Francisco I, que algún día hubieran podido transcurir ese derecho a sus soberanos. Uno de los Pinzones murió de pesar.

Fuera de esto, ¿quién había sabido levantar el gran obstáculo de la repugnancia religiosa, empleando toda su elocuencia, su destreza y

perseverancia para decidir los ánimos en favor de la expedición? Colón y solo Colón. El era el único creador de la empresa y fue asimismo su heroico ejecutor. Así, pues, merece la gloria que le ha dado la posteridad.

Opino, como M. Julio de Blosseville (corazón noble, buen juez de los grandes hechos), opino que lo único difícil que hubo en esos descubrimientos fue el dar la vuelta al mundo, la empresa de Magallanes y de su piloto Sebastián de Elcano.

El acto más brillante, el más fácil, había sido la travesía del Atlántico, al impulso de los vientos alisios, el encuentro de la América, descubierta de tiempo atrás al Norte.

Los portugueses llevaron a cabo una empresa menos extraordinaria que ésta, empleando un siglo en el descubrimiento de la costa occidental de Africa. Nuestros normandos, en poco tiempo habían encontrado la mitad de ella. A pesar de cuanto se ha dicho de la escuela de Lisboa y de la loable perseverancia del príncipe Enrique su fundador, el veneciano Cadamosto da testimonio en su relación de la escasa habilidad de los pilotos portugueses. Cuando tuvieron entre ellos vino verdaderamente intrépido y hombre de genio, Bartolomé Díaz, que dobló el Cabo, reemplazáronlo con Gama, gran señor de la casa real y afamado guerrero, Preocupábanse más los portugueses de las conquistas y de los tesoros que con ellas pudiesen ganar que de los descubrimientos propiamente dichos. Gama fue un modelo de valientes, empero tomó hartó al pie de la letra las órdenes que llevaba do no sufrir a nadie en los mismos mares cine él recorría. Habiendo pasado bárbaramente a cuchillo una nave cargada de peregrinos que venía de la Meca, levantóse un clamor general contra los de su nación y aumentó en todo el Oriente el horror que inspiraba el nombre cristiano, cerrándose con tal acto más y más las puertas del Asia.

¿Es cierto que Magallanes había visto el mar Pacífico señalado en un globo por el alemán Behaim? No, ese globo no lo conoce nadie. ¿Habría visto en casa de su amo, el Rey de Portugal, algún mapa que lo indicara? Así se ha dicho, pero nadie lo ha probado. Más probable

es que los aventureros que hacía cosa de veinte años recorrían el continente americano, hubieran visto, pero visto con sus propios ojos, el mar Pacífico. Ese rumor que circulaba acordábase muy bien con la idea que daba el cálculo de tal contrapeso, necesario al hemisferio que habitamos y al equilibrio del globo.

No hay existencia más azarosa que la de Magallanes. Constitúyenla combates, viajes a lejanas tierras, huidas y litigios, naufragios, asesinato frustrado, y finalmente, pérdida de la vida en manos de los salvajes. Bátese en Africa; bátese en las Indias; se casa entre los malayos, tan bravos y feroces, y él mismo parece haber sido uno de tantos.

Durante su larga permanencia en Asia recoge todos los informes, prepara su gran expedición, su tentativa de encaminarse por la América a las islas de las especias, las Molucas. Comprándolas en la misma fuente, naturalmente que serían más baratas que sacándolas como hasta entonces del occidente de la India. De manera que en su origen la empresa fue completamente mercantil... (Véase a Navarrete, F. Denis, Charton). Una baja sobre la pimienta fue la inspiración primitiva del viaje más heroico que se ha hecho en nuestro planeta.

Por aquellos tiempos, el espíritu cortesano, la intriga, teníanlo dominado todo en Portugal. Agraviado Magallanes, pasó a España, y el Magnánimo Carlos V le dio cinco naves, si bien no osó fiarse enteramente de un tráfuga portugués, y por lo tanto impúsole un socio castellano. Magallanes partió entre dos peligros: la malevolencia castellana y la venganza de sus compatriotas que querían asesinarle. La tripulación o nuestro no tardó en amotinarse desplegando nuestro héroe con tal motivo un terrible heroísmo, indomable, bárbaro. Hizo poner grillos a su compañero, proclamándose jefe único, al paso que los recalcitrantes eran apuñaleados, degollados, desollados vivos. -Y en medio de todo eso sonó la voz de «¡naufragio!» y se perdieron algunos barcos. -Nadie quería seguirle, cuando los navegantes contemplaron aterrizados el aspecto aterrador de la punta de la América, la desolada Tierra del Fuego y el fúnebre cabo Forward. Esa comarca, arrancada del Continente por violentas convulsiones, por la furiosa

ebullición de mil volcanes, aseméjase a una tormenta de granito. Hinchada, resquebrajada por un enfriamiento repentino, su aspecto es horroroso. Vense no más que agudos picos, campanarios excéntricos, espantosas y negras mamilas, dientes atroces de tres puntas, y toda esa masa de lava, de basalto, de fundiciones de fuego, está coronada de lúgubre nieve.

Las tripulaciones estaban aburridísimas, pero Magallanes dijo: *¡Adelante!*, y buscó, dio vueltas, desenmarañóse en medio de cien islas, penetró en un mar sin límites, aquel día *pacífico*, cuya denominación ha conservado.

El intrépido navegante encontró su tumba en las Filipinas. Había perdido cuatro buques, y el único que quedaba la Victoria, sólo tenía trece hombres, pero contábase entre ellos el gran piloto, el intrépido é invulnerable vasco Sebastián de Elcano, que regresó solo de su expedición (1521), habiendo sido el primer mortal que diera la vuelta al inundo.

Ninguna empresa había más grande que aquélla. Desde ese día, el globo estaba seguro de su esfericidad. La maravilla física del agua tendida uniformemente sobre una bola a la que se adhiere sin desviarse, ese milagro, acababa de ser demostrado. Por fin era conocido el mar Pacífico, el grande y misterioso laboratorio donde, lejos de nuestras miradas, la Naturaleza trabaja profundamente la vida, elaborándonos nuevos mundos, nuevos continentes.

Revelación de gran alcance, no sólo material, sino también moralmente, que centuplicaba la audacia del hombre y le lanzaba a otro viaje sobre el libre Océano de las ciencias, al esfuerzo (temerario, fecundo) de dar la vuelta a lo infinito.

III

La ley de las tempestades.

De ayer sólo data la construcción de buques a propósito para la navegación austral, siendo la oleada tan fuerte y dilatada en aquellos mares, que forma verdaderas montañas. ¿Qué pensar de esos primitivos navegantes, los Díaz y los Magallanes, que se aventuraron a surcarlos metidos en las pesadas y diminutas cáscaras de aquellos tiempos?

En particular, para los mares polares, tanto árticos como antárticos, requiérense buques exprofeso. Valor necesitaban los que, cual Cabot, Brentz y Willoughby, montados en barquichuelos informes, remontando el torrente de hielos, afrontaron el Spitzberg, abrieron la Groenlandia por su fúnebre entrada, el cabo Adiós, introduciéndose hasta aquel rincón donde aun en nuestros días han ido a estrellarse doscientos barcos balleneros.

El lado sublime en esos héroes de otros tiempos, es su misma ignorancia, su ciega intrepidez, su resolución desesperada. No conocían el mar, teniendo que desafiar espantosos fenómenos cuya causa ni siquiera sospechaban: la misma ignorancia respecto a las cosas del cielo. Su único norte era la brújula. No había que hablarles de ninguno de esos instrumentos físicos que nos guían y nos dan fórmulas las más exactas, pues iban con los ojos cerrados y envueltos entre tinieblas. Estaban como aterrorizados, confiésanlo sin rebozo, empero no había nadie capaz de desaferrarlos de sus ideas. Las borrascas marítimas, los torbellinos de la atmósfera, los trágicos diálogos de los dos Océanos, las tormentas magnéticas llamadas auroras boreales, toda esa fantasmagoría parecían la Naturaleza furiosamente turbada o irritada, la lucha de Satanás.

Durante tres siglos, los progresos fueron lentos. Cook y Peron son un ejemplo de lo difícil, peligrosa o incierta que era la navegación aun en tiempos tan inmediatos a los nuestros.

Al valeroso Cook, hombre de imaginación muy viva, causó impresión aquel espectáculo y dice en su diario: «Es tan grande el peligro, que me atrevo a decir que nadie intentará ir más lejos que yo»

Y sólo después que los viajes se hicieron más regulares, se pasaron los límites marcados por él.

Un gran siglo, siglo Titán, el diecinueve, ha logrado observar fríamente esos objetos. Es el primero que osara mirar frente a frente la tempestad, anotar su furia, escribir, digámoslo así, bajo su dictado. Sus presagios, sus caracteres, sus resultados, todo hase registrado. Luego vino la explicación y vulgarización, surgiendo un sistema a que se aplicó un título atrevido y que en otro tiempo hubiérase tenido por una impiedad: *La ley de las tempestades*.

De suerte que lo que se creyera un capricho había de llegar a convertirse en ley. Esos hechos terribles, tomando ciertas formas regulares, perderían en gran parte su potencia de desvarío. Tranquilo y fuerte el hombre, en medio del peligro imaginárase si acaso no pueden oponérsele medios de defensa regulares también. En una palabra, si la tempestad llegase a constituir una *ciencia*, ¿no podría crearse un *arte* de salvación? ¿Un arte para evitar los huracanes, y aun *aprovecharse* de ellos ?

Esa ciencia no pudo iniciarse mientras se estuvo aferrado a las ideas antiguas que atribuían las borrascas «al capricho de los vientos» Una observación atenta dejó probado que los vientos carecen de caprichos, que son el accidente, a veces el agente de la borrasca, y ésta por lo general, un *fenómeno eléctrico* que a menudo se pasa de ellos.

El hermano del convencionalista Romme (principal autor del calendario) sentó las primeras bases. Habían notado los ingleses que, en las borrascas de la India navegaban largo tiempo sin adelantar un paso, encontrándose después de ellas en el mismo sitio donde les habían cogido. Romme reunió todas las observaciones, demostrando que otro tanto sucedía durante las tempestades de la China, del Africa y del mar de las Antillas, y fue el primero en notar que les ventarrones

rectilíneos son más raros, que generalmente toda borrasca tiene el *carácter circular*, que es un torbellino.

La tempestad arremolinada de los Estados Unidos en 1815, la de 1821 (este año hubo una gran erupción del Hecla), en que los vientos soplaban de todos los puntos hacia el centro, despertaron la atención de la América y de la Europa. Brande en Alemania, al mismo tiempo que Redfield en Nueva York siguieron las huellas de Romme, estableciendo la ley siguiente: que en general era la tempestad un *torbellino progresivo que avanza dando vueltas sobre sí mismo...*

En 1838, el ingeniero inglés Reid, que de orden superior pasó a la Barbada después de la célebre tormenta que causó mil quinientas víctimas, determinó el doble movimiento de rotación. Empero su gran descubrimiento consiste en haber observado, formulado: *Que en nuestro hemisferio boreal la tempestad va de derecha a izquierda*, es decir, parte del Este, va al Norte, da la vuelta al Oeste y al Sur, para volver al Este. *En el hemisferio austral la tempestad va de izquierda a derecha.*

Observación de grandísima utilidad práctica que guía en adelante la maniobra.

De suerte que Reid estuvo muy exacto dando a su libro el pomposo título: *De la ley de las tempestades.*

Era la ley de su *movimiento*, no la explicación de su causa: no indicaba con esto lo que las produce y lo que son en sí.

Luego, reaparece la Francia. Peltier (*Causas de las trombas, 1340*) estableció por medio de innumerable hechos y con sus ingeniosos experimentos, que las trombas de tierra y de mar son *fenómenos eléctricos*, en que los vientos sólo desempeñan un papel secundario. Hace cien años que Beccaria había sospechado lo mismo. Empero estaba reservado a Peltier penetrar el asunto reproduciéndolo, hacer trombas en miniatura y tempestades de entretenimiento.

Las trombas eléctricas nacen desde luego cerca de los volcanes, en los respiraderos del mundo subterráneo, siendo más comunes en los mares asiáticos que en los nuestros.

El Atlántico, abierto en ambas extremidades y recorrido a lo largo por los vientos, está menos sujeto a trombas, pero en cambio se sienten en él con más frecuencia los ventarrones rectilíneos. Con todo, Piddington cita un sinnúmero de circulares habidos en ese mar.

Durante los años 1840 a 1850 hicieron en Calcuta y Nueva York las inmensas compilaciones de Piddington y de Maury. -Este último ha adquirido un nombre muy ilustre gracias a sus mapas, sus *Direcciones* y su *Geografía del mar*, evangelio de la Marina en nuestros tiempos. Piddington, menos artista, pero tan sabio como el norteamericano, en su *Guía del marino*, enciclopedia de las tempestades, da los resultados de una ilimitada experiencia los medios minuciosos de calcular la proximidad o distancia del *ciclone* o torbellino ele fijar su rapidez, de apreciar la curva que describen los vientos, la naturaleza de las distintas olas. Este sabio ha corroborado los juicios de Peltier, adoptado la causa eléctrica, y refutado las explicaciones que se buscaban en los vientos tomando el efecto por la causa.

El antiguo arte de los augurios, la ciencia de los vaticinios, que no deben despreciarse, vuelve a ponerse sobre el tapete en ese libro excelente.

La puesta del sol no debe mirarse con indiferencia: si es rojo, si las olas del mar reflejan un color de sangre, el otro Océano (la atmósfera), nos prepara una borrasca. Un anillo alrededor del astro diurno, un resplandor rojizo en medio de un círculo pálido, estrellas cambiantes y que parecen que caen, son indicios de un trabajo amenazador en la región superior.

Peor señal es cuando veis, a través de una atmósfera nada limpia, correr cual flechas, nubecillas de un color purpurino oscuro; si masas compactas empiezan a figurar extraños edificios, arco-iris destrozados, puentes ruinosos y otros mil caprichos. Entonces estad seguros de que el drama ya ha dado principio arriba. La calma es completa, mas, en el horizonte, aparecen pálidos relámpagos; a pesar del silencio que reina, óyese -por momentos un ruido sordo que parece se detiene. El mar se estrella contra la playa gimiendo y suspirando, y a veces, de su

fondo, se escapa un sordo rumor... Prestad atención á esto: *es la llamada del mar*. (Locución inglesa).

Esto basta para poner en guardia al pájaro. Si no está distante de la costa vésele (cuervo marino, goelandio o gaviota) regresar a la tierra con la mayor rapidez, posible, guareciéndose en alguna roca. En alta mar, cualquiera embarcación les sirve de isla y de punto de descanso. Dan vueltas en derredor, y a veces solicitan la hospitalidad con la mayor franqueza, posándose momentáneamente sobre los mástiles.

No tardaréis en divisar el sombrío petral, ave de vuelo siniestro, el cual tan hábilmente sabe poner en peligro la embarcación, colocándose entre ésta y el huracán.

Alegraos si truena; la descarga eléctrica hácese arriba. Tanto de ganado a la tempestad. Observación remota Y confirmada científicamente por Peltier y por la experiencia de Piddington y de tantos otros.

Si la electricidad acumulada arriba, baja silenciosa, si no llueve, la descarga haráse abajo, creando corrientes circulares. -Por lo tanto habrá tromba y huracán.

A veces la tromba os coge en la rada. En 1698, hallándose el capitán Langford en el puerto, y bien anclado, vio llegar la tromba y al momento se hizo á la vela, Poniéndose bajo el amparo del mar, Las otras naves se quedaron creyendo obrar más prudentemente y fueron destrozadas.

En Madrás y en la Barbada hácese señales avisar a los buques fondeados. En el Canadá, el telégrafo eléctrico, mucho más rápido que la electricidad celeste, hace circular de puerto en puerto el aviso de la tempestad que se prepara a recorrerlos todos.

El gran consejero para el marino que se encuentra en alta mar, es el barómetro. Su perfecta sensibilidad revela los grados exactos del peso con que le oprime la tempestad. Mudo al principio, diríase que duerme; mas, ha recibido un tenue golpe, golpe de batuta que señala el preludio: hele aquí inquieto, Contesta, vibra, oscila; se repliega, baja. La atmósfera elástica, bajo los cargados vapores, pesa; y luego, repentinamente, rebota y sube. El barómetro tiene su borrasca peculiar. Pá-

lidos resplandores se desprenden, en ocasiones, del mercurio, llenando el tubo (Peron hizo esta observación en la isla de Mauricio). En las ráfagas parece como que respira. «El barómetro de agua, en sus fluctuaciones (dicen Daniel y Barlow), tenía el aliento, el resoplido de un animal salvaje»

Y el *ciclone* avanza, en ocasiones, desembozadamente, engalanándose en su vasta densidad con todas sus luces eléctricas. Hay momentos en que se anuncia por medio de chorros, de bolas de fuego. En el gran huracán acaecido en las Antillas en el año 1772, en que el mar subió setenta pies, en medio de la obscuridad de la noche, los cerros de la costa viéronse alumbrados por globos inflamados.

Su aproximación es más o menos rápida. En el Océano Indico, sembrado de islas y de todo género de obstáculos, con frecuencia la tromba sólo recorre dos millas por hora, al paso que en la cálida corriente procedente de las Antillas, su velocidad es de cuarenta y tres millas. Su fuerza de traslación sería incalculable a no tener una oscilación debida a los vientos de adentro y de afuera.

Lenta o rápida, su fuerza es siempre la misma. Bastó un instante y una sola ola, en 1789, para destrozar todas las embarcaciones abrigadas en el puerto de Coringa y lanzarlas a los llanos; la segunda ola inundó la población, y a la tercera, todos los edificios quedaron convertidos en un montón de ruinas, pereciendo veinte mil personas. En 1822, al contrario, en las bocas del Bengala, vióse a la tromba durante veinticuatro horas, aspirar el aire y subir el agua otro tanto, tragándose cincuenta mil seres humanos.

Ahora, el aspecto cambia. Nos encontramos en Africa. Allí, llámase *tornado* a la tempestad. Estando la atmósfera calmosa y despejada, se siente cierta opresión en el pecho. Una mancha negra aparece en el cielo, semejante al ala de un buitre: dicha ala se desparrama, se ensancha desmesuradamente: luego, desaparece todo, todo da vueltas. Es asunto de quince minutos. La tierra queda devastada, el mar trastornado; de la embarcación, ni trazas. La Naturaleza no vuelve a recordar lo que por ella ha pasado.

Hacia Sumatra y el reino de Bengala, veréis al anochecer o a media noche (nunca por la mañana), formarse un arco en el firmamento. De repente se ensancha, y de aquella negra arcada se desprenden pálidas y tristes exhalaciones. ¡Infeliz del que tenga que sobrellevar la primera ventada que de allí parte! Tal vez perezca.

Empero la forma ordinaria que reviste la tempestad es la de un embudo. Un marino que se dejó engañar, dice: «Vime como en la cima de un enorme cráter de volcán; a nuestro alrededor nada más que tinieblas, arriba un rayo de luz» Es lo que se llama en términos técnicos: *el ojo de la tempestad*.

Una vez metido en la empresa, no es posible volverse atrás; no podéis desasiros. Salvajes mugidos, aullidos plañideros, estertor y gritos de ahogado, crujidos y lamentos de la pobre nave, que vuelve a revivir como cuando estaba en su bosque y se queja antes de exhalar el último suspiro, todo ese horroroso concierto no impide oír el cordaje que se complace, en imitar los agudos silbidos de las serpientes. De improviso, silencio completo... Es que pasa furiosamente la masa de la tromba, cual rayo asolador, ensordeciéndoos, privándoos casi de la vista... Y al reponeros, observáis que ha roto en mil pedazos los mástiles, sin que lo hayáis visto ni oído.

Sucede, a veces, que los tripulantes conservan una reliquia largo tiempo, pues se les debilita la vista y vuélvenseles negras las uñas (Seymour). Entonces se recuerda con horror que en el acto de pasar la tromba, a la par que chupaba el agua, chupábase la embarcación, quería bebérsela, la mantenía suspendida en el aire y fuera del agua, abandonándola luego para que se sumiera en los profundos abismos.

Al verla hartarse e hincharse de esta manera, absorbiendo olas y barcos, hanla comparado los chinos a una mujer horrorosa, la madre Tifón que, cerniéndose en el aire y eligiendo sus víctimas, concibe, se llena y queda preñada, preñada de hijos de la muerte, *los torbellinos de hierro* (Keu Woo).

En China hánsela levantado templos y altares, se la hacen ofrendas, y dirígensela oraciones con ánimo de humanizarla.

Sin embargo, el intrépido Piddington no la adora: muy al contrario, habla, de ella sin contemplaciones, apellidándola corsario demasiado robusto, pícaro pirata que abusa de sus fuerzas y que nadie debe encapricharse en combatir, sino que ha de huirse de su presencia, sin sentirse deshonrado por esto.

Enemigo tan pérfido os tiende a veces un lazo. Valiéndose de un *viento favorable*, os invita a proseguir vuestra ruta, y entonces se apresura a ceñiros con sus robustos brazos. No hagáis caso de ese *viento favorable* y volvedle la espalda, si es posible. Navegad cuan distantes podáis de tan peligroso comparo. No boguéis en conserva, pues espíará el momento para encadenaros, comprometeros en su vertiginosa danza, engulliros.

Por mi parte, mucho me complacería en no echar en olvido los paternos consejos que da ese hombre excelente. Serían inútiles, si los adversarios, la tromba y el barco, se encontrasen encerrados en un reducido espacio sin salida; pero raras veces sucede así. Casi siempre ese remolino de aire y de agua es inmenso, abraza un círculo de diez, veinte, treinta leguas, lo cual da a la embarcación probabilidades de observar y mantenerse a una respetable distancia. Lo que importa, ante todo, es saber *dónde es central* la tromba, dónde está, su foco de atracción, y luego, conocer su continente y el grado de rapidez con que os persigue.

Mucho ha ganado el marino con poder navegar auxiliado de esas dos antorchas. Por un lado Maury le enseña las leyes generales del aire y del mar, el arte de escoger y seguir las corrientes; dirígele por rutas calculadas, que son a modo de las calles del Océano. Por otro, Piddington, en un pequeño volumen resume y pone al alcance de su mano la experiencia de las tempestades, lo que es preciso hacer para resguardarse de ellas y en ocasiones para que le sirvan de auxiliares.

Esto explica y justifica el precioso dicho de un holandés, el capitán Jansen: «La primera impresión que causa el mar es el sentimiento del abismo, del infinito, de nuestra insignificancia. A bordo del buque más poderoso, uno no deja de reconocer ni por un momento

el peligro que le rodea; mas, cuando los ojos del espíritu han sondeado el espacio y la profundidad de los mares, desaparece el peligro ara el hombre. Elévase y comprende. Guiado por la astronomía, al tanto de las vías líquidas, dirigido por las cartas de navegar de Maury, traza su ruta por el mar con toda *seguridad*»

Sencillo y sublime lenguaje. No quiere decirse con esto que se hayan acabado las tempestades; empero lo que sí ha terminado es la ignorancia, la turbación y el vértigo que producen la obscuridad del peligro, y lo peor de todo peligro, el lado fantástico. -A lo menos, si se parece sábese el por qué. Hay ahora grande, muy grande *seguridad* de conservar el espíritu lúcido, el alma esclarecida, resignada a los efectos que puedan sobrevenir de las grandes leyes divinas del mundo que, al precio de algunos naufragios, constituyen el equilibrio y la salvación.

IV

Los mares polares.

Lo que más tienta al hombre, es lo inútil y lo imposible. De todas las empresas marítimas, aquella en que más ha perseverado, es el descubrimiento de un paso al norte de la América para irse en derechura de Europa a Asia. Las más vulgares leyes del buen sentido hubieran debido indicar anticipadamente que a existir dicho paso, en tan fría latitud, en una zona cubierta de hielos, de nada serviría, puesto que ningún ser humano querría aventurarse en él.

Observad que aquella región no tiene el aplanamiento de las costas siberianas, que se recorren en trineo, sino que es una montaña de mil leguas de extensión horriblemente accidentada, con profundas cortaduras, mares que se deshuelan momentáneamente para helarse de nuevo, corredores de hielo que mudan de postura todos los años, se abren y se cierran a nuestro paso. Dicho paso acábalo de descubrir un hombre que, habiendo ido muy adelante, no podía retroceder, y avanzando siempre lo ha franqueado (1853). De suerte que ya sabemos a qué atenernos. He ahí, pues, que han dejado de trabajar las imaginaciones acaloradas, y nadie tiene ganas de seguir sus huellas.

Al decir lo *inútil*, referíame al objeto propuesto, esto es, crear una ruta comercial. -Empero prosiguiendo esa idea loca se han descubierto muchas cosas bastante cuerdas, de gran utilidad para la ciencia, la geografía, la meteorología y para el estudio del magnetismo terrestre.

¿Qué se intentaba desde un principio? Abrirse un camino corto al país del oro, a las Indias orientales. Inglaterra y otros Estados, celosos de la España y de Portugal, pensaban sorprenderlos de esta manera en el mismo corazón de su lejano imperio, en el santuario de la riqueza. Habiendo en tiempo de Isabel, encontrado o creído encontrar algunos buscadores de oro unas cuantas partículas de este metal en la Groenlandia, explotaron la antigua leyenda del Norte, *el tesoro escondido*

bajo el polo, las grandes cantidades de oro amontonadas y guardadas por los gnomos, etc., y se exaltaron las imaginaciones. Alentada por tan lisonjera esperanza, hízose a la vela para aquellas regiones una flota de dieciséis buques de alto bordo, llevando en calidad de voluntarios a los hijos de las más nobles familias de Inglaterra. Todos se disputaban el privilegio de partir para ese *Eldorado* polar, y los expedicionarios sólo encontraron la muerte, el hambre, murallas de hielo.

Pero a nadie descorazonó tal desastre. Por espacio de más de tres siglos con una perseverancia que sorprende, los exploradores no cesaron. La lista de los mártires de la codicia es grande. El primero de ellos, Cabot, debió su salvación a habérsele sublevado su tripulación, impidiéndole pasar adelante; Brentz muere de frío, y Willoughby, de hambre. Cortereal pereció con todo lo que llevaba. Los compañeros de Hudson le abandonan en medio del mar en un barquichuelo sin víveres ni velamen, y no se sabe lo que fue de él. Behring, al descubrir el estrecho que separa la América del Asia, perece de cansancio, de frío, de miseria, en una isla desierta. En nuestros días el intrépido Franklin queda perdido en medio de los hielos; el encuentro de su cadáver nos ha descubierto que reducidos al Último extremo, él y los suyos, tuvieron que apelar al más atroz de los recursos: ¡a comerse los unos a los otros!

Cuanto puede desanimar a los hombres hállase acumulado desde que el navegante comienza a penetrar en las regiones del Norte. Mucho antes de ver el círculo polar, una fría niebla pesa sobre el mar, os resfría, os cubre de escarcha. Los cordajes se atiesan: inmóvilízanse las velas, la cubierta pónese resbaladiza con el agua-nieve; la manobra se hace difícil. Apenas se distinguen en tan solemne momento los temibles escollos móviles. En la punta del mástil, metido en su camaranchón cubierto de escarcha, el vigilante (verdadera estalactica viviente) señala de cuando en cuando la proximidad de un nuevo enemigo, de un blanco fantasma gigantesco, que muchas veces sobresale del agua dos o trescientos pies.

Empero esa lúgubre procesión que indica el mundo de los hielos, ese combate para evitarlos, dan más bien ánimo para avanzar que para retroceder. Hay en lo desconocido del polo cierto atractivo de horror sublime, de sufrimiento heroico. Cuantos han estado en el Norte, aun los que no intentaron atravesar el paso, después de contemplar el Spitzberg la impresión no se les borra tan fácilmente de la memoria. Aquella masa de picos, de cordilleras, de precipicios, muro de cristal de cuatro mil quinientos pies en longitud, es como una aparición en medio del mar sombrío. Sus ventisqueros, formados de nieves mates, reflejan vivos resplandores verdes, azules, purpurinos; viéndose ceñidos de una deslumbradora diadema de chispeantes piedrecitas.

Por espacio de muchos meses la aurora boreal aparece todas las noches alumbrando aquel cuadro con los más siniestros resplandores. Vastos y horrorosos incendios que cubren todo el horizonte, erupción de rayos magníficos; Etna fantástico, que inunda de lava ilusoria la escena de invierno sin fin.

Todo es prisma en una atmósfera de partículas heladas en que el aire se ha convertido en espejos y cristalitos. De ahí sorprendentes escenas de espejismo. Varios objetos vistos a la inversa, momentáneamente aparecen cabeza abajo. Las capas de aire que producen esos efectos están en continua revolución: lo que adquiere más ligereza sube a su vez y cambia el panorama; la más pequeña variación de temperatura hace descender, subir, inclinar el espejo la imagen confúndese con el objeto, luego se separa de él, se disipa otra imagen formada ocupa su puesto, y aparece otra detrás pálida, debilitada, que vuelve a ser derribada.

Tal es el mundo ilusorio. Si sois aficionados a soñar, si soñando despiertos os complacéis en seguir la movible improvisación y el jugueteo de las nubes, id al Norte; allí veréis el espectáculo real y no menos fugitivo en la flota de los hielos movibles. En el camino que debe seguirse para llegar hasta ellos, presentan ese espectáculo, imitando todos los géneros de arquitectura conocidos. Estáis viendo el griego clásico: pórticos y columnatas. Luego, aparecen obeliscos egip-

cios, agujas que se lanzan al firmamento, sostenidas por otras agujas caídas. Más allá se distinguen montañas, Ossa sobre Pelion, la ciudad de los Gigantes que, regularizada, os ofrece murallas ciclópeas, tablas y dolmens drúidicos. Debajo ábrense sombrías gratas. Mas, todo caduco; todo, al soplo del viento, ondula y se derriba. No agrada aquel espectáculo, porque nada hay firme. A cada momento, en ese mundo al revés, vese burlada la ley de la gravedad: el débil, el ligero, sostienen al fuerte; parece aquello un arte diabólico, un gigantesco juego de niños que amenaza y puede aniquilar.

Acontece a veces un incidente terrible: a través de la gran armada que, majestuosa, lentamente, baja del Norte, llega con brusquedad del Sur un gigante de base profunda, que, hundiéndose seis o siete pies bajo el mar, vese empujado con gran furia por las corrientes submarinas. Este lo separa o lo derriba todo; aborda, llega hasta la llanura de hielos, pero por eso no se siente embarazado. «El banco hízose pedazos en un minuto en una extensión de algunas millas. Crujió, atronó, como si hubiesen sido disparados cien cañonazos; parecía aquello un terremoto. La montaña vino a nuestro encuentro, y el mar vióse cubierto, entre ella y nosotros, de sus despojos. Ibamos a perecer, mas aquella masa desapareció arrastrada rápidamente en dirección Noroeste» (Duncan, 1826).

En 1818, después de la guerra europea, reemprendióse esa guerra contra la Naturaleza, la investigación del gran paso, iniciándose con un grave y extraño acontecimiento. El intrépido capitán John Ross, mandado con dos buques a la bahía de Baffin, fue víctima de las fantasmagorías de ese mundo misterioso. Habiendo visto una tierra que sólo existía en su imaginación, sostuvo que no se podía pasar más adelante. A su regreso fue objeto de las mayores censuras, diciéndosele que no había osado aventurarse; y hasta se le impidió tomar el desquite y que rehabilitara su honor perdido. Un comerciante de licores de Londres propúsose adelantar al Imperio británico, y, al efecto, dio cien mil francos a Ross, con los cuales armó otra expedición y volvió al polo, resuelto a pasar o a morir. ¡Ninguna de estas dos cosas

pudo lograr! Empero se estuvo no sé, cuántos inviernos, ignorado, olvidado en medio de tan terribles soledades. Algunos balleneros que encontraron aquella especie de salvaje lo trasladaron a su país, preguntándole antes si, por casualidad, había visto al *difunto capitán John Ross*.

Su teniente Parry, que tenía la seguridad de poder pasar, hizo al efecto cuatro esfuerzos desesperados, unas veces por la bahía de Baffin y el Oeste, y otras por el Spitzberg y el Norte. Parry llegó a descubrir algo, avanzando atrevidamente en un trineo-barca, que unas veces flotaba y otras recorría los hielos. Pero éstos invariables en su camino del Sur, le llevaban siempre hacia atrás, de suerte que tampoco logró franquear el paso.

El año 1832 un joven valeroso, de nación francés y llamado Julio de Blosseville, quiso que la gloria de ese paso perteneciera a la Francia, y, al efecto, puso a disposición de la empresa su vida y sus caudales, pereciendo en la demanda. Su primera dificultad fue obtener un buque a gusto suyo: diósele el *Lilloise*, que empezó a hacer agua el mismo día de su partida. (Véase el informe de su hermano). Blosseville reparó la embarcación de su propio peculio, empleando en ello ocho mil pesos, y en tan peligroso vehículo acometió la empresa de abordar la Costa de Hierro, la Groenlandia oriental. Todo indica que ni siquiera llegó a verla, pues jamás se ha tenido noticia de aquella expedición.

Las de los ingleses eran otra cosa: hacíanse los preparativos con gran prudencia, aunque el resultado fuese idéntico. En 1845 el malogrado Franklin se perdió entre los hielos. Por espacio de doce años se lo buscó, demostrando en ello Inglaterra una obstinación muy honrosa. Todos ayudaron en esta empresa, que costó la vida a americanos, a franceses y a súbditos de otras naciones. Los picos, los cabos de la región desolada, al lado del nombre de Franklin ostentan el de nuestro Bellot y tantos otros que abandonaron el dulce regalo de la vida normal para salvar la de un inglés. Por su lado John Ross habíase ofrecido a dirigir a los nuestros en busca de Blosseville, organizando por sí

mismo la expedición, La sombría Groenlandia se engalana con tales recuerdos, que el desierto deja de serlo cuando se leen esculpidos en él esos nombres, mudo testimonio de la fraternidad universal.

Lady Franklin ha demostrado una fe admirable. Nunca llegó a imaginarse viuda; incesantemente solicitó el equipo de nuevas expediciones. Esta señora juraba y perjuraba que su esposo no había muerto, y defendió tan bien su causa, que al cabo de siete años de haberse perdido recibía el título de contralmirante. Tenía razón lady Franklin; su marido vivía. En 1850 viéronle los esquimales (dicen ellos) en compañía de unos sesenta hombres: luego, sólo fueron treinta, privados de andar y de cazar y alimentándose con la carne, de los que morían. Si se hubiese creído a lady Franklin, el gran explorador inglés no pereciera en medio de los hielos. Decía la señora (y el sentido común lo indicaba también) que debía buscársele al Sur: que un hombre, en la situación desesperada de su marido, no sería tan loco de agravarla encaminándose hacia el Norte. El Almirantazgo, al cual probablemente inquietaba menos la suerte, de Franklin que el famoso paso, indicaba siempre a sus expedicionarios el camino del Norte. Desesperada la pobre señora acabó por emprender ella misma lo que se le rehusaba con tal tenacidad, y equipando con gran desembolso un buque, emprendió el camino del Sur. Alas, era tarde: lo único que se encontró del célebre Franklin, fueron sus huesos.

Mientras tanto llevábanse a cabo algunos viajes más largos al par que más afortunados hacia el polo antártico. Aquí, nada de esa mezcla de tierra, mar, hielos Y deshielos tempestuosos que constituyen la faz horrible de la Groenlandia; sino un gran mar sin límites, con oleaje fuerte y violento. Osténtase en esa región un inmenso ventisquero mucho más extenso que el nuestro, y poca tierra. La porción de ésta que se ha visto o creído ver deja en la duda si serán playas variables, una simple faja de hielos contínuos y acumulados. Todo cambia allí al compás de los inviernos, Morel en 1820, Wedell en 1824 y Ballerry quince años después, encontraron una sesgadura, penetraron en un mar libre que otros muchos no han podido hallar después.

El francés Kerguelen y el inglés James Ross lograron resultados positivos, encontrando tierras verdaderas.

El primero descubrió en 1771 la gran isla Kerguelen, llamada *Desolation* por los ingleses. De doscientas leguas de extensión, tiene fondeaderos excelentes, y, a pesar del clima, una vida animal bastante rica en focas y aves, con las que puede aprovisionarse cualquiera embarcación. Este descubrimiento glorioso, que Luis XVI al subir al trono recompensó con un grado, causó la pérdida de Kerguelen, a quien se atribuyeron varios crímenes, ensañándose contra él la furiosa rivalidad de los oficiales nobles, sus émulos declararon en contra suya. Desde el fondo de un calabozo de seis pies en cuadro firmó Kerguelen la narración de su descubrimiento (1782).

En 1838 Francia, Inglaterra y América hicieron tres expediciones en interés de las ciencias. El ilustre Duperrey había abierto el camino de las observaciones magnéticas, que se deseaba continuar bajo el mismo polo. Los ingleses confiaron esta misión a una expedición al mando del ya citado James Ross. Fue aquella expedición modelo, donde todo estuvo calculado, escogido, previsto. James regresó a su país *sin perder un sólo hombre ni haber tenido un enfermo siquiera*.

El americano Wilkes y el francés Dumont d'Urville no iban tan bien provistos, de suerte, que tuvieron que soportar mil peligros y las enfermedades los diezmaron. Más afortunado James, el dando la vuelta al círculo antártico, penetró en medio de los hielos y halló una tierra real. El mismo confiesa con notable modestia, que el éxito de su empresa fue debido únicamente al modo admirable con que habían sido preparados los dos barcos que llevaba, *el Erebus y el Terror*, con máquinas de gran potencia, sierras para cortar el hielo, proa a propósito, lintel de hierro, que les permitió navegar a través de la costa rechinante, encontrando al otro lado un mar libre, lleno de focas, aves y ballenas. Un volcán de doce mil pies de elevación, tan grande como el Etna despedía llamas. Nada de vegetación, ningún punto de reposo: sólo se ofreció a su vista una escarpada masa de granito donde ni la nieve se sostiene. No hay duda que aquello es la tierra. El Etna del

polo, al que se dio el nombre de *Erebus*, allí queda con su columna de fuego para dar testimonio de este aserto.

Así, pues, un número terrestre centraliza los hielos antárticos (1841).

En cuanto a nuestro polo ártico, los meses de abril y mayo de 1853 son para él una fecha notable.

En abril encontróse el paso que durante trescientos años se buscara, hecho que fue debido a un afortunado exceso de desesperación.

El capitán Maclure había penetrado por el estrecho de Behring, y encerrado en medio de los hielos, hambriento, imposibilitado de volverse atrás al cabo de dos años, aventúrose a avanzar. Sólo llegó a andar cuarenta millas, mas encontró en el mar del Este algunos buques ingleses. Su atrevimiento le salvó, consumándose de esta suerte el gran descubrimiento.

Casi en el mismo momento (mayo de 1853), salía una expedición de Nueva York para el extremo Norte. Un marino que todavía no contaba treinta años y ya había recorrido toda la tierra conocida, Elíseo Kent Kane, acababa de proclamar una idea atrevida, pero magnífica, que había exaltado vivamente la ambición americana. Así como Wilkes prometiera descubrir un mundo, Kane se comprometía a encontrar un mar, un mar libre bajo el polo. Mientras los rutinarios ingleses exploraban de Este a Oeste, Kane se proponía remontar en derecha al Norte y tomar posesión de aquella concha inexplorada. Su proyecto llamó la atención general. Un armador neoyorkirio, Mr. Grinell, dio generosamente dos embarcaciones, auxiliando la empresa las sociedades científicas y el público todo. Las señoras trabajaban con sus propias manos en los preparativos, animadas de religioso celo. Elegidas las tripulaciones, que las formaron voluntarios, juraron tres cosas: obediencia ciega, abstinencia de licores y de todo lenguaje profano. El mal éxito que tuvo la primera expedición no logró desanimar a Mr. Grinell ni al público norteamericano; organizóse otra con los socorros prestados por ciertas sociedades de Londres que, tenían en

mira, o la propagación bíblica, o una postrera investigación respecto al malogrado Franklin.

Pocos viajes hay más interesantes que éste, y se explica a maravilla el ascendiente que el joven Kane había ejercido sobre todos. A cada paso estaba indicada su fuerza de voluntad, su vivacidad brillante y su maravillosa potencia de *javance!* El lo sabe todo, está seguro de lo que emprende, es ardiente en sus cosas, pero positivo. Presiéntese que no flaqueará, ni le arredrarán los obstáculos, sino que irá lejos, tan lejos como puede irse. Es curiosa la lucha entre ese carácter y la desapiadada lentitud de la Naturaleza del Norte, murallas de obstáculos terribles. Apenas ha abandonado el puerto de partida cuando le acosan los fríos, viéndose precisado a invernar por espacio de seis meses entre hielos. Y en plena primavera marca el termómetro en aquellas latitudes ¡setenta grados bajo cero! A la aproximación del segundo invierno (día 28 de agosto), encuéntrase poco menos que abandonado, pues de diecisiete hombres no le quedan más que ocho. El empero, a medida que disminuyen sus hombres y sus recursos, más severo y duro en las fatigas se muestra, queriendo -dice, -hacerse respetar mejor. Sus buenos amigos, los esquimales, que le procuran provisiones de boca, y de los que se ve obligado a aceptar algunos objetos de poca monta (p. 440 de su narración), se han apropiado tres vasijas de cobre suyas, y Kane, en represalias, se apodera de dos de sus mujeres. Castigo excesivo, salvaje. No era prudente traerlas entre los ocho marineros que le quedan y en los cuales la disciplina comenzaba a relajarse: además, aquellas pobres criaturas eran casadas. «Sivu, mujer de Metek, y Aningna, consorte de Marsinga» estuvieron llorando por espacio de cinco días. A Kane aparenta divertirle esto, y hace asomar la risa a nuestros labios cuando nos lo cuenta: «Lloraban -dice, -y entonaban todo género de lamentos, mas, no perdían el apetito» Los maridos, los padres de los rehenes, devuelven los objetos sustraídos y toman la cosa buenamente, cual hombres inteligentes que no tienen para oponer a los revólvers norteamericanos otras armas que huesos de pescados. Así, pues, se pliegan a todo, prometen amistad,

alianza; pero, al cabo de algunos días, huyen, desaparecen. ¿Qué sentimientos les animan respecto a los exploradores? No es difícil adivinarlo. En su camino irán diciendo a las tribus errantes cuánto hay que desconfiar del hombre blanco. De esta manera se cierran las puertas del mundo.

Lo que sigue es bien lúgubre. Las fatigas hácense tan crueles, que unos mueren, los otros quieren volverse a su país. Kane se mantiene firme, ha ofrecido un mar, y preciso es que lo encuentre. Conspiraciones, desercciones, actos de traición, vienen a hacer más horrible la existencia de aquellos desgraciados. Durante el tercer invierno, falto de víveres y de combustible, habría perecido si otros esquimales no lo alimentaran con su pesca en cambio Kane cazaba para ellos. Mientras tanto, algunos de sus hombres enviados a explorar, tienen la buena suerte de descubrir el mar que así lo preocupa. A su regreso cuenta haber visto una gran sábana de agua, libre de hielos, y alrededor aves, que al parecer hallaban abrigo en ese clima no tan rudo.

Era cuanto se necesitaba para hacer cobrar aliento al célebre navegante. Salvado Kane por los esquimales, que no habían sabido abusar de la fuerza que les daba el número, ni de la miseria extrema en que velan sumidos a los exploradores, déjales su embarcación en medio de los hielos.

Débil, extenuado, consigue por medio de un viaje, que duró ochenta y dos días, volver al Sur, empero allí encuentra la muerte. Este joven intrépido, que se acercó al polo más que ningún otro mortal, al morir ganó la corona con que adornaron su tumba las sociedades científicas de Francia: el primer premio de geografía.

En su relato, que encierra hechos tan terribles, hay uno conmovedor, el cual da la medida de los sufrimientos inauditos anejos a tal viaje: hablamos de la muerte de sus perros. Llevábalos de Terranova magníficos, y perros esquimales; a todos ellos teníalos por mejores compañeros que al hombre. En esas dilatadas estaciones, cuando las noches se prolongaban meses y meses, los canes vigilaban alrededor de la nave. Al pasearse Kane por entre horrosas tinieblas, guiábalos

el tibio aliento de aquellas fieles bestias, que calentaba sus manos. Primero, enfermaron los de Terranova, lo cual atribuía Kane a la falta de luz: si se les ponía ante los ojos una linterna encendida se aliviaban: mas, poco a poco fue consumiéndolos extraña melancolía y se volvieron locos. Los perros esquimales siguieron sus huellas, y hasta su perra *Flora*, «la más discreta» la que reflexionaba mejor, comenzó a delirar como sus compañeros y sucumbió. En toda la áspera relación de sus aventuras no hay un solo pasaje, si no me engaño, exceptuando éste, en que su corazón se sienta conmovido.

V

Guerra a las razas marinas.

Recapitulando lo que antecede y la historia de todos los viajes, experimentáanse dos encontrados sentimientos:

1° Admiración por la audacia y el ingenio con que el hombre ha hecho la conquista de los mares, subyugando su planeta.

2° Sorpresa al ver su inhabilidad en cuanto se refiere al hombre mismo: al notar que, para la conquista de las cosas, no ha sabido emplear las personas; que por doquiera el navegante hase presentado cual enemigo, aniquilando los pueblos nuevos, los cuales bien llevados, hubieran llegado a ser, cada uno en su reducida esfera, un elemento especial para valorarla.

Ya tenemos al hombre en presencia del globo que acaba de descubrir; veisle cual músico novicio ante un órgano de grandes dimensiones, del que apenas hace brotar algunas notas. Salido de la Edad Media, reino de la teología y la filosofía, encuéntrase poco menos que salvaje; del sagrado instrumento sólo ha sabido romper las teclas.

Hase visto que los buscadores de oro comenzaron no queriendo más que oro, oro y siempre oro, y destruyendo al hombre. Colón, a pesar de ser el mejor de todos ellos, en su *Diario* nos indica lo que acabamos de manifestar con una candidez terrible que, anticipadamente, entristece el ánimo pensando en lo que harán sus sucesores. Desde el momento en que pone la planta en Haití: «¿Dónde está el oro? ¿Quién tiene oro?» son sus primeras palabras. Los naturales se sonreían, estaban como atontados de esa hambre de oro, y prometíanle buscarlo, deshaciéndose en el acto de sus sortijas para satisfacer cuanto antes apetito tan apremiante.

El almirante nos ha dejado un retrato conmovedor de aquella raza infortunada, de su belleza, su bondad, su ilimitada confianza. Y con todo, el genovés ha de satisfacer su avaricia, sus rudos hábitos. Las guerras turcas, los atroces galeones y sus forzados, las ventas de

seres humanos, era la vida común de aquellos tiempos. El espectáculo de ese mundo tan joven é indefenso, aquellos pobres cuerpos de niños, de inocentes y lindas mujeres sin abrigo, todo esto sólo le inspira una íden mercantil, triste es decirlo, la idea de trocarlos en esclavos.

Sin embargo, no quiero Colón que sean arrebatados de sus hogares, «puesto que son propiedad del Rey y de la Reina» Empero de sus labios se escapan estas palabras, harto significativas: «Son seres tímidos y nacidos para obedecer; harán cuantos trabajos se les manden. Bastan tres de los nuestros para poner en dispersión a mil de los suyos. Si vuestras Altezas me ordenan traérselos o avasallarlos aquí, nadie se opondrá: para ello son suficientes cincuenta hombres» (14 octubre y 16 diciembre).

No tardará en llegar de Europa la sentencia general de ese pueblo. Ellos son los siervos del oro, los que tienen obligación de buscarlo, estando sometidos todos a trabajar por la fuerza. El mismo Colón nos hace saber que doce años más tarde habían desaparecido las siete octavas partes de la población, y Herrera añade, que al cabo de veinticinco años quedaba reducida de un millón a catorce mil almas.

La continuación, todo el mundo la sabe. El minero y el plantador exterminaron un mundo, repoblándolo incesantemente a costa de la sangre negra. ¿Y qué ha sucedido? Que sólo el negro vivió y vive en las tierras bajas y cálidas, fecundísimas. La América está destinada a ser su patrimonio exclusivo, ya que la Europa obró precisamente al revés de lo que pensara.

Su impotencia colonial descuella por todas partes. El aventurero francés llegaba sin familia a aquellos países, con sus vicios, confundándose con la masa salvaje, en vez de civilizarla; el inglés, exceptuando dos países templados adonde se dirigió en masa y con sus familias, tampoco se fija al otro lado de los mares, y dentro de un siglo la India no guardará memoria de que haya vivido en ella. El misionero protestante, el católico, ¿tuvieron alguna influencia? ¿Convirtieron un solo salvaje al cristianismo? «*Ninguno*» decíame Burnouf, tan bien enterado de estos asuntos. Hay entre ellos y nosotros treinta siglos,

treinta religiones. Si se quiere forzar su inteligencia, sucede la que Mr. de Humboldt observó en los pueblos americanos llamados todavía las *Misiones*: habiendo perdido la savia indígena sin tomar nada nuestro, el cuerpo vivo pero muerto el espíritu, estériles, inutilizados para siempre, son toda su vida niños grandes, embrutecidos, idiotas.

Las excursiones de nuestros sabios, que tanto honran a la generación presente, el contacto de la Europa civilizada que va a todas partes, ¿en qué han aprovechado a los salvajes? No sé verlo. Mientras las razas heroicas de la América del Norte perecen de hambre y de miseria, las razas perezosas y afables de la Oceanía se consumen, con gran vergüenza de nuestros navegantes que allí, al extremo del mundo, arrojan la careta de la decencia, no conteniéndose más. Población cariñosa y débil, en la que notó Bougainville el exceso del abandono, y entre la cual los mercaderes apóstoles de la Inglaterra ganan dinero pero no almas, se extingue míseramente devorada por nuestros mismos vicios y nuestras enfermedades.

La dilatada costa de la Siberia estuvo habitada en otro tiempo. Bajo aquel durísimo clima vivían tribus nómadas, cazando los animales de preciosa piel, que les procuraban sustento y abrigo. La pérfida y mafiosa política obligóles a establecerse o a convertirse en agricultores en un país donde no es posible el cultivo. Así es como la muerte se ceba en ellos, y en particular sobre los varones. Por otra parte el comercio, insaciable, imprevisor, no respetando a los animales en la época del celo, halos exterminado también. Hoy reina el silencio, el más completo silencio en una costa que se extiende por espacio de mil leguas. No importa que silbe el viento, que se hiele el mar ni que la aurora transfigure la interminable noche: al presente la Naturaleza no tiene otro testigo que ella misma en aquellas antes bulliciosas regiones.

El primer cuidado que se hubiera debido tener en los viajes árticos de la Groenlandia, era entablar relaciones amistosas con los esquimales, dulcificar su trabajosa existencia, adoptar a sus hijos educándolos si no todos, parte de ellos en Europa, formar colonias en

aquellos apartados climas, escuelas de descubridores. Tanto en las obras de John Ross como en todas las que se refieren al mismo asunto vese que están los esquimales dotados de inteligencia y muy aprisa se asimilan las artes de Europa. Hubiéranse efectuado enlaces entre sus hijas y nuestros marinos, naciendo de esas uniones una población mixta dueña por derecho propio de aquel continente Norte. Este era el medio verdadero de encontrar sin dificultades, de regularizar el paso tan deseado. Bastaban para ello treinta años: hanse empleado trescientos, y al fin y al cabo nada se ha conseguido, pues atemorizando a esos pobres salvajes que van al Norte y mueren, ¡habéis excluido de allí definitivamente al *hombre de la región* y el genio de la comarca! ¿Qué importa haber visto ese desierto, si lo hacéis inhabitable e inabordable para siempre?

Fácil es pensar, que si el hombre ha tratado con tanta rudeza a su semejante, no habrá sido más clemente ni mejor para con los animales. Cebóse furiosamente en las especies más tímidas, convirtiéndolas en salvajes y agrestes.

Todas las relaciones antiguas están contestes en asegurar que, al vernos por primera vez, sólo demostraban confianza en nosotros y una curiosidad simpática. Los viajeros pasaban por entre las pacíficas familias de los lamantinos y de las focas, que se dejaban tocar. Los pingüinos y los mancos seguían a los navegantes, aprovechándose de sus comestibles, Y, llegada la noche, guarecíanse bajo las ropas de los marineros.

Nuestros padres estaban creídos, y no sin cierto grado de verosimilitud, que los animales sienten como nosotros. Los flamencos atraían el sábalo con el ruido de las campanillas. (Valenc., 20,327). Cuando se tañía algún instrumento en las embarcaciones, presentábase enseguida la ballena (Noël, 223), siendo la jubarta³ la que más se

³ Especie de ballenato o ballena desdentada.-(N. del T.)

complacía con la sociedad del hombre, puesto que jugueteaba y brincaba, alrededor del barco.

Lo mejor de los animales, y que se ha llegado a destruir casi del todo a fuerza de persecuciones, era el *matrimonio*. Aislados, fugitivos, ahora sus amoríos son pasajeros, viéndose compelidos a guardar un mísero celibato, de cada día más estéril.

El *matrimonio*, fijo, real, es la vida de la Naturaleza que se encuentra en casi todas las cosas. El matrimonio, amor único, fiel hasta la muerte, existe entre el corzo, entre la urraca, entre la paloma, entre el inseparable (especie de lindo papagayo), entre el intrépido camique, etc. Respecto a las demás aves, dura a lo menos hasta que los pequeños están en estado de manejarse por sí mismos: entonces la familia vese precisada a separarse necesitando extender el radio donde se procura su sustento.

La liebre en medio de su vida agitada y el murciélago que vive envuelto en tinieblas, son tiernísimos para su familia; y hasta los crustáceos, los pulpos, se quieren y se auxilian: cuando se pesca la hembra, el macho se precipita sobre ella y déjase agarrar.

¡Y cuánto más conocidos son el amor, la familia, la unión o matrimonio, en la verdadera acepción de estas palabras, entre los tiernos anfibios! Su paso tardo, su vida sedentaria, favorecen la unión fija. La morsa (elefante marino), ese animal enorme y de tan extraña facha, es intrépido en amor: el marido se sacrifica hasta la muerte por su mujer, y ésta por el hijo. Mas, lo que no tiene ejemplo, lo que no se ve en ninguna otra parte, ni aun entre los animales de la escala superior, es que el pequeñuelo, en salvo y escondido por la madre, al verla combatir en defensa suya, acude a defenderla a su vez, y ¡noble corazón! se ensalía contra su enemigo y muere por la que le diera el ser.

Steller vio entre una familia de otarios (anfibios también) una escena casera absolutamente humana:

Una hembra habíase dejado robar su cachorro; furioso el marido, le pegaba, y la pobre se encaramaba, besábale, lloraba a lágrima viva, *al extremo de tener inundado el pecho con el llanto que vertía.*

Las ballenas, que carecen de la vida fija de esos anfibios, van, sin embargo, de dos en dos en sus errantes paseos a través del Océano. Duhamel y Lacépède dicen que, en 1723, dos de estas ballenas que estaban heridas no se separaron nunca, y cuando estuvo muerta la una, la otra se abalanzó sobre su cuerpo lanzando horrorosos mugidos.

Si hay en el Universo un ser cuya sangre debiera economizarse, es la ballena franca, tesoro admirable, donde la Naturaleza ha amontonado tantas riquezas. Ser, además, inofensivo, que a nadie persigue ni vive de especies que sustentan al hombre. Exceptuando su temible cola, carece de armas defensivas. Y no obstante, ¡cuántos enemigos tiene! Todos se atreven con ella; innumerables especies se acomodan en su lomo y viven a sus expensas, llegando su descaro hasta el punto de roer su lengua. El narval, armado de traidoras defensas, las hunde en sus carnes; los delfines saltan y la muerden, y el tiburón, al vuelo, de un golpe de sierra le arranca un sangriento jirón.

Otros dos seres, ciegos y feroces, ensañanse con el fruto de sus entrañas, haciendo una guerra cobarde a las hembras preñadas; hablamos del cachalote y del hombre. El primero, con su horrible cabeza, que constituye la tercera parte del cuerpo, todo dientes (tiene cuarenta y ocho), todo quijadas, muérdela en el vientre, devora el hijo dentro de su mismo cuerpo, y luego, sin apiadarse de sus acerbos dolores, trágase a la madre. El hombre la hace sufrir más tiempo, pues la sangra, y golpe tras golpe hiérela bárbaramente. Dura en la muerte, en su dilatada agonía la pobre tiembla, hace desesperados esfuerzos y se queja lastimeramente. Muerta y todo, su cola se mueve, no siendo prudente en aquellos momentos acercarse a ella. Los pobres brazos de la desventurada, antes calientes por el fuego del amor, vibran aún; parece que no ha dejado de existir y que está buscando a su cachorro.

No es posible figurarse lo que finé esa guerra hace cien o doscientos arios, cuando abundaban las ballenas, navegando por familias;

cuando las tribus anfibias cubrían todas las costas. Llevábanse a cabo carnicerías inmensas, derramábase la sangre en abundancia, como no se había visto ni en las más grandes batallas. En un solo día llegaban a matarse ¡quince o veinte ballenas y mil quinientos elefantes marinos! Es decir, que se mataba por el placer de matar; pues ¿de qué aprovecharían todos esos despojos de coloso, uno solo de los cuales da tanta cantidad de aceite y de sangre? ¿Qué se intentaba con diluvio tan sangriento? ¿Enrojecer la tierra? ¿Ensuciar el mar?

Queríase el pasatiempo de los tiranos, de los verdugos; herir, destrozarse, gozar de su fuerza y de su furor, saborear el dolor, la muerte. Con frecuencia divertíanse en martirizar, encolerizar, hacer morir lentamente a animales demasiado tardos o apacibles para defenderse. Peron vio un marinero que se encarnizaba en una foca hembra, la cual lloraba como una mujer, gemía: cada vez que el animal abría su ensangrentada boca, el bárbaro golpeábala con un grueso remo y le rompía los dientes.

Dice Dumont d'Urville que en las Nuevas Shetlands del Sur, los ingleses y los americanos exterminaron las focas en el transcurso de cuatro años. En su ciego furor, degollaban a los recién nacidos y mataban las hembras preñadas. A menudo, sólo las matan para utilizar la piel, desperdiciando enormes cantidades de aceite.

Tales carnicerías son una escuela detestable de ferocidad que deprava indignamente al hombre, estallando los más abominables instintos en medio de esa embriaguez de carniceros. ¡Vergüenza para la humana naturaleza! Entonces vese en todos (aun entre las personas más delicadas), Yeso surgir algo de inesperado, de horrible. Un pueblo apreciable, en la costa más encantadora que se conoce, practica una extraña fiesta: reúnen allí quinientos o seiscientos atunes para quitarles la vida a todos en un mismo día. En un vasto recinto de barcas, la larga red, la almadraba dividida en varios compartimentos levantada por cabrestantes, hácelos llegar pausadamente y meter en el cuarto *de la muerte*. A su alrededor hay en acecho doscientos hombres de rostro bronceado, provistos de arpones y ganchos. De veinte leguas

a la redonda llega el mundo elegante, mujeres bonitas y sus adoradores, quienes se colocan a la orilla del mar y lo más cerca posible para mejor ver la matanza, formando un círculo encantador. Dada la señal, el pescador hiere. Aquellos peces, que parecen hombres, saltan, punzados, atravesados, abiertas las carnes, tiñendo el agua con su sangre por momentos. Su dolorosa agitación, el furor de que están poseídos sus verdugos, el mar que ya no es mar, sino un no sé qué espumoso que vive y humea, todo esto produce el vértigo. Los que han venido sólo por mirar obran, patalean, gritan, y encuentran que la carnicería es demasiado lenta. Finalmente, circunscriben el espacio. La hormigueante masa de heridos, muertos, moribundos, se concentra en un solo punto: saltos convulsivos, golpes furiosos: el agua chorrea, y el rocío enrojecido...

Y esta escena ha hecho subir de punto la embriaguez. Hasta la mujer delira y se olvida de su sexo, vese poseída del frenesí que asalta a los demás espectadores. Cuando todo ha terminado, la más bella mitad del género humano lanza un suspiro rendida de fatiga, mas no satisfecha, y exclama al abandonar aquel sitio: «¡Cómo!, ¿y para esto hemos venido?»

VI

El derecho del mar.

Un gran escritor popular que da a cuanto pone la mano un carácter de sencillez luminosa y sorprendente, Eugenio Noël, ha dicho: «Puede convertirse el Océano en fábrica inmensa de víveres, en laboratorio de subsistencias más productivo que la misma tierra; fertilizarlo todo, mares, ríos, riachuelos, estanques. Hasta el presente sólo se ha cultivado la tierra; y he aquí que se ofrece el arte de cultivar las aguas... ¡Oídllo bien, pueblos!» (Piscicultura).

¿Más productivo que la tierra? ¿Cómo es esto? M. Baude lo explica perfectamente en un importante trabajo sobre la pesca que ha dado a luz. Es el pez, entre todos los seres, el más susceptible de propagarse ayudado por una pequeña cantidad de alimento, bastando muy poco, casi nada para sustentarlo. Refiere Rondelet que una carpa que guardó metida por espacio de tres años dentro de una botella de agua sin darle de comer, aumentó, sin embargo, su tamaño al extremo que no hubiera podido salir de la botella. En los dos meses que el salmón estaciona en el agua dulce, se abstiene casi del todo de alimento y, sin embargo, no perece; su permanencia en las aguas salobres dale por término medio (¡acrecentamiento prodigioso!) seis libras de carne. Esto es muy distinto del lento y costoso progreso de nuestros animales terrestres. Si se amontonara lo que come para engordar un buey, o siquiera un puerco, sorprenderíanos el ver la montaña de alimentos que necesita para conseguirlo.

De manera que el pueblo en donde la cuestión de subsistencias ha presentado más amenazadora, los chinos, tan prolífico, tan numeroso, con sus trescientos millones de habitantes, tuvo que valerse directamente de esa gran potencia de generación, la más rica manufactura de vida nutritiva. En toda la extensión de sus grandes ríos, muchedumbres prodigiosas han buscado en el agua un alimento más regular que el del cultivo de las plantas. El agricultor está de continuo

con el alma en un tris: un ventarrón, una helada, el más pequeño accidente les deja sin nada y produce el hambre en su familia; mientras que, al contrario, la cosecha viviente que crece en el fondo de esos ríos sustenta invariablemente el sinnúmero de familias que los surcan con sus barcas, las cuales, seguras de obtener su provisión cotidiana de pescado, saben al mismo tiempo ser aquél un manantial inagotable.

En el río central del Imperio, hácese en el mes de mayo un comercio inmenso de freza de pescado, comprada por traficantes, quienes la revenden por todo el país a cuantos quieren depositar en sus víveres domésticos el elemento de fecundación. Así todos tienen su reserva, que sustentan sencillamente con los restos de la comida del hogar.

Los romanos obraron de la misma manera, habiendo llevado el arte de la aclimatación al extremo de hacer abrir en el agua dulce las huevas de los peces de mar.

La fecundación artificial descubierta el siglo pasado en Alemania por Jacobi, y practicada en el presente en Inglaterra con el más fructuoso resultado, fue reinventada entre nosotros hacia el año 1840 por un pescador de la Bresse, Remy, y desde entonces ha se popularizado así en Francia como en toda Europa.

En manos de nuestros sabios, Coste, Pouchet, etc., esta práctica se ha convertido en ciencia, llegando a descubrirse, entre otras cosas, las relaciones regulares del mar y del agua dulce; esto es, los hábitos de algunos peces de mar que pasan a nuestros ríos en ciertas estaciones del año. La anguila, no importa cuál sea su cuna, desde el momento en que ha adquirido el grueso de un alfiler, apresúrase a remontar el Sena, en tanto número, que forma a lo largo del río una capa blanca. Tal tesoro que, bien cuidado, produciría millares de millones de peces del peso cada uno de algunas libras, vese devastado indignamente, vendiéndose á vil precio y a cubetas esos gérmenes tan preciosos. No es menos fiel el salmón, regresando invariablemente del mar al río do naciera. Aquellos que han sido marcados se presentan nuevamente sin faltar a la lista casi uno solo, siendo tan grande su

amor hacia el río natal, que si ven cortado el paso por alguna barrera, aunque ésta sea una cascada, lánzase por encima de ella haciendo esfuerzos sobrehumanos para saltarla.

El mar, que dio comienzo a la vida sobre nuestro globo, sería todavía su benéfica nodriza si el hombre supiese respetar siquiera el orden que allí reina y se abstuviese de perturbarle.

No debemos olvidar que tiene vida propia y sagrada, sus funciones enteramente independientes para la salvación del planeta: él contribuye poderosamente a crear la armonía, al mismo tiempo que asegura su conservación y la salubridad. Y todo esto efectuábase tal vez por millones de siglos, antes de que el hombre naciera. La Naturaleza pasábase a maravilla de él y de su sabiduría. Sus antepasados, hijos del mar, llenaban perfectamente entré sí la circulación de substancia, las metamorfosis, las sucesiones de vida, que son el movimiento rápido de purificación constante. ¿Qué puede el hombre con respecto a ese movimiento, continuado a tal distancia de él, en ese mundo oscuro y profundo? Poco para el bien, más para el mal. La destrucción de tal especie puede ser un sensible atentado contra el orden, la armonía de todas las cosas. Que haga una siega razonable de las que pululan superabundantemente: está muy bien que viva a expensas de los individuos; mas, que conserve las especies. En cada una de ellas debe respetar el papel que desempeñan reunidas, el de funcionarios de la Naturaleza.

Hemos atravesado ya dos edades de barbarie.

En la primera, diremos como Homero: «El mar estéril» Es surcado únicamente para buscar al otro lado tesoros fabulosos o grandemente exagerados.

En la segunda, notóse que la riqueza del mar consiste sobre todo en él mismo, y quisimos arrancársela, pero de una manera ciega, brutal, violenta.

Al odio a la Naturaleza que tuvo la Edad Medía hase añadido la aspereza mercantil, industrial, armada de máquinas terribles, que

matan desde lejos, sin peligro, a montones. A cada nuevo progreso en las artes, nuevo progreso de barbarie feroz, progreso de exterminio.

Ejemplo: el arpón lanzado por una máquina rápida cual el rayo. Nuevo ejemplo: la draga, red destructora, usada desde el año 1700, red que arrastra inmensa y pesada, y siega hasta la esperanza, habiendo barrido el fondo del Océano. Nos estaba prohibido; empero llegaba el extranjero y *dragaba* a nuestra vista. (Véase Tifaigne). Algunas especies huyeron de la Mancha, trasladándose al Gironde; otras dejaron de existir para siempre. Lo mismo va a suceder con un pez excelente, magnífico, el escombro, que es perseguido bárbaramente en toda estación. (Valenc., Diction. X, 352). La prodigiosa generación del abadejo no por esto lo pone a salvo de extinguirse, puesto que va en disminución aun en los mismos bancos de Terranova. Tal vez se destierra voluntariamente en medio de soledades desconocidas.

Preciso es que las grandes naciones se entiendan para substituir condición tan salvaje con otra más humanitaria y civilizada, de suerte que el hombre reflexione mejor y deje de desperdiciar sus bienes, y de perjudicarse a sí mismo. Necesítase que Francia, Inglaterra y los Estados Unidos, propongan a las demás naciones y las decidan a promulgar, todas juntas, un *Derecho del mar*.

Los vetustos reglamentos especiales de las pescas ribereñas no son adaptables para la navegación moderna. Requiérese un código común de las naciones, aplicable a todos los mares, un código que regularice no tan sólo las relaciones del hombre con el hombre, sino las del hombre con los animales.

Lo que se debe a sí mismo y lo que debe a ellos es: no hacer por más tiempo de la pesca una caza ciega, bárbara, en la cual se mata más de lo que puede aprovecharse, inmolando sin provecho el pescador a los pequeñuelos que, dentro de un año, habríanlo alimentado espléndidamente; y ahorrando la vida a uno habríase dispensado de dar muerte a una infinidad.

Lo que el hombre se debe a sí mismo y debe a ellos, es no prodigar sin motivo la muerte y el dolor.

Los holandeses y los ingleses tienen la precaución de matar inmediatamente el arenque; los franceses, más negligentes lo tiran en el barco amontonándolo y dejando que muera asfixiado. Esta prolongada agonía lo malea, quítale gran parte de su sabor, de la dureza de su carne; vése macerado de dolor, acontécele lo que se observa entre las bestias que mueren de alguna enfermedad. En cuanto al abadejo, nuestros pescadores lo cortan en el acto de agarrarlo: el que se enreda durante la noche en las redes, cuyos esfuerzos y agonía desesperada se prolongan por varias horas, no valen nada en comparación del cortado en el acto (excelentes observaciones de M. Baude).

En tierra están reglamentadas las estaciones de caza, y lo mismo debe hacerse con la pesca, teniendo en consideración el tiempo en que cada especie se reproduce.

Debe ser economizada, como la corta de las maderas, dejando a la producción el tiempo de repararse.

Los cachorros y las hembras preñadas han de ser respetadas, sobre todo en las especies que no abundan mucho y entre los seres superiores no tan prolíficos, cetáceos y anfibios.

Nos vemos obligados a matar: nuestros dientes, nuestro estómago, demuestran que fatalmente necesitamos inmolar. Preciso es, pues, compensar esto multiplicando la vida.

En tierra, creamos, defendemos los rebaños, hacemos multiplicar muchos seres que no nacerían, serían menos fecundos o perecerían jóvenes, devorados por las bestias feroces. Es una especie de derecho que sobre ellos tenemos.

En el agua hay aún más vidas tiernas anuladas: defendiéndolas, propagándolas, haciéndolas muy numerosas, nos creamos un derecho de vivir sobre lo inconmensurable. La generación es susceptible de dirección como un elemento aumentado indefinidamente. El hombre, sobre todo en aquel mundo, se aparece como el gran mágico, el promotor poderoso del amor y la fecundidad. Es el adversario de la muerte, pues si bien se aprovecha de ella, la parte que se adjudica na-

da es en comparación de los torrentes de vida que puede crear a voluntad.

Tocante a las preciosas especies próximas a desaparecer, la ballena más que ninguna, el animal más grande, la vida más rica (le toda la Creación, debe dejárselas en paz, a lo menos durante medio siglo. Así podrá reparar sus desastres. No sintiéndose perseguida, regresará a su clima natural, la zona templada, encontrando allí su inocente vida de apacentar la viviente pradera, los pequeños seres elementales. Vuelta a sus antiguos hábitos y a sus propios alimentos, reflorecerá, recobrará otra vez sus gigantescas proporciones, y volveremos a ver ballenas de dos y trescientos pies de largo. Que sus pasados lares do tenía sus amoríos sean sagrados. Esto ayudará no poco a hacerla nuevamente fecunda. En otros tiempos placíase en las bahías de California. ¿Por qué no dejarla en ellas? Así no se encaminaría en busca de los atroces hielos polares, de las míseras guaridas donde locamente se la persigue, impidiéndola juntarse y procrear.

¡Paz para la ballena franca! ¡Paz para el dugongo, la morsa, el lamantín, especies preciosas que no tardarían en desaparecer! Necesitan muchos años de paz, cual la que tan discretamente hase ordenado en Suiza para el revezo, precioso animal que había sido batido y destruido casi: creíasele perdido, mas no tardó en presentarse de nuevo.

Para todos, así anfibios como peces, requiérese una época de reposo; una *Tregua de Dios*.

El mejor modo de multiplicarlos es ahorrar su sangre en la época de su reproducción, en la hora que la Naturaleza desempeña en ellos su obra de maternidad.

Parece como que los pobres adivinan que son sagrados en aquellos momentos, pues pierden su timidez muéstranse a la luz del día, acércanse a la playa: diríase que se creen con derecho a ser protegidos.

Están entonces en el apogeo de su belleza, de su fuerza. Sus brillantes libreas, su fosforescencia, indican el supremo resplandor de la vida. En todas aquellas especies cuyo exceso de fecundidad no es amenazante, deben respetarse con religiosidad esos momentos. Que

mueran después, no importa. Si hay que matarlos, ¡matadlos! mas, primero, dejadles vivir.

Toda vida inocente tiene derecho a disfrutar momentánea dicha, cuando el individuo, por inferior que sea la escala en que la Naturaleza le haya colocado, rompe el estrecho límite de su Yo individual, quiere una perpetuación de sí mismo, y en medio de su obscuro deseo penetra en el infinito do debe perpetuarse.

Que el hombre coopere a su deseo; que auxilie a la Naturaleza, y recibirá las bendiciones de todos los seres, desde los que pueblan los abismos hasta los que se remontan al firmamento. Dios le mirará compasivo si se constituye con El en promotor de la vida, de la felicidad; si distribuye a todos la parte que, aun a los más pequeños, corresponde aquí abajo.

LIBRO CUARTO

RENACIMIENTO POR EL MAR

I

Origen de los baños de mar.

El mar, tan maltratado por el hombre en esa guerra inhumana, ha pagado el daño recibido con generosidad y benevolencia. Cuando la tierra, su bien amada, la ruda tierra le consumía, agotábale, él, ese mar temible, maldito, la acogía sin odio, alojábala en su seno, devolvíale la savia y la vida.

¿Acaso no es del mar que surgió la vida primitiva? El mar posee para ella todos los elementos en una maravillosa plenitud. ¿Por qué, cuando nos sentimos desfallecidos, no ir a rehacernos al desbordado manantial que nos invita a beber?

El es bueno y generoso para todos, empero más benéfico, al parecer, más simpático para las criaturas menos distantes de la vida natural, para la inocente niñez que sufre los pecados de sus padres, para las mujeres, víctimas sociales, cuyas principales faltas son debidas a su facultad de amar, y que, menos culpables que nosotros, llevan, no obstante, sobre sí la parte más grande del peso de la vida. Teniendo cierto parentesco con ellas el mar, complácese en realzarlas, dando fuerza a su debilidad, disipando sus penas del espíritu, rehaciéndolas y devolviéndolas su belleza, y, jóvenes, prestándoles su eterna frescura. Venus que salió de en medio de sus ondas, renace del mar todos los días -no la Venus enervada, la llorosa, la melancólica, -sino la Venas verdadera, victoriosa, con su poder triunfal de fecundidad, de deseo.

¿Cómo efectuarse la reconciliación entre esa gran fuerza, saludable pero áspera, salvaje, y nuestra gran debilidad? ¿Qué enlace podría haber entre dos partidos a tal punto desproporcionados? Cuestión in-

mena era ésta: fue preciso para resolverla un arte, una iniciación. Para comprenderlos debe conocerse el tiempo y la ocasión en que ese arte comenzó a revelarse.

Entre dos edades de fuerza, la fuerza del Renacimiento y la de la Revolución, hubo una época de postración, cuando graves signos acusaron una enervación moral y física. El mundo antiguo que desaparecía y el nuevo que tardaba en presentarse, dejaron entre ellos un intermedio de uno o dos siglos. Concebidas del vacío, nacieron generaciones débiles y enfermizas; al paso que las diezmaba el exceso de goces y el exceso de miseria. Francia, arruinada tres veces de uno a otro extremo en el espacio de un siglo, lanzó las últimas boqueadas en una orgía de enfermos: la Regencia. Inglaterra, que, sin embargo, se engrandecía en aquellos momentos a costa de nuestras ruinas, estaba al parecer tan enferma como su vecina: la idea puritana habíase ido debilitando y no acudía otra a reemplazarla. Aplastada en el reinado de Carlos II, atravesó después el fangoso pantano de Walpole. En medio de la pública postración, salieron a relucir los instintos de la baja plebe: el precioso libro titulado *Robinsón* deja entrever la aparición inminente del alcoholismo. Otro libro (terrible), en el cual la medicina se prevalía de todas las amenazas bíblicas, denunció el sombrío suicidio de depravación egoísta que rechazaba el matrimonio.

Ideas desordenadas, malos hábitos, vida de holgazanería y nociva para la salud, todo esto se traducía físicamente por la relajación de los tejidos, la postración mórbida de las carnes, las escrófulas, etc. Las mejores encarnaciones ocultaban los males más repugnantes. Ana de Austria, cuyas carnes eran citadas como un modelo de frescura, moría de una úlcera; la Princesa de Subiza, una rubia deslumbradora, se derritió, si vale decirlo así, cayendo sus carnes a jirones.

Un gran señor inglés, harto curioso, el Duque de Newcastle, pregunta cierto día al doctor Russell por qué se altera la raza y va degenerando; por qué aquellos lirios y rosas se cubren de escrófulas.

Muy raro es que una raza empezada a gastar se rehaga; no obstante, en la raza inglesa obróse este milagro. Recobró (durante setenta

u ochenta años) una fuerza extraordinaria y una actividad extrema; debiendo su renovación, primeramente a sus grandes negocios (nada hay tan sino como el movimiento), y al mismo tiempo, preciso es confesarlo, al cambio de sus hábitos. Los ingleses adoptaron alimentos distintos, distinta educación, distinta medicina; todos quisieron ser robustos para obrar, comerciar, ganar dinero.

No se requirió mucho ingenio para esto; las grandes ideas de dicha renovación poseíalas la Inglaterra, y sólo se necesitaba aplicarlas. El moravo Comenius, adelantándose un siglo a Rousseau, había dicho: «Acordaos de la Naturaleza como en otros tiempos y adoptad su sistema para la educación» Y dijo el sajón Offmann: «Acordaos de la Naturaleza, adoptando su sistema para la medicina»

Hoffmann había llegado a tiempo, en la época de la Regencia, después de la orgía de los placeres y de la orgía de los medicamentos con que se agravaba a la primera. Aquel sabio dijo: «Huíd de los médicos: sed sobrios y no bebáis más que agua» Fue una reforma moral. Así, pues, vimos a Priessnitz (1830), después de las bacanales de la Restauración, imponer a la alta aristocracia de Europa la más ruda penitencia, alimentarla con el pan de los campesinos, tener en pleno invierno a las más delicadas señoras bajo las cascadas de agua de nieve, en medio de los pinares mares del Norte, en un infierno de frío que, por reacción, truécase en uno de fuego. Tan violento es en el hombre el amor a la vida, tan fuerte el temor que le causa la muerte, su devoción por la Naturaleza, cuando espera de ella una moratoria.

Y después de todo, ¿por qué no sería el agua la salvación del hombre? Según Berzelius, no somos más que agua (las cuatro quintas partes de nuestro cuerpo), y el día de mañana convertirémonos en agua. En la mayor parte de las plantas encuéntrase en iguales proporciones que en el cuerpo humano. Y asimismo cubre el agua salada las cuatro quintas partes del globo. Es el agua para el elemento árido una constante hidroterapia que le cura de su sequedad; ella apaga su sed, le da el sustento, hincha sus frutos, sus mieses. ¡Extraña y prodigiosa hada! Con poco, lo produce todo; con poco, todo lo destruye: basalto,

granito y pórfido. Ella es la gran fuerza si bien la más elástica, que se presta a las transiciones de la universal metamorfosis. Ella envuelve, penetra, traslada, transforma la Naturaleza.

¡En qué desierto horroroso, en qué selva sombría no vamos a buscar las aguas que brotan del centro de la tierra! ¡Qué culto más supersticioso no profesamos hacia esos temibles manantiales que nos traen las escondidas virtudes y los espíritus del globo! He visto fanáticos que no tenían más Dios que Carlsbad, esa milagrosa reunión de las aguas más contradictorias. He visto devotos de Baréges, y yo mismo tuve el ánimo turbado ante los hirvientes fangos do hormiguea el agua sulfurosa de Acqui, obrando por sí misma con extrañas pulsaciones que sólo se notan entre los seres animados.

Las termas es cuestión de vida o muerte; su acción es decisiva. ¡Cuántos enfermos se hubiesen consumido lentamente y merced a ellas han pasado con rapidez a la otra vida! A menudo esas poderosas aguas devuelven la salud momentáneamente al paciente, haciendo un temible llamamiento a las pasiones causa del mal. Entonces éstas vuelven a presentarse violentas, a grandes borbotones, como los hirvientes manantiales que las despiertan. Humaredas, vapores sulfurosos, aire embriagador de la comarca, todo esto aseméjase al aura que hinchaba, turbaba a la Sibila y la forzaba a hablar. Es una erupción de nuestro cuerpo que hace salir afuera lo que más empeño se hubiera tenido en ocultar. Nada hay oculto en aquellas *Babeles* donde bajo el pretexto de la salud, se vive fuera de las leyes de este mundo, adoptando las libertades del otro. Semimuertos y semimuertas véseles en las mesas del juego, pálidos y macilentos, engolfarse en placeres desenfrenados, de los que con frecuencia no despiertan.

El soplo del mar es otra cosa, puesto que por si solo purifica.

Esa pureza procede también del aire, y especialmente del cambio rápido que se hace del uno al otro, de la mutua transformación de los dos océanos. Nada de reposo; en ningún sitio languidece la vida ni dormita. El mar la hace, deshácela y la rehace. A cada momento pasa, salvaje y vivaz, por el crisol de la muerte. El aire aun más violento,

azotado una y otra vez por el viento, arrastrado por los torbellinos, concentrado para estallar en trombas eléctricas, está continuamente en revolución.

Vivir en la tierra, es el reposo; en el mar, una lucha eterna, pero lucha vivificadora para el que puede soportarla.

Los hombres de la Edad Media tenían en gran aversión y aborrecimiento al mar, «reino del Príncipe de los vientos» Así nombraban al diablo. Al noble siglo XVII disgustábale vivir entro la ruda marinería. El castillo de aspecto monótono, con un tosco jardín, estaba casi siempre situado lejos, lo más lejos posible del mar, en algún sitio sin aire, privado de vista, rodeado de húmedas arboledas. Asimismo, el caserío inglés, perdido entre la sombra de copudos árboles y entre la pesada niebla, reflejaba con frecuencia su silueta en el fango de algún insalubre pantano. Lo que hoy llama la atención en Inglaterra, sus numerosas quintas marítimas, la afición a vivir a orillas del mar, los baños hasta en lo más crudo del invierno, todo esto es cosa moderna, premeditada y deseada.

Las poblaciones de las costas que sustenta el mar, eran más simpáticas para el inglés. Su instinto presagiábale en ellas una gran potencia de vida, teniendo en primer término, en su favor, su virtud purgativa. Aquellos habitantes no habían dejado de observar que esa purgación ayudaba a neutralizar los males de la época, las escrófulas y las llagas que son su consecuencia; al paso que su amargor parecíales un excelente antídoto contra las lombrices que atormentan a los niños. También comían sin ningún escrúpulo las algas y ciertos pólipos (*Haleyonia*), adivinando el yodo que contienen y su potencia constrictiva para sanar y consolidar los tejidos. Esas recetas populares llegaron a noticia y fueron recogidas por Russell, abriéndole el camino y ayudándole grandemente a contestar a la grave pregunta que le dirigía el Duque de Newcastle. De su respuesta, hizo un libro importante y curioso titulado: *Tabe glandulari, seu de usu aque marine, 1750.*

En él se encuentra la siguiente ingeniosa sentencia: «No se trata de curar, sino de rehacer y crear»

Russell se propone un milagro, pero un milagro hacedero: fabricar carnes, crear tejidos. De suerte que trabaja preferentemente sobre la criatura, que, aunque comprometida desde el vientre de su madre, todavía, puede ser rehecha.

Era el momento en que Bakewell acababa de inventar la carne. Las bestias que hasta entonces puede decirse sólo sirvieran para producir leche, iban a dar en lo sucesivo más generoso alimento. El insípido régimen lácteo, debía ser abandonado por aquellos que se lanzaban en acción cada día más.

Por su lado Russell, con gran oportunidad, inventó el mar por medio de su librito, quiero decir, le puso en boga.

El todo se resume en cuatro palabras; mas, esas palabras, son a la vez un sistema médico y de educación: 1º Débese beber el agua del mar, bañarse en él y comer cuanto produce que tenga concentrada su virtud: 2º Los niños no deben ir muy abrigados, y tenerlos siempre en contacto con el aire. -Aire, agua, y nada más.

El último consejo es bien atrevido. Mantener a la criatura casi desnuda, bajo un clima húmedo y variable, era resignarse anticipadamente al sacrificio de los débiles. Sobrevivieron los fuertes, y perpetuada la raza sólo por éstos, rehízose más y mejor. Añadid a esto, que los negocios, el movimiento, la navegación, arrancando al niño de las escuelas y emancipándolo temprano, lo libró de la educación sedentaria y de la vida de estropeado, que reservó la Inglaterra únicamente para los hijos de sus lores, para los nobles educados de Oxford y de Cambridge.

En su libro ingenioso, en que brilla el instinto popular, Russell estaba muy distante de adivinar que dentro de un siglo todas las ciencias se mancomunarían para darle la razón, y que, revelando cada una de ellas alguna nueva faz del asunto, descubriríase en el mar un tratado completo de la terapéutica.

Los más preciosos elementos de la animalidad terrestre se encuentran superabundantemente en el mar, enteros e invariables, salubres, vivos, en depósito para rehacer la vida.

Así que, la ciencia pudo decir a todos: «Acudid pueblos, acudid, agobiados trabajadores, acudid, jóvenes mujeres de fuerzas agotadas, criaturas castigadas con los vicios de vuestros padres; acércate, macilenta humanidad, y díme francamente, a presencia del mar, lo que necesitas para reanimarte. Ese principio reparador, sea cual fuere, el mar lo posee»

La base universal de vida, el mucus embrionario, la viviente gelatina animal de donde nació y renace el hombre, donde tomó y toma sin cesar la jugosa consistencia de su ser, ese tesoro, enciérralo el mar hasta tal punto que es su propia vida. Con él fabrica, satura sus vegetales, sus animales, prodigándose ampliamente. Su generosidad hace burla a la mezquindad de la tierra. Ya que dan con tanta abundancia, sabed si quiera recoger sus dones. Su riqueza alimenticia va a amantaros por torrentes.

«Más -dicen aquéllos; -precisamente carecemos nosotros de lo que constituye el sostén y como la armazón del hombre. Nuestra osamenta se dobla, se encorva, se comprime, gracias al harto débil alimento que sólo sirve para engañar el hambre. Se pone blanda, vacila» Perfectamente: el calizo que les falta abunda de tal suerte en el mar, que cubre todas sus conchas y madréporas constructoras, hasta formar continentes. Sus peces, la hacen viajar por bancos y por flotas inmensas, tan inmensas, que desparramado por las costas ese rico alimento, sirve de abono.

Y usted, joven enfermiza que, sin ánimo para quejarse, se encamina hacia el sepulcro (¿quién no lo ve?) derritiéndose, yéndose a pique por sus propios pasos; ahí tiene usted (en el mar) la triple potencia tónica, la saludable tonicidad que afirma todo tejido viviente. Tíenela diseminada en sus aguas yodadas a la superficie; se la encuentra en su varech, que, sin cesar, se impregna de ella; la hay animalizada, en su más fecunda tribu, los *gades* (abadejos, etc.). El abadejo y sus millones de huevas bastarían por sí solos para yodar toda la tierra.

¿Le hace a usted falta calor? El mar lo tiene, y el más perfecto de todos, ese calor insensible que despiden los cuerpos crasos, latente, pero tan poderoso, que si no era repartido, balanceado, equilibrado, derretiría todos los hielos, convirtiendo el polo en Ecuador.

La preciosa sangre roja, la sangre caliente, es el triunfo del mar. Por ella ha animado y armado incomparable fuerza a sus gigantes, tan por encima de toda creación terrestre. Y si fabricó ese elemento, bien puede, en obsequio suyo, fabricarlo nuevamente, hacer adquirir a usted un tinte rosado, reanimarla, pobre flor marchita, descolorida. Ella rebosa, sobreabunda de lo que tanta falta hace a usted. En los hijos del mar la sangre misma es otro mar, que, al primer impulso corre y humea, purpureando a gran distancia el Océano.

He aquí revelado el misterio. Todos los principios que en ti están unidos, esa gran persona impersonal los ha dividido. Ella posee tus huesos, tu sangre, tu savia y tu calor representado cada uno de esos elementos por tal o cual de sus hijos.

Y ella tiene lo que a ti te falta, la demasiada plenitud y el exceso de fuerza. Su aliento produce no sé qué alegría, actividad, espíritu creador, lo que podríamos llamar heroísmo físico. Y a pesar de su violencia, la gran generadora no derrama por esto en menor grado la agreste alegría, la jovialidad viva y fecunda, la llama de amor salvaje que palpita en su seno.

II

Elección de playa.

La tierra es su médico; cada clima un remedio. La medicina será más y más cada día una emigración.

Pero, emigración previsora. Obraráse para el porvenir; no se permanecerá inerte, cobijando males incurables, sino que se les prevendrá por medio de la educación, la higiene y en especial los viajes -no rápidos y disparatados, perjudiciales, como los que se hacen ahora, sino hábilmente calculados, para aprovecharse de los auxilios, de las poderosas vivificaciones que por todas partes tiene en conserva la Naturaleza.

La fuente de la juventud del porvenir encontraráse en estas dos cosas: *la ciencia de la emigración y el arte de aclimatarse*. Hasta el presente, el hombre es un cautivo como la ostra sobre su roca. Si emigra algunos pasos más allá de su zona templada, sólo encuentra la muerte. No será libre y hombre en toda la acepción de la palabra, hasta que ese arte especial lo constituya en verdadero habitante de su planeta.

Corto número de enfermedades se curan en circunstancias y lugares donde han nacido y adquirido su desarrollo, dependiendo de ciertos hábitos que aquellos sitios perpetúan y hacen invencibles. No hay reforma (física o moral) para aquel que se mantiene obstinadamente en su pecado original.

La medicina, iluminada por todas las ciencias auxiliares, logrará darnos métodos, direcciones para conducirnos con prudencia a esa nueva ruta. Importa sobre todo, ahorrar las transiciones. ¿Se puede acaso, sin prepararse, sin modificar algún tanto la costumbre, el régimen de vida, trasladarse de un clima central (París, Lyon, Dijon, Strasburgo) a un clima marítimo? ¿Es dado, sin haber respirado por mucho tiempo los aires de la costa, empezar a tornar baños de mar? ¿Puédese, sin poseer algún hábito de prudente hidroterapia, comen-

zando en el interior, ir a desafiar al aire libre, la constricción nerviosa, la horripilación de un agua fría que lleva uno encima a su regreso y a menudo en medio de un fuerte vendabal? Estas cuestiones previas, llamarán más y más cada día la atención de los iniciados en la ciencia de curar.

La extrema rapidez de los viajes por ferrocarril es cosa antimédical. Ir, como se hace, en veinte horas de París al Mediterráneo, atravesando un clima tan diverso cada sesenta minutos, es el colmo de la imprudencia para una persona nerviosa. Llega ésta ebria a Marsella; agitadísima, poseída del vértigo. -Cuando *madame* de Sevigné empleaba un mes en ir de la Bretaña a la Provenza, salvaba paso a paso y por grados, la violenta oposición de estos dos climas, pasando insensiblemente de la zona marítima del Oeste a la del Este, en el clima exclusivamente terrestre de la Borgoña. Luego, caminando con paso lento por las alturas del Ródano en el Delfinado, afrontaba con menos trabajo la región de los fuertes vientos, Valence y Aviñon. Finalmente, descansando en Aix (Provenza interior), lejos del Ródano y de las costas, acostumbraba su pecho y su respiración al clima provenzal: y entonces, sólo entonces, aproximábase al mar.

Francia tiene la admirable ventaja de verse bañada por los dos mares. De ahí la facilidad de alternar según las estaciones, los temperamentos, los grados de la enfermedad, entre la tonicidad salada del Mediterráneo y la tonicidad más húmeda, más suave (salvas las tempestades), que nos ofrece el Océano.

En cada uno de estos dos mares hay una escala graduada de estaciones, más o menos blandas, más o menos fortificantes. Es muy interesante observar esa doble gama, y a menudo el seguirla, yendo del tono más débil al más fuerte.

La del Océano, que parte de las aguas fuertes y fortificantes, venteadas, agitadas, de la Mancha, se dulcifica en extremo al Mediodía de la Bretaña, humanizándose todavía más en Gironde, y es muy apacible en la cerrada concha de Arcachón.

La del Mediterráneo, circular casi, tiene su nota más elevada en el seco y penetrante clima de la Provenza y de Génova; dulcificase hacia Pisa; se equilibra en Sicilia, mientras que en Argel obtiene un grado notable de fijeza. De retorno, gran suavidad en Valencia y Mallorca, y en los puertezuelos del Rosellón, tan bien abrigados por el Norte.

Dos caracteres hacen agradable el Mediterráneo sobre todas las cosas: su plan tan armónico y la vivacidad, la transparencia de la atmósfera y de la luz. Es aquél un mar azul muy amargo, saladísimo; perdiendo por la evaporación tres veces más de agua que la que le traen los ríos. Sólo sería sal y convertiríase en tan acre como el Mar Muerto, si corrientes inferiores, tales como la de Gibraltar, no lo templaran incesantemente por medio de las aguas del Océano.

Cuanto he visto de sus playas era magnífico, mas un tanto áspero. Nada vulgar. La traza de los fuegos subterráneos que se descubre por todos lados, sus sombrías rocas plutonianas, jamás fatigan, cual sucede con las interminables dunas de arena o los sedimentos acuosos de las costas bravas. Y si los famosos naranjales parecen un tanto monótonos, en cambio los abrigados recodos do domina la vegetación africana, áloes y cactus, los campos de setos exquisitos sembrados de mirto y de jazmín, por último, las odoríferas landas agrestemente perfumadas, causan vuestra admiración. Verdad es que las más de las veces se ciernen sobre vuestra cabeza calvas y estériles montañas: sus largos pies, sus vastas raíces que van continuando hasta el mar, refléjanse en el fondo de las aguas. «Parecíame que mi barquilla -dice un viajero, -nadaba entre dos atmósferas, como si estuviese impelida por el aire arriba y abajo» Y prosigue describiendo el mundo variado de plantas y de animales que contemplaba bajo ese cristal en las costas de Sicilia. Menos afortunado yo que él, paseándome por el mar de Génova sobre un agua tan transparente como la descrita, sólo veía el desierto. Las enjutas rocas volcánicas de la playa, de mármol negro o color blanco todavía más lúgubre, me representaban en el fondo del brillante espejo monumentos naturales, especie de sarcófagos anti-

guos, iglesias en ruinas. A veces figurábame distinguir ciertas reproducciones de las catedrales de Florencia o de Pisa; otras, creía ver silenciosas esfinges o monstruos innominados, ¿acaso ballenas? ¿elefantes? lo ignoro: quimeras de mi fantasía, sí, y sueños extraños. Nada de realidades.

Ese mar, tal como es, con sus climas poderosos, templa admirablemente al hombre, dándole la fuerza seca, la más resistente, y formando las razas más sólidas. Nuestros héroes del Norte son tal vez más fuertes, empero indudablemente no tan robustos ni aclimatables como el marino provenzal, el catalán, el de Génova, el de Calabria, el de Grecia. Estos, curtidos y bronceados, pasan al estado de metal: rico color que de ningún modo es un accidente de la epidermis, sino una inhibición profunda de sol y de vida. Un discreto médico, amigo mío, mandaba a sus clientes descoloridos de París, de Lyon, a aquellas costas a tomar baños de sol, y él mismo lo desafiaba hora tras hora sobre una roca, no resguardando más que la cabeza; lo restante de su cuerpo adquiriría un bello matiz africano.

Los enfermos de veras dirigiánse a Sicilia, Argel, Madera y las Canarias; empero la regeneración de los débiles, de los fatigados, de los descoloridos habitantes urbanos, se efectuará tal vez mejor en los climas más desiguales. Debe esperarse en primer término de los países que han dado al Universo los más altos ejemplos de energía -el acero del género humano, la Grecia, -y la raza de sílex, fina, ejercitada, indestructible, de los Colón y los Doria, los Massena y los Garibaldi.

Nuestros puertos del extremo Norte, Dunkerque, Boulogne, Dieppe, azotados por los vientos y corrientes de la Mancha, son también una fábrica de hombres que los hace y rehace. Aquel gran soplo y aquel gran mar, en su eterno combate, basta para resucitar a los muertos: y en efecto, allí se operan renacimientos inesperados. El que no tiene lesión grave se recobra en un instante. Toda la máquina humana funciona con fuerza de buen o mal grado; digiere, respira. La Naturaleza es exigente y sabe el medio de hacerla andar. Los robustos vegetales que forman una sábana de verdura bajo el influjo de los más

fuertes ventarrones marinos, nos hacen asomar la vergüenza al rostro cuando los comparamos con nuestra languidez. Cada puertezuelo normando es un agujero de la costa brava por el que se introduce el infatigable Noroeste (el *Norouais* en buen normando), silbando y haciéndonos revivir. Por supuesto, que no sopla con tanta violencia a la embocadura del Sena, a la sombra de los bosques de manzanos de Honfleur y de Trouville. Al partir el manso río, se desliza suavemente a la izquierda, trayendo el influjo de su carácter agradable y pacífico.

Hase descrito en otro sitio de esta obra el mar vehemente, con terrible frecuencia, de Granville, Saint-Malo, Cancale. Aquella es la mejor escuela para la gente joven. Allí está el reto del mar al hombre, la lucha en que los fuertes conviértense en fortísimos. La gran gimnasia naval ha de verificarse en esos parajes entre normandos y bretones.

Si, por el contrario, se tratara de una existencia gastada, frágil, de un niño débil y enfermizo, o de una mujer agotada en las luchas del amor, buscaríamos un sitio más suave para abrigar ese tesoro. Una playa enteramente tranquila con el agua no tan fría, sin engolfarnos mucho al Mediodía, son cualidades de las islitas y penínsulas del Morbihan: todos aquellos islotes forman un laberinto más intrincado que aquel en que un rey ocultó a su Rosmunda. Confíe, pues, usted la suya a ese mar discreto. Nadie lo sabrá, exceptuando las vetustas piedras drúidicas que, con algunos pescadores, constituyen los únicos habitantes de sitio tan agreste y bonancible. -«Pero -pregunta nuestra dama, -¿de qué se vive allí? -Sobre todo, de pesca, señora -¿Y de qué más? - De pesca» No dista mucho Saint-Gildas, la abadía adonde, según dicen los bretones, fue Eloísa para reunirse con su Abelardo. Poco les bastó para vivir a los célebres amantes: adoptaron el sobrio y solitario régimen de Robinsón, comida de viernes. En dirección del Mediodía se encuentran algunos lugares más civilizados, agradables y deliciosos, tales como Pornic, Royan y Saint-Georges, Arcachón, etc.

Ya he mentado en otra ocasión Saint-Georges, la dulce playa de los olores amargos. Arcachón es asimismo muy apacible en medio de sus *pinadas* resinosas cuyos perfumes vivifican. Sin la mundana inva-

sión de la populosa y rica Burdeos, sin la muchedumbre que afluye y se atropella en ciertas épocas, mucho nos agradecería ocultar allí nuestros adorados enfermos, los tiernos y delicados objetos para quienes tememos el bullicio mundanal. Mientras estuvo ese sitio encerrado en su concha interior, ofrecía el contraste de un mar tranquilo y profundo, absoluto, a dos pasos de un mar terrible. Más allá del faro, el furioso golfo de Gascuña; dentro, el agua soñolienta y la languidez de una ola muda, que no causa más estrépito que el que producir puede un pieccecito sobre la elástica almohada ocultó a su Rosmunda. Confío, pues, del alga marina con que se afirma una capa de arena muy reblandecida.

En un clima intermedio que no es ni Norte, ni Mediodía, ni Bretaña, ni Vendée, he visto y vuelto a ver con alegría el precioso y grave abrigo de Pornic, sus excelentes marinos, sus agraciadas muchachas, encantadoras bajo sus gorras puntiagudas. Es un lugarcillo de reposo, que teniendo enfrente la dilatada isla (península más bien) de Noirmutiers, llégale el mar oblicuamente, de una manera indirecta y con mesura, y apenas ha entrado, se humaniza, hilando por medio de su rizada onda lino, al parecer, o muer. En aquella concha de algunas leguas de extensión, ha fabricado el mar otras pequeñas, ancones angostos de suave pendiente para las mujeres, o bañeras para los niños. Esas lindas playas enarenadas, separadas entre sí, ocultas a las miradas indiscretas por rocas respetables, tienen sus pequeños misterios para divertir a los que en ellas se bañan. Vese alguna vida marina, pero mucho más pobre que en otro tiempo: el abrigo es inútil, Y también perjudicial. El mundo de las aguas no recibe en esa concha hartamente tranquila, rica alimentación; por lo tanto, la abandona. Dicho mar se enajena de día en día el gran oleaje del Océano, haciéndose sordo a sus gritos, que sólo se oyen muy debilitados. Semi-silencio que tiene gran encanto. En ningún otro punto he hallado con más dulzura la libertad de soñar despierto, ni el encanto de los mares moribundos.

III

La habitación.

Permítase a un ignorante que, sin embargo, ha adquirido cierta experiencia a costa suya, dar algunos consejos sobre los puntos que no citan los libros, y que hasta el presente han preocupado muy poco a los hombres de la facultad médica. Para que esos consejos no sean tan difusos, los doy a una persona enferma que me pide informes. ¿Es un ser ficticio? No. La persona a quien me dirijo, hola realmente encontrado, y más de una vez, en el transcurso de mi vida.

He aquí a una señora joven, debilitada, enferma o muy cercana a estarlo, y un niño más débil todavía que la madre. El invierno se ha pasado así, así; la primavera con más dificultad. Sin embargo, no hay lesión grave. Debilidad, anemia; esto es todo: sólo dificultad para vivir. Se les prescribe pasar el verano a orillas del mar.

Gasto exorbitante para una persona de medianos recursos y poco acomodada. Penoso viaje para un ama de casa. Ruda separación, sobre todo, tratándose de dos esposos que se quieren. Entrase en negociaciones: se desearía dulcificar la sentencia. ¿No será bastante un mes? Empero el muy entendido doctor insiste. Cree que una estancia demasiado corta hace más daño que bien. La impresión brusca, violenta, de los baños, sin preparativo de ninguna clase, es más bien propia para trastornar la salud, aun la más robusta. Las personas razonables, al llegar al puerto de mar, lo primero que deben hacer es aclimatarse, respirar: el mes de junio es excelente para el caso -julio y agosto para tomar los baños; -septiembre, y a veces octubre, procuran el descanso de los fuertes calores, dulcifican la excitación producida por la acritud salina, consolidan los resultados, y aun con sus frescos ventarrones acostumbran a los fríos invernales.

Pocos hombres hay libres durante todo el verano: y mucho será si el marido puede pasar junto a su cara mitad uno o dos meses -agosto y septiembre, por ejemplo. -Por poco dispuesto que se encuentre a sa-

crificarla los intereses secundarios, en bien de su misma esposa debe quedarse en casa. Hay en la restringida existencia del hombre laborioso cadena,; que no puede romper sin gran detrimento de la familia. Así, pues, la señora ha de partir sola. Ya los tenemos divorciados.

¿Partir sola? Nunca lo ha estado. Más tranquila iría si marchaba en compañía de una familia de amigos ricos, que parte sin faltar uno, marido, mujer, niños, criados. -Si me atreviera a dar mi opinión, diría: «Que parta sola»La partida en compañía, divertida y agradable al principio, suele tener consecuencias bien distintas. Hay incómodos, pependencias, y los que partieron amigos vuelven enemigos, o (y esto es peor aún) demasiado amigos. La ociosidad de los baños produce con harta frecuencia resultados imprevistos que hay que lamentar toda la vida. El más pequeño de los inconvenientes que puede resultar (y yo no lo encuentro pequeño), es que gentes que, separadas, habrían sentido mejor el influjo del mar, trayendo muy buena impresión de su viaje, si han de vivir juntas proseguirán el sistema de vida de las grandes ciudades (frivolidad, vulgaridad, falsa alegría, etc.) Cuando uno está solo, se ocupa en algo, medita; en tertulia, se charla, se murmura. Esos amigos ricos y gentes de mundo arrastrarán la joven señora a sus diversiones; de suerte que se sentirá agitada y llevará una vida más intranquila y antimédica que en París. Su misión es enteramente distinta. Reflexione usted lo que la digo, señora; tenga ánimo y sea prudente. Rodeada de soledad, sin más distracciones que las que le procure su hijo, vida inocente, infantil si usted quiere, pero pura, noble, poética, sólo haciendo este género de vida recobrará las fuerzas y la salud perdidas. La justicia delicada y tierna que la hace a usted temer los placeres, mientras otra persona que ha quedado en casa trabaja para la familia, le será tenida en cuenta, no lo dude. El mar la estimará más si no quiere otro amigo que él mientras esté a su lado y en dicho sitio (le reposo la prodigará su tesoro de vida, de juventud. El niño crecerá como un precioso árbol y usted florecerá en la gracia, volviendo a su hogar joven, adorada.

Resígnase y parte. La estación es indicada y hasta conocida. Se aprecia por el análisis químico el valor real de las aguas. Empero hay un sinnúmero de circunstancias locales, que no pueden adivinarse a gran distancia, y raras veces las conoce el médico. El hombre de las grandes ciudades, tan ocupado siempre, no tiene ocasión ni tiempo para estudiar aquellas localidades.

De las más importantes han sido publicadas guías que no carecen de mérito. Por ellas se sabe el gran número de enfermedades que pueden curarse en la estación recomendada. Mas, pocas, poquísimas, dicen nada sobre lo más esencial que allí se va a buscar, la originalidad del sitio; no atreviéndose a declarar abiertamente lo malo y lo bueno, el lugar que dicho sitio ocupa en la escala de las estaciones. El libro es un elogio general, tan general, que muy poco instruye.

¿Cuál es la situación exacta? Si examinamos el plano, veremos que la costa hace una ligera inflexión al Mediodía. Pero esto no enseña nada. Podrá suceder que tal o cual curva del terreno coloque la habitación que usted ocupe bajo una influencia demasiado fría; que, por ejemplo, un torrente desembocando en la costa, un valle oculto, pérfido, la traiga el viento del Norte, o que, merced a un repliegue del terreno, el viento del Oeste se engolfe y la ahogue con su soplo.

¿Hay pantanos en las cercanías? La respuesta es fácil: diciendo sí, casi siempre se acertará. Mas la diferencia es grande si éstos son salados, renovados, saneados por el mar, o pantanos adormecidos de agua dulce que, después de las sequías, producen emanaciones febriles.

¿Es puro el mar o mezclado? ¿ Y en qué proporción? Gran misterio que uno no se atreve a esclarecer. Pero para las personas nerviosas, para los novatos que empiezan la serie de baños de mar, los más suaves son los mejores. Un mar un poco mezclado, el aire no muy salado ni acre, una playa risueña que ofrezca las perspectivas del campo, son las mejores circunstancias.

Un punto grave y capital es la elección de vivienda. ¿Quién va a dirigir a usted? Nadie. Preciso es ver, observar por sí mismo. Muy

poca luz se saca de los que han visitado la comarca, aunque hayan vivido en ella, pues la elogian o critican, no según su verdadero mérito, sino conforme a lo que se divertieron o a las amistades contraídas. La recomendarán a algún amigo que la recibirá con los brazos abiertos, y al cabo de algunos días palpa usted los inconvenientes. Ve que vive en la casa menos cómoda, y a veces malsana y peligrosa. No importa, está usted ligada; ofendería a la persona que la recomendó y a la amable, excelente y hospitalaria familia que la ha recibido bajo su techo.

« Bueno; no me ligaré. Mas al llegar, si encuentro un médico honrado, querido, suplicaréle me guíe»-¡Honrado! No basta esto; debería ser también intrépido, heroico, para poder hablar con franqueza sobre punto tan capital. Se pondría mal con todos los habitantes del lugar; sería hombre al agua. Todo el mundo le rechazaría, viéndose precisado a vivir como una fiera, y podría darse por muy contento si alguna noche no encontraba quien le jugara una mala pasada.

Detesto las construcciones ligeras hasta lo absurdo que levanta la especulación para climas tan variables. Como uno llega en la época de los grandes calores, acéptase sin titubear tal vivac: pero con frecuencia se prolonga la estancia durante septiembre y aun todo el octubre, expuestos a la furia de los vientos y las lluvias.

Los propietarios del país que gozan de buena salud, constrúyense para ellos buenas y sólidas casas, perfectamente resguardadas. Y para nosotros, pobres enfermos, edifican albergues de tablas, absurdos *chalets* (no rellenos de musgo cual los de Suiza, sino abiertos y con las juntas despegadas). Esto sí que se llama burlarse del prójimo.

En esas quintas, de apariencia lujosa, si bien miserables en el fondo, nada ha sido previsto. Salones, piezas de aparato con vistas al mar, pero nada de interior agradable; nada de esas dulces comodidades de que tanto necesita la mujer. La pobre no sabe do guareserse, viviendo allí corno en una semitempestad continua, sufriendo a cada momento bruscas transiciones de temperatura.

Por otro lado, la sólida casa del pescador, y aun del hombre de la clase media, suele ser baja y húmeda, incómoda, inconveniente para ciertas disposiciones. Muchas veces no sólo carece de doble y grueso techo, sino que tiene un sencillo envigado por donde penetra y sube a las habitaciones superiores el aire frío de los bajos. De ahí los constipados y reumatismos, las gastritis y cien otras enfermedades.

Cualquiera de aquellas dos habitaciones que escoja usted, señora, ¿sabe lo que deseo contenga ante, todas cosas? Ríase cuanto quiera, no importa. Lo que deseo contenga es, a pesar de hallarnos en el mes de junio, una buena chimenea a prueba de viento. En nuestra hermosa Francia con su frío Noroeste, y lluvioso Suroeste, que en el año que corre ha reinado nueve meses, es preciso poder encender fuego en todo tiempo. En medio de una velada húmeda, cuando su hijo de usted se presenta tiritando y no puede entrar en calor antes de acostarse, debe encenderse un buen fuego.

Dos cosas hay que han de estar previstas anticipadamente en toda habitación: el fuego y el agua —agua potable, cosa bastante rara junto al mar. -Caso de que no pueda beberse, trate usted de suplirla con cerveza ú otra bebida de las usadas en el país.

¡Cuánto daría por poder levantar con la palabra la quinta del porvenir tal como se presenta en mi ánimo! No me refiero a la casa fastuosa, al palacio que quisieran los ricos erigir orillas del mar: hablo de la modesta casa de las fortunas medianas. Es un arte que está por crear todavía, y todos parecen ignorarlo. Los ensayos hechos hasta ahora son copia de tipos en contradicción con nuestros climas y la vida de las costas. Esos quioscos, accidentados de ligeros adornos, son a propósito para lugares abrigados, pero en los nuestros dan miedo: parece que el viento va a llevárselos. Los chalets que, en Suiza, ostentan grandes cobertizos para resguardarse de las nieves y encerrar el heno, tienen el grave inconveniente de quitar mucha luz. El sol (en nuestros mares del Norte) no debe ser desterrado, sino acogido con gran cuidado. Y en cuanto a las imitaciones de capillas, de iglesias

góticas tan incómodas para vivienda, dejemos a un lado esas monadas ridículas.

Orillas del mar, el primer problema es una gran solidez, firmeza, espesor de las paredes a prueba de los temblores y conmociones que se sienten cuando uno está metido en una frágil vivienda, fundamentos, en fin, que inspiren confianza; de suerte que en medio de la más horrorosa tempestad tenga la mujer tímida la seguridad de que no hay peligro para ella ni para cuanto la rodea, y pueda dibujarse en su rostro la sonrisa y esa felicidad del contraste que hace exclamar: «¡Qué bien se está aquí!»

El segundo punto es que la pared de la casa que mira a la tierra esté tan bien abrigada, que haga olvidar el mar, y que al lado de aquel continuo torbellino puedan los moradores encontrar el descanso.

Para responder a esas dos necesidades, preferiría la forma que da menos asidero al viento, la semicircular o de media luna, cuya parte convexa procuraría por el lado del mar un panorama variado, viniendo el sol a dar la vuelta de una a otra ventana y recibéndolo a todas horas.

La concavidad de ese semicírculo, el interior, estaría protegido por los picos de la media luna, para que abrazara el lindo parterre del ama de casa. A partir de ese parterre, la inclinación progresiva del suelo permitiría formar un jardín de alguna extensión, resguardado de los vientos marinos. Con frecuencia basta un repliegue del terreno para neutralizar su influencia.

«Flora aborrece el mar» dícnos. Lo que aborrece es la negligencia del hombre. Desde aquí estoy viendo Etretat, y ante un mar muy enfurecido, en lo más elevado de la costa brava, expuesta a la furia de los vientos, una granja con un vergel y árboles admirables. ¿Qué precauciones han tomado sus dueños? Un sencillo terraplén de cinco pies de alto, dejando crecer encima todo género de vegetación fortuita, un zarzal. Detrás de ese terraplén ha brotado una hilera de olmos bastante robustos que dieron abrigo a los demás. Asimismo hubiese podido tomar ejemplo de otras localidades de Bretaña. ¿Quién

ignora la gran cantidad de frutas y de legumbres que produce Roscoff, las cuales llegan a venderse a vil precio hasta en la misma Normandía?

Volviendo a nuestro edificio, lo quiero no muy alto. Bajos y un piso para los dormitorios. Nada de granero arriba, sino alguna pieza baja o desván que aisle el primer piso del techo.

Luego, la casa pequeña. En cambio, que sea sólida, con dos hileras de cuartos, una habitación mirando al mar y otra a la tierra.

Los bajos, de cara a la tierra, deberían estar abrigados un tanto por el primer piso que sobresaldría sólo unos cuatro o cinco pies: esto constituiría en esa media luna interior una especie de galería para abrigarse durante el mal tiempo. Los cuartos bajos servirán de comedor, otra piececita, si se quiere, para la biblioteca (viajes, historia natural) y otra para barios. No se habla aquí de una verdadera biblioteca ni una lujosa sala de baños. Lo más esencial, muy sencillo, cómodo, y es todo.

Me gustaría, en los momentos en que la playa es inabordable para los pechos delicados, me gustaría, digo, ver al ama de casa, sentada y bien abrigada, leyendo, trabajando en el parterre. Debería estar rodeada de alguna cosa que recordare la vida, flores, pajarera, una conchita llena de agua de mar donde podría llevar todos los días sus descubrimientos, las pequeñas curiosidades que la proporcionarían los pescadores.

Por lo tocante a la pajarera, preferiría fuese la pajarera libre que he aconsejado en uno de mis libros, aquélla en que los pájaros vienen a buscar un albergue para pasar la noche y un poco de alimento. Se cierra al anochecer para preservarlos de los mochuelos, y se abre de mañanita. Los pájaros no faltan a hora fija. Y aun creo que si aquélla fuese grande y se colocara en medio el árbol que les es común, fácilmente harían en él sus crías, bajo su protección, señora, confiándola a usted sus pequeñuelos.

Existencia seria, encantadora. ¡Qué soledad tan agradable en este intermedio de la vida, mientras dura esa rápida viudez! La situación

es enteramente nueva: nada de tráfigo casero, nada de negocios. Con el hijo al lado, la soledad de la madre es más grande que si estuviese separada de él. Si no tuviese consigo aquel compañerito, ofreceríasele otra compañía, los ensueños, engolfándola en la vida de las vanas visiones. Empero ese inocente guardián, el niño, lo impide: él la entretiene, la hace charlar. Recuerda el hogar doméstico. Junto a su hijo no se borra de su memoria el sentimiento de que es preciso trabajar, y recuerda que en otro punto hay alguien que trabaja para ellos y cuenta también las horas que transcurren.

Floreced, pura, agradable flor. Hoy más rejuvenecida que nunca, se encontrará usted como cuando era niña libre, y con bien dulce libertad, bajo la salvaguardia de su hijo.

IV

Primera aspiración del mar.

Es dar un paso muy grande y brusco el que abandona á París en tan bello momento dirigiéndose a la desierta playa; París, resplandeciente entonces con sus magníficos jardines y sus floridos castaños. Junio se deslizara de un modo encantador en la costa si se encontraban dos personas solas, antes de invadirla la muchedumbre. Mas, cuando uno llega solo, la conversación con el mar y la noble sociedad de aquel gran solitario no dejan de producir cierta tristeza.

En las primeras visitas que hacemos a la playa, la impresión que nos causa es poco favorable: la hallamos monótona, agreste, árida. La inusitada grandeza del espectáculo nos hace sentir, por contraste, nuestra debilidad y pequeñez: el corazón se oprime. El pecho delicado que respiraba dentro de una mala habitación y se encuentra repentinamente en el anchuroso cuarto del Universo, expuesto al sol y el viento, siéntese oprimido. El niño juega, va, viene, corre. La enferma se sienta, o inmóvil, comienza á temblar a impulsos de aquel aire frío, y acude a su memoria la templada atmósfera del abandonado nido. Sin embargo, el hijo se divierte y esto la consuela un tanto.

Todo cambiará, señora. Fortalézcase usted. La impresión será bien distinta cuando, conociendo mejor el mar, lo vea tan poblado. La penosa constricción que usted siente en el pecho desaparecerá por el hábito: debe acostumbrarse a ese aire fresco, pero salado y acre, que lo menos que hace es refrescar. Hay que habituarse a él con lentitud, no querer aspirarlo expresamente. Poco a poco, sin apercibirse de ello, en los abrigados repliegues del terreno, jugando con su hijo, respirará usted libremente y sus pulmones se ensancharán. Empero, al principio, no permanezcan mucho tiempo en la playa, antes bien dirija sus pasos al interior de la comarca.

La tierra, su amiga habitual, la llama a usted. Los pinares rivalizan con el mar en emanaciones saludables: las que le son propias,

resinosas, son tónicas como las que despiden el mar, y carecen de acritud. Ellas penetran nuestro ser, se introducen por todos los poros, modifican la sangre, la salubrifican perfumándonos con un aroma sutil. En las landas, detrás de los pinos, los simples y las hierbas un poco fuertes que huelen usted, la prodigan su fragancia, no sosa y embriagadora como la que despiden la peligrosa rosa, sino agradablemente amarga. Siéntese usted en medio e imítelos, abrigándose en ese suave repliegue que forma el terreno. ¿No se diría que nos encontramos a cien leguas del mar? aspire usted esos puros espíritus, alma de estas flores silvestres, sus hermanas en pureza. Cójalas usted, si le place, señora: no desean otra cosa las pobres. Son un poco agrestes, no hay duda; mas, ¡tienen tal suavidad! En su virginal perfume se encierra el raro misterio de calmar y consolidar. No tema colocarlas sobre su regazo, al lado del corazón.

Debemos hacer notar que esas abrigadas landas son ardientísimas a ciertas horas del día, puesto que absorben, concentran los rayos solares. La mujer débil se agostarí; y la joven, rica de vida, se inflamaría, herviría, sentiría fiebres temibles. Su cabeza se perdería por los sorprendentes y peligrosos efectos de espejismo que llegaría a ver. Para pasearse por aquellos sitios han de elegirse los días nublados, húmedos y apacibles, o bien levantarse temprano, a la hora del fresco matutino; cuando el tomillo conserva aún un poco de rocío, cuando el ágil conejo corre errante por los campos dando saltos y tumbos.

Pero ya es hora de que volvamos a nuestro Océano. Durante la resaca, pone de manifiesto y ofrece en cierto modo la rica vida que sustenta. Seguirle hemos paso a paso, avanzando sobre la húmeda arena, que todavía no se hunde mucho bajo nuestras plantas, Nada tema usted. A lo sumo, la mansa ola vendrá a bañar sus pies. Si observa bien, verá que esa arena no carece de vida, puesto que aquí y allá agítanse buen número de rezagados sorprendidos por el reflujó. Algunas playas esconden ciertos pecillos, y en la embocadura de los ríos se agita la anguila debajo produciendo pequeños terremotos. El cangrejo, muy encarnizado en sus festines así como en la lucha, ha queri-

do, si bien un poco tarde, alcanzar el mar. Al correr, deja en la superficie un extraño mosaico, las torcidas líneas de su marcha oblicua, y donde terminan las líneas veislo encogido que aguarda la pleamar. El solen (mango de cuchillo) se ha zambullido, empero su retirada vese traicionada por el embudo que se reserva para respirar. La Venus es lo por un fuco pegado a su concha que sale a la superficie y revela su albergue. Las ondulaciones del terreno os indican las galerías de los anélidos guerreros; su arsenal es una maravilla, y el iris (visto al microscopio) es admirable por sus cambiantes colores.

El espectáculo más sublime se efectúa durante la gran marea. El Océano retrocede tanto más en el reflujó cuanta mayor fue su elevación durante el flujo, dejando entonces a descubierto espacios inmensos, desconocidos. El misterioso fondo del mar, producto de tantos ensueños, se aparece; y allí, sorprendentes, llenas de movimiento, de vida, en el secreto de sus hogares, vense sorprendidas tribus que se creían muy abrigadas y que nunca, casi nunca vieran el sol ni mucho menos habían estado expuestas a la indiscreta mirada del hombre.

Tranquilízate, pueblo tímido. Te están contemplando los ojos curiosos, pero compasivos, de una mujer: no es la mano del pescador, no. ¿Qué quiere aquélla? Sólo veros, saludaros y que os contemple su hijo, dejándoos disfrutar de vuestro elemento natural, y deseándoos salud y prosperidades.

A veces no hay necesidad de errar a mucha distancia: todo lo encontramos en un mismo sitio. Diviértese el Océano fabricando en el hueco de una roca océanos en miniatura que no por ser pequeños dejan de estar completos; esto es, un mundo de algunos pies en cuadro. Uno se sienta y contempla, Cuanto más miramos más existencias descubrimos, primero imperceptibles y luego se destacan. No nos moveríamos de aquel sitio, si el amo, el imperioso soberano de la playa no nos expulsara por medio del flujo.

Al día siguiente, uno se encamina al mismo punto. Es aquello la escuela, el museo, el insaciable divertimento para el hijo y la madre. Allí el ojo avizor de la mujer a la par que su tierno corazón, adivinan

cuanto pasa sin escapárseles el menor detalle. La maternidad indícale cómo se va creando la vida, formándose. ¿Queréis saber ahora por qué su instinto le revela tan rápidamente la Creación, por qué penetra con paso llano (como entraría Pedro por su casa) en el misterio de la Naturaleza? Porque la mujer es la misma Naturaleza.

En el fondo del agua untuosa vense pequeñas algas, pequeñas sí, pero sustanciosas y nutritivas, y otras plantas liliputienses de finos y apreciados dibujos: pradera paciente para alimentar sus ganados, los moluscos, que ramonean por encima. Lepadas y bocinas, rombos, almejas violadas, telinas rosadas o color lila, gente tranquila toda, esperarán. Mejor resguardados los balanos merced a su ciudad fortificada, cierran sus cuádruples ventanales. Mañana les veréis todavía en aquel sitio. ¿Acaso en medio de su inercia no sueñan con el movimiento? ¿No tienen una idea confusa y el amor de lo desconocido? ¿Ignoran que algún ser benéfico se aparecerá en ciertos momentos a refrescarles y alimentarlos? ... ¡Oh, no! piensan en todo esto, y aguardan. Viudas dichas conchas del gran esposo, el Océano, saben que volverá en dirección a la tierra para acariciarlas. Y anticipadamente miran hacia él, y las que tienen casas fijas cuidan muy bien de que la puerta esté en aquella dirección y pronta a abrirse. Si se muestra un tanto violento su regenerador, mejor que mejor, así las mece más cariñosamente.

«Ve, hijo mío, cómo al acercarnos, esos inmóviles se han quedado solos; otros más activos huyeron al oír nuestros pasos, pero ya se tranquilizan. El bullicioso langostino irisa el agua con sus palpos delgados, encargándose de producir las olas y la tempestad a medida de un tal Océano. La araña del mar, lenta e insegura, líbrase por su tímida audacia; sube hacia la luz, a la tibia superficie. Un personaje prudente, agazapado en el fondo del fuco, bajo las violadas coralinas -el cangrejo, -avanza curioso, y después de lanzar una mirada furtiva, se zambulle en su selva.

»Pero ¿qué veo?, ¿qué es esto?: una concha enorme, inmóvil hasta este momento, recobra la vida, prueba á andar... ¡Oh! esto no es natural. ¡Vaya un fraude más grosero! El intruso se vende, gracias a

los singulares tumbos que da... ¿Quién queréis que deje de conoceros, preciosa máscara, sir Bernardo el Ermitaño, taimado cangrejo que tratabais de haceros pasar por un inocente molusco? Los peces que cargáis sobre vuestra conciencia os perturban y agitan demasiado»

Orillas de nuestro Océano, extrañas a esos movimientos, las flores animadas despliegan sus corolas. Junto a la pesada anémona se ostentan y reflejan a los rayos del sol deliciosas hechiceras (los anélidos). De un tortuoso tubo surge un disco, una umbrela blanca o color lila y a veces color carne. Un tanto ladeada ha desprendido de sí misma cierto objeto que no tiene igual en el mundo vegetal: no hay ninguna que se asemeje a su hermana, siendo inimitables por la delicadeza de su aterciopelado matiz.

He aquí una sin parasol, que deja flotar al viento una nube de tenues hilitos, coposos, teñidos apenas de un gris plateado. Cinco hilitos se desprenden más largos que los otros y de color de cereza; ondulan, anúdanse y se desanudan, y enlazándose a los cabellos de plata, producen en el agua encantador efecto. Esto nada dice a nuestros sentidos groseros; pero habla muy alto para aquella que vive una existencia nerviosa, para el sutil ingenio de la mujer enferma a quien cualquier cosa electriza. A sus rojos y lánguidos colores, paulatinamente se reconoce, siente el soplo vital que se enciende, brilla y vuelve a apagarse. ¡Visión tiernísima! Y otra vez fija su mirada en aquel delicioso océano en miniatura, y entonces penetra mejor la Naturaleza, madre fecunda, pero tan severa, que parece encontrar un áspero gozo en devorarse a sí misma.

Nuestra heroína permaneció sumida en éxtasis, oprimido el corazón por aquella idea. La mujer no sería mujer, es decir, el encanto del Universo, si no poseía ese don precioso: *La ternura que no la deja hasta el sepulcro, la piedad y sus lágrimas, más valiosas que las más ricas perlas de los mares.*

La que nos ha dado tema para este capítulo y algunos otros, no lloraba; pero ¡estaba tan próxima a hacerlo! El niño lo vio, y estando

dotado, como todos los niños, de una penetración muy rápida, no despegó los labios, de suerte que el regreso al hogar fue silencioso.

Era el primer día en que aquella mujer, para dar gusto a su hijo, comenzó a deletrear con el alma el idioma de la Naturaleza; y de improviso habíale dirigido aquel idioma palabras tan misteriosamente conmovedoras que penetraron al fondo de su corazón.

Declinaba la tarde: el ave marina rezagada aguzaba sus remos, ansiosa de llegar a tierra y a su nido. Subiendo por la costa tajada y por el ya oscuro jardín, dejóse oír un primer chillido siniestro, estridente, de ave nocturna. Pero la pajarera de refugio estaba perfectamente cerrada, durmiendo los pajaritos la cabeza bajo el ala. No obstante, quiso asegurarse por sí misma la señora y vio que no había peligro. Entonces, escapóse un suspiro de lo hondo de su pecho y abrazó fuertemente a su hijo.

V

Baños. -La belleza renace.

Si, como afirman algunos médicos franceses, los baños de mar sólo tienen una acción mecánica, y no dan a la sangre ningún principio nuevo, *siendo simplemente una rama de la hidroterapia*, preciso es confesar que de todas las formas de la hidroterapia, ésta es la más ruda, la más aventurada. Desde el momento en que esa agua, tan rica de vida, no hace más efecto que el agua clara, es una locura practicar tales experimentos al aire libre, expuestos a los azares del viento, del sol y de otros mil accidentes.

Cualquiera, al ver salir del agua a la pobre criatura que torna los primeros bailes, pálida, descarnada, atemorizada, con un temblor mortal, presiente lo rudo que ha de ser tal ensayo y el peligro que corren ciertas constituciones. Estad persuadidos que nadie irá a afrontar tan terrible suplicio sí puede suplirlo en su propia casa y sin riesgo por medio de una suave y prudente hidroterapia.

Añadid que la impresión, como si no fuera bastante fuerte, se agrava para la mujer nerviosa con la presencia de la muchedumbre. Es una exhibición cruel ante un mundo crítico, ante las rivales encantadas de encontrarla fea una vez siquiera, ante hombres poco circunspectos que de todo hacen burla, observando, gemelos en mano, las tristes peripecias de tocado de una pobre mujer humillada.

Para soportar todo esto, preciso es que la enferma tenga una fe, pero una gran fe en el mar, que crea que no hay otro remedio que pueda curarla, que quiera a toda costa *empaparse* de las virtudes de sus aguas.

«¿Por qué no? -dicen los alemanes. -Si la primera impresión del baño os *contrae* y cierra vuestros poros, después se abren por medio de la reacción de calor que se sigue; la piel se dilata y se hace muy susceptible de *absorber* la vida del mar»

Estas dos operaciones, son obra casi siempre de cinco o seis minutos. Un baño más largo suele perjudicar.

Por otra parte, no debe llegarse a la violenta emoción de los baños fríos, sino después de prepararse con el uso de baños tibios que facilitan la absorción. Nuestra piel, formada enteramente de boquitas, y que a su modo absorbe y digiere como el estómago, necesita acostumbrarse a tan fuerte alimento, a beber el *mucus* del mar esa leche salada que constituye su vida, con la que hace y rehace los seres. En la sucesión graduada de los baños calientes, tibios y casi fríos, la piel tomará ese hábito, esa necesidad: experimentando sed, beberá más y más todos los días.

Durante la ruda ceremonia de los primeros baños fríos debe evitarse al menos la odiosa indiscreción de las muchedumbres. Que se verifique en sitio seguro sin más testigo que el indispensable, una persona adicta para auxiliar en caso de necesidad, vigilar, sostener, dar friegas con paños de lana bien calientes, propinar un ligero cordial de un líquido templado en el que se pondrán algunas gotas de enérgico elixir.

«Pero -se me objetará, -el peligro es menor cuando uno se baña a la vista de todo el mundo. Ya pasaron los tiempos de Virginia que, en un trance extremo, prefirió ahogarse mejor que tomar un baño»-Error. Somos ahora mucho más nerviosos que nunca, y la impresión a que me refiero es tan viva o irritante (hablo para ciertas personas), que puede producir efectos mortales, por ejemplo un aneurisma, un ataque apoplético.

Estimo el brazo popular, mas aborrezco las muchedumbres, y sobre todo, las bulliciosas muchedumbres de vividores, que entristecen las orillas del mar con sus risotadas, sus modas, sus ridiculeces. ¡Cómo! ¿No hay bastante espacio tierra adentro, que habéis de venir aquí a hacer la guerra a los pobres enfermos, de venir aquí a hacer la guerra a los pobres enfermos, ra grandeza?

La maldita casualidad me llevó un día del Havre a Honfleur, a bordo de una embarcación que rebosaba de esos imbéciles. A pesar de

lo corto de la travesía, como los señoritos se fastidiaban, organizaron un sarao. Ignoro cuál de ellos (¿algún maestro de baile?) llevaba un pequeño violín en la faltriquera y comenzó a tocar contradanzas a presencia del Océano. Verdad es que no se oían los acordes de su instrumento, pues, la profunda voz del mar, que solemne, formidable, bramaba a nuestro alrededor, ahogaba aquellos débiles sonidos.

Concibo muy bien la tristeza que se apodera de la señora que en el mes de julio, ve turbada la soledad de su retiro por ese enjambre de presumidos, descreídos, confidentas, curiosas, etc. Desde aquel momento cesa la libertad. La más tranquila y apartada mansión pierde su calma nocturna con la algazara que promueven todos aquellos seres, en cafés y casinos. De día, bandadas de petimetres de guante amarillo y bota de charol, hormigueaban en la playa. Han visto a alguna persona que estaba sola. ¿Sola? ¿Por qué lo está? Y empiezan los cuchicheos. Acércanse y tratan de entablar conversación por medio del niño, al cual regalan algunas conchas. En una palabra, la señora, sin saber qué hacer, importunada, permanece en casa o sólo sale de mañana. Entonces, todo son comentarios malévolos, llegando a oídos de la madre una que otra frase. Esto no deja de inquietarla. Aquellos importunos, a quienes trata de desviar de su lado, son a veces gentes de influjo que podrían perjudicar a su esposo.

En ninguna parte trabaja tanto la imaginación como en los baños de mar. Las noches de julio y agosto, ardientes, y que se prestan poco al sueño, suelen pasarse agitadas, pensando en esas quimeras. Si la señora se levanta tarde, esto ocasiona más molestia que de costumbre, pues en tal caso, el baño, en vez de refrescar, añade la irritación salina al calor canicular. De manera que no ha recobrado la fuerza de la juventud, sino el hervidero. Débil todavía y en estado nervioso, vese turbada al propio tiempo por esa tempestad interior.

Interior, pero no oculta. El mar, el impertérrito mar, trae y descubre a la piel aquella agitación que no quisiera descubrirse a nadie, vendiéndola por medio de granitos, de ligeras eflorescencias. Todas esas miserias humanas, más comunes en los niños, y que sus madres

toman por signo de salud, las afligen y humillan cuando son ellas quienes las sufren, temiendo verse privadas del cariño de sus compañeros. ¡Cuán poco conocen al hombre! Las pobres ignoran que el gran atractivo, el más vivo aguijón del amor, son los percances de la vida y no la belleza.

«Pero ¡y si me encontrara fea!» Esto dice cada mañanita al mirarse en el espejo. La esposa teme, a la par que la desea, la llegada de su bien amado: con todo, encuéntrase muy sola, tiene, miedo sin saber por qué, en medio de tanta gente. No se atreve a alejarse, a pasear a cierta distancia. Su agitación crece por momentos. Apodérase la fiebre de todo su ser, métese en cama... Al cabo de veinticuatro horas encuéntrase el esposo a su lado.

-¿Quién le ha avisado? Ella no. Una manecita, con caracteres muy gruesos, ha escrito lo que sigue:

«Querido papá: venid cuanto antes. Mamá está en cama. El otro día la oí decir: ¡Si le tuviese a mi lado!»Helo aquí: ya está buena. ¡Hombre feliz! Feliz de verla restablecida, feliz de ser necesario, feliz de encontrarla tan bella. Verdad es que el sol ha tostado su cutis, pero ¡qué joven está! ¡Qué vida -respira su mirada encantadora! ¡Qué dulce reflejo de salud en sus sedosos y magníficos cabellos que ondulan al viento!

¿Es fábula lo que se acaba de leer? Ese súbito renacimiento de vida, de belleza, de ternura, esa deliciosa aventura de encontrar a su mujer convertida en una joven querida llena de emoción y, tan dichosa de verse al lado de su compañero, ese milagro ¿es ficción acaso? No, sino el agradable espectáculo que se ve muy a menudo. Y si es raro entre los ricos, frecuentemente acontece a las familias, laboriosas y esclavas de sus deberes. Sus forzosas separaciones son penosas; las escapatorias que permiten reunirse tienen un encanto que el arte no puede ocultar, ni los esposos se avergüenzan de demostrar su felicidad.

Conocida corno es la tirantez prodigiosa de la vida moderna para los hombres del trabajo (es decir, para todo el mundo, excepción he-

cha de algunos ociosos), causan gran satisfacción estas alegres escenas, en que la familia reunida da expansión, por un momento, a los impulsos de su corazón. Los que lo tienen gastado, dirán que esto es propio de gentecilla, que es muy prosaico. Poco importa la forma, cuando el fondo es tan conmovedor. El negociante cuidadoso que de vencimiento en vencimiento ha logrado salvar la nave do guarda el porvenir de la familia, la víctima administrativa, el empleado que gasta su salud con la injusticia y tiranía de las oficinas, todos esos cautivos han roto sus cadenas, y en tan fugaz descanso, su adorada y tierna familia quisiera resacirles de los trabajos pasados, a fuerza de solicitudes. Gran talento demuestran para ello así la madre como el hijo. Con su alegría, sus caricias y las distracciones que procura el mar, apodéranse del ánimo fatigado, despertando en él otras ideas. Este triunfo les corresponde de derecho: llévanlo a todas partes, a ver su playa, a que contemple su mar, disfrutando con la admiración que producen estos objetos al recién venido. Si se les oye, todo aquello es suyo. Hanse posesionado del Océano en que se bañaron y se complacen en ofrecérselo.

La esposa vuelve a presentarse amable, benévola, ante la muchedumbre que hasta hace pocos momentos tanto la inquietaba. ¡Encuéntrese tan bien a su lado; tan en su centro! Siéntese más que segura, muy valiente: está familiarizada con el mar, con las olas, y afirma que va a nadar: «quiere domar el mar» Ambición un tanto elevada. Primero vese postergada por su hijo, algo más listo y atrevido que su madre. Creyéndose sostenida, nada; en otro caso tiene miedo y se va al fondo.

Ahora se resarcirá a fuerza de baños, pues ha enamorado del mar, lo adora. Y la verdad es que el mar no comprende las pasiones a medias. No sé qué embriaguez eléctrica se encierra en él, que quisiéramos absorber cuanto contiene.

VI

Renacimiento de, alma y de la fraternidad.

Tres formas de la Naturaleza dilatan y engrandecen nuestra alma, sácanla de quicio y la hacen bogar en el infinito.

El variable Océano con su festín de luces, sus vapores y su claroscuro, su movable fantasmagoría de creaciones caprichosas con tanta rapidez disipadas.

El océano fijo de la tierra, su ondulación que seguimos de lo alto de las grandes montañas; los levantamientos, testimonio de su antigua movilidad, la sublimidad de sus cimas, de sus nieves eternas.

Por último, el Océano de las aguas, no tan movable como el primero y menos fijo que el segundo, dócil a los movimientos celestes en su balance regular.

Estas tres cosas forman la gama con que habla á nuestra alma el infinito. Con todo notemos su diferencia:

Es tan móvil la primera, que apenas la observamos; engaña, embauca y divierte; disipa y esparce nuestras ideas. En ciertos momentos truécense en esperanza inmensa, creyendo vernos transportados al infinito, estar en presencia de Dios... No, no, todo huye; el alma se entristece, esta turbada y empieza a dudar. ¿Por qué haberme hecho entrever ese sublime ensueño de luz? No puedo desecharlo de mi mente, mientras a mí alrededor sólo veo tinieblas.

El Océano fijo de las montañas no huye así de nuestras miradas. Al contrario: a cada paso nos detiene, imponiéndonos muy ruda pero salutífera gimnasia. Compramos su contemplación con la más violenta acción. Sin embargo, la opacidad de la tierra así como la transparencia de la atmósfera, suelen engañarnos y extraviarnos. ¿Quién ignora que Ramond estuvo buscando inútilmente por espacio de diez años el Monte Perdido, el cual, aunque se ve, nadie ha podido llegar hasta su cúspide?

Grande, muy grande es la diferencia entre los dos elementos: la tierra es muda mientras que el Océano habla. El Océano es voz que habla a los lejanos astros, contesta a su movimiento en su idioma grave y solemne. Habla a la tierra, a la playa, con patético acento; dialoga con sus ecos: plañidero unas veces, amenazador otras, ruge o suspira. Y a quien se dirige, sobre todo, es al hombre. Siendo el crisol fecundo donde empieza y continúa la Creación en todo su auge, posee la viva elocuencia de ésta: es la vida hablando a la vida. Los seres que por miles de, millones nacen en su seno, son sus palabras: el mar de leche que los produce, la fecunda gelatina marina, aun antes de organizarse, blanca, espumosa como es, habla también. Y todo junto es lo que llamamos la gran voz del Océano.

¿Qué es lo que dice? *Dice la vida*, la metamorfosis eterna; dice la existencia fluida. Avergüenza a las ambiciones petrificadas de la vida terrestre.

¿Qué más dice? *Inmortalidad*. En el último tramo de la Naturaleza existe una fuerza indomable de vida. Cuál no será en el más alto, en el alma!

¿Y qué otra cosa dice? *Solidaridad*. Aceptemos el rápido cambio que, en el individuo, existe entre sus diversos elementos, aceptemos la ley superior que enlaza los miembros vivos de un mismo cuerpo: humanidad. Y, sobre esto, la ley suprema que nos hace cooperar, crear, con la gran alma, asociados (en nuestra medida) a la amorosa armonía del Universo, solidarios en la vida del Creador.

Por medio de sus sonidos que se creen confusos, articula muy claramente el mar sus suaves palabras. Mas, el hombre no oye fácilmente al llegar a la playa, ensordecido como está por los ruidos vulgares, aburrido, reventado, despoetizado. El sentido de la alta vida ha disminuido hasta en el mejor de todos, estando prevenido contra ella. ¿Quién tendrá asidero sobre él? ¿La Naturaleza? Todavía no. Suavizado por la familia, por la inocencia del niño, por la ternura de la mujer, el hombre se interesa primero en las cosas de la humanidad: vese entonces que las almas tienen su sexo y sienten muy diversamente.

Ella, ella enternécese más con el mar, con la poesía del infinito; en cambio, el esposo fíjase en el hombre de mar, en los peligros que corre, en el drama de todos los días, en el flotante destino de su familia. Aunque la mujer se conmueva ante las desdichas individuales, sin embargo, no presta tan serio interés a las clases. El hombre laborioso, al llegar a la costa, fija predilectamente su atención en la vida de los seres del trabajo, pescadores, marinos, en esa existencia ruda, llena de contingencias, muy peligrosa y con poco lucro.

Lo estoy viendo mientras se arregla su mujer y visten al niño, pasearse por la playa. Es una mañana fría, y como ha llovido copiosamente toda la noche, una tras otra van regresando las barcas: todo está empapado, yerto las ropas de aquellas gentes chorrean. Los tiernos niños también han pasado la noche en el mar. ¿Qué traen? Poca cosa. Sin embargo, se ha salvado la vida. Durante el gran ventarrón, las olas invadían la débil embarcación; la muerte ha mostrado su lívida faz. Magnífica ocasión para el hombre que tanto se lamentaba el día anterior, que puede meditar y decir: «Mi suerte es más suave»

Al anochecer, cuando los dorados rayos del sol desaparecen de sobre la tierra y vuelven bastante siniestro el aspecto del mar unas nubes cobrizas que recorren el espacio, aquellos hombres abandonan de nuevo la playa internándose mar adentro. ¿Tendremos mal tiempo? -les pregunta el forastero. - «Señor, hay que vivir» Y parten acompañados de sus hijos. Sus mujeres, gravemente serias, les siguen con la vista, y más de una pronuncia en voz baja alguna oración. ¿Quién no ruega en tales casos? El mismo extraño hace votos por aquellos seres, diciendo: «Mala será la noche: sus deudos quisieran verlos ya de vuelta»

Así es cómo el mar ensancha el corazón, enterneciendo aún a los seres más rudos. Hágase lo que se quiera, siente uno hervir la sangre en sus venas. ¡Ah! ¡Motivo hay para ello! El infortunio en todas sus formas rebosa entre esas gentes intrépidas, inteligentes, honradas, que son sin ningún género de duda las mejores de nuestro suelo. He vivido largo tiempo en la costa: en ella son comunes las virtudes heroicas que

en el interior se tienen por una rareza. Y lo más curioso es que no se conoce el orgullo. En Francia todo el orgullo está concentrado en la vida militar: fuera de eso, los mayores peligros no se tienen en cuenta; créese cosa muy sencilla afrontarlos todos los días sin jactarse de lo que se hace. Jamás he visto hombres más modestos (iba a escribir tímidos) que nuestros pilotos de Gironde, los cuales desafían intrépidamente y sin cesar el gran combate de Cordouan, partiendo de Royan, de Saint-Georges. Allí, como en Granville (y por todos lados), sólo las mujeres hablaban, vociferaban, cuidábanse de todo, negociaban. Los bravos marinos, al poner el pie en tierra, no despegaban los labios, manteniéndose tan pacíficos como eran bulliciosas y magníficas sus esposas, y ejerciendo la autoridad paternal sobre sus hijos. El marido seguía al pie de la letra la sentencia del poeta romano: «Afortunado de no ser nada en mi casa»

Sus caras mitades, asaz interesadas con el forastero y en todos los tránsitos de la vida ordinaria en las grandes ocasiones, preciso es confesarlo, demostraban un corazón de rey, magnánimo y generoso. Las de Saint-Georges suministraban cuantos trapos poseían para las hilas de los heridos de Solferino. Habiéndose estrellado cerca de la costa de Etretat tres ingleses, en un sitio inaccesible, todo el pueblo acudió a su socorro, y mientras peligraron sus vidas la ansiedad fue general; así hombres como mujeres dieron muestras de una violenta sensibilidad. Salvados, recibióseles con aclamaciones y lágrimas de gozo, y fueron albergados, provistos de ropas, colmados de regalos Y de pruebas de simpatía (abril de 1859).

¡Bien por el pueblo francés! Y, sin embargo, ¡qué vida tan triste y dura no pasa! En el régimen de las *clases* (tan útil por otra parte y que nos da tanta fuerza), debe abandonar a cada momento las ventajas del comercio por la marina del Estado, cada día más severa. Hace cuarenta años se practicaba la maniobra cantando; hoy es muda. (Jal, *Arch.*, II, 522). De la marina mercante han desaparecido las grandes pescas. Las primas de la ballena sólo aprovechaban a los armadores. (Boitard, *Dicc.*, art. *Cetáceos, Ballena*). El abadejo no es tan abun-

dante, va desapareciendo el escombros y el arenque se aleja. Un libro de pocas páginas, pero preciosísimo (*Histoire de Rose Duchemin par elle-même*) hace un cuadro conmovedor de ese infortunio. El ingenioso Alfonso Karr, que escribió la historia recién salida de los labios de aquella mujer, tuvo el exquisito tacto de no cambiar ni una sola palabra de su narración.

Etretat no es precisamente lo que llamamos un puerto. Asaz bajo, al nivel del mar, defiéndelo únicamente de él una montaña de morrillos, barrera cuyo ingeniero es la tempestad, la cual va amontonando continuamente nuevas capas de guijarros. Nada de abrigo. Por lo tanto, hay necesidad, según la antigua y ruda costumbre celta, de subir todas las barcas que llegan al malecón por medio de una cuerda que se enrolla a un cabrestante. Este, que consta de cuatro barras, tiene que ser movido con harta pena por la familia del pescador, su mujer, sus hijas y sus amigos, pues los muchachos están en el mar. Compréndese lo dificultosa que es esta operación. Al subir la pesada barca choca de morrillo en morrillo, de obstáculo en obstáculo, salvándolos a saltos, cada uno de los cuales y cada sacudida resuena en los pechos de aquellas mujeres, y no es emplear una figura el decir que tan dura ascensión se practica a costa de sus carnes magulladas, de su delicado seno, de su propio corazón.

La primera vez que presencié esta escena quedéme triste, herido en el alma, y tuve impulsos de agarrar una de las barras del cabrestante y ayudar a aquellas gentes. Esto las hubiese extrañado; no sé qué falsa vergüenza me detuvo. Pero, cada día, tomaba parte en la operación, a lo menos con mis votos. Colocábame a su lado y las contemplaba. Esas jóvenes y deliciosas muchachas (rara es la bonita, pero son todas encantadoras) no llevaban el corto jubón colorado, prenda del antiguo traje de las costas, sino vestidos largos; la mayor parte estaban refinadas en raza y en ingenio, y habíalas bastante delicadas, teniendo algo de la señorita. Encorvadas por el peso de aquel trabajo tan rudo (filial y, no obstante, elevado), no carecían de gracia ni de fiereza: su

tierno corazón, en medio de tan penoso esfuerzo no dejaba escapar una queja ni un suspiro por do pudiese acusárselas de debilidad.

Aquel maleconcito de morrillos, diminuto como es, tiene, con todo, demasiado espacio. Vi en él algunas barcas abandonadas, inútiles. Hoy día la pesca hase vuelto estéril, pues el pescado huye. Etretat languidece, perece, junto a Dieppe macilento. Cada día ve cortados sus recursos sin que le quede más que el de los baños: lo espera todo de los bañistas, del azar de las habitaciones que, unas veces alquiladas, otras vacías, un día producen y el otro empobrecen. Esa mezcla con París, el París mundano, por caros que éste pague sus goces, es una plaga para el país.

Nuestros pueblos normandos, descubridores de la América, que desde el siglo XIV conquistaron la costa de Africa, cada día van cobrando más aversión al mar. Muchos de ellos dan la espalda a la costa y fijan sus miradas al interior. El descendiente de aquel que en otro tiempo lanzó el arpón, se resigna a las faenas mujeriles, hácese un macilento algodonero de Montville o de Bolbec.

A la ciencia, a la ley, tocan detener tamaña decadencia. La primera, por medio de su hábil dirección, si se sigue con firmeza, creará la economía del mar y reconstituirá la pesca, escuela de la marina; la segunda, no estando tan exclusivamente influida del interés de la tierra, conservará en la marina a la flor de la nación, mundo aparte, en ninguna manera comparable a las grandes masas de que sacamos nuestros soldados para el ejército terrestre, y que será el verdadero soldado en circunstancias que cortarían el nudo gordiano del orbe.

Estos eran mis ensueños hallándome en el pequeño malecón de Etretat durante el sombrío verano de 1860, mientras la lluvia caía a torrentes y chirriaba el duro cabrestante, y la cuerda gemía y subía lentamente la nave.

La del siglo también se arrastra y sube con pena.

Hay lentitud, cansancio, como en 1730. Bueno fuera empujarla y empuñar el barrote. Empero muchos y muchos pierden el tiempo miserablemente, jugando como los niños a conchas, a morrillos.

Cuéntase que Escipión, el vencedor de Cartago, y Terencio, cautivo escapado del naufragio de un mundo, recogían conchas en la playa, amigos excelentes en la indiferencia y abandono del pasado. Ocupados de aquella suerte disfrutaban la dicha de olvidar, de borrar los años transcurridos volviendo a la edad de la niñez. Roma ingrata, Cartago destruida, sus patrias respectivas, Poco, muy poco pesaban a su conciencia, no dejando ninguna traza en su corazón, como no la deja el rizo de la onda.

Nosotros no pensamos así: no queremos ser niños, ni tampoco olvidar, sino que con perseverante ardor deseamos auxiliar la penosa maniobra de ese gran siglo fatigado. Queremos hacer remontar la barca, empujando con mano fuerte el cabrestante del porvenir.

VII

«Vita nuova» de las naciones.

Mientras estoy terminando el presente libro (diciembre de 1860), la resucitada Italia, la gloriosa madre de todos, me envía un magnífico aguinaldo. Acabo de recibir una novela, un folleto de Florencia.

Este país suele mandarnos grandes novelas: en 1300, la de Dante, en 1500, la de Amerigo; en 1600, Galileo. ¿Cuál es, pues, ahora la que viene de Florencia?

¡Oh! Aparentemente muy insignificante; pero ¿quién sabe? Inmensa por los resultados. Es un discurso de pocas páginas, un opúsculo médico. No atrae por su título; más bien es repulsivo. Y no obstante, hay allí un germen de consecuencia incalculable, destinado tal vez a revolucionar el mundo.

Frente de la portada veo el retrato de dos niños, muerto el uno y expirante el otro en un hospital de Florencia. El autor del libro es el médico, quien (caso raro) cobró tal cariño a sus enfermos, pobres muchachos desconocidos, que ha querido narrar sus dolores y pesares.

El primero (tendría siete ú ocho años), de rostro bien perfilado y noblemente austero, en el que lleva impresa la huella de un gran destino malogrado, ostenta una flor sobre su almohada, que su madre, demasiado pobre para darle otra cosa, le trajo al visitarlo: la pobre criatura conservaba con tanto esmero y tan religiosamente las flores, regalo de la autora de sus días, que después de muerto le han dejado una por compañera.

El otro, más pequeño, y respirando ternura todo él gracias a su corta edad (cuatro o cinco años), visiblemente está a las puertas de la muerte, flotando sus ojos en el último ensueño. Estas criaturas se habían manifestado mutua simpatía. A pesar de no poder hablar, les agradaba verse, mirarse, y el compasivo médico habíalos mandado colocar frente el uno del otro. En el grabado los ha acercado cual estaban al morir.

Escena es ésta verdaderamente italiana: en otra parte se tendría buen cuidado de mostrarse débil y tierno, pues habría el temor de ponerse en ridículo. En Italia no es así: el doctor escribe ante el público como si estuviese solo; expláyase sin reserva con una superabundancia, una sensibilidad femenina, que hace asomar la sonrisa a los labios y llorar al mismo tiempo. Preciso es confesar, sin embargo, que el idioma contribuye en gran manera a este resultado, idioma delicioso, propio de mujeres y niños, tan tierno y con todo brillante, y bello hasta para expresar el dolor. Es una lluvia de lágrimas y de flores.

Luego, el doctor se detiene y se sincera. Si ha hablado así, no es sin motivo. «Aquellos niños no hubieran muerto si *se hubiese podido mandarlos a bañarse al mar*» Conclusión: debería establecerse en la costa un hospital de niños.

Esto se llama ser hábil: el doctor ha sabido tocar las fibras del corazón. La observación no pasará desapercibida los hombres comienzan a reflexionar y se conmueven las mujeres lloran; rogando, queriendo, exigiendo. Y como no es Posible negárselas nada, sin aguardar la iniciativa oficial una sociedad libre funda en el acto los *Baños para niños* en Viareggio.

Conocido es el lindo camino; el encantador semicírculo que forma el Mediterráneo después de haber abandonado la aspereza de Génova, dejado atrás la magnífica rada de la Spezzia y que se engolfa uno bajo los virgilianos olivares de la Toscana. A mitad del camino de Liorna, una costa conquistada al mar ofrece el solitario puertecito que consagra en adelante la encantadora fundación.

Florenia tomó la iniciativa de la caridad sobre la Europa, creando hospicios antes de la Era 1000. -En 1287, cuando la divina Beatriz inspiró al Dante, fundaba su padre el de Santa María Nuova. Lutero, en su excursión, poco favorable a Italia, no puede menos de admirar sus hospitales y las lindas señoras italianas que, sin curarse de la gloria, asistían en ellos a los enfermos.

La nueva fundación servirá de modelo a Europa, y esto debémoslo a los niños. La vida arrastrada que llevamos, esa vida de horri-

bles trabajos y de excesos todavía más mortíferos, sobre ellos viene a recaer.

No es dado ocultar la profunda alteración de que están visiblemente atacadas nuestras razas del Occidente. Las causas de esto son muchas: la más notable de todas, es lo inmenso, la rapidez siempre creciente de nuestro trabajo. El hombre casi siempre vese forzado, subyugado por el oficio; y aun aquellos a quienes no sojuzgan sus quehaceres, se libran raras veces de la furia general. No sé que ardor para ir más y más aprisa se ha apoderado de nuestro temperamento, del humor, de la acritud de nuestra sangre. Comparados al actual, todos los siglos fueron perezosos, estériles. Nuestros resultados son inmensos. De nuestro cerebro se derrama infinito raudal de ciencias, artes, inventos, ideas, producciones con que inundamos el globo, el presente, y hasta el porvenir. Mas, ¿a qué precio hacemos esto? Al precio de una efusión espantosa de fuerza, de un despilfarro cerebral que enerva más y más la actual generación. Son prodigiosas nuestras obras y nuestros hijos enclenques.

Notad que ese gran esfuerzo, esa excesiva producción, es obra de un corto número. La América da poco, el Asia nada. Y, aun en la misma Europa, todo es producto de algunos millones de hombres del extremo Occidente. Los demás, al ver cómo se gastan aquéllos, piensan poder reemplazarlos algún día. ¡Ignorantes!

¿Creéis acaso que tal o cual ruso o emigrante de los Estados Unidos del Oeste será mañana un artista, un maquinista de Inglaterra o un óptico de París? Esto sólo lo hemos alcanzado merced al refinamiento y educación de los siglos. Existe en nosotros una dilatada tradición. ¿Qué sucederá si llegamos a fenecer? No han nacido aún los que deben reemplazarnos.

Ese, trabajo exterminador, eso, suicidio de fecundidad, si nos place aceptarlo en interés del género humano, en conciencia no podemos querer perder por causa suya nuestros hijos y enterrarlos con nosotros. Y, sin embargo, es lo que sucede. Nacen dispuestos para el caso, pues tienen inoculadas nuestras artes en la sangre, y también

nuestro cansancio. Dotados de maravillosa precocidad, saben, pueden, harían. Pero nada hacen, puesto que se mueren.

La infancia del hombre, así como la de las plantas y de todo lo criado, necesita descanso, aire, libertad suave. Aquí, todo es lo contrario, lo mismo nuestros méritos que nuestros vicios. Todo parece combinarse para asfixiar a la adolescencia. ¿Estimamos nuestros hijos? Sí, no hay duda; y a pesar de eso los asesinamos. Una sociedad tan agitada, tan violenta como la nuestra, es (no importa si lo sabe o lo ignora), una verdadera guerra que se hace a la infancia.

Hay momentos, sobre todo en su desarrollo, crisis en que ella pende de un hilo. La vida parece titubear y preguntarse: ¿Duraré mucho? En aquellos instantes decisivos, nuestro contacto, la estancia, en las ciudades y la vida de las muchedumbres es la muerte para aquellas criaturas vacilantes. O lo que es peor, conviértese en principio de una dilatada carrera de enfermedades. Un mísero ser cae, se levanta, vuelve a caer, y las tres cuartas partes de su existencia tendrán que deslizarse al cuidado de la caridad pública.

Es preciso acabar de una vez con semejante estado de cosas. Hay que prever. Débese sacar a la criatura de ese centro funesto, quitársela al hombre, darla a la Naturaleza, hacerle aspirar la vida envuelta por el hálito del mar. El niño enfermo sanaría; desarrollaría el expósito. Robustecido, ágil, más de uno y más de dos se dedicarían a la Marina; y en vez de un débil obrero, de un parroquiano del hospital, tendría el Estado un robusto y atrevido marino.

Por otro lado, ¿por qué ha de dejarse todo a la iniciativa del Estado? Florencia nos ha demostrado que un corazón real vale tanto como la realeza. La mujer es reina; de consiguiente, a ella toca mandar.

Si yo fuese una señora joven y bella, sé muy bien lo que haría. Viviría rodeada de magnificencia, de lujo, y algún día, en uno de esos momentos en que el amor atestigua, protesta, jura, siente la necesidad dar, diría a un galán: «Os cojo la palabra. Empero no creáis halagarme con los presentes acostumbrados. «Detesto vuestros preciosos cachemires fabricados en la India con dibujos de Londres; poco me

importan los diamantes, pues cercano está el día en que irán tirados por la calle. M. Berthlot, que rehace la Naturaleza por partida doble, y tantas cosas vivas crea, con mayor facilidad que todo esto prodigarán los diamantes.

»Me gusta lo sólido. Quiero, pues, una buena casa en la costa algo abrigada y que la dé el sol, para alojar en ella cuarenta o cincuenta niños. No se necesita gran mobiliario. Una vez establecidas allí las criaturas, su subsistencia está asegurada. No habrá una sola señora de cuantas acuden a los baños de mar que no auxilie mi empresa de todo corazón. Si las Beatrices de Florencia han fundado asilos parecidos, ¿por qué hemos de ser menos las de Francia? ¿Acaso nos ganan en belleza y son nuestros galanes menos enamorados?

»Si el mar me ha embellecido como oigo deciros a todas horas, debéisle un recuerdo a su playa. Y si me amáis, supongo que os sentiréis dichoso de ir á medias conmigo, empezando juntos una cosa, creando mancomunados ese pequeño mundo de niños al lado de la gran nodriza. ¡Que conserve una prenda duradera de ternura y de amor purísimo! ¡Que dé testimonio, por medio de una obra viva, que ante el infinito estuvimos unidos con una idea santa!»

Bastaría que empezara una mujer esa obra para que otra, madre común (la Francia), la continuara.

Ninguna institución más útil; ningún sacrificio mejor empleado. Y no se requeriría gran cosa, bastando con trasladar a la playa algunos establecimientos del interior y habiéndolos que acarrear enormes gastos sin ningún beneficio, sería conveniente convertirlos en fábrica para enfermos que, de otra suerte tendrán que mendigar, mientras vivan, nuevos socorros.

Los romanos no sabían escatimar nada por lo que toca a la salud pública y a la vida de los ciudadanos. Cuando se ve su munificencia, las obras emprendidas para traer aguas saludables aun a las poblaciones secundarias, sus prodigiosos acueductos, sus Pont-duGard, etc., sus inmensas termas, donde el pueblo tenía derecho a bañarse gratis (a lo sumo por un óbolo), reconócese su alta sabiduría. También tenían

piscinas de agua de mar para nadar. Y lo que hicieron ellos para una plebe ociosa e improductiva, ¿titubearemos en hacerlo nosotros cuando se trata de salvar la raza de criaturas sin segundo que constituyen el progreso de orbe?

No me refiero aquí solo a los niños, sino a todo el mundo. Cada ciudad tiene hoy en su seno otra ciudad siempre repleta (el hospital), en la que entra y sale continuamente el desfallecido obrero. Esto ocasiona un gasto enorme; y ¿quién lo paga? Los otros obreros que en último resultado son los llamados a sufragar las cargas de la cosa pública. El obrero muere joven, dejando por obligación a sus compañeros mantener á su familia. Mucho más conveniente y económico sería, pues, preservar que curar. Más debe hacerse por el sano próximo a caer enfermo, agotadas ya sus fuerzas, que por el enfermo. Diez días de reposo a orillas del mar le reharía, dándole robustez y fuerzas para el trabajo. El viaje, el sencillísimo abrigo de tan corta temporada veraniega, una mesa pública a bajo precio costarían muchísimo menos que una larga estancia en el hospital. Y el hombre se salvaría, así como la familia y los hijos; pérdida a menudo irreparable, pues, lo he dicho y lo repito, cada uno de esos hombres es la tardía producción de una prolongada tradición de industria; siendo en sí una obra artística, de arte humano, tan poco conocido, donde la humanidad va elevándose, formándose, como potencia de creación.

¡Qué placer tan grande sería para mí ver a esa flor de la tierra, a esa muchedumbre de pueblo inventor, creador y fabricante que suda y se gasta para el mundo, recobrar inmediatamente sus fuerzas en la gran piscina del Creador! Toda la humanidad se aprovecharía de ello, ya que florece con la labor enorme de la clase obrera. A ésta debe sus goces, su elegancia, todas sus luces; y prospera con sus utilidades, y vive de su médula y de su sangre. Por lo tanto, el dar a esos seres la renovación de la naturaleza, un poco de aire, el mar, un día de descanso, sería justicia y nada más que justicia, un beneficio para todo el género humano, a quien son tan necesarias y que mañana, a causa de su muerte, encontrarése en la orfandad.

Compadeceos de vosotros mismos, pobres hombres de Occidente; pensad seriamente en ayudaros, en contribuir a la común salvación. La tierra os pide que viváis, ofreciéndoo lo mejor que posee, el mar, para rehabilitaros. Ella se perdería si llegase a perderos, pues sois su genio, su alma inventora. Vive nuestra propia vida, y al moriros la arrastraréis a la muerte.

NOTAS

«El gran animal la Tierra, cuyo corazón es imán, posee en su superficie un ser dudoso, eléctrico y fosforescente, más sensible que el mismo, o infinitamente más fecundo.

«Este ser, llamado Mar, ¿es, acaso, un parásito del gran animal? No. El mar no tiene una personalidad distinta y hostil: fecundiza, vivifica la Tierra con sus vapores; parece ser la misma Tierra en lo que tiene de más productivo, por otro nombre, su órgano principal de fecundidad »

Diráseme: ensueños alemanes. ¿Quiero decir esto que todo ello son ensueños? Más de un hombre de gran talento, sin ir tan lejos, parece admitir para la Tierra y el Mar una especie de personalidad obscura. Riter y Lyell han dicho: «La Tierra se atormenta a sí misma. ¿Sería impotente para organizarse? ¿Cómo suponer que la fuerza creadora que existo, en todo ser del globo ha sido rehusada al globo mismo?»

Mas, ¿cómo obra el globo? ¿De qué manera crece al presente? Por medio del Mar y de la vida marina.

La solución de tan elevadas cuestiones supondría un estudio profundo de fisiología, que aun está por hacer. No obstante, desde hace veinte años, las cosas gravitan de este lado.

1º Se ha estudiado la parte irregular, exterior, de los movimientos del mar, y buscado la *ley de las tempestades*.

2º Hanse profundizado los movimientos propios del mar, sus *corrientes*, el juego de sus arterias y de sus venas, lanzando las primeras el agua salada del Ecuador a los polos, y las segundas tráenla desalada del polo al Ecuador.

3º La tercera cuestión, la más interna, que esclarecerá sin duda la moderna química, es la de la naturaleza propia del mucus marino, esa liga gelatinosa que por doquiera ofrece el agua de mar, siendo al parecer un líquido con vida.

Hasta hace poco desconocíase el *fondo* del mar, y ahora se sabe algo gracias a la sonda de Brooke y especialmente a los sondajes del cable trasatlántico.

¿*Está poblado* en sus profundidades? Negábase el hecho: Forbes y James Ross encontraron vida por todas partes.

Antes de estos magníficos descubrimientos, que no datan de veinte años, nadie era osado a escribir el libro del Mar. El primer ensayo fue el de M. Hartwig.

En cuanto a mí, lejos estaba de pensar en tamaña empresa, cuando, en 1845, mientras preparaba los materiales para mi libro, *El Pueblo*, comencé en Normandía el estudio de la población de las costas. En los últimos quince años ese asunto vasto y difícil fue ensanchándose a mis ojos y me ha acompañado de playa en playa.

El libro primero, *Ojeada a los mares*, es, como indica su título, un paseo previo. Todas las materias importantes serán pasadas en revista en los libros siguientes.

Hago excepción de dos de éstas, las *Mareas y los Faros*. Aquí, mi principal guía ha sido M. Chazallon, o sea, su importante *Anuario*, que hoy día forma veintiocho volúmenes. El primero apareció en 1839. Si se diese una corona cívica a todo el que salva la vida a un ser humano ¡cuantas no hubiera recibido el autor del *Anuario*! Hasta su aparición, los errores sobre las mareas eran enormes; y merced a un trabajo inmenso, M. Chazallon ha rectificado las observaciones para unos quinientos puertos desde el Adour hasta el Elba. -Los más exactos informes sobre los faros encuéntranse en su *Anuario*. Reunida a éste la exposición clara y agradable que M. de Quatrefages (*Recuerdos*) ha hecho del sistema de alumbrado de Fresnel y Arago. El admirable invento de los faros a eclipse se debe a Deseroirilles y, á Lemoine, ambos hijos de Dieppe (V. M. Ferey.).

Para los distintos nombres del mar (cap. I, p. 7), véase Ad. Pictec, *Orígenes indo-europeos*. -Respecto del agua, Introducción del *Anuario de las aguas de Francia* (por Deville); Aimé, *Anales de química*. II, V, XII, XIII, XV; Morren, *ibídem*, I, y Acad. de Bruselas,

XIV, etc. Tocante a la salobridad del mar, Chapmann, citado por Tri-caut *An. de hidrografía*, XIII, 1857, y Thomassy *Boletín de la Socie-dad geográfica*, 4 junio 1860.

Página 18. S. *Michel-en-Grève*. No me hice cargo como es debi-do de esta playa y de los asuntos a ella anejos sino después de haber leído en la *Revue des Deux Mondes* los magníficos artículos de M. Baude, tan instructivos, llenos de detalles, y de ideas elevadas. En otro sitio me he ocupado de sus excelentes conocimientos sobre la pesca.

Al hablar de la Bretaña (cap. III, p. 23), hubiera debido encomiar el libro de Cambry, al que debo mis primeras impresiones sobre aquel país. Ha de leerse la edición que Souvestre ha enriquecido (y doblado su valor, no hay que dudarle) con notas y comentarios excelentes que hicieron prever desde aquel momento *Los últimos Bretones*, del mis-mo autor. En varias novelitas, de una exactitud admirable, nos ha da-do Souvestre los mejores cuadros que se poseen de nuestras costas del Oeste, especialmente tocante al Finisterre y a las comarcas inmediatas al Loire. Gran satisfacción hubiera tenido en citar algún pasaje de escritor tan galano o inolvidable amigo; empero hice el propósito de no hacer ninguna cita literaria en mi obrita.

La notable frase de Elías de Beaumont (cap. IV, p. 26) se en-cuentra a la cabeza de un artículo que constituye un gran libro, su artículo Terrenos, en el Diccionario de M. D'Orbigny.

CAP. VII, p. 51. Lo que digo de Royan y Saint-Georges, encon-trarás más elegantemente expresado en los eruditos libros de Pelle-tan, *Nacimiento de una población y el Pastor del Desierto*. Sábese que ese pastor es el abuelo de Pelletan, el ministro Jarousseau, admi-rable y heroico para salvar a sus enemigos. La casita que aun existe es un templo de la humanidad.

NOTAS DEL LIBRO SEGUNDO. Génesis del mar. -CAP. I -*Fecundidad*. -Sobre el arenque, véanse el anónimo holandés traduci-do por De Reste, tomo I; Noël de la Moriniere, en sus excelentes obras, impresas é inéditas: Valenciennes, Peces; etc.

CAP. II. Mar de leche. -Bory de Saint-Vincent. Dic. clásico, artículos Mar y Materia,- Zimmermann, *el Mundo antes de la creación del hombre*. Este precioso libro popular corre en manos de todos. En la pág. 87 sigo la obra de M. Bronn, premiada por la Academia de Ciencias. -Sobre la inocuidad de las plantas del mar, véase la Botánica de Pouchet, libro de primer orden. Para las plantas metamorfoseadas en animales, Vaucher, *Confervas*, 1803; Decaisne y Thuret, *Anales de las ciencias naturales*, 1845, tomos III, XIV, XVI y *Cómputos de la Academia*, 1853, tomo XXXVI; artículos de Montagne, Dic. D'Orbigny. -Sobre los volcanes, véanse Humboldt, *Cosmos*, parte IV, y Ritter, traducción de Elíseo Reclus, *Revista germánica*, 30 noviembre 1859.

CAP. III. El Atomo. -He citado en el texto los maestros, Ehrenberg, Dujardin, Pouchet (*Heterogenia*). A la larga, vencerá la generación espontánea.

CAPS, IV, V, VI, etc. Para remontarme en todo este libro a la vida superior, he tomado por hilo conductor la hipótesis de la metamorfosis, sin intentar construir seriamente una cadena de seres. La idea de metamorfosis ascendente es natural al ánimo, siéndonos impuesta en algún modo por la fatalidad. El mismo Cuvier confiesa (fin de su introducción a los Peces), que si esta teoría carece de valor histórico, a lo menos «es lógica» -Sobre la esponja, véanse Pablo Gervais. Dic. D'Orbigny, V, 325; Grant. en Chenu, 307, etc. - Sobre los lipópos, corales, madreporas (capítulos IV y V), además de Forster, Péron, Darwin, consúltense asimismo Quo y Gaimard; Lamouroux, Pólipos flexibles; Milne Édwards, Pólipos y ascidias de la Mancha, etc. Véase también sobre el calizo las dos geologías de Lyell.

CAP. VI. *Medusas, fisalios*, etc. -Léanse Ehrenberg, Lesson, Dujardin, etc. Forbes demuestra por medio de las analogías vegetales que esas metamorfosis animales son un fenómeno muy sencillo; *Anales de Historia natural* (en inglés), diciembre de 1844. Véanse asimismo sus excelentes disertaciones: *Meduse*, en 4º, 1848.

CAP. VII. *El Esquino*. -Véanse en primer término las curiosas disertaciones donde M. Caillaud ha consignado su descubrimiento.

CAP. VIII. Conchas, nácar, perla (Moluscos). -La obra capital es la *Malacología de Blainville*. Sobre la perla, Moebius de Hamburgo, Revista germánica, 31 julio 1858. He consultado con gran provecho en esta materia a nuestro célebre platero M. Froment Deurice. Si he hablado de la perla como adorno especial de la mujer, es por haberse descubierto la manera de fabricarlas artificialmente. No me cabe duda que dentro de poco, no habrá mujer, por pobre que sea, que no pueda comprarlas.

CAP. IX. *El Pulpo*. -Cuvier, Blainville, Dujardin, Anales de las ciencias naturales, primera serie, tomo v, p. 214, y segunda serie tomos III, XVI y XVIII: Robin y Second, Locomoción de los cefalópodos, Revista de zoología, 1849, p, 333.

CAP. X. *Crustáceos*. -Además de la gran obra capital y clásica de M. Milne Edwards, he consultado a D'Orbigny y a diversos viajeros. Véase el precioso Atlas de Dumont d'Urville.

CAP. XI. *Peces*. -La Introducción de Cubier, Valenciennes, artículo Peces (Dic. D'Orbigny), que constituye un libro completo, lleno de erudición y excelente. Sobre la anatomía véase la célebre disertación de Geoffroy. Lo que referí sobre los nidos de los peces, lo debo a los señores Coste y Gerbe.

CAPS. XII y XIII. *Ballenas, anfibios, sirenas*. -Lacépède es muy elocuente é instructivo en esta parte. Nada mejor que los artículos de Boitard (Dic. D'Orbigny).

NOTAS DEL LIBRO TERCERO. *Conquistas del mar*. -Todo este libro ha brotado de mi pluma gracias a la lectura de los viajeros, desde la primitiva historia de Dieppe (Vitet, Estancelin), hasta los descubrimientos más recientes. Véanse sobre todo, Kerguelen, John Ross, Parry, Weddell, Dumont d'Urville, James Ross y Kane; Biot, *Gaceta de los Sabios*, y el juicioso a la par que luminoso compendio que de sus viajes ha publicado M. Laugel. en la *Revue des Deux Mon-*

des. -Sobre la pesca, además del gran trabajo de Duhamel, véase Tiphaigne, *Historia económica de los mares occidentales de Francia*, 1760.

CAP.III. *Ley de las tempestades.* -Añadid a los libros citados en el texto el excelente resumen de M. F. Julien (Corrientes, etc.), y el curioso sistema de M. Adhémar, sobre una mutación del mar que sobrevendría cada diez mil años.

NOTAS DEL LIBRO CUARTO. *Renacimiento por el mar.* -Desde 1725, Marsigli parece haber sospechado la presencia del yodo. En 1730 publicóse una obra de autor anónimo, *Comes domesticus*, en la que se recomiendan los baños del mar.

La bibliografía del mar no tendría fin. Todas las bibliotecas me han procurado datos. Complázcome en citar entre otros libros excelentes, los *Manuales* y *Guías* de los señores Guadet, Roccas, Cochet, Erns, etc. Helos encontrado rarísimos (por ejemplo Rusell) en la Escuela de Medicina; muchos especiales, en lengua extranjera, en el Depósito de la Marina (tales como el Mediterráneo, de Smith, 18.54). Nunca me cansaré de elogiar las atenciones que me prodigaron tanto el director como el bibliotecario, quien me señaló varias veces obras poco conocidas.

Sobre la degeneración de las razas, véanse Morel (1857); Magnus Huss, *Alcoholismus* (1852), etc.

A mi ilustre amigo Montanelli y a los preciosos artículos de M. Dall' Ongaro debo el tener noticia del folleto del doctor Barrellay (*Ospizi marini*).

Mi sabio amigo el doctor Lortet, de Lyon, al acusarme recibo de un ejemplar de la primera edición de mi libro, me escribe: «En los niños lánguidos y descoloridos he obtenido buenos resultados por medio de una exposición prolongada a la luz (luz viva, excitante). Conventría una playa mediterránea, donde el niño pudiera vivir desnudo, sin otra cosa abrigada que la cabeza, y unos calzoncillos, y que rodara por el mar y sobre la cálida arena. Junio a la orilla un sotechado, una

especie de invernadero que, con ventanas para cerrarse los días fríos, recibiese el sol por todos costados.»

P. S. Acabo de sabor con alegría que la administración parisiense de la Asistencia pública ocúpase en este momento en crear un establecimiento de la clase antedicha. Séame permitido, pues, explicar mis súplicas.

La primera es, que no se centralice a los niños en un mismo sitio; que no se haga un Versalles, una fundación ostentosa, sino varios pequeños establecimientos en estaciones distintas, donde puedan repartirse los jóvenes enfermos según sus diversas enfermedades y temperamentos.

Mi segunda súplica se reduce a que esa instalación, para ser duradera, aproveche al Estado en vez de serlo onerosa; que los niños expósitos que en ella se asilaran, los convalecientes válidos, los enfermos restablecidos, sean ocupados, según los lugares, en los trabajos menos penosos de los puertos y de la navegación, en los oficios que de ellos dependen, tomando los hábitos y el gusto a la vida del mar. Cuando míseras poblaciones, asaz pobladas de pescadores y marineros, apartan los ojos del mar, hácense industriales, necesario es reemplazar a los desertores. Débense criar hombres nuevos, que no hayan oído discutir en la choza paterna el provecho y ventajas de la vida prudente, abrigada del interior.

Preciso es que la adopción de la Francia cree un pueblo de marinos que, adicto anticipadamente a su heroico oficio, lo prefiera a otro cualquiera; y el cual, desde los primeros años, mecido por el Mar, no amo más que a esa gran nodriza, y no sepa diferenciarla ni aun de la misma Patria.

FIN DE LAS NOTAS